Antología Maestros

...También puede besar con la mirada

Ana Álvarez
Anne R. Aband
Mayeda Laurens
Berenice Andrews
Natalia Sánchez Diana
Ania Zaera
Livia Nohi
Blanca Túnez



Selecta

... También puede besar con la mirada

SERIE
Antología maestros

Ana Álvarez, Anne R. Aband, Mayeda Laurens,
Berenice Andrews, Natalia Sánchez Diana,
Ania Zaera, Livia Nohi, Blanca Túnez

Selecta

La sustituta

Ana Álvarez

Capítulo 1

El instituto olía a humedad y fotocopias recién hechas. Se encontraba situado en la ciudad de Cuenca, bella pero también fría y poco hospitalaria en invierno. A Denise Beaumont le había tocado incorporarse a su nuevo puesto como profesora de Francés en pleno invierno.

La habían contratado para sustituir —no sabía si de forma eventual o indefinida— a la profesora que llevaba años impartiendo la asignatura. Le habían dicho que, por el momento, el contrato sería para aquel curso y que ya verían si se lo renovaban el año siguiente o no.

Tampoco ella sabía si desearía quedarse de forma más permanente en la ciudad española, o querría regresar a su Toulouse natal y buscar un puesto más cerca de su familia y amigos. De momento, la contratación había venido a solucionar un periodo de desempleo que ya duraba demasiado. Tenía por delante unos meses de trabajo que tal vez pudieran alargarse.

Se detuvo frente a la verja antes de entrar. El cielo gris de noviembre, que amenazaba lluvia o tal vez nieve, oscurecía los edificios bajos de la ciudad y el viento le movía el pañuelo atado al cuello.

Empujó la verja y entró, ajustándose el abrigo, y atravesó el

patio donde grupos de alumnos formaban corrillos. Unos jugaban con una pelota, pero la mayoría se limitaba a charlar o a mirar el teléfono móvil. Denise se preguntó si el uso de esos dispositivos estaría permitido en las aulas. Ella, desde luego, no los consentiría.

Entró en el edificio y buscó el despacho de la directora. Esta la recibió acompañada de una mujer rubia y bastante joven.

—Denise Beaumont, bienvenida por fin. Te presento a Abril Moreno, la profesora que vienes a sustituir.

—Encantada. Perdón por el retraso, pero el tren ha tenido dificultad para llegar puntual debido al mal tiempo.

—No te preocupes. Has llegado a la hora del descanso de media mañana, lo que me permitirá presentarte al resto del departamento.

—Vete acostumbrando al mal tiempo, el invierno es duro aquí —comentó Abril, siguiendo a ambas mujeres por los largos y desiertos pasillos, cubiertos de murales, horarios y carteles de diversa índole. Había también fotografías de promociones pasadas, concursos literarios y actividades culturales.

Una vez presentada al resto del profesorado, que se mostraron muy amables, Abril la acompañó a la clase. En espera de que los alumnos llegaran le explicó:

—Lamento si te ha causado algún trastorno incorporarte con el curso ya empezado, pero me veo obligada a dejar Cuenca. Mi marido es natural de Verona y nos trasladamos allí en cuestión de días. Me sabe mal dejar el instituto, llevo en él desde que terminé la carrera, pero las circunstancias mandan.

—¿Os mudáis por trabajo?

Abril no quiso decirle que su marido era el famoso escritor de novela romántica Steve Norton y que podía escribir desde cualquier lugar. No solía presumir de él más que en privado.[1]

—No. Pero añora su tierra y a mí me da igual vivir en un sitio o

en otro.

—No me ha causado ningún trastorno incorporarme ahora. Y me viene bien practicar mi español.

—Lo hablas muy bien, sin apenas acento.

—Mi madre es española y siempre me habla en este idioma. Soy bilingüe.

—Yo estoy estudiando italiano. También se me dan bien las lenguas.

—¿Alguna cosa que reseñar con respecto a los alumnos? ¿Hay algo que deba saber?

—Prefiero que te formes tu propia opinión. Solo te daré un consejo: no dejes que te comparen conmigo ni sigas mi trayectoria. Con toda seguridad te dirán que yo hacía esto o lo otro. No les hagas caso. Crea tu propio método y, desde el principio, déjales claro que eres tú quien manda.

—¡Me estás asustando!

—No es para tanto.

Los alumnos empezaron a llegar y a ocupar las mesas vacías. Algunos la miraban con suspicacia; otros, con curiosidad.

—Hola, chicos —dijo Abril en francés—. Como sabéis, me marcho del instituto por motivos personales. Os presento a Denise Beaumont, que será mi sustituta a partir de mañana.

Un murmullo tenue se extendió por la clase y veinticinco miradas la analizaron con detenimiento. Denise aguantó de forma estoica, pero no pudo evitar detectar cierta suspicacia en algunas.

—¿Es francesa? —preguntó una chica en español.

—*Oui* —respondió Denise—. Y os agradecería que en la clase solo hablarais en francés.

—No sabemos tanto —respondió otro alumno.

—Es la mejor forma de aprender.

Nadie hizo ningún comentario.

—Bueno, nos vamos y os dejamos con la siguiente clase. Mañana ya no vendré yo —informó Abril.

Un murmullo se extendió por el aula. Las dos mujeres salieron y enfilaron el pasillo.

—En mi clase no permitiré el español —aclaró Denise.

—Yo tampoco lo hacía en la mía.

—¿Entonces por qué han dicho eso?

—Solo tratan de camelarte.

—No entiendo esa palabra.

—Quiere decir que tratarán de convencerte de que yo hacía las cosas de determinada forma, pero no te creas nada.

—¿Han intentado engañarme?

—Más o menos. Pero ya veo que tienes las ideas claras, así que no tendrás problemas. Ahora familiarízate con el edificio y con los demás profesores, yo tengo que marcharme. He venido solo para recibirte.

—Gracias.

—Suerte.

—También para ti en Verona. Me han dicho que es una ciudad preciosa.

—Lo es.

Abril se alejó y Denise permaneció unos minutos viendo cómo se marchaba, dejándola sola frente a su nuevo destino: nuevo trabajo, nueva ciudad y nuevo país. Todo un reto.

Capítulo 2

El primer *bonjour* que pronunció fue respondido con un silencio absoluto.

Veinticinco adolescentes la miraban como si acabara de interrumpir una serie a mitad del episodio, hoscos y malhumorados.

Denise dejó la carpeta sobre la mesa y continuó hablando en francés, muy despacio, para que todos la entendieran.

—He saludado. Cuando lo hago, espero una respuesta.

Un murmullo recorrió el aula contestando al saludo.

—Ahora voy a establecer una serie de normas que espero se cumplan a rajatabla.

Los alumnos empezaron a hablar, uno detrás de otro.

—Abril nos dejaba trabajar por parejas.

—Abril ponía música en francés.

—Abril no hacía exámenes escritos.

Denise respiró lentamente, recordando las palabras que su predecesora le había dicho el día anterior. Lo más probable era que nada de lo que le comentaban fuese verdad, pero aunque lo fuera, ella tenía su propio método.

—En primer lugar, nada de teléfonos móviles durante la clase. Si veo que alguien lo usa, o le suena, lo confiscaré —informó.

—Abril nos dejaba usarlo como diccionario.

—Qué suerte habéis tenido con Abril. Pero yo no soy ella y aquí las cosas se harán a mi manera. Nada de móviles. Si alguien no comprende el significado de alguna palabra me la pregunta y yo se lo explicaré. Por supuesto en francés.

Varias murmuraciones corearon sus palabras.

Entonces lo vio. Un chico de la última fila, con sudadera negra y mirada desafiante, hablaba en voz baja.

—¿Qué dices? Habla alto, por favor, para que lo oigamos todos.

El chico no se arredró y exclamó, imitando exageradamente su acento francés:

—Qué *zuerte habéiz* tenido con Abril.

El aula estalló en carcajadas.

Denise sostuvo la mirada desafiante del alumno. Con toda seguridad se creería muy gracioso.

—Tu nombre.

—Julián.

—Apellido.

—Valdivieso.

—Fuera.

Las risas murieron. Julián sonrió con lentitud.

—¿Ya? Aún no es la hora.

—Ahora mismo.

El chico se levantó arrastrando la silla.

—Abril tenía sentido del humor.

—Y tú necesitas educación.

Él salió cerrando la puerta con fuerza.

Denise continuó la clase con el pulso acelerado. Cuando sonó el timbre, se marchó, y por las miradas de sus colegas supo que el instituto entero ya conocía la historia que el chico la había divulgado a su manera.

***

La reunión con el padre ocurrió antes del mediodía.

Denise estaba ordenando apuntes cuando alguien llamó a la puerta abierta.

—¿Profesora Beaumont?

Levantó la vista. El hombre era alto, de hombros anchos, barba de varios días y expresión contenida. Parecía enfadado.

—Sí.

—Soy Fernando Valdivieso. El padre de Julián.

—Pase.

Él no se sentó. La escudriñó de arriba abajo con insistencia.

—Mi hijo me ha contado que lo ha expulsado de clase delante de todos.

—Interrumpió la clase y me enfrentó «delante de todos» —recalcó sus propias palabras.

—Es el primer día con usted.

—Y eso no le da permiso para faltarme al respeto.

Fernando cruzó los brazos y suavizó un poco el tono de voz.

—Julián ha tenido años complicados.

—Muchos alumnos los tienen.

—No sabe nada de él.

—Lo suficiente para entender cuándo alguien intenta dominar una clase y desafiar a un profesor.

La tensión se espesó. Él habló en perfecto francés.

—O quizá solo estaba poniendo a prueba a alguien nuevo.

Denise parpadeó. El acento del hombre era impecable y su gramática también.

—¿Habla francés?

—Viví en Lyon siete años.

—Eso no va a hacer que tenga con usted, o con su hijo, un trato especial. Entenderá que una clase necesita orden.

—Y usted debería saber que humillar a un adolescente no ayuda a mantenerlo.

—No lo he humillado.

—Lo ha expulsado el primer día.

—Porque quiso desafiarme el primer día.

Fernando sostuvo su mirada unos segundos. ¿Iba a enfrentarla también él el primer día? ¿Era de su padre de quien el chico aprendía su conducta irreverente? ¿Era el tipo de progenitor que consentía cualquier comportamiento de sus vástagos?

Luego él comentó con frialdad.

—Espero que esto mejore.

—Yo también. Pero que les quede claro, tanto a usted como a su hijo, que no toleraré en clase la menor insubordinación ni burla por parte de ningún alumno, tenga o no un pasado complicado ni un padre complaciente.

Cuando salió del aula, Denise respiró hondo. Era el primer día y ya se había enfrentado a un alumno y a su padre. ¿Qué más le esperaba en aquel curso?

Capítulo 3

Los siguientes días las cosas no mejoraron. Aunque Julián se incorporó a las clases con total normalidad, el resto de los alumnos parecía querer vengarse de Denise por haberlo expulsado.

A veces veía las manos de alguno moviéndose por debajo de la mesa, pero sin que pudiera averiguar qué hacía. Intuía que utilizar el teléfono móvil, a pesar de su prohibición, pero no lograba sorprenderlos por mucho que lo intentara.

Una mañana, al entrar, encontró una frase escrita en la pizarra, en perfecto francés y letras mayúsculas: «Vuelve a Francia».

Se giró para contemplar las caras de inocencia de toda la clase. Supo al instante que no lograría descubrir al culpable. La frase era lo bastante simple para que cualquiera fuese el autor o autora, porque todos se cubrirían unos a otros. Se sintió abatida, pero no lo demostró. Apretó los dientes y borró con parsimonia la frase, notando a su espalda la expectativa sobre su posible reacción. Sin embargo, se volvió y comenzó la clase, como cada día.

Una semana después empezó a circular entre los alumnos una grabación de audio en la que habían recogido frases de Denise, manipuladas de forma que parecía que insultaba a los alumnos. Varios padres solicitaron una reunión con la profesora agresiva que humillaba a sus hijos. La directora la convocó y la dejó sola en

medio de varios rostros muy enfadados, entre ellos el de Fernando Valdivieso, que ocupaba una de las primeras bancas.

—Buenas tardes —saludó. Nadie respondió y se preguntó si no responder a los saludos era algo habitual en España—. Supongo que el motivo de esta reunión es para conocerme: me llamo Denise Beaumont y sustituyo a la anterior profesora de Francés de sus hijos.

—Eso ya lo sabemos —comentó una madre muy enfadada—. Estamos aquí por su manera de tratar a nuestros hijos en clase.

—No sé cómo lo harán en su país —dijo otro de los padres—, pero aquí se respeta a los alumnos y no se los insulta.

—Yo no insulto a sus hijos. Me limito a enseñarles francés y a exigir en mi clase un mínimo de disciplina.

—¿Ah, no? ¿Y esto qué es?

Un hombre sacó su teléfono y pulsó para reproducir la grabación. Denise palideció. Era su voz, eran sus palabras, pero sacadas de contexto.

—Yo no he dicho eso, al menos no de esa forma.

Vio los ojos del padre de Julián mirarla con fijeza y temió lo que pudiera decir, pero el hombre calló, limitándose a dejar que los demás se ensañaran con ella.

—Sin duda esa es mi voz y esas, mis palabras, pero el audio es un montaje en el que han recortado frases y pegado en otro discurso.

—¿Por qué iban los chicos a hacer algo así?

«Porque no me soportan».

—No lo sé. Tal vez deberían preguntarles a ellos.

Estuvo tentada de hablar de la frase de la pizarra, de la poca colaboración en clase y de los mil detalles con los que debía lidiar a diario.

—Abril era una buena profesora, con ella nunca hubo problemas. No entiendo por qué han tenido que traer a una extranjera para sustituirla.

—Estoy segura de que lo era —se defendió, irguiéndose—. Pero yo tengo mis propios métodos. Y no soy una extranjera, sino una profesora nativa, lo que es bueno para sus hijos. No siempre se tiene la suerte de aprender con alguien oriundo del país cuyo idioma se enseña.

—Tenga cuidado con lo que hace. Vamos a estar muy pendientes de sus actos.

—Si no cambia su actitud, pediremos que la destituyan.

Fernando Valdivieso seguía mirándola en silencio. Al parecer, los padres ya habían dicho todo lo que deseaban y esperaban una respuesta, tal vez una aceptación de sus condiciones, que no pensaba dar.

—Hagan lo que crean oportuno. Si este es el único tema a tratar, la reunión ha terminado. Para cualquier otra cosa, pidan una tutoría individual y los atenderé encantada para comentarles el progreso de sus hijos.

Los asistentes se empezaron a levantar y a marcharse, hablando entre ellos. El padre de Julián se quedó el último. Cuando ella lo miró con frialdad, invitándolo a irse también, se acercó más y preguntó.

—¿Cree que mi hijo es el culpable de ese audio?

Tenía bastantes sospechas, porque el adolescente no dejaba de molestar en clase, aunque no se había enfrentado a ella otra vez de forma explícita, pero no tenía pruebas de su culpabilidad.

—No lo sé. Puede haber sido cualquiera. Tengo prohibidos los teléfonos móviles en clase, pero estoy segura de que los utilizan, sin que haya podido detectarlos. Ese audio es una prueba evidente de

ello. Pero le aseguro que es un montaje, yo no he dicho eso.

—Estoy convencido. Sé el suficiente francés para detectar algunos fallos gramaticales que un nativo jamás cometería.

El hombre la miró con más detenimiento, la mirada menos agresiva que en su reunión anterior.

—¿Tiene problemas con los chicos en clase?

—Digamos que no soy su profesora favorita. Supongo que echan de menos a Abril y les cuesta adaptarse a mis métodos de estudio.

—¿Los defiende? ¿A pesar de lo que han hecho?

—Trato de ser indulgente. Si lo que pretenden es que cambie mi forma de enseñar, no lo van a conseguir. Supongo que más pronto o más tarde se acostumbrarán a mí. —«O conseguirán que me echen», se dijo.

—No debe ser fácil enfrentarse a veinticinco adolescentes hostiles.

—No lo es, pero yo tengo la piel dura.

—Me alegro. La gente como usted merece mi respeto.

—No tuve esa impresión el otro día; más bien parecía pedir mi cabeza.

—Solo trataba de averiguar qué había pasado con mi hijo. Él me contó su versión y yo quise conocer la suya. Y hoy, si me he quedado, es porque quiero comentarle algo respecto a Julián, que tal vez la ayude a comprender mejor su actitud. No a justificarlo, sino a comprenderlo. Es muy posible que el audio sea obra suya, y el rechazo de la clase hacia usted, también. Su madre era francesa y su llegada le ha removido muchos fantasmas.

—¿Era? ¿Ha fallecido?

La mirada del hombre se ensombreció.

—No, que yo sepa. Pero hace cinco años, nos dejó y se marchó a Brasil con su nueva pareja.

Denise no supo qué decir. Fernando se rehízo en un segundo y continuó hablando.

—Julián estaba muy unido a su madre, la adoraba, pero ella se marchó sin mirar atrás.

—Supongo que sigue en contacto con ella, a pesar de la distancia.

—Ahí está el problema; no, mi exmujer no quiso ningún tipo de custodia, ni compartida ni siquiera con derecho a visita. Yo soy el único responsable de mi hijo.

—Brasil está un poco lejos para visitas.

—Lo sé, pero existen las vacaciones; y hoy día, en unas horas en avión se puede recorrer esa distancia, si se quiere.

—¿Él no quiere?

—Ella no quiere.

—¡No puedo creerlo! En un divorcio se separan los cónyuges, pero los hijos es otra cosa.

—Dígaselo a ella, porque se fue sin más, dejándolo atrás. Al principio, Julián le proponía visitarla en vacaciones y todo eran excusas para posponer el viaje, hasta que un día le dijo claramente que no deseaba que fuera, que tenía otra pareja y otra vida, y que mejor se olvidara de ella.

—No sé qué decirle, me parece muy incomprensible.

—Y a mí, pero es lo que hay. Julián lleva cinco años con una psicóloga, tratando de gestionar el abandono, pero le está costando mucho. Usted es francesa, su tono de voz y su acento son muy parecidos al de su madre, por eso se está enfrentando a usted; no es nada personal.

Fernando la observó en silencio.

—Me alegra que me lo haya dicho.

—Entiéndame, no le estoy pidiendo que le perdone todo lo que

haga, solo que sepa el motivo por el que lo hace. Averigüe si ha sido él el autor de esa grabación, y si es así, dígamelo y yo lo castigaré como es debido, se lo aseguro. No se librará de la responsabilidad de sus actos, y esto es bastante grave.

—¿Cómo se lleva con usted? —Quiso saber.

Fernando se encogió de hombros.

—Como todo adolescente con su padre, ni bien ni mal. Nada fuera de lo normal.

—Perdone que le haga esta pregunta tan personal, pero si queremos ayudar al chico, me gustaría tener toda la información posible. ¿Lo culpa Julián por el abandono de su madre?

—No lo creo. Yo estuve tan sorprendido como él con su partida. Y no la molesto más, me marcho. Me aseguraré de que Julián deje el móvil en casa cuando venga al instituto.

Se fue dejándola pensativa y cavilosa. Sin duda había juzgado mal al hijo y también al padre.

Capítulo 4

El viernes, agotada, salió al patio durante el recreo y encontró a Julián solo, sentado en las gradas. No la vio llegar. Estaba escribiendo algo en un cuaderno que cerró de golpe.

—¿Qué quieres? —preguntó hosco.

—Nada.

—Pues vete. No estamos en clase.

Pero Denise no le hizo caso. Se sentó en las gradas a cierta distancia.

—Tienes buena pronunciación cuando no tratas de burlarte de mí. ¿También viviste en Francia con tu padre?

Él levantó la cabeza desafiante.

—¿Qué te ha contado?

—Que residió en Francia unos años. Lo hizo porque en la reunión de padres del otro día, alguien reprodujo el audio que habéis hecho con mis comentarios. Dijo que había vivido en Francia y que sabía lo bastante del idioma para detectar algunos fallos gramaticales que un nativo no cometería. He supuesto, debido a tu buen nivel, que también residiste en mi país.

Julián se relajó de forma visible.

—Yo no he hecho el audio. No soy ningún cobarde que actúa a escondidas.

—Me alegra saberlo.

—Tampoco la frase de la pizarra es cosa mía.

—Pero sí eres el causante de que tus compañeros no me acepten. No lo haces de forma directa, pero los hostigas contra mí.

Él no negó la acusación.

—Sé que todos queríais mucho a Abril, pero yo no tengo la culpa de que se haya marchado, solo soy su sustituta. Si me echan a mí, vendrá otra. ¿Pensáis hacerles lo mismo a todas?

Julián tampoco respondió. Se quedó pensativo durante unos minutos y después dijo:

—Mi padre quiere que te pida disculpas por mi comportamiento del primer día.

—Y yo no te las acepto, si te estás disculpando.

—¿Por qué no?

—Las aceptaré cuando lo hagas convencido de que obraste mal, no porque te obliguen. Y ahora volvamos a las aulas, hay clase y la hora de descanso ha terminado.

Se marchó dejándolo solo. Julián no tardó en seguirla, pero aquella mañana no interrumpió ni molestó en la clase.

***

Fernando Valdivieso había solicitado una tutoría aquella tarde. Denise acudió al instituto sin saber a qué atenerse. No había ocurrido nada digno de mencionar en los últimos días. Julián había moderado su comportamiento en clase y parecía que el resto de los alumnos también.

El hombre entró en el aula con paso firme.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Valdivieso.

—¿Le importa si nos tuteamos? Me resulta extraño hablar de usted a alguien más joven que yo.

—Sin problema. Siéntate.

Él obedeció acomodando sus largas piernas en la banca más cerca de la mesa del profesor. Aun así, la distancia era considerable y Denise bajó para tomar asiento más cerca.

—Tú dirás a qué se debe esta reunión.

—A nada concreto. Solo deseo que me informes del comportamiento de Julián en clase. Tuve una larga charla con él con motivo del audio.

—Me aseguró que no había sido obra suya.

—A mí también. ¿Le crees?

—Sí, pero sé que es quien provoca el rechazo de sus compañeros hacia mí. También me pidió disculpas.

—Eso está bien.

—No las acepté.

—¿No? —Los ojos del hombre se oscurecieron por un momento — ¿Tienes idea de lo que ha debido costarle?

—Me dijo que tú lo obligabas a hacerlo. No quiero ese tipo de disculpas. Las aceptaré de buen grado cuando lo sienta de verdad.

—Me parece razonable. —La miró suavizando las facciones y el tono de voz—. ¿Sigue dando problemas en clase?

—Menos que antes.

—Eso no es cosa mía, sale de él. Ya te dije que no es mal chico, solo está pasando por un momento difícil. El que seas francesa no ayuda.

—No puedo evitar eso.

—Ya lo sé.

—Tuve una breve charla con él en el patio y parece que le ha hecho recapacitar. No le dije que me contaste lo de su madre, pienso

que se sentiría traicionado si lo supiera.

—Te lo agradezco. Me preocupa mucho.

—Si puedo ayudar en algo, dímelo. Haré lo que esté en mi mano, salvo volverme española. Eso no puedo hacerlo, aunque quisiera.

—Me gustaría estar al tanto de su evolución y de su comportamiento. ¿No te importa si nos reunimos una vez a la semana para que me informes?

—Por mí no hay inconveniente, salvo que otro padre solicite la hora de tutoría. No puedo darte prioridad.

—No me gustaría que fuera en el instituto ni de forma oficial; Julián se enteraría y no quiero que piense que lo controlo demasiado. ¿Podríamos quedar en una cafetería o algún otro sitio cada ocho o diez días?

—No es algo habitual, pero tampoco el caso de Julián lo es. De acuerdo.

—¿Nos vemos, por ejemplo, el jueves próximo a las seis de la tarde? Donde tú digas.

—¿Conoces el café Hispano? Está cerca de casa.

—Sé dónde es. Lo bastante lejos de la mía para que Julián no nos descubra.

—Hasta el jueves, entonces.

—Gracias, Denise.

—No hay de qué.

Le tendió la mano al despedirse y ella se la estrechó. Después lo vio salir de la clase y volvió a tener la certeza de que se había equivocado con aquel hombre.

Capítulo 5

Fernando y Denise comenzaron a reunirse cada semana en la cafetería. La primera media hora la dedicaban a hablar de Julián, pero poco a poco la conversación derivaba hacia ellos mismos.

Aquella semana, la cuarta que se veían, Denise tenía buenas noticias que dar.

—Julián se ha comportado mucho mejor esta semana. Incluso se ha ofrecido voluntario para una lectura que, por mi parte, le proporcionará una buena nota. Tiene un nivel por encima de sus compañeros debido a su estancia en mi país.

Los ojos de Fernando brillaron. Denise trató de adivinar si con alivio o era otra emoción la que provocaba aquella intensidad inusitada.

—Me alegro. ¿Ya no interrumpe en clase?

—Apenas.

—¿Y el resto de los chicos siguen reacios a admitirte como profesora?

—Mucho menos. Siguen la pauta de tu hijo. Si su comportamiento mejora, el suyo también. Ahora me resulta mucho más agradable dar la clase, son más receptivos.

—Estupendo.

—Incluso estoy pensando en pedirles que compongan algo, una

canción, un poema o un relato de tema libre, y estoy segura de que Julián lo hará muy bien. Me da la impresión de que es muy imaginativo.

—Lo es, pero no sé si colaborará.

—Por intentarlo no perdemos nada.

—Me alegra mucho que no lo hayas convertido en tu enemigo después de cómo se comportó al principio.

—Nunca doy por perdido a un alumno ni me fío solo de las primeras impresiones. Además, después de ver lo mucho que te preocupas por él, no podía hacer otra cosa.

—Es lógico que lo haga, es mi hijo.

—Pero no todos los padres están dispuestos a sacrificar su tiempo libre para reunirse con una profesora. ¡Ojalá hubiera muchos como tú!

—Aunque no te lo creas, no considero que estas charlas sean una pérdida de tiempo para mí. También estoy siendo un poco egoísta. Escucharte me trae recuerdos de los años que viví en Lyon; una época muy feliz.

—Supongo que también para ti fue duro que tu mujer se marchara.

—Claro que lo fue, sobre todo porque yo no sabía que ella no era feliz en nuestro matrimonio. Para mí supuso tanta sorpresa como para Julián que me dijera que se marchaba, que tenía otra relación con un compañero de trabajo y que ambos se iban al otro lado del mundo para iniciar una nueva vida. Fue duro, pero cuando tienes un niño de nueve años destrozado por la pérdida, tu dolor se aparca. Y se convierte en enfado, más que otra cosa. Yo comprendía que se marchara si no era feliz a mi lado, incluso que dejara a Julián conmigo para no sacarlo de su entorno, de su país y de sus amistades; lo que ya no pude comprender fue que se desentendiera

del todo. Él la adoraba.

Denise observó con detenimiento las facciones del hombre, tratando de averiguar sí todavía tenía sentimientos hacia su mujer. La frase salió de su boca antes de plantearse si estaba invadiendo demasiado su intimidad.

—¿Aún la quieres?

—No. Cuando el amor se vuelve enfado y desengaño, los otros sentimientos se van.

Denise se preguntó qué tipo de marido habría sido. A juzgar por el padre que era, suponía que afectuoso y entregado.

—Pero no tienes otra relación, al menos eso me parece deducir por tu comportamiento.

—No te equivocas, durante todo este tiempo he tratado de que mi hijo superara su pérdida, y no he echado en falta una mujer en mi vida. Tampoco sé cómo se lo tomaría Julián. Para mí eso es lo más importante, no causarle más dolor ni inquietud.

La miró con cierta cautela. Era cierto que no había pensado en rehacer su vida amorosa durante cinco años, pero eso estaba cambiando. Las reuniones en la cafetería empezaron siendo con la profesora de su hijo, pero ahora eran con una mujer. Una mujer bonita, de sonrisa cálida; y el hecho de que hablaran en francés —él se lo había pedido para practicar el idioma— le traía recuerdos de tiempos más felices. No de otra mujer, sino de unos años dulces. Denise no se parecía a su ex más que en su acento. Y en el hecho de que despertaba en él a ese hombre que llevaba dormido cinco años.

—¿Piensas que no se tomaría bien una nueva relación por tu parte?

—No lo sé. No correré el riesgo, ahora que por fin está mejorando.

La miró con intensidad, y Denise sintió que su corazón se paralizaba. ¿Estaría tratando de decirle algo? ¿Se estaba ella haciendo ilusiones de que aquellos encuentros acabaran en algo más? Tuvo que reconocer que sí, que más de una vez se había sentido temerosa de que Fernando pusiera fin a sus citas, cuando el comportamiento de Julián mejorase del todo. Que esperaba la tarde del jueves con impaciencia para reunirse con él. Pero el hombre tenía razón, Julián era lo más importante y ella solo debía verlo como al padre de un alumno.

En aquel momento una voz alterada interrumpió la charla.

—¡Papá!

Julián estaba parado ante la mesa con expresión de enfado e incredulidad.

—Julián. ¿Qué haces aquí?

—Eso mismo te pregunto yo. —El adolescente desvió la mirada hacia Denise con desprecio—. Aunque está bien claro. Pero, ¿otra francesa? No escarmientas, ¿eh?

—Julián, no te tolero que le hables así a Denise.

El chico se dio media vuelta y salió de la cafetería con precipitación.

—Ve tras él —lo apremió Denise—. Aclárale el motivo de nuestra reunión. Yo pagaré la cuenta y me iré a casa.

Fernando salió detrás de su hijo dispuesto a calmar su enfado. A darle más explicaciones de las que consideraba necesarias.

Lo alcanzó en pocos minutos.

—¡Para! —le dijo en tono autoritario.

—¿Por qué me sigues? ¿Has dejado sola a tu conquista?

Fernando se emparejó con su hijo y comenzó a caminar a su lado.

—Denise no es mi conquista, es tu profesora.

—No la estabas mirando como a mi profesora, ni ella a ti.

Fernando supo que tenía razón, que entre ambos se había ido creando un vínculo que iba más allá del de un padre y la docente de su hijo.

—Es cierto. Vas a cumplir quince años y voy a tratarte como al adulto que pienso que eres. No te voy a negar que Denise me gusta, pero no hay nada entre nosotros ni lo habrá en el futuro. Sé que eso te trastornaría, y para mí tú eres lo primero. Ni siquiera me he planteado decírselo.

—¿Por qué quedas con ella entonces? Lo haces todos los jueves, ¿verdad? Me han extrañado tus salidas recurrentes y hoy te he seguido.

—Sí, desde hace un mes. Pero lo hacemos para hablar de ti, de tus avances en la asignatura.

—¿Qué te ha dicho?

—Que has mejorado mucho tanto en conocimientos como en actitud.

—Lo hará para congraciarse contigo.

—No creo que me mienta. Siempre ha sido sincera respecto a ti.

—No te hagas ilusiones con ella, se irá, como hacen todas las galas.

—Denise es francesa, sí, pero eso no significa que sea una mala persona. Ella no es tu madre, Julián. Ni todas las mujeres lo son. Y si tiene que irse, se irá, porque su contrato es solo por este año y tal vez no se lo renueven. Sobre todo si los alumnos no la aceptan y crean problemas —recriminó con severidad.

—Yo ya no hago nada para perjudicarla; si no la aceptan es porque no les gusta.

—Estoy seguro de que tú puedes cambiar eso. Es una excelente profesora y creo que a ti había empezado a gustarte. No hace falta

que me respondas, solo sé sincero contigo mismo.

—¿No vas a volver a la cafetería? —preguntó al comprobar que su padre seguía caminando a su lado, alejándose del local.

—No voy a volver, no. Salvo que me cite para una tutoría si no te comportas como es debido, no volveré a quedar con ella, si eso te hace sentir inseguro. Pero no le hagas la vida imposible en clase. No se lo merece y te aprecia, a pesar de cómo te has comportado con ella.

La actitud el chico pareció suavizarse. Fernando se resignó a poner fin a sus encuentros con Denise. Julián tenía razón, era muy probable que se marchara al terminar el curso, y era mejor para todos poner distancia.

Capítulo 6

Denise sabía que después de que Julián los descubriera en la cafetería sus reuniones de los jueves con Fernando se habían terminado. Él se lo confirmó con una llamada esa misma noche. Se habían intercambiado los números de teléfono un par de semanas atrás, por si a alguno le surgía un contratiempo y no podía acudir a las citas, que programaban semana a semana. Nunca los habían usado ni enviado mensaje alguno, pero en cuanto vio el nombre reflejado en la pantalla, supo el motivo de la llamada.

—Hola, Fernando. ¿Cómo está Julián? ¿Sigue enfadado? —preguntó sin más preámbulos.

—No lo sé. He hablado con él, pero no sé hasta qué punto lo he convencido.

—¿De qué tienes que convencerlo?

—De que no hay nada entre tú y yo más que un mutuo interés por él. La idea le perturba.

Se hizo un silencio espeso que Denise rompió.

—Es que no lo hay —afirmó sobreponiéndose a la idea de no volver a verlo—. ¿Quieres que hable con él?

—No, creo que sería peor. Dejémoslo estar. En realidad, te llamo para decirte...

—Que no seguiremos viéndonos los jueves —lo interrumpió ella,

decidida.

—Sí. Lo siento.

—Lo comprendo.

—También quiero que sepas que me gustaban nuestras charlas, más allá de la información que me dabas sobre Julián.

—Yo también las disfrutaba, pero él es lo primero.

—Si necesitas decirme algo sobre su comportamiento, cítame para una tutoría y por supuesto que acudiré. Pero si no, esta es la última conversación que mantendremos.

—Si no borras mi número te mandaré algún mensaje sobre su evolución y comportamiento, que me temo volverá a empeorar después de lo de esta tarde.

—Esperemos que no, pero si se desmadra, házmelo saber y tomaré cartas en el asunto.

—No te preocupes, puedo manejar a tu hijo. —«Ya sé su punto flaco: tú y el miedo a perderte también», pensó.

—Gracias, Denise. Quiero que sepas que me ha gustado mucho conocerte.

—También a mí. Adiós, Fernando.

—Adiós, Denise.

Cortó la llamada. Otra historia que no había llegado a nada. Era la tónica de su vida, conocer a un hombre, empezar a ilusionarse con él y que de repente todo terminara sin que pasara nada más. Pero tal vez fuera lo mejor, cortar toda relación que no tuviera que ver con Julián, porque lo más probable era que no le renovaran el contrato al terminar el curso. Sobre todo si el comportamiento del alumno empeoraba a partir de aquel momento y contagiaba su negatividad al resto de sus compañeros. La directora ya le había advertido que debería ganarse al alumnado si quería continuar enseñando en el centro. Que las clases de francés eran optativas y

que cada vez más alumnos solicitaban el inglés como idioma extranjero. Que se haría un sondeo a finales de curso sobre la asignatura.

***

La conducta de Julián no empeoró tanto como pensaba después de lo sucedido. Sí se mostró hosco y huraño y evitaba su mirada, pero no la enfrentó de forma directa ni la desafió. Sin embargo, su rendimiento académico empeoró, como si hubiera perdido el interés en la asignatura que había empezado a mostrar en las últimas semanas.

No tenía intención de comentárselo a Fernando, temía empeorar las cosas entre padre e hijo, y también entre Julián y ella. La relación con su alumno se mantenía en un precario equilibrio que Denise procuraba no romper. No actuaría salvo que el chico la desafiara abiertamente delante de todos.

Ante la propuesta del ejercicio de tema libre, los alumnos no reaccionaron mal, pero tampoco con entusiasmo. También tenía en mente la lectura conjunta de un libro en francés, de forma voluntaria y de libre elección por parte del alumnado. Tal vez con eso consiguiera más entusiasmo.

Trataba de hacer la asignatura atractiva para que la siguieran eligiendo el año siguiente. Le gustaría quedarse. Se estaba acostumbrando a la fría ciudad y a sus calles poco transitadas en invierno. A veces se dirigía hasta la cafetería donde se había citado con Fernando y se tomaba un café a solas, recordando las agradables tardes que había pasado en su compañía y echándolas de menos. Echándolo de menos a él.

Después regresaba a su casa y se esforzaba en buscar

actividades para atraer a los alumnos, para que no extrañaran a su anterior profesora y le dieran a ella una oportunidad.

El que hablaran en francés todo el tiempo en clase había hecho que la pronunciación de todos mejorara y la conversación se hiciera más fluida. El nivel general de la clase había aumentado.

A pesar de su distanciamiento con Fernando, deseaba quedarse en la ciudad. Deseaba ayudar a Julián a superar sus demonios, aunque él mantuviera cierta distancia hacia ella.

—Tengo una propuesta que haceros —dijo aquella mañana, antes de finalizar la clase.

Los veinticinco clavaron en ella sus miradas suspicaces. Continuó hablando:

—He decidido organizar una lectura conjunta esta evaluación.

—No tenemos mucho tiempo para leer y menos en francés. Nos cuesta más.

—Será voluntario, pero quien participe se librará del examen escrito. Lo evaluaré hablando sobre el libro que escojáis, que deberá ser el mismo para todos.

—¿Qué libro será?

—Presentadme una lista y yo decidiré entre vuestras propuestas.

Denise clavó los ojos en Julián, que mantuvo su mirada.

—Necesito que me digáis pronto quién se apunta a la actividad. Debo saberlo, para preparar, o no, el examen escrito.

—Yo me apunto —dijo Julián, atrayendo la atención de sus compañeros—. Tengo libros en casa; puedo hacer algunas sugerencias.

—Estupendo, Julián. Háblalo con los demás y ya me presentaréis las opciones.

—¿Debes elegirlo tú?

—Sí, por vuestro propio bien. Ten en cuenta que tu nivel es

superior al de los demás y puedes escoger un libro que resulte difícil para el resto. No decidiré por la temática, sino por el grado de dificultad.

—De acuerdo. Lo hablaré con mi padre y le pediré consejo.

Recalcó la palabra «padre» y la observó con atención mientras la pronunciaba.

—Me parece acertado. Ahora, os podéis marchar.

Los alumnos salieron de la clase, dejándola sola. Se apresuró a recoger y a marcharse a casa. La mención de Fernando la había alterado, porque pensaba en él más de lo que le gustaría.

Capítulo 7

La lectura supuso un cambio en la actitud de todos los alumnos, incluido Julián. Al día siguiente se presentó con una lista de posibles libros que, según sus propias palabras, le había recomendado su padre.

Denise escogió una obra de teatro de Molière, divertida y poco densa en su lectura. Julián se ofreció a ayudar a sus compañeros si tenían dificultades y se mostró muy animado con la actividad. Presentaba una actitud diferente a la del resto del curso y Denise sintió que debía comunicárselo a su padre.

No se engañaba, en realidad se trataba de una burda excusa para ponerse en contacto con él, aunque fuera solo mediante un mensaje de texto.

Denise
Hola, Fernando. Te escribo para comentarte que he notado en Julián un cambio muy positivo.

Él respondió al instante.

Fernando
Me alegra saberlo.
También conmigo está más

comunicativo.

Denise
Eso es estupendo. No sé si te habrá comentado algo, pero se ha ofrecido a ayudar a sus compañeros con una lectura conjunta.

Fernando
Me ha hablado de la lectura.
Entre los dos escogimos unos títulos.
Espero que te parecieran apropiados.

Denise
Mucho. Elegí *El enfermo imaginario.*

Fernando
Intuí que sería una de tus opciones.

Denise
Es divertida y ligera. No les costará leerla.

De repente los tres puntitos que indicaban que él estaba escribiendo algo se interrumpieron y en la pantalla apareció una llamada entrante procedente de su teléfono. Descolgó.

—Estamos escribiendo como tontos cuando podemos hablar.

No lo habían hecho desde que Julián los sorprendió en la cafetería y él decidió que dejaran de verse.

—Es verdad —respondió.

—¿Cómo estás? —La voz masculina se volvió suave.

—Bien. ¿Y tú?

—También. Echando de menos nuestras charlas, si te soy sincero, pero a juzgar por el comportamiento de mi hijo, vale la pena.

—Por supuesto. Julián debe ser la prioridad.

—Siempre lo ha sido para mí, aunque él tenga sus dudas.

—¿Las tiene?

—Supongo. Nunca hemos hablado de ello.

—Tal vez deberíais.

—Por el momento prefiero ser cauto y dejar que sea él quien proponga nuestros temas de conversación.

—Claro.

—Denise...

—¿Sí?

—Me gustaría decirte que algún día reanudaremos nuestras citas, pero no sé si eso será posible.

—¿Deseas que volvamos a vernos?

—Mucho. Te echo de menos. Aquello se llegó a convertir para mí en algo más que unas tutorías entre padre y profesora.

—No te preocupes, me basta con que lo desees. También a mí me gustaría, pero las circunstancias son las que son.

—Gracias.

—No tienes que darlas. Ahora es mejor que dejemos de hablar porque nos estamos poniendo un poco sentimentales y es preferible dejar las cosas como están.

—De acuerdo. Adiós, Denise.

—Adiós, Fernando.

Colgó. Y se esforzó en continuar corrigiendo los ejercicios que le

habían entregado aquella mañana y en preparar un plan de lectura para que todos la siguieran. Aunque la voz suave de Fernando, la certeza de que también él desearía algo más con ella, se colaba a cada momento en su mente.

***

Los chicos se entusiasmaron a leer y a comentar en las clases la lectura. El ambiente general había cambiado, ya no veía caras hoscas cuando llegaba, e impartir la lección se había vuelto mucho más agradable.

Aquella mañana, al llegar, vio una frase escrita en la pizarra, en perfecto francés: «No te vayas, profe, quédate».

Emocionada, con el corazón palpitante, se giró hacia los alumnos que la miraban sonrientes.

—La otra vez no quise indagar sobe el autor de la frase, pero ahora sí voy a hacerlo. ¿Quién ha sido?

—Fuenteovejuna —dijo una chica al final del aula.

Parpadeó. La palabra le sonaba a una obra literaria, y no entendía el significado.

—¿Qué es Fuenteovejuna?

—Todos a una —respondió Julián—. Y perdona que lo diga en español, pero en francés no rima.

Una carcajada resonó en la clase.

—Por una vez, vale, pero no te acostumbres.

—No, profe. Solo esta vez.

No borró la pizarra. La dejó escrita con el deseo de sus alumnos y comenzó la clase, en un ambiente distendido y amable. Todos estaban relajados, incluido Julián.

Capítulo 8

La lectura avanzaba a buen ritmo y con la entera participación de los alumnos. Denise estaba contenta por el éxito de su iniciativa y al fin se sentía aceptada.

Aquella mañana, después de terminar la clase, la última de la jornada, se encontraba recogiendo sus cosas para marcharse cuando un discreto golpe en la puerta abierta del aula la hizo levantar la cabeza. Julián estaba en el umbral, solicitando permiso para entrar de nuevo.

—Pasa —lo invitó—. ¿Has olvidado algo?

—No; quiero hablar contigo si tienes unos minutos.

—Por supuesto. ¿Algún problema con el libro?

El chico avanzó despacio hasta la mesa de la profesora y se detuvo delante.

—No. Solo... —titubeó indeciso—. He venido a disculparme.

—¿Has hecho algo reprobable?

—Últimamente no, pero te debo una disculpa por mi comportamiento del principio. —Aguantó su mirada y añadió—: Mi padre no sabe que he venido, esto... es cosa mía.

—En ese caso, las acepto encantada.

—Gracias...

—No tienes que darlas. Pero me alegro de que hayas

recapacitado y reconducido tu actitud. Eso irá en tu beneficio. Eres muy bueno en francés y es una lástima que no aproveches la oportunidad que tienes de mejorarlo. No me refiero solo a mí, sino a cualquier profesor que imparta la asignatura, si es que esta sobrevive.

Una sombra cruzó el rostro juvenil.

—¿Vas a marcharte? En la pizarra pusimos que deseábamos que te quedaras. ¿Recuerdas? Fuenteovejuna.

—Eso no depende de mí. La asignatura corre peligro de desaparecer. Cada vez más alumnos solicitan el inglés como idioma y no sé si me renovarán el contrato para el año próximo.

—Pero si te lo renuevan, ¿te quedarías?

El chico le dirigió una mirada ¿implorante?

—Sí, me encantaría quedarme, pero no puedo hacerlo sin un empleo.

—Lo comprendo. En ese caso, crucemos los dedos —añadió haciendo el gesto con ambas manos.

Denise hizo lo mismo.

—Crucémoslos.

Julián hizo amago de salir, pero se volvió a medio camino.

—Profe... Denise..., ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Hazla; ya veré si la respondo o no.

—¿Te gusta mi padre?

Denise sintió que el corazón se saltaba un latido y endureció el rostro.

—No hay nada entre nosotros, si es lo que quieres saber. No hemos vuelto a vernos después de aquella tarde en la cafetería.

—No es lo que te he preguntado.

—Lo que yo sienta no es de tu incumbencia, Julián. Solo puedo asegurarte que no hay nada, ni lo va a haber. Tu padre te quiere lo

bastante para anteponer tu estabilidad emocional a la posibilidad de rehacer su vida. Él y yo nunca hemos hablado de sentimientos de ningún tipo, pero deberás hacerte a la idea de que, más pronto o más tarde, conocerá a alguien. Es un hombre joven, además de tu padre, con necesidades afectivas que van más allá de ti. ¡No seas egoísta y no se lo pongas difícil! Y no estoy hablando de mí, sino de cualquier mujer futura que llegue a su vida.

—O sea que sí, que te gusta.

—Yo no he dicho tal cosa.

—De acuerdo, profe. Nos vemos mañana en clase.

—Hasta mañana, Julián.

Lo vio marcharse. Esperaba que le hubiera quedado claro que no había nada entre Fernando y ella, pero que el hombre tenía derecho a rehacer su vida.

***

Una semana más tarde, Julián volvió a quedarse el último al salir de clase. Cuando todos sus compañeros se hubieron marchado, se acercó a la mesa.

—Profe, quería comentarte una cosa.

—Dime —lo invitó, temerosa de lo que pudiera decirle. La última vez había traspasado un terreno personal y no le apetecía volver a darle ningún tipo de explicaciones.

—Es sobre la asignatura.

Denise respiró aliviada y Julián esbozó una sonrisa ladina.

—Todos hemos ido en masa a dirección a pedir Francés para el año que viene, y a ti como profesora. Te van a renovar el contrato, lo que te obligará a quedarte, ¿verdad?

—No será una obligación, Julián, me quedaré encantada. Pero no

creáis que con esto os vais a librar de los exámenes escritos.

—¡Había que intentarlo! Pero ¿incluirás más lecturas como la de este año? Nos está gustando mucho.

—Por supuesto que las incluiré, y otras actividades que hagan la asignatura más divertida.

—Genial.

El chico la miró con una amplia sonrisa y continuó hablando.

—También quiero decirte que a mi padre y a mí nos gustaría que vinieras esta noche a cenar a casa.

Se quedó petrificada. Julián apenas podía contener su hilaridad.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Hablo en serio.

—¡No me puedo creer que tu padre te haya mandado para invitarme a cenar! No es su estilo.

—Es cosa mía. Te estoy invitando yo en nombre de los dos.

—¿Sin consultarle?

—Le he dicho que quería invitar a una amiga, sin mencionar tu nombre.

—¿Y cómo sabes que querrá que esa amiga sea yo?

—Querrá, créeme. Le gustas un montón.

—¿Y tú? ¿Por qué haces esto?

—Tus palabras del otro día me han hecho pensar mucho, y tienes razón. He sido un poco egoísta con él, pensando solo en mí y sin querer ver su sacrificio y su dedicación durante todos estos años. Sabes lo de mi madre, ¿verdad?

—Solo por encima.

—Es lógico que quiera rehacer su vida, y si ha de suceder, ¿por qué no contigo? Le gustas y a mí me caes bien... aunque seas francesa.

—Pero presentarme así a cenar, sin que lo sepa...

—Quiero darle la sorpresa, hacer algo por él para compensar lo mucho que él hace por mí.

—¿Y qué te hace suponer que yo siento algo por él? El otro día no te confirmé nada.

—Tampoco lo negaste. Soy adolescente, no tonto. Dime, ¿vendrás esta noche?

—De acuerdo, iré.

—¿A las ocho y media? Cenamos sobre las nueve, pero así podéis hablar un poco antes de comer.

—Allí estaré.

—Gracias. Te paso la ubicación. Y, Denise, por favor, no le rompas el corazón también tú.

—Rompería el mío —admitió.

—Hasta la noche entonces, profe. Y una advertencia... no es ningún chef cinco estrellas, pero hace lo que puede.

—Eso no importa. Hasta luego.

***

Cuando a las ocho y media sonó el timbre de la puerta, Julián le pidió a su padre que abriera él.

—¿Yo? —preguntó este—. Es tu invitada.

—Pero si le abres tú la harás sentir bienvenida.

Fernando se acercó a la puerta y se quedó de una pieza al ver a Denise.

—¿Tú?

—Estoy invitada a cenar —comentó ella con una sonrisa.

Fernando se giró para mirar a su hijo.

—¿Ella es la invitada?

—Te dije que iba a venir una amiga, pero no especifiqué si tuya o

mía. ¿Vas a hacerla pasar o la dejarás en la puerta?

—Perdona —comentó volviéndose hacia ella—. Eres la última persona que esperaba ver hoy. Pasa, por favor.

Julián se levantó del sofá.

—Me voy a mi habitación. Debo terminar unos ejercicios de francés para mañana; la profesora es bastante... exigente. Llamadme cuando esté la cena.

Lo vieron salir del salón y se quedaron frente a frente.

—¿De verdad te ha invitado a cenar?

—Sí, de verdad. Pero si te incomoda, me voy. Ya le dije que no era buena idea que no te hubiera preguntado.

Hizo ademán de girarse, pero él la detuvo agarrándola por el brazo.

—No me incomoda, solo estoy un poco sorprendido. Mucho, en realidad.

—Al parecer tu hijo piensa que es hora de que rehagas tu vida sentimental y cree que yo puedo ser una candidata, aunque sea francesa. Pero si tú prefieres otra me quedaré a cenar y luego me iré.

—Ni se te ocurra —murmuró mirándola a los ojos—. Eres la candidata perfecta.

Y se inclinó para besarla. Después la soltó, mirando hacia el pasillo, temeroso de encontrarse con Julián, pero el adolescente había decidido darles un poco de privacidad.

—Me temo que el menú es de macarrones con tomate. De lata, ni siquiera lo he frito yo. Pensaba dar de cenar a una adolescente y no a una sofisticada francesa.

—Si aún no has añadido el tomate puedo improvisar una salsa con lo que tengas en el frigorífico.

—¿Pretendes ponerte a cocinar? Eres la invitada.

—No me importa.

—Si mejoras mis macarrones con tomate te ganarás a Julián de por vida.

—Creo que ya lo he hecho.

—Ven a la cocina entonces. Allí podré besarte otra vez sin riesgo de ser interrumpidos. No pisa la cocina ni muerto.

Salieron del salón con el alma ligera y la ilusión pintada en los ojos. Con la promesa de un futuro que habían pensado que nunca vivirían. Era solo una cena, pero los dos estaban seguros de que en el futuro habría mucho más.

El proyecto de la vida

Anne R. Aband

Capítulo 1

Esto no sirve para nada

Pablo

El tercer correo llega a mi móvil mientras estoy entrando en clase.

Asunto: «Seguimiento del proyecto conjunto».

No lo abro. Entro en la clase de Teoría de la comunicación, donde algunos alumnos se sientan distraídos, hablando, y no me hacen ni caso, pero estoy acostumbrado.

Dejo mi maletín y saco mi agenda donde anoto todas las clases, el bolígrafo y la botella de agua. Apoyo el móvil boca abajo en la mesa, para bloquearlo. Total, ya imagino lo que dice, tonterías entusiastas para cambiar algo que no sé si funciona, pero es lo de siempre. Lo que aprendí cuando estudié en la facultad de Periodismo. Lo que intento transmitirles a los alumnos. Solo aquellos verdaderamente interesados conseguirán acabar el grado. Es una criba natural.

No soy su amigo. Soy su formador.

Echo un vistazo. Mi clase tiene treinta y tres alumnos, pero hoy no habrá más de veinte. Conozco sus nombres y sus fichas, y

también sus notas. Llevamos cuatro meses de curso.

—Buenos días.

Alguno levanta la cabeza; y más por costumbre que por respeto, se van callando, pero al fondo, varios siguen mirando el móvil.

—Cerrad móviles. Empezamos.

Como siempre, algunos lo hacen; otros, no. Mis clases tienen un esquema claro. Teoría, historia, ejemplos. Así que empiezo a soltar la clase, igual que el año anterior y que los cinco que vengo impartiendo este tema.

Llevo quince minutos y llaman a la puerta. Molesto, miro a través del cristal esmerilado y veo una silueta de mujer. Abro, impaciente, y ella sonríe con energía. No puede ser. Levanta la mano y la extiende para que se la estreche.

—Carmen Ríos, profesor Vega. ¿Puedo llamarle Pablo?

—Estoy en mitad de una clase, señorita Ríos.

—Carmen está bien, puesto que vamos a trabajar juntos.

Escucho un murmullo curioso en la clase, me vuelvo serio y se callan, pero no nos pierden de vista. Me molesta mucho que interrumpan mi clase.

—Hablamos más tarde en mi despacho —digo, pero ella niega.

—Me gustaría conocer a los alumnos. ¿Le importa?

Cuando voy a contestar, ella se ha colado en la clase y se acerca a mi mesa para dejar su carpeta. Sonríe a los asistentes y ellos se quedan callados, a la expectativa. Me pongo casi detrás. Es bajita, me llegará a mitad de brazo, o puede que sea porque soy alto. Ajusto mis gafas, malhumorado. Ella se vuelve hacia mí y luego hacia los alumnos.

—Soy Carmen Ríos. Trabajo en comunicación y he pasado los últimos años moviéndome entre universidades. —Se encoge ligeramente de hombros—. Y si algo tengo claro es que saber teoría

no sirve de mucho si no sabes decir lo que te pasa de verdad. Un periodista debe conocerse mejor a sí mismo para poder comunicar. Y, sobre todo, evolucionar con el tiempo que vivimos, donde los youtubers o la IA son una verdadera competencia.

Algunos sonríen. Yo aprieto la mandíbula. Eso ha ido por mí. Ni que fuera un carcamal. Me faltan dos para los cuarenta. Miro a los chicos, parecen interesados, y los que tenían el móvil en la mano lo han dejado.

—Vamos a realizar un proyecto juntos, con el profesor Vega, por supuesto. Algo práctico. —Ellos se miran, sorprendidos, y alguno me echa un vistazo. Empiezo a enfadarme—. No es obligatorio, por supuesto, pero es una oportunidad para tomar las decisiones adecuadas.

Sonríe cuando lo dice y he de reconocer que ha despertado su curiosidad, no la mía.

—Los alumnos están aquí porque desean ser periodistas, no *influencers.*

—Una cosa no está reñida con la otra. Si más periodistas se convirtieran en personas de influencia, podrían ayudar a muchos jóvenes.

El silencio nos golpea. Me vuelvo hacia mis alumnos con mal genio.

—Clase terminada, pueden irse. Usted, a mi despacho.

Ella sonríe y saluda a los chicos. Luego se vuelve hacia mí cuando ya ha salido el último.

—Profesor Vega, si piensa que me voy a retirar de alguna forma, está equivocado. Mi misión es...

—Su misión es usar otra clase para hacer sus tonterías.

Ella se pone un poco más rígida y la miro. No puedo evitar fijarme en su rostro. Es bonita, sin ser una modelo, pero sus labios

gruesos me llaman, aunque ahora están en una línea recta.

—Su clase es la que menos asistencia tiene y el decano ha decidido que intervenga en ella. Además, está totalmente relacionado.

—¿Con la teoría de la comunicación? —pregunto ya enervado. No suelo perder la paciencia, pero me toca la narices—. ¿Y qué es lo que va a hacer? ¿Jugar con ellos?

—Puede que sí. Si hubiera leído mis correos o mi dossier sabría exactamente qué es lo que vamos a hacer. Y, por cierto, compartiremos despacho.

—¡No! Hablaré con el decano ahora mismo.

—Vaya si quiere, pero ya está hecho.

Ella cruza los brazos delante de su pecho, enfadada. La miro, recojo mis cosas rápido y me voy directo al despacho, sin mirar atrás. Miro alrededor, mi escritorio está muy ordenado, y... pues ¿no hay otra mesa y una silla en un lado?

La puerta se abre y entra ella. Deja sus cosas encima de su lugar de trabajo.

—Esto no puede ser. Salga de mi despacho.

—Estaré cuatro meses. Podrían ser menos. Hagamos que sean agradables en lugar de tirarnos los libros a la cabeza.

Miro el reloj. No tengo la siguiente clase hasta dentro de dos horas, así que me siento delante de mi portátil y ella hace lo mismo en su mesa. ¿En serio se va a quedar? Tecleo un e-mail al decano diciéndole que es imposible, que esto no es lo que funciona, mil razones. Sigo corrigiendo los trabajos, bufando de vez en cuando. Son mediocres, muchos pueden haber usado la inteligencia artificial.

—¿Suele gruñir tanto, profesor Vega?

Levanto la vista, ya se me había olvidado que estaba allí. Ella sonríe. Se ha hecho un moño con su cabello castaño y lo ha

recogido con una pinza. Ahora lleva gafas, supongo que para el ordenador.

—Señorita Ríos, métase en sus asuntos.

—Oh, por favor, no creo que seas mucho mayor que yo, así que llámame Carmen y te llamaré Pablo; si vamos a estar cuatro meses trabajando codo con codo podría ser incómodo.

No contesto. Entra un correo del decano en el que me dice que no hay ningún tipo de posibilidad de evitar la colaboración. La orden viene de más arriba. Conozco a Carlos desde hace tiempo, fue uno de mis profesores y tengo confianza, debe de ser por eso que me dice que tengo que ponerme al día con las nuevas formas de enseñar. Y que Carmen es una gran comunicadora, que los alumnos aprenderán mucho de ella. Cierro el portátil con fuerza y me levanto. Ella lo hace.

—¿Hora del café? Me vendrá bien.

—Vete a la cafetería, Carmen —digo remarcando su nombre—, yo me voy a dar un paseo.

—Te acompaño.

—De eso nada. Es mi momento libre.

—Me gustaría hablar sobre el proyecto, es algo conjunto. Y puesto que creo que no te has leído nada de lo que te he enviado...

—No. Haz lo que te dé la gana. Te dejaré quince minutos al final de la clase y listo. En ese tiempo das lo que quieras.

—Necesito como mínimo treinta minutos.

—Veinte.

—Hecho.

La miro y ella sonríe. Me da que me acaba de meter un gol. Salgo deprisa y me dirijo a la máquina de café, donde saco uno solo. Veo a Carlos caminar por el pasillo y en dos zancadas lo alcanzo. Él me mira con preocupación.

—¿Qué pasa, Pablo?

—Ha sido una encerrona.

—No si hubieras leído el proyecto. Me da que no lo has hecho.

—Es mi clase, joder. ¿Por qué yo?

—Ha habido alguna queja. Tus clases son iguales a las del año pasado. Y la del otro —dice mientras me indica el pequeño patio que hay en los edificios. Paseamos por el cuidado jardín—. Circulan tus apuntes por ahí y se dice que muchos van leyendo a la vez que explicas, sin que varíe una coma o un punto. ¿Qué te ha pasado, Pablo? Eras un comunicador brillante.

Tomo un trago de café para evitar contestar. Él espera, pero sabe que... me he vuelto reservado. Suspira.

—En cualquier caso, Carmen no solo será un buen revulsivo para tus alumnos, tal vez también para ti.

—Ni en sueños, Carlos.

—Dale tiempo. He visto algunas de sus intervenciones y es brillante. —Se para y me coge de los hombros—. Hazte un favor y abre tu mente. Es lo mejor para todos y también para tu carrera. No somos IAS, somos personas, y eso se tiene que notar.

—No soy ningún robot, Carlos, yo...

—¿Estás seguro? ¿Interactúas con los alumnos? ¿Hablas con ellos?

—Tengo tutorías.

—Eres lo suficientemente inteligente para saber que no me refiero a eso. Mira, Pablo. No te queda otro remedio, así que acéptalo como el buen jugador de ajedrez que eres. No es una batalla perdida. Es un cambio de mentalidad.

—¿Y si no quiero?

Se encoge de hombros y se va hacia su despacho. Termino el café, cabreado, y voy hacia la cafetería para tomar algo sólido. Esta

mañana no me dio tiempo a desayunar. Las pesadillas han vuelto. Cuando llego, está rodeada de mis compañeros, como si fuera una más. Acaba de llegar y ya habla con más gente que yo. Me mira con una sonrisa, y aparto la vista hacia la barra del bar. Esto es una putada, como dirían mis alumnos.

Capítulo 2

Hablar

Carmen

Miro a Pablo con cierta pena. Sus compañeros casi me han dado el pésame por haberme incluido en su clase, pero no me asustan los retos.

—Disculpad. Voy a por algo de comer.

Me levanto de la mesa de la cafetería y me acerco a él. Está mirando la bollería que ofrecen y también la tortilla de patata. No parece decidirse.

—Si te gusta el dulce y el salado, ¿por qué no un poco de los dos? O mejor, yo me pido dulce; tú, salado, y compartimos.

Me mira entre sorprendido y horrorizado. No entiendo nada. He leído su expediente y es un tipo brillante y, he de reconocer, guapo, incluso con su cabeza repeinada y sus gafas de montura gruesa. Lleva un jersey oscuro, con camisa y pantalones también oscuros. Afeitado, ojos color chocolate, mandíbula recta y diría que hace deporte, aunque esté delgado. Muy serio para tener treinta y ocho, siete más que yo. Me acerco al camarero.

—Un cruasán y tortilla de patata. Y dos cafés solos. —Me giro

hacia él—. Te invito para agradecértelo.

Sigue sin hablar y se va a una mesa. Yo pago todo y lo sigo, me coloco frente a él, parto las dos cosas, las distribuyo en los platos y se lo pongo delante.

—A veces se pueden elegir dos cosas y no es malo.

—No me queda otro remedio que aceptar tu intromisión, pero eso no significa que vayamos a ser amigos.

—Lo sé. No eres el primero que rechaza mis clases —digo con un suspiro. Me mira y empiezo a comer la tortilla. La verdad es que siempre me lo han puesto difícil, pero solían ser profesores más mayores. Él es joven—. Te voy a mandar un mensaje para que tengas mi móvil y así puedes comentarme lo que sea necesario.

Como no dice nada, lo hago. Él no lo mira y sigue comiendo en silencio.

—¿No vas a hablarme de nada?

—No es obligatorio, ¿o también entra en tus cometidos hacerme hablar?

Lo miro y, sin poder evitarlo, me echo a reír. Él se asombra, me observa como si fuera algo peligroso y mueve la cabeza.

—Hagamos esto agradable, Pablo. Te pido que te leas el proyecto, que podamos colaborar. Mi interés es que los alumnos lleguen a ser buenos comunicadores, que amen su profesión. ¿Nunca pensaste dedicarte a otra cosa que no fueran las clases? ¿No fuiste corresponsal?

Lo noto tenso. He escuchado algo, pero quiero que me lo cuente él.

—Sí, en Ucrania, durante la guerra. Por eso me retiré.

—¿Dejaste las clases una temporada?

—Un año. Y luego volví.

—¿No te gustaba ese tipo de trabajo?

—¿A quién le gusta ir a un sitio donde muere la gente? Me voy al despacho.

Se levanta y coge su plato para dejarlo en el carro de recoger la vajilla. Luego se marcha. Me quedo pensativa. Cierto, ir de corresponsal a un sitio en conflicto es terrible, pero creo que hay algo más.

Dejo lo mío y voy al despacho. Él está tecleando y yo me siento allí a preparar mis cosas, y también me meto en internet. Lo encuentro. Al parecer, una bomba cayó muy cerca de donde vivía con otros periodistas. Murieron cuatro personas, sobrevivieron dos, otro profesional y él.

Se levanta y miro la hora. Toca la otra clase. Cojo mis cosas y voy tras él.

—Veinte minutos al final de la clase —dice dudoso.

—Lo sé, pero quiero estar desde el principio. Es una de mis asignaturas favoritas.

Bufa ligeramente y entra en la clase. Yo me siento en un lado. Hay como quince alumnos, se los nota apáticos como él. Suelta su discurso como una grabadora. La gente no toma apuntes, porque ya los tienen. Eso me lo ha dicho el decano. Creo que fue alumno suyo y lo aprecia. Según él, la guerra lo cambió. Y no me extraña, lo hace con todos. Cuando acaba, me mira y me levanto.

—Buenos días, soy Carmen Ríos.

Me presento y les hablo del proyecto, al que llamo La lista. Me sorprende que él se haya quedado, se ha sentado en un lado y mira sus papeles, pero sé que me presta atención.

—La profesión de periodismo ha cambiado mucho en los últimos años y solo aquellos que realmente estéis comprometidos con ella vais a conseguir superarla y trabajar de ello.

Una mano se alza.

—Sí, dime.

—Hoy en día, con la inteligencia artificial y las personas que se ponen a contar noticias, lo tenemos muy mal —dice un chico de la segunda fila.

—Así es. ¿Cuál es tu nombre?

—Jorge.

—Está bien, Jorge. Tienes razón. Ha sido un cambio que afecta a todo el mundo, no solo al periodismo. Pero tienes dos opciones: la primera, decir que esto va a ser una ruina, que nos vamos a quedar sin trabajo todos y que no queremos saber nada y buscar un trabajo que no tenga que ver. La segunda es la que yo elegiría, y se trata de adaptarse, de dar al mundo lo que las nuevas tecnologías no pueden, y es a nosotros. A nuestra humanidad, nuestras opiniones, la documentación, la conversación, las opiniones, hablar con las personas y, lo que es más importante, escucharlos.

Jorge asiente y veo que los demás van prestando atención.

—Por eso estoy aquí, porque hablar con el mundo es hacer algo que importe, y este es el primer punto de la lista. ¿Cuántos de vosotros os matriculasteis en Periodismo porque sentíais que podíais mejorar el mundo?

Las manos se alzan, tímidas, hasta que todos acaban sonriendo y con la mano alzada. Miro de reojo a Pablo, que está atónito. Sonrío.

—Eso es maravilloso. Y de eso se trata. Y no es hacer algo heroico o ponerse delante de una bala. Esto no es la película de *El guardaespaldas* —todos sonríen—, esto va de pequeños gestos diarios, de contrastar la información y de no recurrir a herramientas que hagan nuestro trabajo, sino de usar la mejor que tenemos —digo señalándome la cabeza—, porque... ¿qué es la humanidad sin su pensamiento? ¿Habéis leído el libro de *Un mundo feliz*, de Aldous

Huxley?

Algunas manos se levantan, pocas.

—Os resumo. En esta historia todo está dado, el mundo está preparado para que nadie se cuestione nada. Hasta que alguien lo cambia todo. En ese caso, es una mujer que quiere tener un hijo por sus propios medios, algo que no estaba programado. Y es cierto que tenemos herramientas que nos lo ponen todo igual de fácil, pero ese no es el problema. El verdadero problema está en no cuestionar lo que nos dicen, o dejar de pensar porque hay algo que te lo hace todo. La tecnología es una herramienta muy útil que, como todas, hay que saber usar. A mí me gusta de vez en cuando, pero también disfruto con una buena charla entre personas, intercambiando opiniones. Esto es lo que quiero que sea para vosotros el pequeño espacio que amablemente ha cedido el profesor Vega.

Alguno lo mira de reojo, pero él no dice nada.

—Y por eso, puesto que es viernes y tenéis todo el fin de semana, me gustaría invitaros a pensar. A llenar un folio, solamente, con aquellas cosas que de verdad importan en vuestra vida, las que os impulsan cada jornada a venir a clase, las que os hicieron decidir elegir esta profesión tan apasionante. Podéis usar un cuaderno, de los de escribir a mano, no sé si alguno os acordáis cómo se hacía —risas contenidas—, pero en cada clase hablaremos de una lista que vamos a hacer. Y este punto es el primero. Título: «Esto me importa». Muchas gracias.

Ellos se levantan, comentando, y veo alguna sonrisa. Me giro hacia Pablo, pero ya se ha ido. Siento que él haya perdido la ilusión, pero me niego a que estos chicos lo hagan.

Me han asignado una habitación en la residencia de profesores, así que recojo mis cosas y camino hacia el edificio. Está dentro del campus, y los que venimos de fuera o estamos por poco tiempo

podemos alojarnos allí. Me gusta porque es un miniapartamento con una habitación y el baño. En ella hay una cama amplia, una cocina con fregadero y un escritorio. He estado en sitios peores y esta ciudad del norte me encanta, es fresca, pequeña, pero tiene de todo.

Llego a mi apartamento. Todavía no he deshecho las maletas, porque llegué ayer. En el sótano hay una lavandería común y también un gimnasio con pocos aparatos. Algunos de los profesores y profesoras me han dado su teléfono y me han acogido bien. El sábado por la noche suelen juntarse en un local de la ciudad. Imagino que Pablo no irá. Tengo muchísima curiosidad por él.

Deshago las maletas y me meto en la ducha. El agua no sale caliente y chillo al sentirla fría. Fría no, helada. Maldita sea.

Llaman con fuerza a la puerta. Me envuelvo con una toalla y salgo mojada y helada a abrir. Cuando lo hago, él está ahí, vestido con ropa de deporte. Me mira alarmado.

—¿Estás bien? Te escuché chillar.

Traga saliva cuando ve que estoy solo con una toalla, el cabello húmedo y descalza.

—No salía agua caliente.

—¿No has conectado el termo?

—Ah... creo que no, pero no sé...

—¿Puedo pasar?

—Por favor.

Me aparto y cierro la puerta. Él va directo a la cocina y aprovecho para calzarme. Abre un armario donde está la caldera y la enciende. Luego me mira, dudoso.

—Hemos empezado mal, pero... lo que les has dicho a los chicos... no está mal.

—Gracias. Por todo. ¿Vives aquí?

—Temporalmente. Mi piso se inundó y Carlos me cedió una habitación. Estoy... enfrente.

—¿Por si necesito algo?

—Supongo que sí. Deberías... deberías vestirte.

—Acabaré de ducharme con agua caliente. Iba a salir para conocer la ciudad... no sé si te apetecería mostrármela. La ciudad. Ya sabes.

Me sonrojo, porque es un juego de palabras que he hecho sin querer, creo. No esperaba fijarme en él de *esa* forma.

La ropa de deporte le cae demasiado bien. Los hombros son anchos, los brazos firmes, y en las piernas, el pantalón se le ajusta en los sitios adecuados. Trago saliva, consciente de que llevo un segundo —o dos— de más observándolo. Aparto la mirada y sonrío, como si no me hubiera entrado demasiado calor.

—¿Has ido a correr?

—Suelo hacerlo. Me voy.

Se gira y lo tomo del brazo. Él se aparta, como si quemara. Y puede... puede que sí.

—Entonces... ¿esta tarde? ¿Te gusta la comida italiana? Necesito encontrar el sitio perfecto.

Parece dudar, pero asiente.

—En una hora abajo.

Se marcha y sonrío. Algo es algo.

Capítulo 3

No todo el mundo debería estar aquí

Pablo

—¿Qué demonios haces? —me digo una vez que cierro la puerta. Después del día infernal, he tenido que irme a correr. Carlos me ha comentado en un mensaje que sea amable, que se aloja frente a mí, y cuando la he escuchado gritar, casi tiro la puerta de su habitación.

Lo peor, que ella estaba desnuda bajo la toalla. Su piel llena de gotas era como un delicioso postre, y verla así, me he... excitado, algo que no es posible. No. De ninguna manera. Ella es mi... enemiga.

—Joder, y encima la llevo a cenar.

Me meto a la ducha y salgo rápido porque si pienso que ella estará en la suya desnuda, me pongo nervioso. No me entiendo. Acabo por vestirme, y para hacer tiempo, me meto en internet y la busco. Tiene hasta una charla TED donde habla del periodismo en la actualidad. Me fascina cómo se comunica, como llega. Un golpe en la puerta me saca de ella. Miro el reloj y cierro el portátil.

Abro. Carmen sonríe. Cojo la cazadora y salimos. Se ha puesto unos vaqueros y un jersey azul que queda bien con su rostro,

ligeramente tostado, pero de ojos claros. Ya lleva el cabello seco y suelto, le cae hasta media espalda.

—Entonces, el agua caliente...

—Bien. Fue un placer, es que odio el agua fría. Y mira que procedo de Santander, donde el agua no está precisamente como en el Mediterráneo. ¿Tú eres de aquí?

—Sí, he vivido aquí siempre, excepto... un par de años. Me gusta el sitio, es tranquilo.

—Ya veo —contesta, y le señalo una calle comercial.

—¿Qué ves?

—Gente, animación...

—No, me refiero a que has contestado «ya veo» cuando te he dicho...

—Ah, sí. ¿Tomamos una cerveza? Ese sitio parece bueno.

—Lo es.

Nos sentamos en una mesa y pedimos dos botellines. La música suena algo fuerte, pero es agradable. Ella se acerca a mí un poco y huelo su suave perfume afrutado.

—Quería decir que te gusta el sitio porque es tranquilo y tal vez predecible.

—Como yo, ¿no es así? Pensaba que querías que te enseñara algún restaurante, no que ibas a criticarme.

—No te critico, Pablo. En absoluto. ¿Por qué elegiste ser periodista? Es una carrera de pasión.

—Soy más apasionado de lo que tú crees —digo acercándome a ella enfadado. Me mira y luego a mis labios. Me aparto bruscamente.

—No lo dudo, Pablo. Entonces ¿qué te ha pasado?

Me quedo callado y justo entonces la camarera nos trae los dos botellines y un cuenco con frutos secos. Ella me mira con una sonrisa y ladea la cabeza, esperando.

—Nada que te interese. La verdad, me voy a ir a casa. Esto no funciona.

—No tiene que funcionar. No somos pareja ni nada. Solo estamos hablando. Pero tranquilo, ya cambio de conversación. Veo que no te gusta hablar de tus cosas.

—No soy un alumno ni tampoco tienes que analizarme, Carmen.

Durante unos minutos se queda callada, bebiendo cerveza y mirando a los demás, pero vuelve al ataque.

—Me gustaría conocerte, pero puedo empezar yo. Como sabes, soy del norte, mis padres y mi hermano todavía viven allí. Tienen una pequeña granja de vacas; sí, de vacas —dice riéndose cuando alzo mis cejas—, soy la primera de la familia que ha estudiado y se sienten muy orgullosos de mí, pero también de mi hermano, que está ayudándolos en la explotación. Son unos buenos padres. Pero yo quería ver mundo, saber qué pasaba en él, conocer a gente nueva. Mi pueblo, a unos kilómetros de Santander, se me quedaba pequeño.

—Me da que todos los sitios se te quedan pequeños. No pareces muy de establecerte en uno.

—Puede ser. O puede que no haya tenido los motivos necesarios para ello. Quién sabe.

Se la ve distraída y aprovecho.

—Así es complicado tener familia, supongo.

—Supones bien, pero tampoco la busco —contesta a la defensiva —, si encuentro a alguien que me gusta, estoy con él el tiempo que quiero. Y listo. Sin ataduras.

—Eso no es tener una relación. Eso es pasar por la vida de forma superficial. Y me dices a mí...

—La diferencia es que yo sé lo que estoy haciendo, pero tú ¿sabes que tus alumnos van solo por llenar el expediente? No digo

que no seas bueno, te he visto hablar y realmente explicas bien. Pero... no interactúas.

Me pongo rígido. Tomo un trago largo de cerveza. Sé que no interactúo, pero que ella... que ella me lo diga así, sin conocerme, me jode más de lo que pienso.

—Decirle a un compañero algo así es de mala educación.

—O es decirle algo que no sabe o no quiere reconocer y que le ayudaría a ser el profesor brillante que podría. Te lo digo desde el cariño.

—¿Cariño? Acabas de conocerme, no digas tonterías.

—Es una expresión, Pablo. La cambio. Te lo digo desde el respeto a tu trayectoria, a tus artículos e incluso a tu tesis.

Trago saliva, incómodo.

—¿Te has leído todo?

—Bastante. No todo, la verdad. Me gusta conocer a la persona con la que voy a trabajar. Algo que me parece que tú no has hecho. Has ignorado mis correos.

—Sí —contesto incómodo.

—¿Por qué? —pregunta ella con naturalidad. Niego y me levanto a pagar, luego, salgo por la puerta. Ella me sigue y me toma del brazo—. ¿Por qué, Pablo? Quiero... ayudarte. Si me dejas.

—No, Carmen. Respetaré tu tiempo y tú respetarás el mío. Me vuelvo a casa. Al final de la calle tienes un italiano.

—Lo siento, no quería entrometerme.

—Para no querer, lo has hecho perfectamente.

Me giro y empiezo a caminar hacia la residencia. Estoy incómodo, porque, sin quererlo, esta mujer ha dado donde más me duele, y sé que esta noche no será bonita.

Capítulo 4

Decir las cosas

Carmen

No he visto a Pablo en todo el día, así que me marcho a tomar una cerveza con los compañeros. Me mandan la ubicación, y aunque me despisto, acabo encontrándolos. Hay tres mujeres y dos hombres, de diferentes materias. Me reciben con una sonrisa, qué diferencia con él.

Y sí, el viernes me fui a cenar sola y poco me importa, estoy acostumbrada, pero quería conocerlo un poco más, y solo lo he empeorado.

—Carmen, siéntate —dice Fran, otro profesor. Es de la edad de Pablo, creo, quizá algo mayor. Las mujeres me sonríen y pido una cerveza. Una de ellas, Isa, me pregunta:

—¿Qué tal con Pablo? Es duro de pelar.

—Bueno, he entrado en su clase y supongo que a todos les molestaría.

—A mí no —dice Fran guiñándome un ojo. Isa bufa y me mira preocupada. Vaya, aquí hay un amor no correspondido.

—El caso es que solo voy a estar cuatro meses aquí, así que se

tendrá que acostumbrar.

—Es una vida un poco a salto de mata, que diría mi madre —comenta Isa. Me encojo de hombros.

—Sí, pero es la que me gusta. Ir de ciudad en ciudad, conocer a gente nueva, jóvenes que quieren aprender, unos más apasionados que otro; es estimulante, la verdad.

Ellos asienten y me empiezan a contar cotilleos, luego los voy conociendo. Isa y Fran son los únicos solteros y por lo visto el primero, de treinta y nueve, es de los que van de flor en flor, teniendo a Isa loca por sus huesos. Tomamos un par de cervezas más, y ya, un poco mareada, porque no suelo beber, me despido y me voy a casa. Debería haber comido algo antes de salir.

Cuando llego a la habitación, se me caen las llaves. Me echo a reír yo sola. Y acabo apoyándome en la pared. No sabía que me iban a sentar tan mal las cervezas. Se abre la puerta de enfrente.

—Oye, Carmen, quería disculparme... —Me mira y luego a las llaves, que siguen en el suelo. Las recoge—. ¿Has bebido?

—Poco. No cené...

—Déjame ayudarte.

Abre la puerta y me tropiezo, así que me coge de la cintura.

—Te aseguro que no bebo —digo con los ojos brillantes—. Gracias.

Todavía me tiene agarrada de la cintura y entonces paso los brazos por su nuca, algo que he deseado desde el primer momento. Él se pone rígido e intenta apartarse, pero no lo dejo.

—Vamos, Carmen, esto no es... no es...

—Sé lo que hago —digo, y en parte es verdad. Acaricio su nuca y lo atraigo hacia mí, pero él se aparta como si quemara, haciendo que me tambalee y me caiga de culo. Chasquea la lengua y me ayuda a levantar. Sonrío tontamente, y después me quedo de pie,

mirándolo—. Eres guapo, a pesar de ser tan...

No puedo seguir, me dan arcadas y me voy corriendo al baño. Después de vomitar y jurar que no voy a tomar más cervezas, escucho la puerta. Bien, se ha ido. Me lavo la cara y me pongo el pijama. Cuando salgo del baño, está ahí, con una caja.

—Es manzanilla, va bien, si te gusta.

Me mira, nervioso, y tomo la caja. Sigo mareada, pero he expulsado el alcohol de mi cuerpo y me encuentro mejor.

—Lo siento, Pablo. Realmente me sienta mal beber.

Se acerca a la nevera y la abre. Está casi vacía.

—¿En serio no tienes nada? ¿Y cómo ibas a pasar el fin de semana?

—Iba a comer fuera. Estoy acostumbrada.

—Espera, ahora vuelvo.

Se marcha enfrente y me preparo la infusión. Al menos, tengo agua. Me siento en el sofá con la taza caliente y al rato, pasa con una bandeja y se pone en la cocina a preparar cosas. Me acerco y me siento en una de las banquetas de la encimera. Está preparando unas fajitas con carne picada y pimientos.

—¿Te gusta cocinar?

—Si vives solo no queda otra. Paso de ir a comer fuera a todas horas. Imagino que te gusta esto, ¿no?

—Me gusta, gracias. ¿Por qué lo haces?

Me mira y se encoge de hombros. Saca una sartén, la limpia y la pone en el fuego. Luego, sin girarse, me lo confiesa.

—Supongo que tienes razón. He estado... todo el día pensando en lo que me dijiste. Me he vuelto... predecible. Y yo no era así.

Dejo la manzanilla y me acerco a él. Mira fijamente la carne picada de la sartén, pero no a mí. Rozo su brazo y se vuelve.

—Tranquilo, estaré solo unos meses. No tendrás que aguantarme

demasiado. Y... no quise... hacerte daño.

—Ya. En realidad, tú no me hiciste daño, me dijiste algo que nadie... se había atrevido. Eres sincera.

Sonrío.

—Espero que no me consideres de esas personas que dicen ser sinceras cuando sueltan todo lo que pasa por su cabeza sin pensar en los demás. Yo no soy así, pero... tienes tanto talento que me dio... pena que no lo sacaras.

—Eso lo dices tú —responde molesto. Se gira para poner la carne sobre las fajitas.

—Lo dice mucha gente, pero supongo que... se cambia. Te pasó algo.

—No quiero hablar de eso. Come.

Me acerca el plato con uno de los tacos y le doy un mordisco. La salsa se me escurre mientras ronroneo por lo bueno que está.

Él se tensa y me mira con los ojos muy abiertos. Luego, pasa un dedo por mi comisura y lo lleva a su boca. Eso es demasiado para mi cordura.

—Come, Carmen —dice y él le da un mordisco al suyo. Estamos de pie, apoyados en la encimera, y hacía tiempo que no me sentía tan cómoda. Acabo mi plato, pero no lo pierdo de vista. Él termina el suyo y limpia la sartén y los platos. Yo solo puedo ver sus músculos moverse y creo que me está afectando. Luego, se seca las manos.

—Quédate, Pablo.

—No. Es un error. No debo y no... puedo.

—¿Estás con alguien?

—No, no es eso. Joder, te he conocido hace nada y somos... profesores, y yo...

—Tranquilo, lo entiendo. No soy de tu gusto.

Entonces él se acerca deprisa y me toma de la cintura. Sus labios

quedan a nada de los míos.

—Eres perfectamente de mi gusto, Carmen, pero no es correcto.

—Solo estaré cuatro meses, Pablo.

Se acerca y me besa suavemente, pero luego se aparta. Abre la puerta y me mira.

—Es una de las razones de más peso. Buenas noches.

Se marcha y me siento en el sofá. Mis labios siguen sensibles. Ha sido algo suave, casi..., pero me ha gustado y me ha dejado con más hambre.

Capítulo 5

Disculpas

Pablo

Salgo todo el domingo fuera de casa, he ido a ver a mi madre y ella, aunque sabe que me pasa algo, es discreta y no me pregunta. Me habla de su último libro, ella escribe poesía, y de que hará una presentación la próxima semana, para ver si podré ir. Le aseguro que sí y ya cerca de las nueve, me marcho a casa.

Ella vive en un apartamento muy pequeño, y, aunque me ofreció quedarme a vivir allí cuando se inundó mi piso, no me apeteció. Vivir en el campus me resulta muy práctico, aunque con ella enfrente, me está empezando a trastornar. Porque yo no quiero algo rápido, sexo por sexo.

Mi madre ha vuelto a preguntarme sutilmente si salgo con alguien. Le encantaría tener nietos, supongo. Algo que me parece que no va a ocurrir. Mi hermanita murió de muerte súbita y eso me aterra. Tal vez sea algo familiar.

Estoy abriendo la puerta cuando sale Carmen. Se acerca a mí.

—¿Podemos hablar? Por favor.

—Pasa.

Me quito la cazadora y caliento el hervidor. La miro y ella asiente.

—Siéntate. ¿Manzanilla, té?

—Manzanilla está bien. Gracias. Vengo a disculparme.

—¿A disculparte por qué? —pregunto preparando las tazas.

—Por haber invadido tu vida. Hoy me tocó a mí pensar —dice mientras me siento a su lado en el sofá y dejo las tazas en la mesita —. Gracias. He invadido tu clase, te he... echado... ya sabes...

—¿Los tejos? —pregunto sonriendo—, bueno, eso es halagador, en el fondo.

Ella asiente con una sonrisa suave. Miro sus labios y pienso que sí los querría en mi boca. O quizá en otros lugares.

—Suelo ser así. Y no digo que sea bueno, pero... a veces me paso.

Deja la infusión en la mesa y se gira para mirarme a los ojos.

—¿Quieres que le diga a Carlos que me cambie a otra clase?

—No —digo consciente de dónde me estoy metiendo—. En realidad, creo que puede ser estimulante para mis alumnos. Incluso... para mí.

Ella sonríe y dejo la infusión en la mesa. No se puede imaginar cómo deseo besarla.

—Me alegra que digas eso. Y... siento mucho todo —dice levantándose. Lo hago también y me quedo cerca.

—Eres una mujer preciosa, Carmen, y no te mentiré si te digo que me encantaría besarte y lo que fuera, pero creo que no es correcto. Y sí, ya sé que hay líos entre profesores..., pero... yo no soy así. No soy de liarme con la gente.

—¿No eres de sexo rápido?

—A veces sí, claro —respondo apurado—, pero suele ser con gente que no me importa en absoluto, que la conozco de un día y ya está.

—Eso es que...

—No hay nada entre nosotros, y difícilmente lo habrá. Eres una mujer increíble, y por eso, no quiero sexo rápido contigo. Porque como tú dices, te irás en unos meses, y la verdad, no me apetece quedarme colgado.

—Eso es muy sexy, Pablo —dice ella sonriendo. Bufo, pero no me aparto. Mi cuerpo no me obedece—. Y yo tampoco soy de acostarme con cualquiera. Podría haberlo hecho ayer, Fran me tiró los tejos, como dices, pero no me interesó. Tú sí.

—Joder, Carmen.

Ahora sí me aparto y me llevo las tazas al fregadero para lavarlas. Ella se coloca a mi lado.

—Otra vez me he pasado. Lo siento. Nos vemos mañana.

Se marcha a su habitación y me pregunto qué pasaría si... si tuviéramos sexo. La deseo, sin duda, y ella a mí. Somos dos adultos sin compromiso. ¿Tan malo sería?

—Sería una muy mala idea. ¿Cómo iríamos a estar en la clase sabiendo que... he besado cada parte de su cuerpo?

Me noto totalmente endurecido y me voy a la ducha, para desahogarme. Esto no puede continuar así, tal vez sea mejor que... que vaya a otra clase, pero cuando pienso en el imbécil de Fran, me llevan los demonios.

Nunca me había afectado alguien así... excepto ella. Esa noche vuelvo a tener pesadillas y me levanto empapado de sudor.

Capítulo 6

Fracasar

Carmen

—¿Qué es fracasar? —pregunto nada más que Pablo me cede la clase. Hoy ha estado algo distraído, pero puesto que se sabe sus clases de memoria, no ha fallado. Miro a todos los alumnos, hoy han venido unos veinticinco, diez más que en la clase anterior.

Una chica de la segunda fila levanta la mano. Le doy la palabra.

—Fracasar es fallar en algo, hacer las cosas mal o no llegar a entregar un trabajo. A veces, no llevar una relación a su término...

—Sí y no —contesto mientras paseo por el frente de la clase—. Todos fracasamos, según esa definición. Pero para mí cambia un detalle. Fracasar es todo lo que has dicho y más. Todos conocemos algunos aspectos oscuros de nuestra vida que no le diríamos a nadie. —Veo sonrisas—. Pero el fracaso es más que eso. Para mí es cuando vuelves a caerte, sea el número de veces que sea, y no te levantas. Ahí es cuando hemos fallado del todo.

Algunos asienten y miro a Pablo, que está serio. Retomo la clase.

—¿Alguien hizo el ejercicio que os propuse? Escribir sobre lo que vale la pena. Vuestros motivos.

Varias manos se levantan. Voy dando paso y todos hablan de vocación, de pasión, de la verdad y de informar de la forma más ecuánime posible. Me gusta. Veo ese entusiasmo que deben tener. Sonrío y miro la hora. Veinte minutos se nos hacen cortos.

—Habéis completado la primera pantalla —digo, y algunos sonríen por la referencia a los videojuegos—, vamos a por el siguiente nivel. La comunicación. Quiero que para mañana preparéis dos minutos en los que vais a contar algo personal. No tiene por qué ser íntimo, pero vendréis aquí y hablaréis para toda la clase.

Veo caras confusas y alguna que otra sonrisa.

—Saber hablar en público, saber comunicar es algo que debemos dominar. Y todo el mundo puede ser muy habilidoso leyendo una pantalla y soltando la parrafada. Pero es necesario transmitir, emocionar, y para ello nada mejor que contarnos algo personal. No quiero que os aprendáis un tema, sino que lo sintáis. ¿De acuerdo?

Ellos asienten, y aunque veo caras dudosas, sobre todo en una chica de la primera fila, recogen sus cosas. Pablo se levanta y caminamos hacia el despacho.

—Creo que debería escribir ese cuaderno —suspira mientras me abre el despacho—, yo tenía esa motivación hace años.

—Ni que fueras tan mayor —digo sonriendo.

—No, pero me has... reconectado. Empiezo a darme cuenta de algunas cosas. Y creo que ellos también.

—Eso quiero pensar. Y que tú... que tú también lo pienses, me alegra mucho.

Me siento en la mesa y lo miro. Parece indeciso. Se acerca un paso y luego otro. Está a un suspiro de distancia y extiende la mano para acariciar mi cara. Llaman a la puerta y se aleja a su mesa. Entra una chica, la tímida de la primera fila.

—Buenos días, profesores.

—¿Ocurre algo, Marta? —pregunta él. Ella me mira—, ah, ¿quieres hablar con la profesora Ríos?

La chica asiente y él se levanta.

—Voy a por un café.

Le envío una sonrisa de agradecimiento e indico a Marta que se siente enfrente. Ella está dudando.

—No puedo hacerlo, profesora.

—Solo Carmen. ¿Qué no puedes hacer?

—Hablar delante de todos. Yo quiero ser periodista, pero solo escribir, no... ponerme delante... no puedo.

—¿Pánico escénico?

—Sí.

—¿Qué pasó? Si quieres contármelo.

—Yo... de pequeña era... muy gordita. Me llamaban la Bola, ya sabe lo crueles que son los niños —dice y le paso un pañuelo. Creo que no se ha dado cuenta de que está llorando—. Gracias. Y tuve que... tuve que hablar de un proyecto y... estaba tan nerviosa que... fue horrible, Carmen. Tenía diez años y me hice... se me escapó algo de... mojé mis pantalones y... al cabo de los años, cuando era adolescente, estuve a punto de suicidarme. Ahora estoy bien, mis padres me ayudaron muchísimo, y también una buena psicóloga..., pero noto que no me siento segura delante de la gente..., ¿podría no hacer ese ejercicio?

—Lo siento muchísimo, Marta, pero... creo que no te voy a eximir. Has estado todo este tiempo evitando exponerte y no acabas de superarlo. Imagina que te colocas delante de todos y va bien.

—¿Y si va mal? No podría soportar otro momento así.

Me pongo a su lado y la tomo de la mano.

—¿Y si va bien, Marta? ¿Y si por fin te libras de esa losa pesada

que llevas arrastrando tantos años? No soy psicóloga, pero sí he ido a una durante cierto tiempo de mi vida. Y escondernos de los traumas no hace que los superemos. Y... si fuera mal, si te bloqueases, tampoco pasaría nada. Tenemos más miedo al «¿y si?» que nos planteamos nosotras mismas que a lo que realmente podría pasar.

Ella está más calmada y se limpia la cara.

—Solo puedo decir que... lo intentaré.

—No tienes por qué contar algo que te pese, seguro que lo pasabas muy bien con tu familia ¿quizá haciendo algo?

Ella sonríe y se ilumina su rostro.

—Me encantaba ir a pescar con mi abuelo. Pasábamos horas mirando el lago y hablando.

—Es una anécdota maravillosa, Marta. Me encantará escucharla. Inténtalo, y si te es imposible, cambiaré de tema y saldrá otro alumno. Pero que no te venza el miedo.

Nos levantamos y ella me da un abrazo. En su rostro hay un pequeño atisbo de determinación. No quiero forzar a nadie, pero incluso después de haber superado el trauma, una pequeña parte sigue allí.

Pablo se asoma y trae un café que me da.

—¿Estaba bien Marta? Es una joven muy inteligente, aunque extremadamente tímida. Salir delante de todos quizá no le ayude.

—No está muy bien, pero lo va a intentar. No voy a forzar que lo haga, solo si ella lo desea.

Acabamos la mañana con los otros dos grupos que tiene e incluso hoy Pablo ha preguntado a uno de los alumnos su opinión sobre algo. Casi me echo a reír por la cara de asombro del chico. También se han apuntado a hacer el cuaderno y me siento satisfecha. Es una técnica que probé con otras universidades y fue

bien.

Estamos recogiendo todo en el despacho cuando llaman a la puerta y entra Fran.

—Ey, hola. ¿Qué tal? Me preguntaba si te apetecía tomar un café, Carmen.

Me quedo pasmada y miro a Pablo, que aprieta levemente la mandíbula. Creo que Fran ha leído señales equivocadas, pero cuando voy a contestar, Pablo se adelanta.

—Justo tenemos que diseñar una parte de su proyecto. Tal vez mañana. Hoy toca horas extras.

—Entendido, Pablo. Nos vemos mañana y, Carmen, enhorabuena, he oído varios comentarios de pasillo que decían que estaban encantados con tu clase.

—Gracias, Fran.

Se marcha y me vuelvo hacia Pablo.

—¿Revisar mi proyecto? ¿En serio?

—Es que no conoces a Fran, va de mujer en mujer. Aunque claro, si es lo que quieres...

—Te lo dije ayer. No me interesa. Me voy a casa, aunque si quieres repasar lo que sea, me avisas.

Me marcho con media sonrisa. Paso por un supermercado cercano y compro varias cosas para tener en la nevera. Puede que me aficione a cocinar, ¿por qué no?

Acabo con dos bolsas grandes y, cuando llego a casa, las dejo en el suelo para abrir la puerta. Mi vecino de enfrente sale, mirándome curioso.

—¿Hoy sí tienes comida?

—Y bastante, incluso para compartir. ¿Conoces a alguien al que le apetezca?

Él se rasca la barbilla, como si estuviera pensando.

—¿Fran?

—Mmm, puede que lo llame, tengo lasaña congelada y es demasiado grande.

—O puedes invitarme a mí —dice. Sonrío y entro en la casa, dejando la puerta abierta. Mientras empiezo a recoger todo en la nevera y armarios, él entra en la casa con una botella de vino. La miro con la ceja levantada.

—¿Quieres emborracharme?

—Pues no. Podemos mezclarlo con cola. Aunque eres divertida cuando bebes, me apetece hablar con la Carmen profesora —dice dejando la botella en la nevera—, y tal vez puedas decirme de dónde salió ese proyecto.

Asiento y me acerco a él, que está apoyado en la encimera. Joder, es que le tengo ganas. Él se pone rígido. Luego, se destensa.

—Mira, yo... es que no soy así. Y compartimos la clase. Pero es que tienes tanta vida que me estás matando —dice rendido, tomándome de la cintura. Paso los brazos por su nuca y me acerco a su cuerpo.

—Pablo. Te juro que no soy de las que ven un tío y se lanzan, pero tú también tienes algo que me atrae, y todavía no lo sé, porque anda que no has sido antipático conmigo.

—Supongo que me atrajiste desde el minuto cero y no quería... volver a sufrir —comenta apartándome un mechón de la cara con dulzura. Luego me mira a los ojos—, pero no te voy a contar nada, porque sé que lo estás pensando. Solo que... si me dejas... me gustaría besarte.

—Te dejo, Pablo, por supuesto.

Él borra la sonrisa de mi cara con un beso ardiente que me hace gemir. Me levanta en brazos y me sienta en la encimera. Arrasa el cuello con sus besos y sus manos parecen mágicas, están en todas

partes. Roza mi espalda mientras yo meto las mías por debajo de su camiseta, para tocar su piel, su pecho, su fuerte espalda. Él gime cuando se coloca entre mis piernas y su dureza se une al calor que emito. Se aparta, agitado.

—Esto va a acabar...

—... como debe. En mi cama.

Me levanta y me lleva en brazos mientras no deja de besarme. ¿Cómo puede ser un tío tan sexy e inteligente a la vez? Me deposita despacio en la cama y pronto su camiseta y la mía están fuera. Se deleita con mi piel y, sin darnos cuenta, ya estamos desnudos.

—No tengo condón —dice levantando la cabeza de mi cuello.

—No importa, estoy protegida. Y sana.

—Yo también. Dios, estoy deseando hacerte el amor.

—No te cortes —suspiro deseándolo. Se introduce en mí y siento que algo está pasando, porque cuando él me mira mientras se mueve dentro y fuera, creo que es lo adecuado.

Gimo cuando estoy a punto y, nada más que acabo, él también. Se echa a mi lado y ambos respiramos agitados. Luego se vuelve hacia mí y pasa su brazo por debajo de mi cuello, para que me acurruque.

—Eres... asquerosamente perfecto, Pablo —digo en su cuello. Se echa a reír. Su risa es profunda y por demás sensual. Me pego como una pequeña lapa y me acaricia la espalda.

—Ha sido un polvo rápido, Carmen, esto habría que mejorarlo. Si quieres.

—Sí, quiero. O sea, lo mejoramos, vale.

Vuelve a reírse y mi estómago hace un ruido de hambre. Me da un beso en los labios y se levanta, para ponerse solo los pantalones.

—Voy a meter la lasaña al horno, ¿de acuerdo?

Me incorporo para verlo trabajar. Tener un hombre —un hombre,

no, ese hombre— medio desnudo en la cocina me encanta. Aunque sea solo para meter una lasaña en el horno.

Él se vuelve con una sonrisa burlona y una vez que la ha metido, vuelve a la cama, aunque no se quita el pantalón.

—Me encanta que me hagan la comida.

—Se me da muy bien hacerlas —dice besándome un pecho, que se eriza.

—Creo que igual voy a ducharme. Salgo enseguida.

Corro a la ducha porque mi corazón está palpitando demasiado rápido. Y es por él.

Capítulo 7

Elegir

Pablo

Carmen me ha invitado a quedarme a dormir y, aunque dudo, lo hago. Paso un momento a mi apartamento para lavarme los dientes, y cuando vuelvo, ella está en el sofá con una infusión. Me pide que me siente a su lado.

—¿Quieres ver una peli?

—¿Qué tipo de películas te gustan? —le pregunto mientras me acomodo en el sofá y ella se coloca a mi lado con el mando. Ambos estamos bastante llenos con la lasaña y he de reconocer que me lo he pasado muy bien, me ha contado anécdotas y, aunque sé que le debo alguna explicación..., no he encontrado el momento. Pero me he reído, y sí, hacía mucho que no estaba tan relajado.

Ella pone las piernas en mi regazo y me mira, su sonrisa es pícara.

—Sé que estamos muy llenos, pero la mejor película es la que hemos visto antes. Tú encima de mí. Pero claro, si te apetece, vemos la parte dos, que es yo encima de ti.

Suelto una carcajada y la beso. ¿Qué se supone que voy a hacer

cuando se vaya?

—Te ha cambiado la cara. Lo he visto. ¿Qué es?

—Que te irás, Carmen. Como todos... —susurro.

—Tienes algo duro en tu pasado y no es necesario que me lo digas, pero, Pablo, ya sabías que esto era así. Lo siento si...

—No, perdona, está bien. Lo sabía. ¿Vemos un rato la tele y luego seguimos con la segunda parte?

Ella asiente y ponemos las noticias. Los periodistas solemos ver varias cadenas, observamos cómo lo hacen o qué dicen. Pura deformación profesional. Pero sacan noticias de la guerra y apago la tele. Me he quedado lívido.

—Estoy muerta de sueño. ¿Te importa que durmamos un poco?

—Sí, será lo mejor.

Nos echamos en la cama y ella se aprieta a mí. Yo paso el brazo por su cintura. Me gusta su calidez y enseguida me quedo dormido. Y entonces, todo vuelve. La bomba, la muerte de Svetlana, mi impotencia por no poder salvarla; y me despierto, sudando y con un grito. Ella se pone rápidamente de rodillas delante de mí, la miro con los ojos desenfocados. Me acaricia, me tranquiliza y me doy cuenta de dónde estoy.

—Lo siento, debería... irme. Perdona.

—No te vayas, Pablo. Déjame abrazarte, por favor. Déjame consolarte —dice, y me conmueve tanto que me recuesto de nuevo a su lado. Son las cinco de la mañana y ninguno nos vamos a dormir. Dejo que la oscuridad me atrape y me lleve de nuevo a Kiev, donde conocí al que pensé que era el amor de mi vida.

—Fue... en la guerra —susurro. Me alegro de que la luz esté apagada, aunque una farola de la calle me deja adivinar ligeramente su rostro, que ya me lo sé de memoria—. Estuve de corresponsal, pensaba que mi vida se estaba... momificando de alguna manera.

Necesitaba probar, y cuando llegué allí, la adrenalina me volvió a la vida. Había una periodista ucraniana, Svetlana. Preciosa, inteligente..., no sé si fue amor lo que sentimos, pero había algo. Compartimos meses de relación, ¿sabes? Y, para resumir, un dron explotó en la casa donde nos alojábamos varios periodistas. Ella murió. No pude sacarla de allí y entonces me volví a la universidad. Pensé que lo más seguro era esa vida que había llevado y..., bueno, hasta que tú..., de alguna forma, me has despertado.

—Como... como a la bella durmiente —dice, pero sé que está llorando.

—Algo así. —Sonrío triste—. Me di cuenta de que en realidad la relación con ella iba a ser algo temporal. Y, aun así, me quedé hecho polvo. Eres... eres la primera persona a la que se lo cuento, Carmen.

—Eso significa algo —susurra ella.

—Significa que empiezas a importarme y que otra vez me quedaré hecho una mierda cuando te vayas en cuatro meses. Y por eso debería alejarme de ti.

—No quiero hacerte daño, Pablo. Nunca fue mi intención. Me gustas.

—Y fuiste muy clara.

Me echo hacia atrás y levanto las manos para ponerlas bajo mi cabeza. Ella se apoya en mi pecho y puedo ver su rostro serio.

—Lamento mucho lo que te pasó allá. Y sé que ver morir a una persona que aprecias puede marcarte para siempre. Pero tú estás vivo, Pablo. Eres joven y mereces rehacer tu vida, disfrutarla.

—Y a la única persona que me apetece conocer resulta que se va en semanas —murmullo. Ella me besa.

—Tal vez debas vivir el presente y aprovechar las oportunidades. Puede que yo sea esa relación temporal que te hace darte cuenta de que estás vivo y eres capaz de volver a tener a alguien.

—Puede ser —digo suspirando. Ella se echa en mi pecho y acaricio su espalda desnuda. No le voy a decir que quisiera que fuera ella, porque no quiero que se sienta mal. Lo he sabido desde el momento cero.

—¿Quieres dormir un poco más?

—No —contesto—, me paso a mi apartamento para ir a correr. Te veo luego.

Me marcho, porque no quiero... abrirme más. Es posible, tal vez con ella me dé cuenta de que hay que dejar el dolor que pase, aunque no se olvide.

Salgo a correr un buen rato, luego me ducho y me visto. Llamo a su puerta, pero ya se ha debido de ir, así que camino hacia mi despacho. Cuando entro, tampoco está, así que me voy hacia la cafetería; de todas formas es pronto y no he desayunado. Ella está hablando con mis compañeros, a los que saludo, y me pido un café con un bollo. Voy hacia una mesa libre cuando Carmen me hace señas para que me siente con ellos. Aunque no es... no es lo normal en mí, lo hago. Por ella.

—Buenos días —digo. Están Fran e Isa, que me mira con los ojos bien abiertos.

—Siéntate. Estaba contándoles lo del proyecto. Tenían curiosidad.

—¿Y cómo llevan tus alumnos la novedad? —pregunta Isa interesada.

—Parecen contentos.

Me quedo callado y miro a Carmen, que me anima para que siga hablando.

—Han aumentado. Puede que mi clase les resultara un tostón y esto los ha animado.

Isa abre la boca y Fran se me queda mirando. Carmen sonríe.

Elevo las cejas. Hasta en eso me ha... cambiado.

Termino el bollo de un bocado y me levanto.

—Tengo que corregir unos exámenes.

Salgo de la cafetería y me cruzo con un par de alumnos que me saludan con una sonrisa. No me lo puedo creer. Me siento delante del ordenador. Hoy toca hablar de los periódicos digitales. El primer año que estuve dando clases se me ocurrió hacer algún tipo de periódico para mis alumnos, algo donde pudieran publicar sus artículos, pero finalmente se decidió que otro profesor con más experiencia lo hiciera. Ese hombre ya se jubiló y nadie ha cubierto ese puesto, y tenemos una dirección web reservada. Envío un e-mail a Carlos y me dice que sin problema. A los minutos, el informático me manda la contraseña. Sonrío. Creo que a los alumnos les va a gustar.

—Ay, Dios, que me he confundido —dice Carmen al entrar. Levanto la cabeza y la miro, extrañado—. Sí, he entrado en el despacho de otra persona porque... ¡estás sonriendo!

Suelto una carcajada y ella me mira con una sonrisa.

—Nadie me había hecho reír tanto.

—Lo pondré en mi currículo —dice abriendo la puerta para que salga y me una a ella hacia el aula.

Entramos y veo que la clase está casi completa. Es mi momento de quizá hacer algo que aprecien. Hay que conocer la teoría, pero también es importante la práctica.

—Hoy podéis cerrar apuntes y cuadernos.

Me miran como si fuera un extraterrestre. Carmen sonríe atenta.

—La profesora Ríos me ha inspirado para hacer algo práctico y he recuperado el acceso al periódico digital del curso. ¿Os apetecería escribir y publicar artículos para que pueda leerlos cualquiera? ¿Quién se apunta?

Se quedan quietos, sobresaltados, como cuando ves un animal delante del coche. Tímidas manos se empiezan a alzar hasta que son todas. Carmen aplaude. En un momento, todo se revoluciona. Buscamos ideas, asignamos puestos, participan en todo. No sé si se lo acaban de creer, como yo, pero se nos hace la clase corta hasta que le toca a ella, que se levanta con una gran sonrisa.

—Mañana seguiremos con este tema, ahora que hable la profesora Ríos. Carmen...

—Gracias, Pablo. Bueno, ha sido una agradable sorpresa y me alegro mucho. Ahora nos toca seguir con nuestra lista, aunque sé que algunos estáis excitados por el proyecto tan maravilloso de vuestro profesor. ¿Algún voluntario?

Carmen los mira, pero antes de que salga alguien, Marta se levanta. Está muy nerviosa y le tiemblan las manos, pero se pone delante de todos.

—¿Estás bien?

—Sí, profesora. No he dormido casi, pero he tomado una decisión. —Se vuelve hacia todos sus compañeros y suspira—. De pequeña, me llamaban la Bola.

La piel se me pone de gallina cuando ella cuenta, durante dos minutos, aquel suceso de acoso, pero luego acaba con la historia de su abuelo; y si la primera nos ha hecho llorar de tristeza, la segunda ha sido de felicidad. Cuando acaba, mira a Carmen. Un chico empieza a aplaudir. Luego va otro; y después, los demás. Ambas se abrazan y todos van saliendo uno por uno, a darle su abrazo correspondiente.

Me acerco a ella y, sin importarme lo que piensen de nosotros, la rodeo con mis brazos.

—Eres única, Carmen.

Capítulo 8

Continuar

Carmen

Después de dos días de emoción, cama y momentos compartidos, Pablo me invita a un recital de su madre. Me siento algo extraña, pero acepto. O sea, no quiero que esto sea serio o... no sé si quiero. La universidad de Málaga me ha llamado para ir un par de meses y yo... he aceptado. Tengo que comentárselo a Pablo. En algún momento.

Llegamos al lugar donde varias personas van a recitar. Nos sentamos en una mesa y yo pido un té. Me toma de la mano cuando estamos escuchando. El ambiente está oscuro y solo el escenario se encuentra iluminado. La siguiente mujer, con un vestido largo y colorido, sale y se pone delante del micrófono.

—Es mi madre, Ágata.

—Es muy guapa.

Ella empieza. Creo que tiene un acento extranjero, tal vez francés, muy atenuado, pero que hace que, al recitar, salga música de sus labios. El poema habla de un amor perdido y Pablo suspira.

—Lo escribió cuando mi padre murió. Se amaban mucho.

Aplaudimos con ganas y me toma de la mano para presentarme. Ella está saludando a todos y cuando ve a Pablo, se le ilumina el rostro. Un rostro lleno de amor.

—Hijo, qué alegría verte.

Le da un abrazo y él sonríe.

—Mamá, ella es Carmen, una amiga.

Me mira y se alegra, se acerca y nos abrazamos, como si nos conociéramos de toda la vida.

—Pero qué guapa eres, hija mía. Hacéis una pareja perfecta.

—No empieces, mamá, que somos amigos.

—Nunca habías traído a nadie, Pilo, que es mucho decir.

—¿Pilo?

Se echa a reír.

—Cuando era pequeño, no sabía decir su nombre, y así se quedó.

—Me encantaría saber más anécdotas de Pilo, por favor.

—Claro que sí, vamos a la mesa.

—Madre...

—No seas malo y tráenos algo de beber.

Nos marchamos a la mesa y ella me toma de las manos.

—En serio, Carmen, me alegro de conocerte. Mi hijo es muy especial y raro también, como un perro verde. Le debes interesar mucho.

Me río y asiento.

—Lo es. Me costó que se abriera, pero bueno... aquí estamos. Solo que yo estoy de paso, o sea, he venido por cuatro meses, así que... no sé. No quiero que te hagas ilusiones.

—Ya veo. Pero Pablo te gusta, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y no puedes quedarte por...?

—Mi trabajo es ir de una a otra universidad. Estoy unos meses con mi proyecto y luego voy a otra. Así es complicado tener algo más que un amigo.

—Mi hermana se casó con un camionero. Y sí, él viajaba a menudo por toda Europa. Ni te imaginas las postales que nos enviaba. Y aun así, tuvieron tres hijos. No sé, supongo que cada uno tiene una dificultad metida en su cabeza. Solo es cuestión de seguirla o no.

—Mamá, te he traído un vino blanco y refresco para ti. ¿Está bien?

—Perfecto.

—¿De qué hablabais?

—De la vida —dice su madre antes de que pueda contestar. Y después empieza a contar anécdotas vergonzosas de Pilo que acaban incluso haciéndolo reír.

Nos despedimos con un gran abrazo. Ella me mira a los ojos.

—Eres una mujer maravillosa. Lástima que no puedas convertir ese proyecto tan chulo que haces a algo online, como se usa ahora.

Levanto una ceja, pero Pablo me lleva después de despedirme.

—Lo siento, mi madre es muy intensa. Ya ni me acordaba de algunas cosas que ha contado.

—Me ha caído de maravilla, Pilo.

—¿En serio? Olvídate de ese nombre —dice riéndose.

—Tendrás que hacer algo muy fuerte para que lo olvide, Pilo, Pilo, Pilo...

Me echo a reír y él atrapa mi boca contra una pared y me hace callar. Luego, caminamos de la mano hacia mi casa, donde jugamos a las posturas un buen rato.

Y así pasan tres meses. Él ha sacado su periódico online. Yo he convertido a los chavales en apasionados estudiantes, incluso he

pasado por varios cursos, además del de primero. Ha sido una experiencia increíble, pero... me esperan en Málaga.

Incluso hemos cenado varios días en casa de su madre. Y cada vez que nos marchamos, ella me mira con intención.

Esa noche, casi no dormimos. Mañana tengo que empezar a hacer las maletas. Pablo acaricia suavemente mi piel. Suspira.

—¿Y si... no te fueras? Mi piso ya está arreglado y hay sitio para los dos. Podrías... me encantaría que te quedaras, Carmen.

—Tengo un compromiso con la universidad de Málaga.

—Podrías volver después.

—Me han llamado de Praga. Me gusta estar contigo...

—Te quiero, Carmen —dice de sopetón cuando me incorporo para besarlo. Me quedo parada, inmóvil—. Te quiero de verdad y me gustaría intentar una relación seria contigo. Sin que tengas que dejar tu trabajo, aunque no sé cómo, pero yo podría estar aquí y tú viajar lo que necesites y volver a casa... al piso.

—Yo..., joder, Pablo. No me hagas esto.

—¿El qué? ¿No estar enamorado de ti? Tarde. Pero no pasa nada; si no sientes lo mismo, lo acepto.

Me levanto, confundida, y me encierro en el baño. Es el único lugar privado. Joder, joder... y lo... jodido es que yo también lo quiero. Mierda.

Tardo mucho, necesito pensar y me siento en el suelo, arropada con el albornoz. Cuando salgo, él ya no está. Hay una nota.

> Tranquila, lo entiendo. Me lo dejaste bien claro y tienes razón. He sido yo quien ha cometido el error de enamorarse. Te deseo lo mejor. Pablo.

Se ha ido y tal vez... tal vez sea lo mejor.

Epílogo

Conflicto

Pablo

Dos meses y medio han pasado, y aunque nos hemos enviado un mensaje que otro, no sé nada de ella. Compagino el periódico digital con las clases, que he ido cambiando, y la verdad, echo de menos su alegría, pero he de reconocer que he salido de mi ostracismo.

Mi madre insiste en que la llame, que ella está loca por mí, y solo la abrazo. Sé que Carmen le gustaba. ¿Y a quién no?

Carlos se asoma para darme un recado.

—Pablo, hoy tienes que hacer un *tour* a la nueva profesora que se incorpora de prácticas.

—¿Por qué yo? —protesto. Él se encoge de hombros y se marcha. Vuelve mi yo antipático, pero inspiro y expulso para recuperar el que empiezo a ser. Me voy al despacho. La mesa de Carmen sigue ahí y no he querido quitarla, tal vez pensando en que podría volver, algo que es absurdo. Supongo que en algún momento lo haré.

Me concentro en revisar los últimos artículos del periódico

cuando escucho la puerta abrirse.

—Toc, toc —dice alguien. Levanto la vista. Carmen aparece con un maletín en la mano. Me levanto, tirando los papeles al suelo.

—¿Qué... haces aquí?

—No sé, busco a un tal Pablo Vega, creo que me tiene que hacer un *tour* por el campus.

—¿Tú eres... tu eres la profesora en prácticas? —pregunto asombrado, sin acercarme a ella.

—Sí y no. Daré algunas clases, pero le dije a Carlos que debería viajar. Aun así, me aceptó gustoso. ¿Podrías aceptarme tú con esas condiciones?

—Por supuesto que sí.

Ya no puedo más y la abrazo, la beso y ella ríe feliz. Luego, me aparta y revuelve mi cabello. Ella me dijo que no lo peinase tanto, entre otras cosas.

—Te quiero, Pablo. Cuando estaba lejos me di cuenta de que quería estar contigo. Solo que no veía cómo. Tu madre me inspiró.

—¿Mi madre?

—Sí, me dijo que por qué no hacerlo online —dice sonriendo—, y no voy a cambiar todo lo online por presencial, pero habrá más de lo primero. Entonces... ¿aceptas o no?

—Acepto. Te acepto con todo lo que quieras.

La tomo en brazos y me entierro en su cuello. Mis besos erizan su piel hasta que escuchamos un carraspeo. Carlos entra.

—Ya veo. No hay... no hay problema en que los dos salgáis juntos, pero no... uséis el despacho para otras cosas. ¿De acuerdo?

Sonrío y le doy dos palmadas al decano. Él también lo hace. No puedo ser más feliz. O sí.

—Verás cuando mi madre se entere.

Nos echamos a reír y la tomo de la mano. Carlos se marcha y

nos quedamos mirando. Carmen acaricia mi barba crecida.

—Vamos a intentarlo, a ver qué pasa, ¿sí?

—Sí. Hagámoslo.

Ella se instala en la mesa y yo vuelvo a sentarme. Me ha cambiado o tal vez ha recuperado lo que fui en su día. En cualquier caso, hoy comienza una nueva vida para los dos.

Mi reina

Mayeda Laurens

Capítulo 1

Las llamas cubrían el edificio. Altas, potentes, hermosas... Ante mis ojos, el centro se consumía en un ritual de purificación que limpiaba mi alma de odios, rencores, dolor y sufrimiento, y solo me dejaba paz y calma en una sensación de alivio tan ingente que casi me sentía desfallecer. Mi cuerpo era ahora ligero, tanto como una pluma, como una brizna de hierba mecida en la brisa de un atardecer de verano frente al mar.

Me había tomado años reunir el valor para dejar mi lugar de trabajo. El colegio al que tanto tiempo de mi vida había dedicado ahora solo suponía un mal recuerdo en mi memoria y en mi corazón.

Ser maestra de Educación Infantil había constituido mi sueño desde que me preguntaron por primera vez qué quería ser de mayor. Nunca había dudado. Ni una sola vez. Y cuando por fin me gradué y sostuve en mi mano el diploma, me sentí la mujer más feliz del mundo. La ciudad donde ejercer me era indiferente, cualquiera me valía con tal de meterme en un aula cinco días a la semana.

Lo conseguí rápido, mi currículum era excelente, y en menos de un abrir y cerrar de ojos me convertí en tutora de un grupo de veintiún alumnos. Y así pasé años, dedicándome a mis pequeños.

Pero no todo fue color de rosa; al contrario. Ese tono dulce, adorable, amoroso se fue tornando poco a poco en uno oscuro,

sucio, deslucido, hasta que se convirtió en un negro tan denso y opresor que llegué a sentirlo como una verdadera mano apretando mi garganta hasta dejarme solo el mínimo de aire necesario para no morir... solo agonizar en una muerte lenta y dolorosa que presagiaba desgracia.

Y así fue. Cansada, desencantada, de baja por sufrir una depresión aguda, medicada a causa de mis pensamientos autodestructivos y suicidas, me levanté un día con un único plan en la cabeza: borrar del mapa el lugar que me había llevado a ese punto. Imaginé cientos de veces cómo lo haría, hasta que memoricé cada uno de los pasos.

Esa noche, por fin, lo había logrado.

El colegio ardía y, con él, se esfumaban todos mis problemas. Una sonrisa de alivio y de triunfo me acompañó todo el camino de vuelta a casa.

***

Me desperté con una mezcla de sentimientos tan dispares que tardé unos minutos en entender qué había ocurrido.

En mis sueños había perdido el control de mí misma y, sin embargo, una sensación de felicidad me inundaba. Al instante siguiente tuve que amonestarme y recordarme que ese era uno de los sueños que nunca podían ni debían hacerse realidad.

Me levanté de la cama dispuesta a enfrentar mi tortura un día más. Cada vez me resultaba más difícil poner los pies en el suelo y afrontar mi jornada. El trabajo que siempre me había fascinado se me antojaba ahora una desgraciada obligación. Estaba cansada de pelear y no tenía claro cuánto más iba a poder aguantar.

El móvil vibró. Sin mirarlo supe que Rebeca acababa de darme

los buenos días.

Rebeca era mi reciente compañera. Estaba en el grupo de las Apestadas, como nos hacíamos llamar por lo mucho que los demás trataban de ponernos la zancadilla —y muchas veces lo conseguían — y de arruinar cada una de nuestras ideas, del que algunos entraban a formar parte cuando se incorporaban a la plantilla... y abandonaban cuando decidían que no les merecía la pena sufrir ese acoso y buscaban otro centro educativo para trabajar. En ese momento solo ella y yo ostentábamos el triste título.

El motivo por el que el equipo directivo, en ese curso escolar, había decidido emparejarnos era una completa incógnita, pero juro que habría abandonado todo si no hubiera recibido este golpe de suerte. Gracias a ella, a su apoyo y a su optimismo, había recuperado algo de mi ilusión por la docencia.

Llegué a la cocina dispuesta a prepararme mi café doble, mientras desbloqueaba el teléfono y escuchaba su audio:

—¡Ánimo! Recuerda que, pasando pasado mañana, es viernes.

Solo ella podía emocionarse tanto los martes...

Y así, con ese mantra en bucle en mi cabeza, llegué al cole. Según dejaba el coche en la plaza que tenía asignada, alguien se bajaba de otro vehículo que acababa de estacionar tres sitios más a mi derecha.

—¡Buenos días!

Alejandro siempre me recibía con una enorme sonrisa. Daba igual que el día fuera el más frío del invierno registrado en los últimos cincuenta años o el más caluroso que una ola de aire africano hubiera arrojado sobre nuestro país. En serio, no importaba. Cada día para él era bueno y eso provocaba que hubiera jornadas en las que pensaba que aquel gesto era la única razón por la que seguía entrando por la puerta del colegio sin dar media vuelta.

Caminé hasta su coche para dirigirnos juntos a la entrada del centro. Alejandro llevaba una mochila enorme a la espalda y eso solo podía significar una cosa.

—¿Has terminado de corregir todos los exámenes?

Su rostro giró hacia mí y me regaló una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Dos días; ya sabes que no me gusta tardar más de eso. Los alumnos esperan las notas.

No dejaba de sorprenderme que fuera uno de los pocos que entendía que, por mucho que resultara una pesadez, los chicos necesitaban saber sus calificaciones cuanto antes para continuar su día a día. No todos recordaban lo que suponía ser estudiante y pasar días con la angustia de no saber si habías aprobado o no el examen de turno.

—Y tú sabes que unos cuantos compañeros volverán a llamarte la atención por correr tanto, no sea que «malacostumbres a los niños». —No necesitaba aclarar que era una ironía, pero, aun así, hice el gesto de las comillas con los dedos.

—Hay quien prefiere aprovechar sus horas de guardia para cotillear o rascarse la tripa, directamente; a mí no me sale ser así.

Y ese tipo de respuestas eran las que me hacían beber los vientos por él.

Estaba enamorada de Alejandro hasta las trancas, pero las relaciones entre los profesores estaban prohibidas en nuestro *maravilloso* colegio y, de todas formas, más allá de las miradas que de vez en cuando nos dedicábamos, él no mostraba otra cosa que amistad y compañerismo hacia mí. Lo último que yo necesitaba era arrojar un desengaño amoroso u otro toque de atención por parte de la dirección a mi ya abultada pila de sentimientos negativos.

Capítulo 2

Un par de golpes en la puerta de mi aula interrumpieron la actividad de relajación que hacíamos en clase justo después del patio.

—Lidia, la directora quiere verte. Vengo yo a sustituirte mientras estás arriba.

Arriba era el despacho de la *supermegahiperdirectora*.

Juro que no sentí nada cuando me lo dijo. Tan acostumbrada estaba ya a sus reprimendas que lo mismo me daba ir a su despacho que al retrete. La sensación era exactamente igual.

—Ahora vuelvo, chicos.

Subí las escaleras que llevaban al despacho de Dirección. Otra conversación sobre mis métodos, otra batería de preguntas que cuestionaban su eficacia, otra tanda de motivos por los que debía ir al mismo ritmo que mis compañeras... En fin, la cuestión era que debía elegir entre plegarme a los métodos arcaicos de los demás o seguir como yo quisiera a riesgo de tener que someterme a un nuevo tercer grado.

Cuando volvía a mi aula, justo en el cambio de clase, me crucé con Alejandro. No necesitó preguntar de dónde venía al ver mi expresión de derrota. Se paró en seco a mi lado y, con el rostro serio, abrió la boca para decirme algo. Sin embargo, en el último

momento, la cerró y un atisbo de alegría apareció en sus labios, mientras me apretaba con suavidad el hombro.

—Venga, ánimo, que ya no queda nada para el fin de semana.

No tuvimos tiempo para decirnos nada más porque el timbre de inicio de clase sonó con fuerza en los pasillos de todo el centro, así que solo me miró con su maravillosa sonrisa y cada uno siguió su camino.

Mientras bajaba el último tramo de escaleras solo pude pensar en que él siempre aparecía cuando peor yo me encontraba, como si tuviera un radar especial para identificar mis peores momentos.

Cuando acabó nuestra jornada, Rebeca y yo caminamos juntas hasta el aparcamiento.

—¿Sabes? A mí también me han llamado la atención. Pero no pienso dejar que eso me hunda. De hecho, se me ha ocurrido un nuevo proyecto...

Y así, en pocos segundos, me puso al tanto de su idea. Esta vez consistía en juntar a nuestros pequeños con los más mayores del cole; decidimos ir más allá y no quedarnos en una mera exposición a los niños de alguna actividad, sino en un verdadero intercambio de momentos, de vivencias, de mezclar las aulas a lo grande.

Una vez más, la ilusión volvía a mí.

***

La semana pasó entre planes y acuerdos con compañeros. Lo cierto es que solo aceptaron tres de Secundaria: la profesora de Química, la de Inglés y, cómo no, Alejandro. Él ni siquiera pidió detalles; bastó con que Rebeca y yo termináramos de explicar la idea para que dijera que sí. Sé que lo hizo porque nuestro proyecto le entusiasmó, además de porque era un gran amigo; sin embargo, una parte

chiquitita muy en el fondo de mí deseaba que lo hubiera hecho por pasar más tiempo a mi lado...

Necesitaba quitarme esa idea de la cabeza, pero cada vez me costaba más verlo cada día y hacerme a la idea de que nunca llegaríamos a cruzar la línea de la amistad.

En cualquier caso, fue un verdadero placer y la experiencia de ver, un mes después, a los chicos de cuatro años en el laboratorio o sumergidos en una sala reconvertida en Londres. Aprender los movimientos de la Tierra, el sol y la luna en francés resultó una maravilla para padres, alumnos, los cinco docentes implicados y... nadie más. Así que otro jarro de agua fría y una nueva bronca cayeron sobre mi cabeza: demasiado tiempo para organizarlo, demasiadas horas de estudio perdidas para los mayores, demasiadas expectativas para los padres que no podían cumplirse a todos los niveles... El caso es que la tarde en la que nos dieron la valoración sentí que había llegado a mi tope.

—Te recojo a las siete. En punto.

No tuve tiempo de decirle a Alejandro que ese viernes no tenía ganas de salir, que lo único que quería era llegar a casa y plantearme mi futuro. Y, tal y como había prometido, a la hora exacta estaba esperándome en la puerta de casa.

—¿Dónde vamos? Porque no tengo muchas ganas de fiestas. ¿Has avisado a Rebeca? Con todo el lío a mí se me ha olvidado.

Alejandro esperó a que me abrochara el cinturón de seguridad y arrancó. Después, sin mirarme, contestó.

—Hoy solo quedamos tú y yo y, la verdad, no para ir de fiesta precisamente. ¿Te apetece que vayamos a nuestro rincón?

Me sorprendí. Y para bien, tengo que reconocerlo. «Nuestro rincón» era un lugar que descubrimos juntos una de las veces que quedamos al poco de su llegada, cuando recorríamos una de las

carreteras de montaña en mi empeño por enseñarle las maravillas de la ciudad. Paramos en uno de los salientes que hacía las veces de mirador y, observando lo que quedaba a nuestros pies, vimos que el río que discurría más abajo presentaba una ribera seca y llana, así que decidimos llegar hasta allí para pasar la tarde. Habíamos vuelto solo en cuatro ocasiones más, pues el acceso no era fácil.

—Se hará de noche en un rato...

—Por mí no hay problema.

El plan era insuperable: nuestro rincón, calma, desconexión, él y yo en un coche, el atardecer... Dudé. Mi estado anímico no podría soportar un ambiente así sin sufrir un poco más por meterme de lleno en una atmósfera tan romántica... siendo yo la única enamorada.

Alejandro lo notó.

—Venga, creo que lo necesitas.

Solo asentí con un breve movimiento de cabeza y no dejé de observarlo de reojo durante todo el trayecto, que él amenizó con una lista de música suave.

Alejandro había nacido, crecido y estudiado en Portugal, pero su afán por buscar aventuras había acabado con él en mi ciudad, así que no tenía familia ni amigos aquí. Eso es lo que nos llevó a acercarnos. Eso y que él, como Rebeca y yo, veía la educación de otra manera.

Veinte minutos después llegábamos a nuestro destino, justo cuando el sol empezaba a esconderse. Salimos del coche y nos tumbamos sobre el capó para observar en completo silencio el momento. Cuando la noche cayó al fin, volvimos al interior, aunque antes sacó del maletero una tableta de mi chocolate preferido y un termo de un litro hasta arriba de *rooibos*.

—¿Cómo estás?

Y así, con esa sencilla pregunta, me rompí. Ni siquiera la energía y el positivismo de Rebeca podían ya sostenerme. Aún debíamos afrontar el último trimestre del curso y se me antojaba un auténtico K2 que ni el alpinista más experimentado del mundo sería capaz de coronar.

Antes de ser consciente de que ocurría, Alejandro se acercó a mí y me abrazó, me dejó llorar sobre su hombro y empaparle la camiseta de lágrimas, mientras sus manos acariciaban mi espalda en un gesto de consuelo que yo, de verdad, necesitaba más que el aire que respirábamos.

En un momento determinado, subió hasta mi pelo y enredó sus dedos en el cabello a la altura de mi nuca, despertando unas sensaciones en mí que había prometido mantener encerradas con mil candados. No fueron suficientes. Explotaron en mi interior acelerando mi respiración y mis latidos. Ese abrazo no tendría que haberse dado nunca. Me separé, quizá con demasiada brusquedad.

—¿Te importa si volvemos a casa? Ya estoy mucho mejor. Gracias.

Tardó unos segundos en contestar. Ojalá hubiera habido algo más de luz para descifrar su mirada, porque supe, sin asomo de dudas, que escrutó mi rostro en profundidad, imagino que queriendo asegurarse de la veracidad de mi afirmación. Sus manos, que tras mi movimiento habían resbalado hasta posarse en las mías, se cerraron en torno a mis dedos, buscando quizá comprobar que la tensión que me acuciaba minutos antes por fin había desaparecido. Insistí:

—Te lo prometo.

Su reacción fue automática y, casi en un movimiento brusco, me soltó, pero su mirada no se apartó de mí en ningún momento, así que, más para convencerme yo que para halagarlo, añadí:

—Eres un gran amigo.

Habría jurado que su sonrisa vaciló apenas un segundo antes de que de girar por completo en el asiento, pero me obligué a pensar que me había creído con la excusa de que ese pensamiento salvaguardaba mi corazón.

Capítulo 3

Cuando Alejandro me dejó en casa tras nuestra visita al río, me dediqué a fundirme en un solo ser con el sofá y me regalé una maratón de *El Señor de los Anillos*, interrumpiendo solo mi mimetización con el sofá y la televisión cuando Rebeca me llamó el domingo después de comer.

—Voy a presentarme a las oposiciones.

Me dejó helada. Contenta y orgullosa de ella también, porque apenas quedaban unos meses para el examen y había que ser muy valiente para lanzarse; pero helada y muerta de miedo por dentro porque tenía claro que las aprobaría. Y eso, para mí, suponía que el curso siguiente me tocaba enfrentarme de nuevo a las aulas sin su apoyo. Solo pensar quién sería la compañera encargada de cortar mis alas y ahogar mi espíritu hacía que me sudaran las manos y el ritmo de mi corazón se acelerara.

—¿Lo hacemos juntas?

—No puedo, Rebeca. Me encantaría, pero yo no tengo tu memoria y no seré capaz de estudiar un montón de temas en dos meses y medio. Quizá el próximo curso; este, imposible.

Y ella sabía que tenía razón. Rebeca tenía una capacidad de retención privilegiada y no le costaba nada memorizar cualquier cosa, pero era consciente de que esa habilidad era algo escasa entre

el resto de los mortales. Al menos en mí.

A pesar de todo, por un segundo lo valoré, porque lo peor no era perder a Rebeca o verme abocada a trabajar con alguien insufrible; lo peor era descubrir que, sin ella el curso siguiente, Alejandro se convertiría en la única persona capaz de hacerme respirar entre aquellas paredes, por tanto, si me iba, perdería los pocos instantes de complicidad que tenía con él.

Le di vueltas al tema en mi cabeza y valoré cuánto ganaría si me apartaba del centro y cuánto lo vería fuera de él; al final llegué a la conclusión de que aquel pensamiento no tenía sentido porque, como ya le había recordado a Rebeca, dos meses para estudiar una veintena de temas era un tiempo excesivamente escaso para mí. ¿Y qué me quedaba si en el colegio se enteraban y luego no lograba aprobar? ¿Un futuro profesional aún más negro? No, gracias.

Sin embargo, el lunes, cuando nos saludamos en el aparcamiento del cole, me lo volvió a sugerir. Y de nuevo, susurrando para que los mil oídos que tenían las paredes del centro no nos escucharan, le recordé que tengo memoria de pez.

Por si la decisión de Rebeca no hubiera sido suficiente golpe, la compañera que en su día empezó la campaña de acoso y derribo hacia mí entró en mi clase al poco de empezar, sin llamar siquiera a la puerta.

—Lidia, he estado viendo las fichas que haces con tus alumnos...

—Buenos días para ti también, Francisca.

Pero ella continuó hablando como si no hubiera entendido que acababa de echarle en cara sus maravillosos modales.

—*Cari*, vas muy retrasada. A estas alturas tus niños ya deberían estar más que iniciados en las sumas.

—Disculpa, pero, hasta donde yo sé, solo debo ponerme de acuerdo con mi compañera directa, y esa es Rebeca. Ella y yo

llevamos el mismo ritmo, ajustado, además, al desarrollo de nuestros alumnos.

—Pero, *cari*, si yo te lo digo por tu bien. Cuando tus niños pasen a Primaria van a ir muy retrasados, y los compañeros tendrán que informar de eso.

Y ahí estaba, una vez más, la *Cari* por excelencia, haciendo de buena samaritana, minutos antes (o después, vete tú a saber) de ir con el cuento a la coordinadora de ciclo y a la dirección del centro.

—Te agradezco el gesto. —Mentira, claro, pero solo deseaba que se largara de mi clase y me dejase seguir tranquila—. Sin embargo, Rebeca y yo llevamos el temario perfecto y ya sabes que la ley solo exige que se manejen con el conteo y las cantidades, no que sepan sumar o restar en un papel. Además, a estos chicos aún les queda un trimestre para terminar el ciclo y pasar a Primaria.

—Bueno, pero piensa que no puedes hacer lo que te dé la gana en la clase, porque luego los padres de los diferentes cursos hablan y comparan lo que hacemos cada una con nuestro grupo.

—Qué suerte tengo entonces de no estar saltándome ninguna norma.

En ese momento, Rebeca, que había visto pasar a Francisca por delante de su clase, apareció en mi ayuda.

—Buenos días, chicas. Lidia, ya estamos aquí para hacer la actividad que teníamos programada.

Y, sin más, pidió a sus alumnos que fueran pasando a mi aula y se sentaran donde pudieran. De esta forma, Francisca, por más que protestó e intentó hacerse oír por encima de las voces de los más pequeños, acabó por marcharse.

Cuando la puerta se cerró, Rebeca solo me dio un abrazo y, sin perder un segundo, comenzó a organizar a los chicos en grupos. Evidentemente, no teníamos ninguna sesión conjunta preparada,

eso solo había sido una excusa, pero sabía que Francisca venía a molestar y que yo me iba a quedar chafada después de su visita.

En el patio, la coordinadora se acercó a mí y me repitió, con palabras exactas, lo mismo que me había dicho Francisca y recalcó que todas debíamos estar coordinadas. Las seis.

Sí, éramos seis compañeras: dos en el primer curso, dos en el segundo curso y dos en el tercero. Rebeca y yo éramos las tutoras de tercero y, al parecer, las únicas causantes de problemas, pero como Rebeca siempre llevaba la sonrisa puesta y yo había manifestado en incontables ocasiones que no estaba de acuerdo con según qué cosas, por mucho que llevaran haciéndose así «toda la vida», la manzana podrida del grupo era yo.

—Sí, pero cada grupo marca su ritmo. Si mis chicos necesitan hacer otras cosas antes que empezar a sumar, pues lo necesitan y punto.

—Y punto no, porque los de Rebeca hacen lo mismo que los tuyos.

—Mira qué bien, al menos sí que me coordino con alguien.

El resto de la semana fue un cúmulo de malas miradas, respuestas subidas de tono y saboteos de actividades que Rebeca y yo teníamos programadas para nuestro grupo.

Cuando llegó el viernes, escapé como alma que lleva el diablo a mi casa, deseosa de contar los días que me quedaban para las vacaciones de verano. Mi paciencia comenzaba a terminarse y me daba miedo explotar cuando menos acertado fuera el momento.

***

El sábado Alejandro apareció en mi casa con dos vasos de café de mi cafetería preferida. Con leche de soja, nata montada (de vaca, sí,

un poquito de lactosa cada cierto tiempo no me mataba), sirope de caramelo y canela espolvoreada. Para él, un sencillo bombón. ¿Y qué puede hacer una cuando el hombre de sus sueños se presenta de esa guisa en la puerta de su casa? Pues justo lo que yo hice: guardar mis quejas por lo temprano de la hora y franquearle el paso con música de trompetas en mi cabeza e imaginando una alfombra roja bajo sus pies. Por supuesto, le entregué la mejor de mis sonrisas.

Alejandro, a mi paso, se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Sabía que con esto me haría perdonar por despertarte. —Siguió andando hasta la cocina sin mirar atrás—. Rebeca me contó ayer la mierda de semana que habéis tenido y la aparición de Francisca en tu clase.

—Una más de tantas... de las dos cosas.

Tras dejar las bebidas en la encimera, se dio la vuelta con gesto serio.

—Lidia, no puedes seguir así. Tienes que hablar con el jefe de estudios o con la dirección.

—Con la directora es imposible, sabes que está de su parte. Y con el jefe de estudios y la directora de Primaria voy a conseguir lo mismo que si hablo con la pared. Viven muy tranquilos en su puesto y no quieren problemas.

Así era. Ernesto y Macarena solían decir que sí a todas mis peticiones, reclamaciones, quejas, lamentos y lloros, y luego, a la hora de la verdad, solo se quedaban en «ya sabes cómo es, mejor no meterse en líos con ella».

—Ya, pero esto está acabando contigo.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía hacer? La alternativa era abandonar. Me lo había planteado muchas veces, pero no quería

dejar a mis chicos con un sustituto cuando solo faltaban unos meses para el final de curso. Además, quería terminar el ciclo con ellos.

Alejando se acercó a mí y me agarró suavemente por los hombros.

—Lo digo en serio, Lidia. Tienes ojeras desde hace ya no sé ni cuánto y has perdido peso.

La verdad es que acumulaba meses durmiendo un máximo de cuatro horas, y ni siquiera seguidas. Y cuando no tenía ansiedad y devoraba casi sin masticar cualquier cosa que cayera en mis manos, se me cerraba el estómago y solo era capaz de alimentarme a base de café y agua.

—Prométeme que la semana que viene lo intentarás de nuevo.

—Alejandro, lo he hecho ya un montón de veces...

—Pues hazlo una vez más, por favor.

No respondí. No pude. Estaba cansada, sin fuerzas y emocionalmente noqueada, llevaba en la misma situación cerca de dieciséis años, así que solo asentí con un suspiro. Al momento, me vi envuelta por los brazos de Alejandro. Pero no fue un abrazo como los que solíamos compartir cuando estábamos contentos, o nos despedíamos o saludábamos. No fue así. Fue un abrazo que me encerró por completo contra su pecho. Un abrazo en el que pude sentir hasta los latidos de su corazón. Un gesto con el que pareció apartarme del mundo opresivo que me rodeaba y con el que me ofrecía un remanso de paz por unos segundos. Así que no me moví más allá de subir mis brazos hasta su cintura y rodearla con cuidado. Cerré los ojos y noté que apoyaba su mentón en mi coronilla.

Durante esos instantes me sentí tan bien, tan reconfortada, tan llena de energía de nuevo... Pasado ese tiempo, Alejandro, sin soltarme, se separó apenas de mí.

—Mírame, Lidia.

Aunque parecía una orden, sonó tanto a ruego que, a regañadientes, separé mi mejilla de su pecho. Lo que vi en sus ojos me quitó el aliento porque, aunque esas cosas no se estudiaban en los libros, supe que no me miraba como un amigo, sino como alguien que es algo más que eso.

—Te... te...

Contuve el aliento. Pasaron los segundos, pero no continuó. Y yo, aparentando no darme cuenta de que se había callado, seguía con mi vista clavada en su rostro.

Alejandro se aclaró la garganta.

—Te aprecio mucho, Lidia.

¿Qué esperaba? ¿Una confesión de un amor más allá de una amistad que no me había demostrado nunca? Sonreí. Pero lo hice como cuando intentas disimular que la caída no ha dolido, que solo ha sido un rasguño. O ni siquiera eso.

—Yo también a ti, Alejandro.

Como si nuestro abrazo nunca hubiera tenido lugar, empezamos a desayunar.

Mentiría si dijera que tras su visita me encontré mejor. Porque no fue así. Es cierto que me animó y logró que olvidara las horribles sensaciones que me acompañaron durante la semana, pero sus miradas, sus sonrisas, sus caricias para consolarme solo me lanzaban el horrible mensaje de que me había enamorado de la persona equivocada. Mientras uno de los dos siguiera trabajando en el colegio, jamás podríamos tener algo. En cualquier caso, ese no era el mayor problema. El escollo insalvable era que él no sentía lo mismo por mí. Por eso me obligué a recordar que no podía permitirme soñar con una confesión distinta.

Capítulo 4

—Bueno, Lidia, cuéntame. ¿Qué te parece la decisión de Rebeca de opositar para una plaza pública?

Me encontraba, una vez más, sentada en el despacho de la directora. Al final de cada curso escolar, durante la primera semana de junio, mantenía con cada uno de los docentes una entrevista para evaluar nuestra felicidad en el centro. O eso es lo que decía. En la teoría nos escuchaba, recogía nuestras quejas y nuestras sugerencias, las valoraba y trabajaba con el equipo para intentar mejorar de cara al curso siguiente. En la práctica, solo cumplía con un requisito que le imponía la fundación de la que formaba parte nuestro colegio: recogía información que podía ser clave para asegurar su puesto y, en función de con quién fuera la entrevista, criticaba más o menos.

Yo tenía claro que Rebeca aún no había mantenido la cita con ella, así que ese dato no se lo había proporcionado mi amiga. Lo que no podía asegurar era que no se lo hubiera dicho yo. El mes anterior había pasado por su despacho dos veces más y, para sobrevivir a cualquier cosa que me echara en cara, había optado por poner buen semblante, decirle que sí a todo e intentar no registrar la conversación para que no me atormentara después. Porque, aunque ir a hablar con ella ya no me causaba ningún tipo de nervios, estar

siempre a la defensiva para evitar que todas las cosas que me recriminaba no me afectaran se había convertido ya, a esas alturas del trimestre en el que una no puede ni con la vida, en una batalla perdida de antemano.

No sé cuánto tiempo llevaba sentada en aquella silla, pero había pasado de relatarle una vez más la situación con Francisca (era ya como un ritual entre nosotras en el que yo intentaba dejar constancia de mis problemas y ella hacía como que lo tenía en cuenta) a informarle de que ni el jefe de estudios ni la directora de mi ciclo habían encontrado hueco para hablar conmigo en el último mes, pasando por lo absurdo que encontraba el programa de bilingüismo tal y como se estaba llevando a cabo en ese momento (huelga decir aquí que si algo me reconocían era nivel nativo de inglés y que no dudaron en nombrarme coordinadora del programa tres años antes, pero me relevaron cuando los resultados de mis alumnos fueron de los más altos de toda la provincia; paradojas de la vida, porque los profesores de la etapa siguiente se quejaron de que los alumnos estaban por encima de lo que ellos tenían programado y se aburrían en las clases).

El resultado fue que si en algún momento me preguntó qué pasaba con mi compañera, le contesté que se iba. Así que, a esas alturas, ya solo me quedaba ser sincera. Brutalmente sincera, de hecho.

—Pues me parece que por no tomar cartas en el asunto tal y como corresponde a un equipo directivo, vais a perder a una de las mejores profesionales que tenéis en el centro.

—Esperemos entonces que no apruebe, ¿no?

Responder lo que más me apetecía solo me iba a llevar a un callejón sin salida, así que, echando una nada discreta mirada al reloj, me levanté.

—Lo siento, pero tengo que marcharme ya si quiero que mis chicos estén preparados para irse a casa a la hora. Solo quedan diez minutos.

Bajé las escaleras casi corriendo porque no había mentido: aún tenía que ayudar a mis alumnos a recoger sus cosas. Sin embargo, durante ese corto trayecto hasta mi clase, solo pude pensar que, una vez más, esas reuniones no servían para nada, al menos en mi caso. Bueno, sí, me dije, había servido para confirmar que nadie iba a mover un dedo por nosotras. Por mí.

Realicé un par de respiraciones profundas mientras recorría los últimos metros antes de abrir la puerta de mi clase, no quería que mis niños me percibieran alterada, y me obligué a pensar que solo quedaban un par de semanas de cole, después llegarían los informes, las memorias, las reuniones interminables y, por fin, en julio empezarían las vacaciones.

Eso me recordó que unos días antes de que todo acabara, Rebeca afrontaría el examen por el que llevaba los dos últimos meses desaparecida, sacrificando tardes, fines de semana y momentos con nosotros. Sonreí apenas antes de entrar. Si alguien merecía aprobar esa oposición era ella. Solo esperaba alegrarme de verdad cuando llegara el momento, y no pensar en lo mucho que la iba a echar de menos el curso siguiente.

***

Tiempo después, cuando quise darme cuenta, el telón del salón de actos del centro bajaba y los aplausos llenaron la sala en una ovación de padres entregados a la actuación de fin de curso de sus hijos.

Felicité a todos mis alumnos en un abrazo de grupo y, en una

nerviosa fila de chiquillos igual de emocionados que yo, llegamos a nuestra clase para esperar el momento en el que todos iniciarían sus vacaciones de verano. Yo, además, intentaba alargar unos minutos más el privilegio de ser su maestra.

Casi una hora después, tras muchas fotos, decenas de besos y miles de «gracias», me quedé sola en clase. Limpié mis últimas lágrimas de alegría y repasé todos los detalles que habían tenido conmigo: el álbum repleto de fotos que hacían un recorrido por mis tres años con ellos, un cuento personalizado con nosotros como protagonistas, una pulsera de plata con veintiún colgantes en miniatura, una maceta con un pequeño bonsái y la frase «Gracias por ayudarnos a crecer» grabada al pie y, la que más me emocionó, una caja en la que cada familia me había depositado una carta personal y un pendrive en el que, según me dijeron, cada niño me había dedicado unas palabras. Me recordé a mí misma que ser maestra era mi sueño, que era aquello por lo que tanto había luchado, que si algo sabía hacer era justamente acompañar a mis pequeños y que no era justo que me dejara sabotear por nadie.

Y con esa alegría en el corazón, cargué con todo como pude y me dirigí a la salida. Allí, muchos de mis compañeros se encaminaban ya hacia los coches y algunos se sorprendieron al verme aparecer con tantas cosas.

—Madre mía, Lidia, ¡cuántos regalos!

—Sí, felicidades, este año Rebeca y tú os habéis superado, los chicos han estado fantásticos.

Aunque todos los alumnos de Infantil participaban en el festival, los del último curso tenían más protagonismo dado que concluían la etapa.

—Gracias, la verdad es que todos lo han hecho genial.

Mi sonrisa y mi felicidad eran auténticas y así sentía cada una de

las palabras que estábamos intercambiando, pero de pronto los rostros cambiaron. No me hizo falta darme la vuelta para saber quién acababa de unirse a nosotros.

—Bueno... cada maestra tiene sus métodos para ganarse a las familias, y que tú hayas decidido dárselo todo hecho es muy lícito, *cari*.

Entonces, intentando que mi carga no se cayera, me giré despacio hasta quedar frente a ella. Francisca venía con una taza y un ramo de flores, regalo de los padres de su tutoría. Quizá estaba equivocada, pero, habida cuenta de cómo era ella, me dio la sensación de que estaba comparando sus presentes con los míos sin tener en cuenta nada más. Quise ceder a la tentación de decirle algo hiriente, pero no era mi estilo. Además, si, como creía, su comentario era producto de la envidia, ya tenía bastante con cargar el sentimiento.

—O quizá solo han querido tener un detalle después de tres años compartiendo tantas cosas.

Pero Francisca no tenía intención de dejarlo ahí y abrió la boca de nuevo.

—Lo dudo...

En ese instante, Alejandro apareció a mi lado y cogió la planta, que amenazaba con estrellarse contra el suelo.

—Francisca, déjalo, todos tenemos claro que cuando tantas familias coinciden en agradecer el trabajo de una profesora, lo más sencillo y lógico es pensar que lo ha hecho bien. No le busques tres patas al banco porque no las tiene.

Quizá fue la primera vez que alguien se atrevió a discrepar con ella de manera tan abierta, no lo sé, pero Francisca, en contra de lo esperado, se quedó sin respuesta. Después, nos sostuvo la mirada unos segundos y, sin despedirse de nadie, se dirigió a su coche, dejó

los regalos en el interior sin ningún cuidado y desapareció.

—¿Te ayudo con esto?

La voz de Alejandro me devolvió a la realidad. Asentí con un movimiento de cabeza, mientras sentía cómo toda mi alegría se esfumaba.

—Eh..., no dejes que tu día se estropee. Además, tengo planes fantásticos para este verano.

Me guiñó un ojo y, tras despedirse con la mano libre del resto de nuestros compañeros, abrió la marcha hasta mi coche. Y yo, deseosa de quitarme de encima la mala sensación, lo seguí.

Unos instantes antes de abrir la puerta, caí en la cuenta de algo: Alejandro acababa de posicionarse abiertamente a mi lado.

***

Al día, siguiente, como siempre ocurría tras la partida de los chicos, el colegio parecía un lugar diferente. Todo estaba tranquilo, sin ruidos, sin niños... Esos días me ayudaban a conectar con mi profesión porque, cuando llegaba el momento de recoger el aula, me permitía tiempo para recordar anécdotas del curso, para revisar los dibujos de mis alumnos que adornaban las paredes, para ver las marcas que su paso había dejado en la clase...

Descubrí a Rebeca a punto de entrar en su clase.

—Buenos días. ¿Cómo lo llevas?

Apenas le quedaban un par días de para el primer examen y unas semanas para el segundo y yo sabía que, en el fondo, por muy buena memoria que tuviera, empezaba a ser presa de los nervios.

—¡Uf! Hay un tema que no me ha dado tiempo a estudiar aún... Espero que no me toque.

—Seguro que no, sería mucha casualidad. De todas formas,

estate tranquila, yo tengo claro que vas a aprobar... —bajé la voz en ese punto— y podrás largarte de aquí por fin.

Aunque estaba segura de haberlo dicho con alegría, supe que Rebeca había notado un pelín de mi desasosiego por su marcha.

—Oye, seguiremos hablando cuando me manden a la otra punta de la provincia, ¿verdad?

—Y aunque te mandaran a la otra punta del mundo.

Avancé rápido hasta ella y la abracé. Ninguna de las dos dudábamos que en el curso siguiente ya no estaría allí.

Una vez en mi clase, comencé con el ritual de siempre: tirar papeles que ya no servían. Llevaba un buen rato de limpieza cuando unos golpes sonaron en mi puerta abierta. Levanté la vista y lo vi. Alejandro.

—¿Cómo vas?

—Bueno, creo con esto ya he terminado. Pero me vendría bien una mano para quitar todos los murales, al menos los que están más altos.

—¿Te sirven las mías?

Alejandro acercó una mesa a la pared más próxima y se subió en ella para empezar a quitar chinchetas. Así, en un silencio que ninguno parecía dispuesto a romper, fuimos vaciando de adornos mi clase; hasta que, en un momento determinado, empezó a reír con suavidad.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Por toda respuesta, solo me mostró un dibujo: una chica con una corona y una sonrisa de oreja a oreja... literalmente.

—¿Eres tú?

No pude más que imitar el gesto.

—Según Hugo, sí.

Entonces, muy despacio, Alejandro bajó de la mesa, se acercó a

mí y colocó el folio a la altura de mi cara. Paseó los ojos de mi retrato al dibujo varias veces.

—Mmm...

—¿Qué? —Adopté una pose de fingido orgullo dolido—. ¿No crees que pueda ser una reina?

Todo cambió en ese instante: el rostro de Alejandro, su respiración, el aire a nuestro alrededor... Todo. En otro contexto, con otro hombre, habría jurado que, además de estudiarme, me besaba con la mirada, pero... ¿Alejandro? Bajó el dibujo, detuvo su vista sobre mis labios, volvió una vez más a mis ojos... Y dio un paso atrás. De nuevo volvió a ser el amigo que yo conocía.

—Creo sinceramente, *su alteza*, que podrías ser lo que quisieras.

Me guiñó un ojo, como se empeñaba en hacer en los últimos tiempos, y dejó el papel sobre un montón destinado a terminar en la papelera. En cuanto pude reaccionar, lo rescaté del funesto final.

—¿No lo tiras?

—¡No! Es un fantástico retrato.

—¿Lo guardas todo?

—Casi todo...

Él solo se encogió de hombros y siguió ayudándome con la limpieza. Un rato después, dimos por terminado el trabajo.

—Mil gracias, sin ti no habría acabado nunca.

—Ha sido un placer, ya lo sabes. Y en unos días... comienzan los planes.

—¿Qué planes?

—¿Cómo que qué planes? Te lo dije ayer.

El día anterior había terminado tan cansada que no volví a pensar en lo que me dijo en el aparcamiento del cole.

—Bueno, solo me dijiste que tenías planes para el verano.

—No, te dije que tenía planes *fantásticos*.

Y, tras elevar las cejas un par de veces, se marchó.

Algo parecido ocurrió durante los días siguientes: reuniones, reuniones, reuniones, preparar documentación y, de vez en cuando, algún tiempo muerto para quedarme en clase y preparar alguna cosa. Era en estos momentos en los que Alejandro aparecía con cualquier excusa que yo sentía inventada, convencida de que se debía a lo mucho que le aburrían los ratos muertos. Porque no, ni por asomo el día del dibujo Alejandro había actuado como yo pensaba ni por un instante había ocurrido algo entre nosotros por más que, cada vez que repasaba la escena, yo jurara que tuvimos un momento casi romántico. Yo no era ese tipo de mujer para él.

Así llegó, por fin, el último día. Intenté salir de las primeras para evitar besos y abrazos con compañeros por los que no sentía nada y, sobre todo, para evitar a Francisca. En la puerta me encontré con Rebeca y Alejandro abrazando a Rosa, una adorable señora a quien apenas le quedaban dos años para jubilarse, que llevaba casi toda su vida ocupándose de la portería del centro. Me uní a ellos en la despedida y después caminamos los tres por el aparcamiento.

—Chicos, estos dos días que me quedan hasta el examen estaré totalmente desconectada.

La miré. Puesto que no tenía ninguna duda de que aprobaría, imaginé que sus nervios se debían a cómo lo haría: necesitaba una nota muy alta para elegir un destino en condiciones, así que, llegados a la puerta de su coche, Alejandro y yo la abrazamos.

—Te estaremos esperando para quemar todos tus nervios cuando lo acabes.

La observamos hasta que desapareció, después, Alejandro se giró hacia mí.

—Comienzan las vacaciones de verdad. Prométeme que no volverás a pensar en este lugar en los próximos dos meses.

Resoplé, sabía lo que me estaba pidiendo.

—Cuando Rebeca apruebe...

—Cuando lo haga iremos a celebrarlo. Después, comenzarán nuestros planes fantásticos y luego, cuando llegue septiembre, ya pensaremos en ello. —Se acercó un poco más a mí y me dio un beso en la mejilla—. Hablamos pronto.

Y se marchó. Yo, mientras, me quedé allí, intentando comprender por qué de pronto un gesto tan sencillo y tan propio de él había conseguido llevarse consigo buena parte del peso que había cargado durante el curso...

Capítulo 5

El día del examen de Rebeca mi alarma sonó a las 7 de la mañana solo para poder ponerle un mensaje: «Ánimo, unas horas más y todo se habrá acabado». Luego volví a dormirme. Si algo me gustaba de las vacaciones era no tener que madrugar.

Cuando me levanté, me regalé un largo y suculento desayuno, sin prisa, con calma, de esos que no existían de septiembre a junio: media hora de puro placer con olor a café y tostadas. El resto de la mañana la dediqué a leer y a mirar el teléfono a cada rato, en espera de la llamada de Rebeca. Por fin, unos minutos después de las dos, la pantalla se iluminó con su nombre.

—¡Terminé!

—¡Genial! ¿Y qué tal?

—Ni idea. Bien, mal, fatal... No quiero pensarlo. Solo quiero dormir durante los próximos quince años.

—Bueno, te concedo solo las siguientes horas. A las nueve nos vemos donde siempre.

—¿En serio? Lidia, tengo una cara que da miedo.

—Y un buen rato por delante para remediarlo.

No tuve que insistir mucho más, en el fondo Rebeca tenía las mismas ganas que yo de divertirse. Por eso llegó puntual a nuestra cita. En cuanto nos vio a Alejandro y a mí sonrió de una forma que

no le había visto desde que decidió presentarse y, por unanimidad, decidimos no hablar del tema en toda la noche. Así, durante unas horas, todos volvimos a ser los de siempre: Rebeca, ruidosa, exagerada, entregada a la diversión; Alejandro, tranquilo, chistoso, contenido; y yo conseguí sentirme ligera, sin presión, me reí hasta que me dolió el estómago, bailé como si no hubiera un mañana y, en varios momentos de la noche, descubrí a Alejandro observándome como aquel día hizo en mi clase. En ninguna de las ocasiones apartó la mirada cuando lo descubrí; fui yo quien lo hizo porque las mariposas que me provocó en el estómago con cada una de esas miradas me prometían algo que yo no era capaz de casar con el lugar que él ocupaba en mi vida. Y no estaba dispuesta a dejarme engañar por unas sensaciones que nunca llegarían a ningún sitio.

Cuando llegué a casa, estaba tan cansada y relajada que creo que me dormí antes de poner la cabeza en la almohada.

***

El móvil en mi mesilla no dejaba de sonar, así que me abalancé sobre el teléfono por si esa llamada a las ocho de la mañana se debía a una emergencia.

—Si te apetece y te da tiempo a preparar una maleta para cuatro o cinco días, te recojo en un par de horas.

Era la voz de Alejandro, pero su mensaje no tenía sentido en mi cabeza.

—¿Qué?

—Los planes fantásticos están listos, solo hace falta que aceptes para que empiecen.

Me separé el teléfono de la oreja, miré la pantalla y volví a acercarlo a la cara.

—¿Alejandro?

—Sí. A menos que tengas planes con más gente...

—Pero si no llevamos ni cinco horas en nuestras casas...

—¿Eso es un «no»?

Quizá fue mi imaginación, pero me pareció descubrir algo de decepción en su voz. Y, siendo honesta, aunque no le había preguntado ni una sola vez por ellos, tenía mucha curiosidad por saber de qué se trataba.

—Creía que los planes serían salidas y cosas así.

—Y «cosas así» habrá, pero en Portugal.

Eso me espabiló del todo.

—¿Vamos a Portugal?

—Solo si te apetece, ya te lo he dicho.

¿Que si me apetecía? Estaba segura de que nada me había apetecido tanto en mucho tiempo, así que me levanté de la cama sin perder un segundo.

—En una hora estoy más que lista.

Intenté no pensar que pasaríamos los siguientes días juntos. Solo desayuné algo rápido, me duché, me vestí y preparé una maleta de mano con lo imprescindible. Cuando terminé aún me sobraban quince minutos para informar a Rebeca. Le mandé un mensaje.

«Alejandro me ha invitado a pasar unos días en Portugal. Le he dicho que sí, necesito desconectar de verdad».

«Algo me dijo ayer. Disfruta mucho, que has tenido un año duro. Yo me marcho al pueblo a ver a mi familia, que con esto de la oposición hace mucho que no los visito».

Intercambiamos un par de mensajes más hasta que una llamada perdida me indicó que Alejandro me esperaba ya. Di un rápido repaso al piso para asegurarme de que todo quedaba en orden y fui

a su encuentro.

Entrar en su coche, de pronto, supuso un momento... raro. Quizá íntimo. El hecho de haber repetido esa acción un millón de veces desde que nos conocimos pareció haberse quedado en el olvido y se tornó en algo especial, delicado, sutil..., pero solo para mí. No me dio la sensación de que para él fuera algo así, a pesar de las miradas que cruzamos la noche anterior, a pesar de la escena que vivimos en mi aula y que a mí me pareció cargada de una tensión que aún no lograba explicar. Parpadeé unas cuantas veces y carraspeé, al mismo tiempo que me abrochaba el cinturón de seguridad para sacudirme unas impresiones que en los últimos días se empeñaban en aparecer sin permiso. Éramos dos amigos de viaje, como tantos otros, y él, en concreto, era uno que se preocupaba por rescatar al otro en los malos momentos, como se suponía en una bonita amistad como la nuestra. Si quería disfrutar de los días siguientes, no debía permitir esos pensamientos, así que, con el ánimo renovado, me giré hacia él.

—Bueno, ¿dónde vamos?

—A Portugal.

—Eso ya lo sé. Dime algo más.

—Vale, pero solo porque me gustaría que planificáramos este viaje juntos, no quiero que parezca que te arrastro conmigo.

—No lo haces, pero te lo agradezco igualmente. Creo que necesitaba esta escapada más de lo que pensaba.

—Yo también. El final de curso ha sido un poco...

Como no terminaba la frase, lo miré. Estaba atento a la carretera, pero volvió el rostro hacia mí y continuó:

—Intenso.

De nuevo mi estómago dio un brinco. No entendía qué estaba ocurriendo, pero recé a todos los dioses para que esa no fuera la

tónica de nuestro viaje, porque algo dentro de mí empezó a gritarme que quizá Alejandro sentía algo parecido a lo que a mí me quitaba el sueño. Respondí cualquier cosa para volver a la normalidad.

—Sí, todos los finales de curso son horribles. Pero bueno, ahora toca descansar. ¿Qué tienes planeado?

—Voy a llevarte a mi casa.

¡Bum! Un nuevo *shock* para añadir a la lista.

—¿Vas a presentarme a tu familia?

Juro que intenté que los nervios no se descubrieran en mi voz, pero estaban siendo demasiadas emociones fuertes seguidas con él y mi cabeza y mi corazón amenazaban con estallar.

—Si a ti no te importa... Llevan años preguntando cuándo vas a ir.

Me quedé un segundo sin aire porque todo eso me sonaba demasiado formal, demasiado parecido a uno de esos sueños que una aprende a no alimentar para no hacerse daño.

—¿Perdón?

—Les hablo mucho de ti. —No añadió nada más durante los siguientes segundos. Después, continuó como si nada—: Pero no te preocupes, aunque llevo tres meses sin verlos, no vamos a alojarnos con ellos. La idea es hacer un poco de turismo por el sur del país, voy a enseñarte lugares que pueden llenarte de paz solo con poner un pie en ellos.

Y así, con esa sencillez, con esa capacidad tan innata en él de hacer fácil hasta lo que parecía imposible, transitamos los kilómetros con tranquilidad, compartiendo listas de música y podcast, comentando nimiedades, y yo sintiendo minuto a minuto, hora a hora, que la vida tenía formas raras de consolarte, cuando la única persona con la que de verdad querías estar era la misma con la que menos podías imaginar un futuro. Sin embargo, en ese ambiente

perfecto que se había creado entre nosotros en el espacio reducido del coche, llegué a pensar que podría conformarme con eso.

Capítulo 6

Su casa no era otra cosa que un pequeño apartamento de dos habitaciones situado en un pueblo pesquero, de construcciones bajas, sencillas, con un aire muy costero y en el que todo parecía transcurrir en una calma cuyo único objetivo era sanar el alma. Me hechizó al momento.

—Era de mi abuela. Cuando la pobre empezó a necesitar ayuda constante, se trasladó a casa de mis padres, pero le costaba imaginarla vendida a cualquiera, así que arregló todo para dejármela.

Empujó la puerta para abrirla por completo y se apartó para dejarme pasar. Avancé tirando de mi maleta y me quedé parada un paso más allá del umbral, contemplando la salita decorada con austeridad. Alejandro, a un lado, empezó a cerrar, hasta que su proximidad fue tanta que acabó pegado a mi espalda. Ahí me di cuenta de que debía moverme para que pudiera completar el gesto. Sin embargo, entre la maleta que había ubicado justo delante de mí, su cuerpo casi apoyado en el mío y tantas impresiones acumuladas durante las horas de viaje, no pude reaccionar a tiempo y él terminó por sujetarme de la cintura para desplazarme con delicadeza hacia delante.

—Perdona...

No sé si lo dijo él o si me disculpé yo, solo noté que el calor recorrió mi cuerpo y que, pasados unos instantes, sus manos aún seguían posadas en el mismo punto. Y no hacía falta. De verdad que no era necesario; sin embargo, ni yo se lo hice notar ni él pareció darse cuenta. Sus dedos, justo donde la camiseta no cubría mi piel, aflojaron el agarre y sustituyeron la presión por una mínima caricia, tan sutil que podría haber sido producto de mi imaginación si no hubiera sido porque el momento duró lo suficiente para que mi corazón lo registrara. Me puse nerviosa, muchísimo, y me obligué a hacer o decir algo para recuperar la sensatez.

—Es... muy... auténtica.

—Sí... —Carraspeó con fuerza, quizá más de la necesaria, y me volví, al tiempo que notaba su ausencia, para observar cómo tragaba saliva varias veces—. No me he atrevido a cambiar casi nada. Cuando viene, creo que le gusta verla como siempre, como cuando ella y mi abuelo aún vivían aquí. Ven, te enseñaré la casa.

Terminó de cerrar con delicadeza y, procurando no rozarme, me rodeó y se colocó delante de mí.

La visita duró apenas dos minutos en los cuales logré recuperar la calma y convencerme de que cualquier gesto romántico solo había tenido lugar en mi cabeza. Porque no podía ser. No podía ser que Alejandro sintiera hacia mí lo mismo que yo hacia él. No podía ser porque éramos amigos, porque nunca había notado en él nada que indicara lo contrario y porque trabajábamos juntos. Y a pesar de que me lo repetí mil veces, mi imaginación se empeñaba en demostrarme lo contrario a cada paso y me gritaba que ya llevaba demasiadas señales.

—Esta es tu habitación. Si quieres podemos esperar un ratito a que te acomodes y descanses antes de salir a dar una vuelta. ¿Te parece bien?

—Preferiría salir cuanto antes.

Lo dije con demasiado entusiasmo, quizá. No me veía capaz de quedarme encerrada entre esas paredes solo con él hasta que no hubiera logrado calmarme de verdad.

Alejandro sonrió mientras yo entraba en el cuarto para dejar mi maleta, en el que un par de camas individuales con colchas blancas me daban la bienvenida, casi invitándome a perderme entre las sábanas, porque en el fondo sí estaba cansada. Me giré hacia él con rapidez.

—Venga, enséñame este lugar.

Las siguientes tres horas hasta la cena las pasamos recorriendo las estrechas calles del pueblo, mientras me señalaba rincones pintorescos y saludaba de vez en cuando a algún vecino que lo reconocía. Por suerte, las conversaciones volvieron a fluir como siempre entre nosotros, sin momentos comprometidos ni miradas extrañas. Incluso la cena, a base de pizza congelada en el salón de su casa, resultó fácil con él. Tal y como era siempre. Tal y como debía ser. Y, conscientes del cansancio de ambos, nos fuimos a dormir.

***

Conocí a la familia de Alejandro durante el desayuno. Según lo que habíamos planeado, nos venía bien empezar la ruta por aquella zona, así que decidió pasar primero por casa de sus padres.

El trayecto hasta allí no duró mucho, eso sí, el paisaje cambió por completo y dejamos una imagen pesquera para adentrarnos en otra con mucha más vegetación, con construcciones más residenciales.

Cuando llegamos, la puerta estaba abierta, franqueado el umbral

solo por una cortina de cuentas de madera y, nada más entrar, nos recibió el aroma a café recién hecho y a algún bollo casero. Según poníamos un pie dentro, Alejandro hizo notar nuestra presencia.

—*Bom dia! Já chegámos!*

Su madre apareció desde algún rincón de la casa, con una sonrisa de felicidad que le ocupaba todo el rostro. Sin ningún reparo ni ceremonia, se lanzó a abrazarlo cuando ambos se encontraron a medio camino.

—*Alexandre! Meu menino!*

Fue al separarse de él cuando la mujer me vio. Alejandro, en español, hizo las presentaciones. Maria me saludó con un par de besos y un cariñoso abrazo y, tras preguntarme qué tal el viaje, abrió camino hasta la cocina, donde se había dispuesto el desayuno. Allí encontré a otra señora más mayor, ya sentada a un extremo de la mesa y, como había hecho Alejandro con su madre, encerró a la abuela en sus brazos y la cubrió de besos. Cuando ella me vio, solo me sonrió y dijo:

—*Finalmente...*

Cuando el padre llegó, y después de terminar con las presentaciones, empezamos a comer entre frases en portugués y algunas palabras sueltas en español. La abuela solo me miraba y sonreía y repetía el gesto con Alejandro. En un momento determinado, ambos compartieron varias frases en portugués y a media voz, cargadas de complicidad y que provocaron que Alejandro bajara la vista, quizá con algo de timidez. Sonreí sin reparo porque la escena me pareció preciosa, aun teniendo la constante sensación de que aquella conversación tenía que ver conmigo.

Al despedirnos de su familia, Alejandro me dio la mano con naturalidad para guiarme hasta la salida. Como la tarde anterior, el gesto aceleró las pulsaciones de mi corazón y, tal y como ocurrió

entonces, ninguno de los dos hizo nada por romper el contacto. Al llegar a la calle, el momento pasó y no dijimos nada al respecto.

Sin embargo, la sensación persistió en mi piel durante mucho tiempo más. Más allá incluso del viaje hasta la playa donde íbamos a pasar el día; más allá del tiempo que tardamos en acceder a ella por un camino pedregoso que descendía hasta la arena en una pendiente algo peligrosa; más allá del momento en el que caminamos juntos hasta la orilla, sintiendo el sol en la piel y su mirada en mi cuerpo; incluso más allá del instante en el que, sumergidos hasta el cuello, la corriente nos acercó y, como al descuido, nos rozamos brazos y piernas; más allá de los segundos que tardó en correr hasta el lugar en el que habíamos dejado las toallas y, sin que yo se lo pidiera, volvió a mi encuentro para rodearme los hombros con una de ellas, sabedor de que el aire atlántico podía enfriar la piel más de lo que se sentía cómodo, y frotó mis brazos por encima de la tela mientras, con sus ojos fijos en los míos, me hablaba con la mirada.

Más allá de entender que esa mirada no era la de un amigo, sino la de alguien que, como yo, desearía que esa línea no fuera real para poder dar el paso sin dolor.

Porque sí, porque esa mañana entendí por fin que nunca había imaginado unos sentimientos que no existían; los había descifrado con acierto, pero no me había permitido leerlos hasta ese día.

Y el descubrimiento dolió. Apretó mi pecho con tanta fuerza que me faltó el aliento por la impresión, temblaron mis piernas porque quisieron salir huyendo, pero yo no las moví, y quemaron mis dedos de sufrimiento al entender que no podían tocar su piel a pesar de necesitarlo.

De esa manera, en la muda comprensión de que nos asomábamos a un precipicio por el que podíamos despeñarnos, nos

obligamos a separarnos y a pasar el resto del día dejando un espacio físico entre ambos tan exagerado que, en otra situación, podría haber resultado cómico.

Y así, la noche llegó. Y yo, agotada de empeñar mis energías en gestionar unas emociones tan intensas, con un suspiro de resignación, me fui a dormir.

Pasé la noche peleando conmigo misma, hasta el punto de que me dormí rayando el alba, por eso no oí a Alejandro levantarse ni sus golpes en la puerta. Solo abrí los ojos cuando unos dedos se deslizaron suavemente por mi mejilla. Entonces me encontré con los azules profundos de él a escasos centímetros de mi cara. Me costó entender que no era un sueño. Lo hice cuando, tras varios segundos en los que no dejamos de mirarnos, él se alejó y se puso de pie.

—Disculpa que haya entrado, pero llamé varias veces y, al no obtener respuesta...

—Tranquilo, no pasa nada.

Pero sí pasaba. Pasaba todo. Pasaba que yo tenía muy reciente el descubrimiento del día anterior, pasaba que en algún momento llegué a pensar en volver a casa para alejarme de él, pasaba que aún quedaban dos días a su lado y pasaba que justo esa imagen era la que desearía ver cada día al despertar el resto de mi vida... y jamás podría hacerse realidad.

A pesar de todo, me levanté mientras él salía de la habitación y, tras arreglarme, fui a buscarlo a la cocina.

Mentiría si dijera que la escena cotidiana en la que él me esperaba para desayunar resultó natural. No fue así; la sentí íntima, demasiado. Apenas intercambiamos palabra y, aun así, precisamente por la proximidad, por los pequeños roces de nuestras manos o nuestros brazos al ir a tomar algo de lo dispuesto en la mesa, por el choque de nuestras rodillas, por nuestras miradas huidizas, el

desayuno se tornó violento y nuestros intentos por normalizarlo resultaron estériles.

Y aunque ponernos en movimiento y salir de su casa ayudó, tenía la certeza de que él, igual que yo, se debatía entre ceder a los sentimientos o concluir la escapada que había organizado.

Por qué, de todas las ocasiones en las que habíamos estado juntos desde que nos conocíamos, nuestros cuerpos habían elegido esos días para traicionarnos, no lo sabía.

Quizá por eso cuando, al volver a casa, pasamos por un pequeño restaurante local que ofrecía mesas libres para cenar, decidimos quedarnos en él. Así, entre ración y ración, rodeados de gente, la tensión se distendió hasta permitirnos actuar con tranquila normalidad. Fue al verme suspirar con intensidad cuando Alejandro lanzó la pregunta.

—¿Tenía razón o no cuando te dije que te llevaría a lugares que devuelven la paz con solo poner un pie en ellos?

Lo miré unos segundos, evitando responder que la tarde anterior descubrí que junto a él solo tendría paz de una manera, y contesté:

—Toda la razón. Me encanta este sitio. Tiene un ritmo de vida muy mío, lejos de prisas y presiones.

Y no mentía. A pesar de que llevaba días en los que mi estado de ánimo correspondía a cualquier cosa menos relajado, la verdad era que ese pueblo invitaba a la calma.

—Y eso que en verano hay un poco más de jaleo.

—Lo suponía. ¿Cuántos habitantes tiene en invierno?

—No creo que llegue a los doscientos. Al final muchos han encontrado trabajo en los alrededores y otros lo utilizan solo para dormir. Por eso le faltan servicios.

—Pues a mí me parece el lugar ideal para vivir. No me importaría nada trasladarme aquí. ¿No has pensado nunca en volver?

Dio un par de tragos a su bebida. Sentí que lo había ofendido de alguna manera, aunque no era capaz de imaginar el motivo. Estaba a punto de disculparme cuando empezó a hablar.

—Me marché de aquí huyendo justo de esa calma. Ya sabes que me gustan los lugares que pueden ofrecerme retos, situaciones nuevas, movimiento... aventura. Pero últimamente me descubro dándole más de una vuelta a eso de volver.

Algo en mí comenzó a resquebrajarse. Me enfadé conmigo misma, porque justo esa distancia era la que ambos necesitábamos; lo supe en cuanto, la noche anterior, pensé en lo difícil que sería para los dos vernos cada día en el colegio después de lo que parecía ocurrir entre nosotros. A pesar de todo, no me sentía preparada para separarme de él. Primero Rebeca y después, si él decidía volver a Portugal, Alejandro también desaparecería del centro. Tragué saliva para pasar el pensamiento y hablé:

—¿Y qué te lo impide? Tienes casa, a tu familia cerca, seguro que también tus amigos, y habrá algún cole cerca en el que puedas encontrar un puesto de profesor.

—Lidia... —Apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia mí. Al poco, volvió a sentarse bien—. ¿Qué me impide volver? —Resopló—. Seguro que te has dado cuenta de que... bueno, yo...

El camarero se acercó con un platillo metálico en el que portaba la cuenta. Se lo tendió a Alejandro y luego se marchó.

—Parece que nos hemos entretenido demasiado, van a cerrar.

Solo en ese instante solté todo el aire de mis pulmones.

Quizá fue ese momento, o quizá que mi cuerpo empezaba a acusar el poco descanso y la tensión, pero sentí frío mientras volvíamos a casa. Alejandro, sin que yo hiciera ningún comentario, pasó su brazo por mis hombros y me pegó a él.

—Ven, la temperatura ha bajado un poco y no creo que esa

camiseta de tirantes abrigue mucho.

Y cedí. Utilicé mi situación para regalarme un momento que sabía no volvería a repetirse, para concederme una única aproximación con mi corazón de enamorada. Me llevaría ese recuerdo nuestro. Así, como si fuéramos una pareja, caminamos hasta casa, abrazados, acariciando él mi hombro y yo su espalda. Y aunque fueran gestos sutiles, casi disimulados, prometí guardarlos conmigo.

Capítulo 7

Una noche más sin dormir y un día más en el que Alejandro tuvo que despertarme porque el sueño llegó tarde. Y, como el día anterior, fue una caricia lo que sentí y sus ojos los que vi al abrir los míos.

La única diferencia fue que ese desayuno debía callar aún más cosas que el anterior. Así que decidimos, al contrario que la otra vez, llenar el momento de frases de cualquier tipo para evitar el silencio, como si hubiéramos firmado, sin decirlo, una tregua de palabras, sentimientos y emociones, empeñados en comportarnos como lo hacíamos en España. Era nuestro último día en Portugal.

Y funcionó durante casi todo el día. Nos impusimos un ritmo trepidante, casi prohibiéndonos parar para evitar pensar. Recorrimos calles, un pequeño mercadillo junto al puerto, el mercado de productos locales, incluso tuvimos un momento divertido cuando un señor ya mayor se empeñó en mantener conmigo una conversación en portugués para la cual necesité la intervención de Alejandro.

—Estoy segura de que ha dicho más cosas de las que me has traducido.

—Puede ser, pero tampoco eran muy relevantes.

—¿Estás seguro? ¿Lo más interesante que ha dicho es «disfruta del pueblo»?

—Más o menos...

Lo miré directamente.

—No me lo creo.

Él sonrió con esa expresión tan suya y que llevaba días sin ver.

—Pero no tienes pruebas.

Después continuó andando, pero como yo seguía parada, volvió sobre sus pasos, me dio la mano y seguimos avanzando. No volvimos a soltarnos hasta que llegamos al coche. Y de algún modo, a pesar del agarre, logramos volver a ser nosotros otra vez, los amigos de siempre. Cuando bajamos tras aparcar cerca de un restaurante en un pueblo cercano, no volvimos a darnos la mano, y tampoco lo hicimos cuando regresamos al vehículo. No teníamos ninguna excusa para ello.

Durante un buen rato, condujimos sin rumbo fijo por la costa. Alejandro se detenía cada vez que llegábamos a un mirador natural o a un camino que descendía un poco hacia el océano. Fue esa tarde cuando, por primera vez desde que llegamos a Portugal, nos hicimos algunas fotos. Al principio, en todas retratábamos el entorno con ambos en primer plano. Alguna individual. Después, más relajados, empezamos a hacer bromas y poner caras divertidas. En un momento determinado, Alejandro capturó el instante en el que dejaba un beso en mi mejilla.

—Venga, ahora al revés.

Lo dijo como si fuera lo más natural del mundo, y así intenté actuar yo. Aún embrujada por el contacto de sus labios en mi cara, a pesar de ser un gesto común entre nosotros, giré la cabeza y lo besé en el lado derecho. Noté la aspereza de su barba incipiente, noté el calor que desprendía su piel y noté, también, su olor. Ese olor tan característico en él que no había cambiado desde que lo conocí. Y me impactó porque, aunque lo reconocía a la perfección, el marco

en el que lo hacía consciente y los acontecimientos previos ya tenían mis nervios a punto de estallar.

Fue la gota que colmó el vaso. Por eso, tras la foto, volví al coche para retomar el viaje. Minutos antes de que la tarde cayera aparcó junto a una playa desierta.

—Quería enseñártela desde ayer —dijo mientras cogía una pequeña mochila del maletero—, pero no hubiéramos llegado a tiempo con tanto turismo. Es magnífica justo a esta hora.

Bajamos sin prisa hasta la arena. Solo una pequeña brisa parecía acompañarnos y el mar estaba mucho más tranquilo que los días anteriores. Alcanzamos nuestro destino en completo silencio. Entonces, ayudé a Alejandro a extender una toalla de gran tamaño en el suelo y nos sentamos, muy juntos.

—He traído un par de sudaderas, deberíamos ponérnoslas.

Como vaticinaba, la caída de la tarde traía consigo una bajada de temperaturas que ahí, a pocos metros de la orilla, se traducía en frío. Me puse de rodillas para pasarla por mi cabeza y su olor, ese que hacía rato había intentado olvidar, se introdujo en mí mientras la dejaba resbalar por mi torso.

—Si me hubieras avisado, habría traído la mía.

—No importa. Te queda bien.

Mientras Alejandro se tumbaba de espaldas reposando la cabeza en la mochila, me miré y supe que no, no era de mi talla ni me quedaba bien. Parecía un saco de patatas. Me entró la risa.

—¿Qué?

Lo observé incapaz de creer que no lo viera, así que me dejé caer a su lado.

—Que es enorme, Alejandro, me queda gigante.

Giró sobre su cuerpo y se quedó de lado, su rostro muy cerca de mi oreja.

—Pues yo creo que no estás mal.

Quizá fue un comentario casual, pero no me detuve a analizarlo. Me incorporé hasta quedar sentada y me mantuve abrazada a mis rodillas.

—Mañana volvemos.

Noté su cuerpo sentado a mi lado, hombro con hombro.

—Sí.

—Terminan tus *planes fantásticos*.

—Espero que los hayas disfrutado. Al menos tanto como yo.

Fui a contestar, pero su mano apareció a la altura de mi hombro. Habría jurado que su intención era tocarme quizá el pelo, el cuello, la cara..., pero tras un segundo suspendida en el aire, se limitó a colocar la capucha de la sudadera. Después la bajó.

—Empieza el espectáculo.

El sol ocultándose en el horizonte, el cielo tiñéndose de mil colores diferentes, el reflejo de la luz atenuándose en el océano, la brisa marina colándose bajo mi ropa... Alejandro a mi lado.

Y los recuerdos volvieron de golpe: sus manos en mi cintura el primer día, nuestros dedos entrelazados en su casa, las miradas furtivas, los despertares, el beso en la mejilla, su olor... El momento en mi clase recogiendo los dibujos... Su presencia constante desde que nos conocimos, su acompañamiento silencioso en cada mal momento y en cada bueno... Mi corazón disparado en el pecho, un nudo en la garganta a punto de explotar.

Me giré porque necesitaba saberlo, aun a riesgo de acabar con todo lo que habíamos construido, y me di de bruces con su mirada. El aire se me escapó al encontrarlo tan cerca, pero inspiré profundo y me lancé.

—Alejandro...

Callé porque él ya no me miraba solo a los ojos, su vista recorría

mi rostro y, a cada poco, se detenía en mis labios. Noté su respiración acompasada al ritmo trepidante de la mía. Empecé a alejar mi rostro porque estaba demasiado cerca y yo necesitaba distancia para seguir hablando.

—¿Qué está pasando?

—Estos días... —extendió su mano de nuevo y, esta vez, no erró el objetivo. Tomó mi mejilla y su pulgar inició una caricia— han sido especiales para mí, Lidia. Mucho.

—Pero...

—Llevo cuatro días intentando convencerme de que al volver a España todo será como siempre. —Me miró profundo, intenso, y en esa mirada casi me pidió perdón antes de continuar—. Sin embargo, cada hora consumida a tu lado me asegura que será imposible.

Y aunque mi intención inicial había sido alejarme, deshice la distancia entre nosotros. Sus palabras, su cercanía, sus labios me llamaban como un canto de sirena, y hasta sentía los latidos de mi corazón en los oídos.

Pero cuando la luz desaparecía por completo solo fui consciente de nuestro beso.

Tiempo después, cuando logramos separar nuestros labios, ninguno encontró las palabras. Acabábamos de cruzar una línea prohibida de la mano de un beso que nada había tenido de contención. Un beso en el que ambos sabíamos todo lo que ganábamos y todo lo que perdíamos. Por eso, tumbados en la toalla, un rato más tarde, seguíamos en silencio, comunicándonos solo a través del abrazo que compartíamos.

—Se hace tarde. —Al final él fue quien encontró el modo de despertar.

Me limité a asentir y me separé de su pecho.

—Alejandro, esto no debe repetirse.

La luz de la luna apenas iluminaba esa noche, así que solo intuí el daño que mis palabras le habían provocado. Suspiró y comenzó a levantarse. Recogimos juntos y solo después contestó:

—Lo sé. Pero, Lidia..., no me arrepiento.

Su sencilla confesión acabó con todas mis defensas. Temí no ser capaz de contener mis lágrimas, así que me limité a encender la linterna de mi móvil y a iluminar el camino de vuelta.

Una vez en el coche, hicimos el camino de vuelta en silencio; y ya en la puerta de mi habitación, nos dimos las buenas noches sin dejar de mirarnos. Ninguno se movió durante unos segundos. Después sonreímos con tristeza, entré y cerré despacio. Fue entonces cuando comprendí que en aquella última mirada habíamos sustituido el beso que me hubiera gustado recibir, el beso que hubiera deseado regalar. El beso que ya nunca más podría repetirse.

Y así, con ese pacto silencioso que ninguno de los dos se atrevió a romper, emprendimos la vuelta a casa al día siguiente.

Capítulo 8

El resto del mes fue una sucesión de días raros en los que Alejandro y yo intentamos recuperar la amistad que perdimos en Portugal. Al menos yo sentía eso. Cada llamada telefónica o cada mensaje en esos días se veía cubierto por palabras y frases medidas que no nos llevaran nunca a una confesión traicionera o una intención oculta. Al final, poco a poco, desaparecieron nuestras charlas. Por suerte, Rebeca volvió de nuevo a nuestras vidas.

—¡He aprobado! ¡He aprobado!

Esas cuatro palabras nada más descolgar me rompieron. Intenté disimular.

—¡Felicidades!

—Gracias, aunque sé lo que esto supone para ti.

—Me alegro de verdad, Rebeca. Te merecías aprobar. Y no solo eso, te mereces dedicarte con pasión a lo que te gusta, sin nadie que torpedee tu camino. Así que dos veces felicidades.

—Lidia, tú también te lo mereces. Plantéatelo para el próximo curso.

—Uy, el próximo curso queda muy lejos. Primero tendré que sobrevivir a este.

—Lo harás. Alejandro seguirá contigo.

No pude más. Hablar de él fue más de lo que pude soportar. Me

eché a llorar.

—¡Lidia! ¡Ey! ¿Qué pasa?

—Nos hemos besado, Rebeca.

Y le conté todo lo que había ocurrido en Portugal. Más aún, le conté cuánto tiempo llevaba enamorada de él.

—¿Sabes qué? Yo lo sabía. No sé desde cuándo, pero sabía lo que te ocurría con él. Pero ¿sabes otra cosa? Que si te faltaban motivos para dejar el colegio, ahora ya no tienes excusa: si de verdad hay algo entre vosotros, solo necesitáis que uno de los dos salga de ahí para daros una oportunidad. Es más, no vuelvas este año. ¿Qué te lo impide?

Rebeca era así, todo se reducía, según ella, a querer de verdad algo.

—Pues las facturas que tengo que pagar, ¿te parece poco? —Lo malo es que yo había tenido esa misma idea unos días antes, pero, al igual que hice justo después de pensarla, expuse por qué aquello nunca tendría lugar—. Además, por si fuera poco, una de las cosas que me dijo es que había barajado la posibilidad de volver a su tierra.

Con esa idea en mente, septiembre llegó tras una agónica cuenta atrás que comencé una semana antes, en la que, además, Alejandro y yo intentamos un nuevo acercamiento, sabiendo que volveríamos a vernos en breve.

Pero cuando volvimos, nada era como debía: Rebeca no estaba, la compañera que me asignaron era de las que nunca tomaban parte en nada y Francisca encontró nuevas ocasiones para humillarme.

La última semana de septiembre, apenas quince días después de que empezaran las clases, caí. El hijo de una compañera de Secundaria, al que tenía en mi tutoría, había sufrido un pequeño accidente en el patio y se había hecho una herida en la rodilla. Ese

día no era mi turno de vigilar el patio; en su lugar, me quedé en el aula repasando unas dinámicas que quería comenzar al volver del recreo. Isabel, junto con otras maestras más, sí estaba fuera. Cuando oí los lloros, salí corriendo.

—Lidia, lo siento, no llegué a tiempo. —Sostenía al niño en brazos, que pidió venir conmigo en cuanto me vio llegar.

—No te preocupes, Isabel, son cosas que pasan. Voy a limpiarle la herida.

Por suerte, no pasó de un pequeño rasguño, pero cuando volvimos al patio, Francisca, no sé ni cómo, ya se había enterado y había alertado a la madre del pequeño. Y de una manera que no conseguí entender, había logrado que Isabel dijera que yo había estado presente durante la caída y que no hice nada por evitarla. Perdí la calma y, ante la amenaza de Francisca de acudir a la directora si no reconocía lo que había hecho, le dije que hiciera lo que le pareciera. Una hora después, fui convocada al despacho y, cuando llegué, todas mis compañeras estaban allí, incluida la madre de mi alumno. Por qué fui la última en ser llamada es algo que nunca logré entender.

Tras muchas acusaciones y dos o tres intervenciones en las que no me mordí la lengua a la hora de enfrentarme con unas, por mentir, y con otras, por callar lo que conocían a la perfección, solo una, la más mayor de todas, intervino:

—Seamos sinceras..., Lidia tiene razón en lo que dice.

La miré con agradecimiento infinito y con la secreta esperanza de que acabara de abrir la puerta para limpiar mi nombre. Sin embargo, todas agacharon la cabeza y Francisca, ante el mutismo general, me sonrió con suficiencia. Acto seguido, irrumpió en una especie de llanto y quebró el silencio:

—Que tú, Olga, hayas dicho eso me deja en un lugar

comprometido, así que no me queda más remedio que terminar mi trabajo en este centro.

La sorpresa me impidió reaccionar. No así a las compañeras que segundos antes habían renunciado intervenir, y un coro de súplicas y quejas surgieron ante su anuncio. Me cansé, exploté, terminé con todo lo que me gritaba coherencia... Abrí la puerta y, sin esperar nada, me marché. Llegué a mi clase limpiando mis lágrimas de rabia. La compañera que me sustituía, quizá la única que alguna vez había intentado hacer comprender a todo el mundo cómo era Francisca, solo acertó a darme un abrazo que rechacé por miedo a no ser capaz de contenerme.

—Se acabó. No puedo más con esto.

Se quedó conmigo lo que quedaba de hora, pues ella tenía libre, y me ayudó con la salida de los chicos. Cuando se despidió, me apretó el hombro.

—Tienes que ser más fuerte que ella.

La miré buscando cuánto podría hacer mías sus palabras. Nada. Ni un poquito.

—Ya no tengo fuerzas para seguir peleando.

Media hora después visitaba Urgencias con un ataque de ansiedad.

No llamé a Rebeca, tampoco a Alejandro, que esos días estaba en un curso de formación fuera de la ciudad. Solo hablé con el médico que me atendió y el cual me aconsejó un par de semanas de reposo y visitar al médico de cabecera para valorar mi grado de depresión y su posible tratamiento.

—Deberás poner todo en una balanza y elegir.

Una semana más tarde, Alejandro volvió y vino derecho a mi casa. Verlo de nuevo me removió en exceso. Cuando abrí la puerta, no esperó más, me envolvió en sus brazos y me besó en la frente.

—Estoy aquí, tranquila.

No necesitó nada más. Así era él, así era nuestra relación. Nos entendíamos sin palabras; una mirada, una sensación compartida, un abrazo y todo volvía a su lugar. En esa ocasión, sin embargo, yo tenía mucho más que curar.

Sentados en el salón, él con un café y yo con una tila, bebida a la que me había aficionado en los últimos días, le conté cómo había estallado todo. Como el gran amigo que era y también porque el influjo de Francisca jamás lo había alcanzado, compartió conmigo un buen rato en el que nos dedicamos a criticar a unos y a otras.

—Gracias. Ya me siento mucho mejor.

—Debiste llamarme en cuanto saliste del colegio.

—No hubieras podido hacer nada.

—Aun así... ¿Has hablado con Rebeca? —Negué en silencio—. ¿Por qué?

—Necesito tiempo para verbalizarlo.

—Acabas de hacerlo conmigo.

Sonreí apenas. Tenía razón.

—Tampoco me has dado otra opción.

—¿Cuánto tienes de baja?

—Unos días de momento, luego...

—Vendré cada uno de ellos...

—Alejandro...

Quería explicarle lo que tenía en mente, pero no me dejó.

—Y ten por seguro que voy a dejarles muy clara mi opinión...

—No hace falt...

—Estoy harto. —Empezó a pasear por el salón—. Son todos una panda de...

—Tengo algo que contarte...

Fue imposible. Así que aguanté observándolo y dejando que

todo lo que me hacía sentir fluyera de nuevo sin contención. No habernos visto apenas durante dos semanas, además de lo poco que coincidimos en agosto, no había cambiado ni un ápice mis sentimientos por él. Si acaso, se habían incrementado. Volví al momento presente cuando pronunció su última frase.

—En cualquier caso da igual, porque tengo algo que decirte.

Me levanté como un resorte. No estaba preparada para oírle decir que el próximo curso volvía a Portugal, así que intervine para contarle yo mis noticias antes de que su mensaje acabara con la poca confianza que había ganado desde en los últimos días.

—No, espera, yo primero. —Me miró interrogante, lo que confirmó que no había escuchado mi ruego anterior—. Volvamos al sillón, anda.

Y esa vez fui yo quien tomó su mano, por primera vez desde aquella ocasión en la que lo hicimos en Portugal.

—He tenido algunos días para pensar, para analizar todos estos años en el centro. Además, las charlas que he tenido con los médicos me han ayudado a aclarar las cosas. Sé que tengo aún mucho trabajo por delante y confío en que las sesiones con la psicóloga me ayuden a separar la paja del trigo, pero tengo algo claro: en cuanto pueda, dejo el colegio.

—¿Estás segura? ¿No te has planteado que quizá con todo lo que ocurrió las cosas pueden cambiar? —Alejandro me miraba sorprendido.

—Me da igual. Ni aun en el caso de que lo hicieran, de que reconocieran que tenía razón, ni aunque Francisca dejara de trabajar allí me retractaría. Mi vida es mía, y necesito salud y paz mental para vivirla. Ese colegio se ha llevado ya muchos años de ella, con independencia de que yo esté en lo cierto o de que debiera haber pegado antes el puñetazo en la mesa. No quiero volver a un sitio en

el que me han hecho dudar de mí misma, de mis capacidades de maestra, de mi vocación. No quiero cruzarme cada día con personas tan centradas en ellas mismas o que eluden tanto los problemas que miran hacia otro lado cuando se comete una injusticia. No quiero rodearme de gente que solo me da la razón cuando nadie más oye. No quiero ese tipo de contaminación en mi vida. Y no quiero trabajar en mi recuperación con el objetivo de ser capaz de pisar ese centro de nuevo; quiero hacerlo para poder confiar en mí misma otra vez.

Aguardé unos segundos por si Alejandro quería decirme algo. Él solo se acercó un poco más a mí sin soltar mis manos.

—Así que, con baja o sin ella, no voy a volver. Lo dejo, Alejandro.

—Pues... si lo tienes tan claro, solo puedo decirte una cosa: me alegro. Y mucho. ¿Sabes lo que eso significa?

No me atreví a responder. Cierto que las consecuencias derivaban en que por fin podríamos estar juntos, pero ese no había sido el motivo de mi renuncia y, por tanto, no lo verbalicé. Negué con la cabeza en su lugar.

—Dos cosas: la primera, que ya puedo contarte por qué la idea de volver a Portugal nunca se materializó. —Hizo la pausa justa para mirar nuestras manos unidas, acariciar el dorso de la mía y regresar a mis ojos—. Porque, aun sabiendo que nunca podríamos estar juntos, no soportaba la idea de dejar de verte cada día. ¿Sabes cuánto hace que siento algo por ti?

Intenté soltarme, ponerme de pie, crear distancia entre ambos porque no estaba preparada para una confesión así, no cuando sabía que su noticia era que volvía a Portugal. No cuando corresponderle era impedirle regresar a su ciudad natal. Pero no me lo permitió. Se levantó conmigo cuando mi gesto fue demasiado brusco y tuvo que dejarme ir al final. Caminé hasta la ventana del salón y le di la espalda. Él se situó a mi lado y siguió hablando, mientras ambos

contemplábamos las vistas a través del cristal.

—No puedo marcar un día fijo en el calendario, porque me enamoré de ti poco a poco. Y de repente un día, sin más, me di cuenta de que no había vuelta atrás. Si me planteé volver a casa fue porque no me veía capaz de no dar un paso más y saltarme una norma estúpida, pero también porque nunca vi en ti nada que me animara a hacerlo.

—Pero ¡yo sí...!

No me dejó terminar.

—El cambio llegó en junio, cuando ambos nos quedamos solos en tu clase.

—¿Con el dibujo de Hugo?

Entonces sí me miro.

—Exacto. Entonces me acusaste de no creer que pudieras ser una reina; ahí que lo que no podías era ser *mi* reina. Y aunque ya llevaba días pensando en que llevarte a mi casa era una buena manera de ayudarte a desconectar del curso, me di cuenta de que estar solos podría ser un error, pero una pequeña parte de mí se empeñó en seguir adelante de todas formas. Y, tal y como te dije el último día, no me arrepiento de nada. —Me miró con más intensidad aún si eso era posible. Y tuve la certeza de que sí, de que mis sospechas eran ciertas y Alejandro también podía besar con la mirada. Temblé—. De nada. Espera aquí.

Giró sobre sus talones y caminó hasta la entrada de mi casa, donde había dejado la mochila, buscó algo en ella y regresó con un papel.

—¿Qué es esto?

—Esto es mi renuncia por escrito. La redacté una de las tardes libres que tuve durante la formación. Me dio tiempo de pensar algo parecido a lo que tú has concluido: no quiero formar parte de un

lugar tan horrible. Y no quiero que una norma absurda me impida volver a besarte. ¿Qué me dices?

Entonces entendí de golpe el peso de su confesión, lo que significaba, lo que implicaba... lo que me proponía. No podía reaccionar. No encontraba palabras, no lograba poner en orden mis emociones ni mis sentimientos.

—Yo...

Callé. Y lo hice porque de verdad no sabía qué decir.

—¿Quieres que empecemos juntos en otro sitio?

—¿En otro sitio? Ahora sí que no te sigo.

—Es cierto. Te dije que tenía dos cosas que contarte. Me falta una: me voy a Portugal y...

Mi rostro se ensombreció al instante. El dolor se abrió paso y no por imprevisto me afectó menos. Alejandro siguió ajeno a lo que sus palabras provocaban.

—... hay vacantes en Infantil en el centro en el que tengo intención de trabajar.

Mil cosas pasaron por mi cabeza, pero solo una me pareció un verdadero impedimento.

—No hablo portugués.

Se inclinó hasta que nuestros labios casi se rozaron. Los problemas desaparecieron... Las mariposas se hicieron dueñas de mí.

—Si me dices que sí... *falá-lo-ás*.

No tuvo que pedírmelo de nuevo.

Epílogo

Un año después

Rebeca nos visitó la última semana de agosto. Estaba feliz, incluso parecía más joven. Había logrado una plaza en un pueblecito cerca del lugar donde vivían sus padres y me constaba que todo el mundo en el cole la adoraba. No era de extrañar porque su metodología, su amor por los niños y su simpatía eran imposibles de resistir. Habíamos logrado mantener la amistad que nos prometimos en su día, cuando aún no había hecho su primer examen. No nos habíamos ido a la otra punta del mundo, pero ni aun así hubiéramos roto el contacto.

Antes de volver me dijo que me veía radiante, y yo solo pude responder que, a pesar de los momentos horribles, todo mereció la pena porque gracias a eso estaba donde quería y con la persona que amaba. Hoy añado que por esa experiencia aprendí a quererme y a valorarme como maestra. Y sé que, cuando entro en un aula, vuelvo a reconocerme como la mujer que soñó esta profesión muchos años atrás.

Portugal no es un paraíso idílico en el que no existen problemas. Pero es el lugar donde Alejandro y yo hemos construido nuestra relación, donde nos hemos permitido vivir un amor que en su día nos prohibieron.

Suena el timbre de casa y acudo rauda a abrir la puerta.

—*Ola, Maria!*

La abuela de Alejandro aparece en el umbral, sentada en la silla de ruedas que empuja su hija. A su lado, el padre de mi novio sonríe como saludo. Los dejo pasar y comienzo una conversación animada con ellos, después, voy a comprobar que Alejandro ha terminado de ducharse para avisarle de la llegada de su familia. No llegó muy lejos, pues me lo cruzo en el pasillo. Me retiene entre sus brazos y me besa.

—Tus padres...

—Lo sé, os he oído hablar. ¿Ves cómo yo tenía razón?

Mis ojos reflejan extrañeza porque no sé a qué se refiere.

—*Falá-lo-ás, meu amor, falá-lo-ás*.

Me rio y vuelvo a besarlo, pero pronto nos separamos porque oímos pasos acercándose. Antes de que me suelte del todo, me mira los labios de esa forma tan suya que ya me ha enseñado que Alejandro también puede besar con la mirada.

Y me encanta.

Discrepantes compañeros

Berenice Andrews

Capítulo 1

Primer día de curso

Pérez subió apresurado por las escaleras del edificio, dudando aún si aquello había sido una buena idea. No es que le asustase lo que iba a empezar; más bien lo que le provocaba intranquilidad era imaginar qué sucedería una vez acabado.

Los últimos años en la editorial habían sido un verdadero éxito a nivel profesional, pero llevaba ya unos meses sintiendo que necesitaba algo más, nuevas metas. Didi, su jefa, era un peso pesado dentro del sector. Alguien de quien había aprendido más de lo que nunca se hubiera imaginado; quizá por eso le debía una fidelidad de esas que ya son poco habituales entre compañeros de trabajo, y menos aún si se trata de un superior, por lo que era descabellado que se marchara a otro sello. Y, desde luego, era impensable arrebatarle el puesto antes de que ella misma decidiera jubilarse, para lo cual quedaban, al menos, un par de décadas. Además, ninguna de esas opciones le atraía lo más mínimo. Llevaba meses sintiendo que su trabajo como coordinador editorial se estaba convirtiendo en repetitivo, y no quería darse cuenta un día cualquiera de que había pasado a ser aburrido. Así que necesitaba

algo distinto que le permitiera seguir cerca de los libros, por supuesto, pero con más dinamismo e independencia de la que había tenido en su puesto. Y no es que Didi le cortara las alas, todo lo contrario: bastaba ver el entusiasmo con el que acogió la idea de celebrar durante la feria del libro una yincana cuyo premio final era conocer a quien publicaba bajo el pseudónimo D. Ruiz Sanjusto. Un evento que, en cierto modo, había supuesto un punto de inflexión en su vida laboral, pues el tiempo dedicado a su preparación y difusión le llenó más que cualquiera de los retos a los que se había enfrentado en su trabajo durante los años anteriores. Tanto que el estar subiendo esas escaleras resultaba tan solo una consecuencia de aquello.

De hecho, fue Alicia, una de las participantes de la yincana, quien le habló de ese máster en marketing digital. Ella siempre andaba buscando cómo mejorar su blog literario y pensó que sería una buena forma de dejar de hacer las cosas por mero instinto y empezar a poner un poco de profesionalidad; aunque, al final, el alto precio de la matrícula le echó para atrás. Por eso estaba ahora subiendo solo esas escaleras.

Las voces que provenían del oscuro piso superior le hicieron saber que no llegaba tan tarde. Aun así, recorrió el último tramo saltando los escalones de dos en dos. Ya que había decidido que ese día asistiría de forma presencial, lo mínimo era no dar el cante llegando con la clase iniciada. Algo que se dio cuenta de que no conseguiría cuando, justo al llegar a la tercera planta, vio cómo se empezaba a cerrar la puerta de la única aula iluminada.

Mientras se lavaba las manos, Elvira se miró al espejo de aquel anodino baño, intentando averiguar si la imagen que le devolvía se parecía o no a la mujer que pretendía ser. ¿Era esa morena una

chica elegante? ¿Tenía el aura de profesionalidad que intentó vender durante la entrevista de admisión? ¿Rezumaba seguridad en sí misma? «No», «para nada» y «mucho menos aún» fueron las respuestas que se dio. Así que, en lugar de secarse las manos, aprovechó que las tenía mojadas para humedecerse la nuca. Quizá así, al menos, le dejaría de doler tanto la cabeza; a veces, cuando la migraña era por nervios, ese sencillo gesto le funcionaba. Aunque algo le decía que en esta ocasión necesitaría un cubo de agua antes de empezar a sentir alivio. ¡Quién le había metido en la cabeza volver a estudiar! ¡Si ya la carrera le costó un mundo! ¡Y eso que durante todos esos años no tuvo que hacer nada más! ¡Ni tan siquiera la cama! En cambio, ahora tendría que compaginar los libros con sus horarios de trabajo, que se saltaban todas las normativas laborales habidas y por haber; con llevar una casa que parecía desordenarse sola; con una hermana que la intentaba controlar más que a sus dos sobrinos, unos rechonchos mellizos que apenas habían empezado a andar y, sobre todo, con el peso de los recuerdos. Esos que aún le asaltaban cuando menos se lo esperaba.

—¡Vamos, chica! —murmuró, al darse cuenta de que ya llevaba tanto rato con el picaporte en la mano que incluso se habían apagado las luces—. ¿Qué es para ti una habitación llena de desconocidos? Haz lo que dice la psicóloga: cierra los ojos, siente tu respiración y da un paso —se ordenó, como si su voz fuera incontestable; era la forma en que siempre lo hacía, y que siempre le funcionaba. Solo que hasta ese momento nunca se había interpuesto en el camino de un hombre más concentrado en no llegar tarde que en observar que se abría la puerta frente a la que estaba a punto de pasar.

***

Teresa, la nueva directora del máster y encargada de recibir a los alumnos el primer día, permanecía de pie junto a la ventana sin saber bien qué decir. Cuando su antiguo profesor le había ofrecido el puesto, le dijo que los alumnos serían personas serias, profesionales en sus campos, que buscaban la excelencia y que el mayor problema que podrían darle sería tener que perder el tiempo corrigiendo trabajos muy por debajo del nivel al que ella estaba acostumbrada. Sin embargo, en ese momento lo que tenía sentado ante sus ojos era un caos de tal magnitud que envidiaba no parecerse a LouAnne Johnson, la marine estadounidense en cuya experiencia como maestra se basaba la película *Mentes peligrosas*. Quizá así hubiera podido controlar la situación antes de que corriera la sangre.

Cuando el enfermero que, hasta que empezó el alboroto, les había estado contando por qué quería cursar ese máster terminó de ponerle unos puntos de aproximación a la ceja del hombre, supo que le había llegado el turno de actuar como voz de autoridad. Así que se acercó a la silla en la que la mujer esperaba mirándose las uñas que se le habían roto durante el incidente.

—Eres Elvira, ¿verdad?

—Ajá.

—Yo soy Teresa, la directora del máster.

—Encantada —replicó, con una sonrisa forzada.

—¿Podrías explicarme qué ha sucedido?

Elvira miró de nuevo al grupo formado en torno al hombre sobre el que había descargado toda su furia pocos minutos antes, con un gesto que su interlocutora no supo si mostraba preocupación o mala baba.

—Se me echó encima al salir del baño —afirmó con tal confianza que, si Teresa y otras veintitantas personas no la hubieran visto golpear a su supuesto agresor mientras él intentaba parar los

puñetazos, no dudaría en darle la razón.

—Él dice que fue al revés, que apareciste de la nada y le tiraste al suelo.

—Yo... yo no tengo el don de materializarme.

—No, claro. Solo que estabais justo frente a la puerta del baño de mujeres, y creo que antes de tener que llamar a la policía deberíamos asegurarnos de que no se trata de un... ¿inconveniente accidente?

La mención de las fuerzas de seguridad pareció sacudirla lo suficiente como para que cambiara incluso su posición corporal. Lo cual no le pasó desapercibido a Teresa, pues el abogado con el que salía le había explicado muchas cosas sobre comunicación no verbal; aunque no lo suficiente como para dilucidar si esa reacción se debía a miedo, incomodidad o mero estrés ante las consecuencias de mantenerse en sus trece.

—Estaba oscuro. Lo único que sé es que al salir del baño se me echó encima y me tiró al suelo. Yo me limité a defenderme. Quizá debería preguntarle a él por qué lo hizo.

—Lo haré. Es solo que quería hablar contigo primero; en ocasiones los nervios nos impiden analizar los hechos con objetividad. —Teresa intentó imaginar qué necesitaría ella escuchar para admitir que las cosas habían sucedido tal y como sospechaba —. El pasillo estaba oscuro; de hecho, hasta que no se ha encendido la luz ni tan siquiera yo sabía cuántas personas había en él. Y ambos llegabais tarde. ¿Pudisteis chocaros de manera fortuita?

—En ese caso, también habría sido culpa suya. Por andar pegado a las paredes.

—O un accidente. Las escaleras acaban justo a un par de pasos de los baños.

La mirada enojada con la que le atravesó Elvira bastó para saber

que se había acabado su intento de tono cordial, antes incluso de que se levantara y comenzase a señalarla con el dedo en modo acusatorio.

—¡Le estás defendiendo! ¡Parece mentira! Un tipo se me echa encima en un pasillo más oscuro que la boca de un lobo y tengo que aguantar yo el interrogatorio porque la culpa es mía. ¿Eso es lo que estás sugiriendo?

Cansada de cómo se le estaba yendo de las manos su primera clase, Teresa no dudó en responder al brote de ira de la misma manera en la que lo haría si se tratara de niños. Así que, aprovechando que era más alta que ella, se puso también en pie.

—Lo único que estoy haciendo es intentar aclarar por qué mi clase ha sido interrumpida por dos alumnos que, no conformes con llegar tarde, han acabado enzarzados en el pasillo. Ella, gritando de forma descontrolada mientras soltaba puñetazos y patadas a diestro y siniestro, sin pararse hasta que la han separado dos compañeros. Y él, con una ceja rota, los antebrazos llenos de arañazos y la *tablet* hecha añicos. Así que o te calmas y colaboras en devolver esta situación a la normalidad, o llamamos a la policía y que decidan ellos quién ha agredido a quién.

Ahí estaba de nuevo. En esa ocasión, el nerviosismo que le produjo la mención de las fuerzas de seguridad fue aún más evidente. ¿Acaso sería una persona peligrosa? ¿En búsqueda y captura, tal vez? No. Teresa sacudió la cabeza intentando apartar esos pensamientos de su mente. Seguro que solo actuaba así porque sabía que se le había ido la mano sin motivo alguno; una idea que vio reforzada cuando ella volvió a sentarse con el cuerpo girado hacia el otro lado de la clase. No obstante, sabiendo que había tensado la cuerda, decidió que era mejor dejarla un rato, por lo que se acercó hasta el chico que, en ese momento, agradeció con

un vago intento de sonrisa el vaso de agua que le dieron para tomarse el ibuprofeno que le ofreció otra compañera.

—¿Tú debes ser Andrea?

—Prefiero Pérez.

—¿Cómo te encuentras?

—Digamos que algo sorprendido. En el programa de estudios no ponía nada sobre tener que hacer de *sparring*. —El intento de risa con el que acompañó sus palabras terminó en una involuntaria mueca de dolor.

—Ya, bueno, el boxeo solemos dejarlo para los cursos más relacionados con la administración pública. Dicen que es útil conocer las técnicas básicas cuando tienes que enfrentarte a algunos funcionarios. —Ver de nuevo ese gesto le confirmó que los daños no solo habían sido en el rostro—. ¿Quieres contarme tu versión o prefieres que te acerquemos a que te miren en urgencias?

—La verdad es que no hay mucho que decir. Iba tarde, al llegar a esta planta he visto cómo se cerraba la puerta del aula, he echado a correr y, un par de metros más allá, algo me ha tirado al suelo. Eso es todo. Lo siguiente que recuerdo es que me golpeaban, así que he intentado protegerme.

—¿Y ya está? ¿Solo protegerte?

—¡Lo juro por mi madre! En cuanto me he dado cuenta de que la voz que gritaba encima de mí era de una mujer...

Teresa quiso entender que Pérez prefirió no defenderse antes que poder hacerle a ella algún daño que terminara llevándole al banquillo de los acusados.

—¿Os conocíais?

Pérez negó con la cabeza, por lo que Teresa dirigió su mirada a Elvira, quien, a pesar de estar con los ojos fijos en otro lado, contestó de igual modo justo cuando se volvió hacia ella, con lo que

entendió que debía estar observándoles a través de los reflejos en los ventanales del aula. No necesitó más que lanzar un par de miradas a su alrededor para confirmarlo. Aunque ya pensaría más adelante si eso significaba algo; en ese momento, le importaba más cómo le miraban a ella el resto de los alumnos. Pasó los ojos por el heterogéneo grupo intentando encontrar las palabras que devolvieran el aula a lo que debía de estar siendo, sin dar sensación de haber perdido el control y, a la vez, mostrando que se preocupaba por lo sucedido en su justa medida.

—Quizá deberíamos dar por zanjado el tema de las presentaciones. Sé que a lo largo del curso tendréis oportunidad de conoceros bien. Además, aprovechando que hoy habéis decidido venir todos y la cafetería está en el edificio de enfrente, nos valdremos del *prima non datur*. Seguro que es más efectivo que seguir soltando monólogos sobre lo que os ha traído hasta aquí. Pero no creo que el profesor encargado de impartir Análisis de datos y automatización esté de acuerdo con aplicar en sus horas tradiciones medievales; por lo que os recomiendo ser puntuales para la siguiente clase.

—¡Y no andar por pasillos a oscuras! —añadió uno de los alumnos más mayores, a quien Teresa le agradeció el comentario cuando notó cómo ese simple chascarrillo había ayudado a rebajar la tensión.

—¿Nosotros también nos podemos ir? —Quiso saber Elvira, poniéndose en pie.

Teresa necesitó tan solo un movimiento de cabeza para que se entendiera que aquello se trataba de una treta para quedarse los tres a solas. Cuando al fin lo estuvieron, se sentó sobre una de las mesas que había entre ambos alumnos y comenzó a hablar como si nadie más la escuchara.

—La física demuestra que dos elementos no pueden ocupar el mismo espacio a la vez, algo que ha quedado más que acreditado en el accidente que ha terminado cambiando el desarrollo de esta clase. —Aunque Elvira se giró con clara intención de corregirla, al verle la seriedad del rostro decidió que no era buena idea, por lo que desistió con cara contenida—. Un pasillo oscuro, alguien corriendo, otro alguien que sale del baño sin que al primero le dé tiempo a frenar... Yo a eso lo llamo «accidente». No obstante, cada uno vive sus experiencias basándose en las anteriores, por lo que sois libres de hacer lo que consideréis al respecto, incluso denunciar al otro. Desde esta institución nos limitaremos a aportar las grabaciones tanto del aula, pues os recuerdo que todas las clases se graban para poder visualizarlas luego por cualquiera de vosotros, como de los pasillos. Así que espero que, antes de hacer nada, consultéis con un buen abogado, no vaya a ser que no podáis sostener la acusación, o incluso que se vuelva contra vosotros.

A pesar de estar a varios metros de ellos, para Teresa fue evidente cómo el cuerpo de Elvira se iba encogiendo. Con lo que creyó claro que las veces en las que había reaccionado ante la mención de la policía fueron por miedo.

—Por mí no hay nada más que hacer. Además, con una ceja partida puede que dejen de decirme que tengo cara de niño.

—¿Y por ti, Elvira?

Aún se encogió un poco más antes de contestar.

—Creo que fue el canto de la puerta. Pero me haré cargo de limpiarte la camisa. Nunca he oído de ninguna puerta que sepa almidonar cuellos.

Lo dijo con un tono un tanto despectivo. Aun así, a Pérez pareció hacerle la gracia suficiente como para volver a reírse, o, más bien, a intentarlo, pues al hacerlo fue evidente que el golpe más fuerte que

había recibido no era en la ceja, sino en las costillas, las cuales debía tener, como poco, bastante magulladas.

—En ese caso, creo que lo mejor será que ambos os vayáis. Os vendrá bien descansar. Podréis recuperar las clases de hoy con las grabaciones y, si os surge cualquier duda, me la mandáis al correo; lo tenéis en la intranet. ¿De acuerdo?

—Sí, claro.

—Buena idea. Así podré poner a remojo la camisa antes de que se seque.

—Hazlo en agua fría, no quiero que luego no salgan las manchas y digas que es por mi culpa.

Quizá fuera por el tono de Elvira al hacer el comentario, o por la forma en la que Pérez inspiró al escucharlo, o tan solo por ese instinto que tienen las madres. En cualquier caso, fuera como fuese, Teresa tuvo claro que, si no hacía algo, a la larga la situación iba a enquistarse hasta contaminar el ambiente con el resto, por lo que tomó una decisión arriesgada de la cual esperaba no llegar a arrepentirse.

—Solo una cosa más antes de que os marchéis. El cuarenta por ciento de mi asignatura es el trabajo en equipo. El objetivo de las presentaciones de hoy era que al final de la clase pudierais elegir compañero. Pero ya que no vais a poder contar al resto qué es lo que os ha traído hasta aquí, creo que lo mejor para la dinámica del grupo es que vosotros dos vayáis juntos.

Capítulo 2

Primera sesión del trabajo grupal

Elvira entró en el Zoo de Madrid aún mosqueada. Cuando la semana anterior la directora del máster les había dejado muy claro que no iban a tener forma de escaquearse de hacer el trabajo juntos, marcó varios puntos mínimos a respetar. El primero: que solo hablarían a través de sus correos en la intranet; no estaba dispuesta a darle el suyo personal o, menos aún, su teléfono. Lo segundo: que se reunirían, como máximo, una vez por semana y en un sitio donde poder hablar tranquilos y sin intromisiones, lo cual descartaba las bibliotecas, cafeterías, salas de estudio... Y, por último, que bajo ninguna circunstancia volverían a hacer referencia al encontronazo.

Porque, si era sincera consigo misma, debía admitir que fue el cúmulo de desgraciadas circunstancias lo que la llevó a sacar las cosas de contexto. Pero... ¿Qué iba a hacer? Después de todo lo pasado, que alguien la asaltara en la oscuridad y la tirase contra el suelo era algo demasiado parecido al ataque, con lo que defenderse había sido un instinto imposible de reprimir. Aunque ni sus amigos, cuando intentó explicarles por qué volvía tan pronto de su primer día en el máster, pudieron entenderlo; es más, la reacción de ellos fue

más bien reírse de la situación, quitarle hierro, comenzar a llamarla «la acecha pasillos». Cosas que años antes no solo no le hubieran dolido, sino que incluso habría fomentado, pero ahora los secretos y el miedo pesaban demasiado en su ánimo. Lo que peor llevaba era ser consciente de que ya no era la misma Elvira de antes y, en el fondo de su alma, sentía que nunca volvería a serlo por mucho que la psicóloga y su entrenador dijeran que estaba avanzando en la recuperación.

Tras pasar el puente sobre el arroyo de Meaques, llegó a la explanada frente a la oficina de información. No le costó dar con Pérez. Estaba justo donde había dicho: junto al mapa del parque, sentado en el poyete de madera mientras miraba el móvil. Empezó a acercarse hacia él dudando sobre qué palabras usar. Desde que salieron del aula el lunes anterior, solo se habían intercambiado un par de mensajes: el suyo, proponiendo ese sitio, y el de Elvira, que se limitó a responder un simple «vale» sin ni siquiera mirar el precio de la entrada, algo de lo que acababa de arrepentirse.

De alguna forma que no entendía, él había sabido el momento exacto en el que Elvira le vio. Quiso pensar que era un sexto sentido, una especie de alerta que le avisaba de que ella estaba cerca, un mecanismo de protección. No en vano, al susto de verse empujado al suelo, la ceja rota y las costillas magulladas, se le añadió imaginarse expulsado del máster, ¡o incluso denunciado! Y lo peor era que ahora tendría que trabajar con ella y sus estúpidas normas durante, como mínimo, cuatro meses. Un tiempo demasiado largo para tener que estar en alerta constante, y que podía verse prorrogado si no conseguían aprobar la asignatura. Ese era el motivo por el que dijo de reunirse allí; pues, además de cumplir lo que ella pedía, estaba lleno de cámaras y él tenía el pase anual, por lo que

conocía bien el recinto y se ahorraba el precio de la entrada. Control de la situación e intento de desanimar nuevas reuniones estrambóticas del todo innecesarias. Porque era cierto que las normas del trabajo exigían que los alumnos se reunieran para realizarlo y el correo de la intranet no tenía carácter confidencial, ¡pero ambos escollos se solucionaban con un simple teléfono y una aplicación de mensajería instantánea!

—¡Me vas a explicar qué hacemos aquí!

Escuchar el enfado en su voz le indicó que había acertado con el lugar. Así que, en vez de levantar la vista de la pantalla y saludarla, extendió la mano con la palma abierta hacia ella para luego llevarse el dedo índice a los labios. Podría haber dejado el móvil en ese momento, sí, pero era más divertido hacerla esperar hasta que terminase de leer el capítulo. Cuando lo hizo, lo metió en la mochila, se la echó a los hombros y se levantó intentando dibujar en su rostro la mejor de las sonrisas.

—Tenemos que crear una mascota.

—Una imagen de marca.

—Reconocible en redes sociales. Y para eso no hay nada mejor que un animal: coches, ropa, productos de belleza, editoriales...

—Vale, vale, te pillo. Solo que no creo que necesitemos estar aquí pasando calor para encontrar un bicho. ¿Has oído hablar de los buscadores de internet o de la inteligencia artificial?

—Grandes felinos, animales de la sabana, pájaros... —enumeró, mientras se acercaba al mapa sin dar señales de haberla escuchado —. Eso está muy manido.

—En ese caso, vuelvo al principio: ¿por qué me estoy asando de calor y oliendo a pocilga?

—Porque tenemos que encontrar el nuestro... ¿Empezamos por África o prefieres otra cosa?

Tras más de dos horas dando vueltas, había llegado el turno del acuario. Aunque Elvira sospechaba que sería más de lo mismo: ella, con ganas de volverse ya a casa, propondría cualquier bicho que se le pasara por delante de los ojos; él recordaría al momento una compañía muy conocida que ya lo usaba o encontraría un fallo para poder dotarlo de lo que denominaba «personalidad propia de marca». Un término que parecía querer decir algo así como que no sería muy útil para identificar nada, y que usó por primera vez cuando Elvira sugirió los casuarios. «No veo que un ave capaz de matar a un ser humano tenga una adecuada personalidad propia de marca», había sido su respuesta en ese caso; similar al «un tipo de tortuga con tan poca personalidad que solo la diferencian de otras especies los expertos en la materia nos debería ser irrelevante».

—¿Crees que veremos un Marcellus? —preguntó Elvira cuando llegaron junto al tanque principal—. O quizá ya nos lo hemos pasado.

—¿Un qué?

—Un Marcellus, como el de la peli. Puede que alguna de sus ocho patas tenga personalidad suficiente.

—Hay marcas conocidas que ya lo han usado; los futbolistas...

—Eres desesperante —no lo dijo enfadada, sino cansada. La semana había sido bastante dura, la noche anterior su hermana no encontró otra forma de desahogarse ante el enésimo desplante de su suegra que hablando con ella por teléfono hasta las tantas; empezaba a tener hambre y seguía sin saber qué hacía allí—. Ni tan siquiera hemos hablado del concepto a desarrollar y estás descartando animales que quizá podrían ser perfectos.

—El proyecto está claro. Tenemos que crear un perfil de redes sociales que sea reconocible y sirva para promocionar cualquiera de los productos que nos digan durante el segundo cuatrimestre del

máster.

—¡Pues busquemos el nombre! ¡Decidamos si sacamos vídeos usándolos o republicamos los de otros! ¿Pero una mascota? —Fue en ese momento cuando Elvira vio claro el motivo—. Es un desquite —bisbiseó, antes de sentarse, o más bien desplomarse, sobre el zócalo que hacía las veces de banco para observar mejor el tanque.

Si en algún momento se le había pasado por la cabeza cómo se tomaría ella su pequeña venganza, desde luego no fue imaginando que se derrumbaría de ese modo. Gritos, réplicas, incluso algún golpe con el bolso, sí. Pero verla así, como si las fuerzas la hubieran abandonado, nunca. Quizá por eso, en cierto modo, la culpa cayendo sobre sus propios hombros le llevó también a sentarse y soltar la frase más incoherente y extraña que a nadie se le podía haber ocurrido en un momento así.

—¿Has leído el libro?

Elvira giró la cabeza hacia él, más extrañada que sorprendida. Para su consuelo, Pérez no encontró ningún atisbo de tristeza en su mirada.

—¿Han mandado algún libro sobre mascotas?

Había algo dulce en su voz, una cadencia que pareció acrecentarse con los reflejos del agua del tanque acariciándole el rostro y que le hizo sonreír.

—El de Marcellus, tu pulpo.

—No es mi pulpo, aunque me gustaría poder conocer a uno y hacer esas cosas con él. A ver, encerrarlo en un acuario hasta su muerte mientras él añora el mar no. Aunque... —Bajó un momento los ojos antes de seguir hablando—. Debe estar bien eso de tener a alguien que te conozca y cuide mejor de ti de lo que lo haces tú misma.

Fue solo un bisbiseo, casi ineludible entre los ruidos de varios niños que pasaron a su lado buscando la sombra del tiburón. Pese a lo cual, Pérez sintió que, de haberse roto a la vez todos los cristales de los acuarios a su alrededor, el estruendo habría sido menor.

—Gran parte de la novela se escribió durante la pandemia del Covid. Supongo que eso quedó reflejado... de alguna forma.

La familia que se paró a un par de metros de ellos, con una niña que apenas empezaba a andar y un hermano mayor —aunque no mucho— que no dejaba de explicar anécdotas sobre alguno de los animales que se movían tras el cristal, hizo que por unos momentos se olvidaran de ellos mismos, de su conversación, y pasaran a perderse entre las palabras del niño.

—Lo siento. El otro día me asusté, creí de verdad que me estabas atacando. Y, bueno, luego, cuando encendieron la luz del pasillo y te vi, me encerré en mis trece solo por no admitir que... —Tragó saliva intentando con ello que no terminaran de escapársele esas palabras para las que no se sentía preparada—. Y gracias por no pedir que me expulsaran, o incluso denunciarme. Estabas en tu derecho de hacerlo.

—Elegí este sitio con la intención de que no vinieras y no paro de poner reparos a tus elecciones de animales. Estamos en paz.

Elvira miró la mano extendida que Pérez le ofrecía y sonrió, más que por el gesto, porque la luz azul sobre ella le recordó a la de los Pitufos, por lo que no tuvo reparo alguno en estrechársela.

Cuando, un buen rato más tarde, después de acordar que su mascota se basaría en la imagen del binturong, Elvira se miró la mano al colocarla sobre el volante de su coche, le pareció sentir aún la piel de él protegiendo la suya.

Capítulo 3

La verdadera primera sesión...

Tardaron dos semanas en poder volver a reunirse. Durante esos días, Elvira se había dedicado a crear el diseño de la mascota usando los mismos programas de edición de imágenes y vídeo con los que hacía las propuestas para los clientes de sus jefes, una pareja de vendehúmos con los que ya estaba harta de trabajar como secretaria multiusos. Desde el encuentro en el zoo, la relación entre ellos parecía haberse normalizado: intercambiaron los teléfonos, usaban una aplicación de mensajería móvil para hablar sobre el proyecto... Y, de alguna forma que ninguno de los dos hubiera sabido decir cuál, parecían buscarse.

Esas conversaciones intrascendentes habían comenzado al día siguiente de su primera charla cordial; cuando Pérez le envió un mensaje para decirle que acababa de ver la película del pulpo Marcellus, y ella le contestó con la portada del libro que se había comprado el día anterior al volver a casa. Una vez que lo terminó, pasaron a hacer lo mismo con la película *Clueless* y el libro *Emma* y, después, llegó el turno de *Ready Player One*, siempre seguidas de una pequeña discusión sobre lo mejor y lo peor de cada formato. Y,

si bien Elvira llevaba muchos años sin leer tanto en tan poco tiempo, estaba deseando que en cualquier momento apareciese la oportunidad de poder empezar con otra comparativa; o, tal vez, tener otra excusa para hablar con él de algo que no fuera un trabajo en el que no podrían avanzar mucho más mientras no adelantaran contenido en las clases del máster.

Por su parte, Pérez parecía haberse quitado de encima un peso que no sabía que llevaba. Desde que se dio cuenta de que el trabajo por el que tanto había peleado no le llenaba, vivía con el temor de haber perdido esa chispa que te hace ir un poco más allá cada día. Y, sin embargo, las dos últimas semanas no necesitaba ni que sonara la alarma; pues, antes de llegar la hora, se despertaba solo para comprobar si tenía en el móvil algún mensaje nuevo enviado por ella. Tal y como había sucedido esa misma mañana:

Uff... No te lo vas a creer.
Acaba de llegar mi hermana a por
las llaves de mi coche,
que el suyo está sin ITV y
mañana tenía que llevar a su
suegra
al pueblo con los niños para no
sé qué de la casa de allí.
¡Y ni se ha molestado en
preguntar si lo iba a necesitar!
Le he abierto, y las ha cogido del
bol de la entrada
¡antes incluso de explicarme qué
estaba haciendo!
Y, como soy tonta, pues eso,
que no tengo forma de bajar a

Madrid.
¿Te importa si vemos lo de los
vectores otro día?
O por videoconferencia, como
prefieras.

¿Y si voy yo a tu casa?

El cosquilleo que sintió en la punta de los dedos nada más enviar el mensaje le llevó a intentar borrarlo, pero, antes de que acertara con la combinación de pasos para logarlo, el doble tic cambió de gris a azul. Sin darse cuenta de que lo hacía, aguantó la respiración el tiempo en el que apareció y desapareció varias veces el bocadillo con los tres puntos, se maldijo por no haberse pensado mejor la respuesta y se autojustificó otras tantas veces que la situación entre ellos no era, ni de lejos, tan mala como al principio, por lo que su proposición ni rompía norma alguna ni, menos aún, podía dar lugar a un malentendido.

He quedado a almorzar con unos
amigos.
Cocina Asier, el novio de Eva.
Son con los que te dije que había
hecho
una especie de *Emma*.

Pérez recordaba aquella conversación. Lo que no entendía era qué tenía que ver con su pregunta; salvo que fuera una excusa para establecer una barrera, quizá añadiendo un nuevo impedimento a haberse quedado sin coche. Así que comenzó a escribir un sencillo «Lo entiendo. Hablamos entonces esta semana para ver si encontramos otro hueco», solo que, antes de enviarlo, apareció un

nuevo mensaje en la pantalla:

Así que, si me haces el favorazo
de subir tú hasta aquí,
te lo pago pidiéndole que ponga
un plato más a la mesa.

El «¿llevo algo?» fue lo único que consiguió escribir antes de levantarse de la cama rumiando un «mierda, mierda, mierda...», que siguió rondando por su cabeza hasta que llegó a la dirección que ella le envió horas más tarde, llevando de regalo al anfitrión un par de libros que saldrían a la venta esa misma semana.

Para su tranquilidad o, tal vez, para su total y completa falta de cordura, la comida con los amigos de Elvira resultó mucho más agradable y distendida de lo que había imaginado. No obstante, y siendo evidente que Eva y Asier querían quedarse solos, decidió acortar la sobremesa alegando que él había ido hasta allí para avanzar con el trabajo. Así que Elvira y Pérez se marcharon nada más tomar el café.

—Mi coche está en la calle esa de ahí —explicó cuando, al llegar al portal, su compañera echó a andar en dirección contraria.

—¡Ah! Perdona, como dijiste que aparcaste cerca creí que iríamos andando. Es que vivo aquí al lado, y desde que han llegado los estudiantes de la universidad vuelve a no haber mucho sitio para dejarlo en mi calle.

—Es que tengo mi ordenador en el maletero. Pero si me dices dónde está tu casa... Salvo que hayas cambiado de idea y quieras volver a las normas del principio.

—¡Para nada! —adujo con cierto sonrojo—. Y no deberías haber dejado el ordenador en el coche. ¿No has pensado que te lo podían abrir?

—¿Aquí? ¿A mediodía?

—Sí, aquí. Anda, vamos para allá. Todo será que te lo hayan birlado, ¡cabeza de chorlito! —añadió, soltando la mano como si fuera a darle una colleja; si bien lo hizo con tan poca fuerza e intención que a Pérez no le costó cogérsela antes de que impactara contra su nuca.

—¡Eh! ¡Nada de volver a las viejas costumbres! —Al momento se dio cuenta de que, a pesar de haberlo dicho de una forma simpática, casi cómica, Elvira se sintió azorada, por lo que aprovechó que aún la tenía sujeta por la muñeca para tirar un poco de ella y acercarla a su cuerpo—. ¡Ey! Mírame a los ojos. —Apoyó los dedos de su mano libre en la barbilla de Elvira para obligarla a que subiera la cara—. Perdóname. —Al notar que ella iba a hablar, extendió el dedo índice y se lo puso sobre los labios—. No he medido mis palabras. Pero, como eso es algo que en los últimos tiempos parece pasarme muy a menudo, te pido perdón por adelantado, aunque quiero que sepas que nunca lo haré con intención de nada. Aquello fue un accidente que quedó en una anécdota y una pequeña herida que da carácter a mi ceja. Ambos lo sabemos, ¿verdad? —Elvira asintió, lo que hizo que sus labios acariciaran el dedo que él había mantenido sobre ellos—. Así pues, ¿me perdonas? —Al repetir ella el gesto, Pérez sintió el aire exhalado como una caricia eterna, la cual le provocó un escalofrío extraño que le encogió el estómago—. ¿Por esta vez y por todas las que meta la pata en un futuro? —insistió, sintiendo cómo la mirada se le perdía en las pupilas dilatadas de Elvira.

—¡Hombre! ¡Digo, mujer! ¡Cuánto tiempo sin verte, Elvirita!

Pérez observó por encima del hombro de Elvira al tipo que, con tan solo una palabra, había conseguido que el rostro de ella se desencajara, provocando en él un instinto de protección que llevaba dormido mucho tiempo. Antes de darse cuenta, y sin terminar de ser

consciente de ello, había intercambiado su posición con la de Elvira, de forma que ahora era él quien quedaba más cercano al recién llegado, mientras que ella, a la cual todavía tenía cogida por la muñeca, se situaba a su espalda, protegida por su cuerpo. Algo que pareció hacerle gracia al otro hombre, pues sonrió de forma socarrona mientras se acariciaba la nariz con un gesto que dejaba muy claro a Pérez lo que había estado haciendo poco antes.

—Seguro que hubo causa para vuestro distanciamiento, así que quizá sea mejor continuar con él, ¿no crees?

—Ahora tienes un gallito que habla por ti, Elvirita.

Notó cómo ella se tensaba, que estaba a punto de entrar en el juego de ese energúmeno, así que aprovechó que la mano por la que la tenía sujeta quedaba a su espalda para intentar infundirle algo de tranquilidad acariciándola con el pulgar. Supo que lo había conseguido cuando sintió que ella le apretaba con más fuerza.

—Tiene un amigo.

No quería tener que pelear; aunque ya no estaba federado, eso podía meterle en líos. Si bien, en ese momento, no se le ocurría ningún motivo mejor para volver a hacerlo. Adelantó un poco la pierna derecha y cerró el puño que tenía libre.

—Bueno, para Elvirita eso no significa nada. Ni tampoco estar prometidos, ¿verdad?

El que usara la palabra «prometidos» mientras giraba la cabeza para dejar claro que le hablaba a ella descentró tanto a Pérez que no hizo nada cuando Elvira, soltándose de su agarre, echó a correr en dirección contraria, hacia donde estaba aparcado el coche de él.

—¡Oh! Qué pena, chaval, la putita ha abandonado el local. Tendrás que buscar a otra para follar esta noche.

Le habría partido la cara sabiendo que pocas veces llegaría a disfrutar más de una pelea. Solo que, al empezar a moverse, sus

piernas decidieron hacerlo en dirección a ella. Tal vez porque le preocupaba su estado o, quizá, porque necesitaba pedirle explicaciones sobre lo que había detrás de esa palabra que aún retumbaba en su cabeza: «prometidos». ¿Acaso estaba a punto de casarse y no se lo había dicho? No es que importara, él no era nadie para que algo así le afectara... solo que sí lo hacía, y no quería preguntarse el motivo.

Capítulo 4

... O tal vez no

La encontró tras la siguiente esquina, agazapada en la entrada de una tienda cerrada, con un ataque de ansiedad que apenas le permitía hablar o moverse. Se sentó a su lado y la abrazó. Su experiencia le decía que aquel hombre no los iba a seguir; ya había conseguido lo que quería: asustarla. No obstante, se mantuvo atento a cualquier señal de que estuviese equivocado.

Tardó casi diez minutos en conseguir que ella respirara de forma relajada, y otro tanto en que se levantase del sucio suelo. Cuando lo hizo, el rostro alegre de Elvira parecía no haber existido nunca, ni tampoco su cara de enfado o la de sorpresa; solo una nada opaca que le quitaba el brillo de la mirada.

—Vamos a mi coche.

Al principio no dijo nada; se limitó a dejarse guiar cual cordero. Solo reaccionó cuando le pareció que Pérez conducía hacia la salida del pueblo.

—¿Dónde vamos?

—A cualquier sitio. Te recuerdo que no sé tu dirección, y tampoco era plan de quedarnos parados, ¿no crees? ¿O es que te

apetece ir a algún lugar especial?

—Tenemos que avanzar con el trabajo.

—Podemos dejarlo para otro día.

—No, no, por favor. No... Necesito olvidarme, hacer las cosas que haría si no hubiera... —Se calló. No tenía fuerzas para decirlo, y Pérez supo que tampoco era el momento de intentar sacárselo—. Yo te guío, da la vuelta en la siguiente rotonda.

Le hizo caso. Aunque él pensara que alejarse la ayudaría a recuperar la sonrisa, no podía llevársela en contra de su voluntad; eso solo empeoraría su estado. Por lo que acabaron en casa de Elvira, un pequeño apartamento con cocina americana, decorado de una forma bastante impersonal.

A medida que avanzaba la tarde, las discusiones —que fueron desde la longitud de los bigotes del binturong hasta si debía o no tener nombre— pasaron de puntillas sobre lo ocurrido con aquel tipo. Sin embargo, en cierto modo, la sombra de la reacción que Elvira había tenido planeaba en el ambiente tanto como en la cabeza de Pérez seguía repitiéndose esa palabra que no debería importarle.

—Temo que por hoy no podemos avanzar más. Necesitaremos que Teresa nos conteste al correo de dudas. Y no creo que lo haga hasta el lunes. Además, debería irme; empieza a ser tarde y no quiero pillar caravana de vuelta a Madrid.

—No suele haberla —se apresuró a señalar Elvira—. Bueno, por las mañanas de diario sí, como en todas las carreteras de acceso. Pero tienes razón al decir que se nos ha ido la hora; debería haberte invitado a tomar algo, seguro que estás famélico.

—A ver, después de la comida que nos hemos metido, sería imposible que hubiera podido tomar nada más que agua.

—Da igual, insisto. Además, no hemos hablado sobre lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —repitió, incómodo, levantando una ceja sin

saber muy bien a qué se refería.

—Sí, claro, el rollo este de los libros y las pelis. Seguro que tienes alguna pensada. Quizá incluso podamos verla ahora, pedimos unas pizzas y...

Era un ruego. No quería quedarse sola. Y a él tampoco le parecía buena idea que lo hiciera; no sin estar seguro de que pasaría bien la noche.

—¿Pizza de verdad?

—¿Lo preguntas en serio? ¡Estás en un pueblo lleno de universitarios! Tenemos toda clase de pizzas que te imagines, desde congeladas en el súper hasta hechas por italianos en hornos de piedra.

—¿Con piña?

—Si quieres...

—Me encanta la piña.

—A mí también —admitió, a la vez que en sus labios se dibujaba la primera sonrisa verdadera de toda la tarde.

—Entonces, no puedo negarme.

—¡Genial! Voy a por el teléfono para ver quién tiene hoy envío a domicilio. Tú ve pensando con qué historia me vas a dar la turra intentando que admita que el libro es muchísimo mejor que la película.

—Eso lo tengo claro desde hace un par de días: *Stardust*.

Terminaron de ver la película al filo de la medianoche. Para entonces, los restos de la pizza reposaban en la mesita frente al sofá donde se sentaron a verla mientras cenaban. Si bien ahora el único que seguía en una posición parecida era Pérez, pues Elvira estaba tumbada de lado y con las rodillas pegadas a su pecho; algo que él no sabría decir si era una posición habitual en ella o si estaba intentando no incomodarle poniéndole los pies encima.

—¿Qué te ha parecido?

—Cuando me dijiste que al principio fue un cómic me esperaba otra cosa, algo más Marvel o DC.

—No ibas tan desencaminada, la serie original la sacó DC.

—Pero no tiene nada que ver con los superhéroes.

—Podría decirse que Tristán lo es, ¿no crees?

—¡Para nada!

—Y Humphrey es, en verdad, Henry Cavill.

—¿Cómo? —Saltó ella, poniéndose de rodillas sobre los cojines y acercando la cara a la de Pérez—. ¿Hablas de Henry Henry, del hombre de acero, del tío bueno más bueno y macizorro del mundo?

—Tanto no lo será cuando no le has reconocido —replicó, con aires de suficiencia, solo por picarla.

—Ponla de nuevo —pidió, amenazante, cogiéndole un costado de la camiseta con los puños—. Desde el principio. Y párala cuando aparezca; seguro que te has equivocado de personaje.

—Como desees. —Nada más decirlo se acordó de otra historia que le gustaría compartir con ella.

En esta ocasión, Elvira no se colocó al otro lado del sofá, sino que se quedó junto a él, sujetándole aún la camiseta con una mano y recostada contra su brazo.

Para cuando apareció en la pantalla el rostro de Henry Cavill, era evidente que ya estaba dormida. Así que Pérez, en lugar de espabilarla, se movió lo justo para que él también pudiera caer en los brazos de Morfeo sin que le despertara un cosquilleo en alguna extremidad. Sabía de sobra que aquella no era la mejor forma de conciliar el sueño, pero también que, de no estar él en la casa, Elvira habría pasado la noche en vela. Por lo que cerró los ojos intentando no pensar en nada de lo que había sucedido; algo bastante complicado con el cuerpo de ella separado del suyo por tan solo un

par de capas de tela. Y más aún cuando no podía negar que fuera una mujer atractiva. ¡Incluso mientras parecía no pretender sacar partido a sus encantos se te iban los ojos hacia ella! Sin quererlo, por su cabeza empezaron a desfilar las imágenes de Elvira cada vez que había acaparado toda su atención. Pronto se dio cuenta de que no era una buena idea, por lo que, incómodo, se revolvió lo suficiente como para que ella se despertara.

—Perdón, me... me quedé traspuesta, ¿verdad?

—Solo un poco.

Con el pelo revuelto, la camisa arrebuñada y los ojos entrecerrados, Elvira se separó de él hasta sentarse en el borde del sofá. En silencio. Sin moverse más de lo necesario para respirar. Y con esa mueca en los labios que Pérez ya había identificado como señal de que andaba dándole vueltas a alguna idea. Así que se limitó a observarla, aunque se moría por saber lo que estaba creándose en su cabeza.

—Es tarde... —comenzó a bisbisear—. No debí pedirte volver a poner la película. Apuesto a que, hasta hace un momento, tú también estabas dormido, ¿cierto?

—Más o menos.

—Debiste despertarme.

Pérez se limitó a encoger los hombros antes de dar la respuesta más sincera y menos dolorosa posible.

—Creí que necesitabas descansar.

Era cierto. Llevaba muchos meses sin hacerlo. Noches enteras en blanco o despertándose sobresaltada. Sobrevivía a base de somníferos que no impedían que las pesadillas inundasen sus sueños. Y, sin embargo, justo el día en el que Ángel la hablaba, era el único en el que se había quedado dormida sin quererlo.

Dirigió su vista a la nota discordante, a esa diferencia con el resto de las noches. Pérez, con un rictus calmado, le devolvió la mirada.

—Rompí con él tres meses antes de la boda. Aunque todos piensan que fue Ángel quien me dejó.

—No tienes que darme explicaciones.

—Pero quiero hacerlo. Llevo demasiado tiempo callando y... creo que lo necesito.

—A veces, cuando tenemos sueños, tomamos malas decisiones. Y que conste que no estoy diciendo que contarme tus cosas sea una mala decisión, solo que quizá hoy no sea el día para hacerlo. Tal vez deberías meterte en la cama, descansar y, si mañana sigues pensando igual, estaré encantado de escuchar tu historia.

No pudo evitar sonreír. ¡Si hubiera estado ahí cualquiera de sus amigas, habría matado a Pérez por esas palabras! Ellas ya habían desistido de que les contara por qué se anuló la boda cuando ya tenían incluso la prueba del menú. Los primeros meses habían intentado enterarse con tanto ahínco que, a pesar de que Elvira sabía que solo les movía la preocupación, llegó a amenazarlas con irse del pueblo si seguían sacando el tema. Sin embargo, él...

Fue una sonrisa distinta a las otras. Quizá porque tenía una mezcla de amargura y diversión, o tan solo porque ese momento era diferente al resto, aunque Pérez no supiera explicar la causa. En cualquier caso, aquella sonrisa hizo que necesitara abrazarla más de lo que unas horas antes había necesitado protegerla de ese tipo que no hacía honor a su nombre. Solo que también era sincero al decir que, en momentos así, se tomaban decisiones las cuales, tras unas horas de sueño, no se recuerdan como acertadas.

—Debería irme. Aún tengo que coger el coche, llegar hasta

Madrid... Y es tarde. —Un razonamiento tan lógico como cierto, solo que su cuerpo no acompañó a sus palabras; parecía seguir atrapado en la visión de ella.

—Quédate, por favor.

La vio cerrar los ojos mientras lo decía y sintió cómo su cuerpo se estremecía a la vez que movía los labios. Justo después, le inundó un miedo irracional; uno que solo aparece en los momentos en los que sabes que deseas algo que tendrías que evitar.

—Deberías dormir —consiguió pronunciar, tras tragar saliva.

—Quédate, por favor. Sé que si no lo haces no dormiré. Si quieres puedes incluso usar mi cama, yo me quedo aquí, en el sofá.

La tranquilidad que le dio entender que Elvira no pretendía que durmieran juntos no le valió para mucho al saber que la opción era pasarse toda la noche en una cama que tendría olor a ella.

—Elvira...

—Por favor —le interrumpió, a punto del llanto—. Quédate —musitó, casi como un último aliento antes de la derrota final.

—Solo si me quedo yo en el sofá. Necesitas dormir.

Al momento, ella volvía a estar pegada a su cuerpo, fundida con él en un abrazo que Pérez, sin saberlo, también llevaba mucho tiempo necesitando.

Capítulo 5

La primera noche...

Desde que Elvira se había ido a dormir a su cama, aquel sofá parecía bastante más duro y pequeño. E incluso la habitación, en la que durante la película habían tenido el aire acondicionado puesto, se sentía mucho más fría. Pese a ello, Pérez intentó dormir tanto como pudo, pensando que a pocos metros se encontraba una mujer que necesitaba espacio y tiempo para recuperarse de unas heridas que a él le eran desconocidas. Aunque, por desgracia, estaba fracasando de manera estrepitosa; el sueño le era tan esquivo como presentes se le hacían los recuerdos del calor que emanaba su cuerpo cuando le abrazó tras saber que se quedaría a pasar la noche.

Cerró los ojos e intentó acomodarse de forma que el antebrazo le cubriera la cara. Si al final conseguía dormirse, lo que menos le apetecía era que le despertase el sol de la mañana. ¡Suficiente tenía ya con la luz de la farola que se filtraba a través del visillo del ventanal del salón! Cuando, algo después, el cosquilleo de los dedos le empezaba a indicar que debería volver a cambiar de postura, una voz le obligó a hacerlo de forma súbita.

—Te hubieras peleado con él, ¿verdad?

Decidió darse despacio la vuelta hacia el lugar de donde provenía la pregunta. Así podría ganar unos segundos para pensar cómo contestar de la forma menos comprometida posible; aunque, al verla iluminada por la luz de la calle, vestida con una simple camiseta de algodón que apenas le cubría las caderas, comprendió que lo más difícil del momento no sería encontrar la respuesta apropiada.

—No lo hice —afirmó, mientras analizaba si era mejor permanecer tumbado para que ella se mantuviese a distancia, y no fuera a sentarse junto a él.

—Pero lo habrías hecho. Si yo no salgo corriendo de allí, habrías acabado peleando.

—Es... probable.

—Entonces hice bien en huir. No me perdonaría que te pasara algo por mi culpa.

—No creo que hubiera logrado tocarme. —Sonrió al ver la expresión de extrañeza en el rostro de Elvira—. Era quinto dan en taekwondo. O sea, soy, solo que llevo mucho sin competir. Aunque sigo entrenando, no de forma oficial, pero me mantengo. Y él, bueno... me pareció verle un poco... perjudicado. —Se pasó el dedo índice por debajo de la nariz a fin de explicar a qué se refería.

—Antes no era así, ¿sabes? Es decir, cuando empecé con él era un buen chico. Estudiaba Hostelería y trabajaba los fines de semana haciendo extras en uno de los bares del pueblo. Al poco de estar juntos se metió como socio en un restaurante y, pasado un tiempo, los otros le vendieron su parte. Creo que ahí es cuando empezó a consumir.

—No necesito explicaciones.

—¡Pero quiero dártelas! —protestó, dando una patada al suelo—.

No me apetece que pienses que yo estaría de buen grado con un cocas. No me enteré de que consumía hasta poco antes de romper con él. —Estaba nerviosa, se notaba incluso en la penumbra. No hacía falta mucha luz para percatarse de la fuerza en sus manos, su manera de morderse el labio o el ligero temblor de sus pies. Y el silencio en el que permanecía Pérez no ayudaba a evitarlo—. Hace un rato me dijiste que, si después de dormir seguía queriendo contarte mi historia, me escucharías. ¿Sigue en pie la oferta?

—¿Y ya has descansado suficiente?

—Más que cualquier otra noche de los últimos meses.

—Pues yo aún no.

—¡Va de coña!

—Para nada, este sillón no es tan cómodo como parecía.

—¡Joder! ¿Y no puedes venirte a mi cama? —Se acercó hasta él y le cogió de la mano—. ¡Vamos, anda! De verdad. —Tiró intentando levantarle, pero Pérez solo cedió lo justo como para quedarse sentado.

—No voy a irme a tu cama. Es tu casa, no voy a dejarte dormir en el sillón.

—¿Solo es por eso? —preguntó, con los brazos en jarras.

—¿No te parece suficiente?

—¡Menuda estupidez! Es una cama de metro ochenta de ancho; cabemos los dos de sobra. ¡Vamos! ¡A la cama! —ordenó, tirando de nuevo de su mano.

Pérez se maldijo por no haber tenido mejor tino al expresar los motivos por los que no quería dejar el sillón. Aunque, a la vez, valoró que, si la cama era así de grande, no sería muy complicado mantener la distancia entre ambos.

—No tengo pijama. —Incluso a él le sorprendió cuando una evidencia como esa brotó de sus labios sin casi pensarla.

—¡Venga ya! A otro con esa tontería. ¿O acaso ahora me vas a decir que nunca has dormido en calzoncillos?

Sí lo había hecho, muchas veces, pero jamás con una mujer a quien el más mínimo movimiento hacía que la camiseta se le subiera hasta dejar ver el encaje de lo que, estaba seguro, era un culote negro.

—Está bien —claudicó—. Pero date la vuelta mientras me desnudo, soy un chico muy tímido —arguyó, con una voz impostada, a la vez que pensaba en que, con suerte, de ese modo podría disimular que su cuerpo no entendiese que se trataba solo de compartir cama. Nada más.

La había defendido. Por fortuna, no necesitó hacerlo por medio de la violencia, pero estaba segura de que, de ser necesaria, no dudaría en usarla. Y también se quedó a dormir cuando se lo pidió. E incluso se aguantó más de medianoche en un sofá que a ella misma, algo más menuda que Pérez, le dejaba molida la espalda. Anotó en su cabeza que a la mañana siguiente debería pedirle también disculpas por eso, ¡e invitarle a un buen desayuno! Aunque antes tendrían que hablar; llevaba mucho tiempo cargando con el miedo de que Ángel volviera a hacerse presente, y que el primer día en que había vuelto a dirigirle la palabra estuviera en medio Pérez era algo que le parecía injusto.

Él era un buen chico, se le veía a lo lejos. Y que se mantuviera tan pegado al borde de la cama que daba la impresión de que iba a caerse lo ratificaba. Elvira conocía a muy pocos hombres que no se aprovecharan de la situación para aproximarse con ganas de elevar la temperatura de la habitación. Antes de salir con Ángel, tuvo que parar las manos a muchos, a casi todos en realidad; y si claudicó la primera noche que su ex tuvo la oportunidad de acostarse con ella fue porque él era uno de esos chicos que se las llevaba a todas de

calle con tan solo una sonrisa y cuatro miradas; a todas, y sin importarle si eran de otro, o si ella le estaba esperando en casa. Algo de lo que Elvira solo se dio cuenta cuando era demasiado tarde, tanto que para entonces se sintió más incapaz de suspender la boda que de mirar hacia otro lado.

Hasta qué punto prefirió hacerse la tonta era una de las cosas que más le había costado asumir. Sobre todo, tras ser consciente de que, si la primera vez que pensó que él le estaba poniendo los cuernos no se hubiera dejado convencer de que era una paranoica, nunca habría llegado el día en el que tuvo que admitirse que, de no romper en aquel momento, su vida se convertiría en un infierno.

Todo empezó justo después de acabar con los cursillos prematrimoniales. En ellos, una de las cosas que les dijeron era que debían entender las situaciones duras por las que pasaría el otro a lo largo de la vida, y acompañarle facilitándole el camino mientras estuvieran juntos. Por eso decidió hacer algo por Ángel, pues para cubrir los gastos de la última reforma del restaurante y de la boda, había empezado a servir también desayunos; con lo que algunas noches, en especial los fines de semana, terminaba tan cansado que se quedaba a dormir en el sofá que se había instalado en el almacén.

Lo planeó durante semanas. Diseñó mil planos sobre cómo reorganizar el espacio para sacar una pequeña sala con ventilación a la calle a través de uno de los ventanucos que daban a la parte de atrás del edificio. Vio cientos de vídeos sobre cómo montar una pared con lamas y celosías. Compró el sofá cama, estanterías... incluso una pequeña mesa para poder comer los dos juntos, tranquilos, cuando pudieran coincidir entre servicios. ¡Y hasta consiguió que todos los repartos fueran un día que cerraban el restaurante por descanso del personal y Ángel tenía preparada una

salida en moto con amigos!

Así que, llegada la hora, usó las llaves que la noche anterior había escamoteado de la chaqueta de Ángel, sabiendo bien que esa mañana él ni tan siquiera se molestaría en tocar esa vieja zamarra que solo se quitaba para ponerse el mono de Alpinestar.

Todo empezó bien. Los repartidores llegaron a la hora marcada, con los pedidos completos y en buen estado. Pero con lo que ella no había contado es que tendría que mover algunas cajas pesadas sin ayuda, y menos todavía con lo que encontraría en el interior de las que estaban más pegadas a la pared.

Para cuando Ángel, avisado por la alarma silenciosa del local —de la que Elvira no sabía nada— llegó al restaurante, la mujer que hasta ese día pensaba que sería su esposa estaba en medio de un ataque de ansiedad, tirada en el suelo, rodeada de varios paquetes cuyo contenido no tenía la más mínima duda de lo que era... había visto demasiadas docuseries sobre aduanas. Lo que su cabeza aún en ese momento era incapaz de admitirse es que su prometido estuviera al corriente de ello. Pensaba que era una traición de alguno de los empleados, o incluso de alguno de esos amigos con los que Ángel tenía tanta confianza que les permitía entrar al almacén a coger ellos mismos las botellas de vino o los licores con los que siempre agasajaba a los comensales. No se dio cuenta de la farsa en la que vivía hasta que él la amenazó con que, si iba a la policía, diría que ella era socia en ese negocio alternativo y luego mandaría a alguien bien preparado para, con suerte, solo enviarla al hospital.

Después de aquel día llegaron las mentiras, la mayor de ellas convencer a todos de que había sido él quien rompió el compromiso; así se ahorraba explicar los porqués. Las visitas a la psicóloga, al principio para aprender a tranquilizarse, más tarde para descubrir

cosas importantes. Que sus amigos no eran tan malos como él la había hecho ver. Que ella era buena por sí misma, no por estar con Ángel. Que él no era el único que podía llevar las finanzas de ambos. Que aquello que no le gustaba en la cama no era imprescindible para que cualquier hombre aceptase quedarse a su lado. Que no siempre estaba equivocada. Que no tenía por qué dejar de ser ella misma solo para adaptarse a lo que él quería que fuera. Y los entrenos, esos que le hacían sentirse segura si, llegado el momento, no podía salir huyendo. En definitiva, tras meses de terapia fue consciente de que junto a Ángel fue víctima de un maltrato que cada vez se acercaba más a un punto sin retorno.

Y la primera persona con la que de verdad se había sentido con fuerzas para contárselo era justo el hombre con el que en ese momento estaba compartiendo cama de la manera más casta y aséptica que jamás hubiera imaginado. Lo cual, en cierta forma, estaba empezando a exasperarla: llevaba mucho tiempo sin sentirse tan a gusto como cuando Pérez la abrazaba. Solo que tampoco podía pedirle sin más que volviera a hacerlo, ¿verdad?

Capítulo 6

... Y la primera madrugada

De tanto estar sobre el costado contra el que ella había descargado toda su furia, volvían a dolerle las costillas casi tanto como la primera noche. La diferencia era que, durante aquella, solo podía pensar en la que se le habría caído encima en caso de que la histérica se hubiera hecho el más mínimo daño. ¡Aún recordaba la primera vez que vio dislocarse un codo tras un bloqueo con la palma! Por lo que se había limitado a intentar protegerse el hígado. Mientras que esa noche su único pensamiento era muy distinto. Si bien, tampoco le dejaba dormir.

Al final decidió darse la vuelta para poder aliviar la presión sobre el costado dolorido. Ella había dejado de moverse hacía ya un buen rato, por lo que supuso que debía de estar dormida al otro lado de la cama. ¡Nada más lejos de la realidad! Pues en sus ojos abiertos se reflejaba la exigua luz que entraba desde la calle, dotándolos de un brillo en el que se quedó colgado durante unos segundos.

—Hola —bisbiseó Elvira, sin saber bien si no hubiera sido mejor hacerse la dormida cuando él empezó a moverse.

—Hola. —No quería ni pestañear; una parte de su interior

necesitaba contemplar esa imagen el mayor tiempo posible. Ella, con su pelo algo revuelto, una sonrisa suave y las manos juntas bajo la almohada, era la imagen más hipnótica, sensual, dulce y peligrosa que jamás había contemplado.

—¿Los moretones que tienes en el costado también son por mi culpa? —Elvira tragó saliva al darse cuenta de que, al preguntarlo, ella misma había confesado que le miró mientras se quitaba la ropa para meterse en la cama—. ¿Aún te duelen?

—No —aseveró, sin poder evitar pellizcarse la punta de la nariz.

—Mientes. Siempre que haces ese gesto es porque no piensas lo que estás diciendo. Me di cuenta recordando las tonterías con las que descartabas los animales que me gustaban.

—¿Tanto has pensado en ese día?

—¿Y tú?

Ambos reconocieron en el silencio de la habitación la respuesta que el otro se negaba a admitir en voz alta.

—Alquilé este piso tras irme de la casa en la que vivía con... —A pesar de que Pérez sabía que el motivo por el que se mordió el labio era tan solo haber estado a punto de decir un nombre que no quería recordar en ese momento, él lo sintió como una tortura que le robaba el aire y le encogía el estómago—. Desde entonces las únicas personas que he dejado que entraran son mis amigas. Tú eres el primer hombre que lo hace.

Un calmado silencio volvió a apoderarse del espacio, mientras susurraba deseos y verdades que no se sentían capaces de repetir en voz alta, por miedo a que el momento se evaporara sin dejar ninguna prueba de su existencia.

—Quizá hubiera sido más sensato haberme ido después de acabar la película —logró al fin susurrar Pérez, temiendo que al hacerlo ella le diera la razón.

—O quizá debí decirle a mi hermana que no podía llevarse mi coche —rebatió Elvira, en el mismo tono.

—Pero no lo hiciste.

—Y tú te quedaste.

—Me lo pediste.

—¿Fue solo por eso?

—Cuando acepté que nuestro binturong llevara zapatos debiste darte cuenta de que me es casi imposible negarte nada.

—¿Así que bastaría que te pidiera que me abrazaras para que lo hicieras?

—¿Ahora?

—Por ejemplo.

—Si me lo pidieras ahora mismo, te diría que a veces, cuando tenemos sueño, tomamos malas decisiones.

—¿Crees que sería una mala decisión hacerlo?

—No, creo que la mala decisión sería negarme a ello.

Elvira sonrió sabiendo que tenía su respuesta a esa pregunta que tanto miedo le daba hacer. Así que, tal y como decía su psicóloga, cerró los ojos, se concentró en sentir su respiración y dio un paso.

—Abrázame, por favor.

Cuando se acostumbró al calor de la piel de Pérez junto a la suya, abrió los ojos para descubrir que las primeras luces del amanecer comenzaban a iluminarlos.

Nota de autora

Si quieres saber cómo se encendió la chispa entre Asier y Eva —los amigos de Elvira— solo tienes que abrir la antología de verano *La noche dulce de agosto*.

Y si lo que buscas es descubrir el pasado de Teresa, con sus suspiros, sus tropiezos y ese romanticismo que aparece cuando menos te lo esperas, tu lectura perfecta es *Y para siempre*, la antología de San Valentín.

Más allá de la niebla

Natalia Sánchez Diana

Capítulo 1

Lo primero que a Paul Lennox le llamó la atención de Glenrosie no fue la lluvia ni el frío, ni siquiera aquella sensación de haber llegado al final del mundo.

Fue el tren alejándose sin él.

El traqueteo metálico se perdió entre los árboles, y Paul se quedó solo en el pequeño andén, con una maleta en la mano, el abrigo mal cerrado y el corazón todavía más desordenado que el equipaje que había hecho de prisa y corriendo. No había nadie esperándolo. Ningún cartel de bienvenida, ninguna voz pronunciando su nombre, ningún gesto que le hiciera pensar que aquel pueblo escocés lo acogía de verdad.

Solo lo había recibido el viento.

Y el silencio.

Tenía veintiséis años, una plaza de profesor en la escuela local y demasiadas cosas de las que no quería hablar. Había dejado Edimburgo con una carta a sus padres, tres casetes de Nick Drake y la ridícula esperanza de que la distancia pudiera ordenar lo que él no había sabido defender.

A medida que avanzaba, Glenrosie apareció ante él como una fotografía antigua de casas de piedra, tejados oscuros, ventanas pequeñas y una única calle principal. Al caminar, Paul tuvo la

impresión de que todas las cortinas se movían a su paso. Nadie salió a saludarlo, pero todos parecían saber que había llegado.

La casa que le habían asignado estaba al final de una calle estrecha, junto a un seto descuidado. La llave, tal como decía la carta de Moira, esperaba bajo una piedra húmeda.

Paul abrió la puerta y entró. El interior olía a humedad y a habitaciones cerradas, cubiertas de polvo. No era una casa acogedora pero tampoco hostil. Más bien parecía una casa que llevaba años esperando sin demasiada fe a un nuevo inquilino. En el salón había un sofá de flores horteras y descoloridas, una radio antigua y una ventana desde la que se veían las colinas cubiertas de niebla.

Dejó la maleta en el suelo y permaneció quieto unos segundos.

—Bueno —murmuró—. Aquí estamos.

Preparó té en una tetera azul desconchada y lo bebió de pie, junto a la cocina, en una taza agrietada que decía *Good Morning, Sunshine*. La frase le pareció tan absurda que casi sonrió.

Casi.

Después recorrió la casa despacio. Eligió la habitación más pequeña, porque siempre había preferido los espacios donde no sobraba nada. Luego se sentó en el borde de la cama, agotado. Afuera empezaba a llover con suavidad, golpeando el cristal como unos dedos impacientes. Toc, toc, toc, toc.

Pensó que tal vez aquel lugar podía ser un refugio. O una condena. Todavía no lo sabía.

***

La escuela era un edificio pequeño, de puerta roja descolorida y ventanas estrechas, cerca del centro del pueblo.

Moira, la directora, lo esperaba en la entrada. Era una mujer de moño alto, mirada severa y una carpeta apretada contra el pecho.

—Paul Lennox, supongo.

—El mismo.

Ella no sonrió.

—Quince niños. Edades mezcladas. Algunos aprenden, otros no tanto. Procura no ilusionarte demasiado. Tenemos pocos medios y aquí la mayoría de ellos acabarán trabajando en el carbón.

Paul parpadeó.

—Haré lo posible.

Moira lo condujo hasta el aula. Había mesas desiguales, una pizarra negra, mapas amarillentos y un globo terráqueo cubierto de polvo. Paul se quedó solo unos minutos mirando aquel espacio que debía convertir en algo parecido a un aula.

Poco después empezaron a llegar los niños.

No entraron con entusiasmo, sino con cautela. Lo observaron del mismo modo que se escudriña a alguien que quizá no dure mucho, como había sucedido con los otros profesores.

El primero en acercarse fue un chico pelirrojo, pecoso, con una chaqueta demasiado grande.

—¿Tú eres el nuevo?

—Depende —respondió Paul—. ¿Tú eres el que manda aquí?

El niño lo miró con suspicacia. Luego sonrió.

—Soy Jamie. Y no me gustan los profesores raros.

—Entonces tendremos que negociar.

La clase empezó con torpeza, como empiezan casi todas las cosas importantes. Paul no intentó impresionarlos. Les pidió que dijeran la palabra más fea del mundo. Uno dijo «lunes». Una niña dijo «calcetín». Jamie, después de pensarlo, dijo:

—Soledad.

Paul no respondió enseguida. Solo asintió.

Al salir durante el recreo, se apoyó junto a la puerta y observó a los niños correr hacia el patio, que no era de cemento, sino de hierba que el viento movía haciéndola parecer olas oscuras. Fue entonces cuando sintió una mirada.

Levantó la vista hacia la colina. Entre los árboles, una figura permanecía inmóvil.

Un hombre alto, vestido con ropa oscura, observaba desde la distancia. No hizo ningún gesto. No se ocultó. Simplemente estaba allí, como si formara parte del paisaje y, al mismo tiempo, lo dominara.

Paul parpadeó.

Cuando volvió a mirar, la figura ya no estaba.

Esa noche, de regreso a casa, el pueblo parecía más silencioso que antes. Encendió la estufa, se sentó en el suelo y pensó en sus alumnos, en la acertada palabra de Jamie, en Moira, en Edimburgo, en el rechazo de sus padres al saber que era gay, en todo lo que había dejado atrás.

Pero, sobre todo, pensó en el hombre de la colina.

No sabía quién era.

No sabía por qué lo había mirado.

Y, sin embargo, mientras la madera crujía bajo sus pies y la lluvia volvía a golpear la ventana, Paul tuvo la certeza de que Glenrosie acababa de mostrarle su primer secreto.

Capítulo 2

Durante los primeros días, Paul empezó a comprender que Glenrosie era un lugar donde las personas hablaban poco, pero observaban mucho.

Cada mañana recorría el mismo camino hasta la escuela. Saludaba a los vecinos con una sonrisa que casi nunca obtenía respuesta inmediata. Sin embargo, al día siguiente encontraba el jardín recién arreglado frente a su casa, una barra de pan colgada de la verja o un tarro de mermelada sin nota alguna. Era la forma que tenía el pueblo de aceptar a alguien. Con amabilidad, pero nunca con palabras.

Los niños también fueron perdiendo la desconfianza.

Jamie seguía ocupando el pupitre de la primera fila y hacía preguntas imposibles.

—¿Es verdad que en Edimburgo los edificios son tan altos que no se ven las estrellas?

—No tanto.

—¿Y has conocido a alguien famoso?

—Solo a un profesor que corregía exámenes con un chasquido de dedos.

Las risas llenaron el aula. Poco a poco, Paul dejó de sentirse un extraño durante aquellas horas de clase. Enseñaba Matemáticas,

Literatura y Geografía a niños de edades diferentes, improvisando actividades para que todos participaran. Descubrió que Jamie leía mejor que cualquiera de sus compañeros, aunque fingía lo contrario para no destacar demasiado.

Aquel viernes decidió hacer algo distinto.

—Quiero que escribáis sobre la persona más valiente que conocéis.

Mientras los lápices empezaban a rasgar el papel, Paul paseó entre las mesas observando las primeras frases.

La mayoría hablaba de sus padres y el trabajo en las minas. Alguno escribió sobre un hermano mayor.

Jamie tardó varios minutos en empezar. Cuando terminó, levantó la mano.

—¿Puedo leerlo?

Paul asintió.

—La persona más valiente que conozco es Peter MacLeod. Hace dos años me caí al río. El agua estaba muy fría y no podía salir. Él se tiró sin pensarlo, me sacó y me llevó hasta casa de mi abuela. Luego se fue sin esperar las gracias. Mi abuela dice que siempre aparece cuando alguien lo necesita.

El aula quedó en silencio. Paul dejó el cuaderno sobre una mesa.

—¿Es bombero?

Jamie negó con la cabeza.

—No.

—¿Médico?

—No.

—Entonces ¿qué hace?

El niño se encogió de hombros.

—Vive solo.

La respuesta provocó algunas risas, pero Jamie continuó muy

serio.

—Arregla muebles. Corta leña. Ayuda cuando alguien se pierde en el bosque. Casi nunca baja al pueblo.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Mi abuela dice que antes era diferente.

Aquella frase quedó suspendida en el aire. Antes era *diferente*. Esa palabra tan conocida y aterradora a la vez. Esa palabra que siempre había acompañado a Paul, que conocía tan bien.

Paul siguió con la clase, pero el nombre de Peter MacLeod y esa palabra —diferente— permaneció dando vueltas en su cabeza el resto del día.

Al terminar las clases decidió regresar caminando por un sendero distinto.

El otoño empezaba a teñir de cobre las colinas y el aire olía a tierra húmeda. Anduvo sin prisa, disfrutando por primera vez del paisaje, hasta que la senda comenzó a estrecharse entre los árboles.

Fue entonces cuando volvió a sentir aquella sensación. La de no estar solo. Se detuvo. Miró hacia la ladera. Entre los troncos distinguió durante apenas un instante la silueta de un hombre. Alto. Inmóvil. Observándolo.

Paul dio un paso hacia delante. La figura desapareció.

Durante unos segundos permaneció allí, escuchando únicamente el viento. Cuando reanudó la marcha sonrió para sí mismo. Ahora ya sabía su nombre.

Peter MacLeod.

Y, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, tenía la impresión de que también Peter sabía el suyo.

Capítulo 3

Durante los días siguientes, Paul descubrió que el otoño escocés tenía una forma muy particular de engañar a la gente. Las mañanas amanecían tranquilas, con una luz suave que invitaba a caminar. Pero bastaba una hora para que el cielo se cubriera de nubes y el viento transformara el paisaje en un lugar completamente distinto.

Aun así, cada tarde salía a recorrer los senderos que rodeaban Glenrosie. Decía que era para conocer el pueblo. En el fondo, sabía que buscaba otra cosa. O, mejor dicho, a otra persona.

Nunca tomaba el mismo camino dos veces, pero siempre acababa mirando hacia las colinas donde había visto aquella silueta inmóvil. A veces le parecía distinguir movimiento entre los árboles. Otras solo encontraba ovejas, cercas de piedra y el rumor constante del viento.

—Te estás volviendo ridículo —murmuró para sí una tarde. Sonrió, avergonzado de sus propios pensamientos, y continuó caminando.

Aquella tarde el sendero lo llevó más lejos de lo habitual. Los árboles comenzaron a cerrarse sobre el camino y el bosque fue tragándose poco a poco la luz. Paul levantó la vista. No reconocía aquel lugar.

Miró hacia atrás. El camino por el que había llegado parecía

haberse desvanecido entre la niebla. Intentó orientarse. Giró a la derecha. Después a la izquierda.

Todo era igual. Las mismas piedras cubiertas de musgo. Los mismos troncos. El mismo silencio inquietante.

Notó cómo una fina lluvia empezaba a caer entre las ramas.

—Genial... —susurró.

Aceleró el paso convencido de que encontraría la salida en unos minutos. No ocurrió. La lluvia arreció y el viento empezó a soplar con más fuerza.

Paul comprendió entonces que estaba perdido. No sintió pánico al principio. Solo esa incómoda mezcla de frustración y vulnerabilidad que aparece cuando uno descubre que ha confiado demasiado en sí mismo.

Se refugió bajo un viejo roble mientras intentaba recordar por dónde había venido. Fue entonces cuando vio una luz pequeña y temblorosa moviéndose entre los árboles.

La figura apareció unos segundos después. Alta. Ancha de hombros. Vestida con una vieja chaqueta de lana oscura.

La linterna iluminó fugazmente un rostro serio, curtido por el viento y los años. Una barba de varios días sombreaba una mandíbula firme, y unos ojos grises lo observaron con una mezcla de cautela y resignación.

Como si encontrar excursionistas perdidos formara parte de su rutina.

—Sabía que terminaría pasando —dijo el desconocido con una voz grave y tranquila.

Paul tardó un instante en reaccionar, impresionado por la belleza y la estatura de aquel hombre.

—¿Nos conocemos?

El otro negó con la cabeza.

—No.

Guardó silencio unos segundos antes de añadir:

—Pero llevo varios días viendo al profesor nuevo caminar por sitios donde no debería.

Paul sintió cómo el rubor le subía hasta las orejas.

—Supongo que eso significa que soy fácil de vigilar.

Por primera vez, la expresión del hombre pareció suavizarse. No llegó a sonreír, pero estuvo cerca.

—Un profesor instruido debería saber que este bosque no perdona los despistes.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza. Sin decir una palabra más, el hombre se quitó la chaqueta y la dejó sobre los hombros de Paul. El gesto fue tan natural que este apenas tuvo tiempo de protestar.

—No hace falta...

—Sí hace falta. —Aquella voz no admitía discusión.

Paul bajó la vista hacia la prenda húmeda que ahora lo protegía del frío. Olía a leña. A tierra mojada. Y a algo difícil de explicar que, de manera absurda, le transmitía seguridad.

—Soy Paul —dijo mientras retomaban el camino.

El hombre caminó unos metros antes de responder.

—Lo sé.

Paul lo miró sorprendido.

—Claro... Soy el profesor nuevo.

Esta vez sí apareció una leve sonrisa pequeña. Casi invisible.

—Aquí todos sabemos quién eres.

Continuaron avanzando en silencio, como si hubieran creado un acuerdo tácito entre dos desconocidos que todavía no sabían qué podían preguntarse.

Después de varios minutos, el bosque comenzó a abrirse. Las

primeras casas de Glenrosie aparecieron al otro lado del prado. Paul dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

El hombre hizo un leve gesto con la cabeza.

—Procura no volver a perderte.

Se dio la vuelta dispuesto a marcharse.

—Espera.

El desconocido se detuvo.

—Jamie tenía razón, ¿verdad?

El hombre frunció ligeramente el ceño.

—¿Sobre qué?

—Tú eres Peter MacLeod.

Durante un instante ninguno de los dos habló. Después, Peter asintió una sola vez y echó a andar de nuevo.

Paul permaneció inmóvil viéndolo alejarse entre la lluvia hasta que su figura desapareció entre los árboles.

No sabía por qué. Apenas habían intercambiado unas pocas frases.

Sin embargo, mientras regresaba lentamente hacia su casa con la chaqueta de Peter aún sobre los hombros, tuvo la extraña sensación de que acababa de conocer a alguien que iba a cambiar su vida.

Capítulo 4

Paul volvió a la escuela, corrigió cuadernos, explicó fracciones imposibles y escuchó las historias de Jamie sobre ovejas que escapaban de los cercados y zorros que robaban gallinas. Todo parecía igual.

Y, sin embargo, ya nada lo era. Cada vez que levantaba la vista hacia las colinas esperaba distinguir una figura inmóvil entre los árboles.

No siempre la encontraba. Pero nunca dejaba de buscarla.

Una tarde, mientras los niños recogían sus mochilas, Jamie se quedó rezagado.

—¿Encontraste el camino de vuelta? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Paul arqueó una ceja.

—¿Cómo sabes que me perdí?

—Porque Peter vino el otro día con las botas llenas de barro.

Paul dejó de guardar los libros.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Jamie soltó una carcajada.

—Solo se mete en el bosque cuando alguien necesita ayuda.

Paul negó con la cabeza.

—Eres demasiado listo para tu edad.

—Eso dice mi abuela.

Antes de marcharse, el niño añadió con total naturalidad:

—Le has caído bien.

Paul levantó la vista.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie.

Jamie se encogió de hombros.

—Pero si no le hubieras caído bien, no te habría prestado su chaqueta.

El muchacho salió corriendo antes de que Paul pudiera hacer otra pregunta.

Durante el resto de la tarde no consiguió concentrarse. Ni siquiera pudo conciliar el sueño. Así que, el sábado por la mañana, decidió devolver la prenda.

Preguntó a un vecino por el camino que llevaba hasta la cabaña de Peter y emprendió la marcha con la chaqueta cuidadosamente doblada bajo el brazo.

El sendero era más sencillo de recorrer de día. Aun así, cuando divisó la pequeña casa de piedra entre los árboles, sintió un extraño nerviosismo.

Llamó con suavidad. Nadie respondió. Estaba a punto de marcharse cuando escuchó el sonido rítmico de un cepillo sobre madera.

Rodeó la casa. Peter trabajaba bajo un pequeño cobertizo abierto al bosque. Sujetaba una vieja silla mientras deslizaba la lija con una paciencia infinita.

No levantó la vista enseguida.

—Puedes pasar.

Paul sonrió.

—¿También sabías que era yo?

—No conozco a nadie más que haga tanto ruido caminando.

Paul bajó la mirada hacia el sendero cubierto de hojas.

—Pensaba que estaba siendo discreto.

—No lo eres.

Por primera vez desde que se conocían, Peter sonrió de verdad. Fue apenas un instante, pero transformó por completo su rostro. Paul comprendió, entonces, que aquel hombre debía de haber sonreído mucho tiempo atrás.

Y que la vida, por algún motivo, había conseguido arrebatárselo.

—He venido a devolverte esto.

Le tendió la chaqueta. Peter la observó unos segundos antes de cogerla.

—Gracias.

La dobló con cuidado y la dejó sobre un banco cercano.

Después volvió a la silla. Paul permaneció inmóvil.

—¿Siempre arreglas muebles?

Peter pasó la mano por la madera antes de responder.

—Arreglo lo que otros dan por perdido.

Aquella frase quedó suspendida entre ambos. Paul miró alrededor. El cobertizo estaba lleno de herramientas, tablones, marcos antiguos y muebles esperando una segunda oportunidad.

Todo parecía roto. Y sin embargo, todo parecía tener arreglo.

—Debe de requerir mucha paciencia.

Peter asintió.

—Más paciencia que talento.

Paul sonrió.

—No estoy de acuerdo.

Peter levantó la vista.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque alguien sin talento no habría conseguido que una silla

desvencijada estuviera lista para encontrar su hogar de nuevo.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. Pero ya no era el silencio de dos desconocidos.

Era el de dos personas que empezaban a sentirse cómodas compartiendo el mismo espacio.

Peter dejó la lija sobre la mesa.

—¿Tomas té?

Paul lo miró sorprendido.

—Pensaba que nunca me lo preguntarías.

Entraron en la cabaña. Mientras el agua comenzaba a hervir, Paul observó los estantes llenos de libros, las fotografías antiguas apoyadas sobre la repisa de la chimenea y un viejo tocadiscos cubierto por una fina capa de polvo.

—No imaginaba que leyeras poesía.

Peter siguió preparando el té.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—La mayoría de la gente tampoco.

Cuando las tazas estuvieron listas, se sentaron junto a la ventana. Hablaron de cosas pequeñas. De la lluvia. Del pueblo. De los niños. De Escocia. De Edimburgo.

Ninguno preguntó por el pasado del otro. Todavía era demasiado pronto.

Cuando Paul se levantó para marcharse, el sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas.

—Gracias por el té.

Peter asintió.

—Gracias por devolverme la chaqueta.

Paul dio unos pasos hacia la puerta. Antes de salir, se volvió.

—¿Puedo regresar otro día?

Peter permaneció unos segundos mirando el fuego antes de responder.

—El camino seguirá aquí.

No era exactamente una invitación, pero tampoco una negativa.

Y para Paul, en aquel momento, fue suficiente.

Capítulo 5

A partir de aquel sábado, Paul encontró demasiadas razones para abandonar la escuela caminando y acercarse a Peter. Un día tenía que comprar clavos para colgar un estante y necesitaba su opinión. Otro, quería preguntar dónde encontrar leña para el invierno. Después llevaba un libro que, según él, Peter debía leer.

Y cuando se quedó sin excusas, simplemente apareció con una barra de pan recién hecha.

El hombre nunca preguntó por qué iba. Solo abría la puerta. Así fue cómo el otoño avanzó despacio sobre Glenrosie.

Las hojas comenzaron a cubrir los senderos y el aire olía constantemente a humo de chimenea. La rutina de ambos fue encontrando un equilibrio inesperado.

Paul enseñaba por las mañanas. Peter trabajaba en su taller. Y dos o tres tardes por semana, compartían una taza de té junto al fuego. Hablaban poco. Pero cada conversación parecía continuar la anterior, aunque hubieran pasado varios días.

Paul descubrió que Peter conocía el nombre de casi todos los árboles del bosque. Que podía distinguir una tormenta varias horas antes de que aparecieran las primeras nubes. Que construía muebles sin utilizar planos. Y que jamás hablaba de sí mismo.

Cuando Paul hacía alguna pregunta personal, Peter respondía

con otra o cambiaba de tema.

Al principio aquello lo desconcertaba. Después empezó a respetarlo. Comprendió que algunas personas no levantaban muros para esconderse. Lo hacían para seguir vivos.

Una tarde llegó con una caja de cartón bajo el brazo.

—Necesito tu ayuda.

Peter levantó la vista del banco de trabajo.

—¿Con qué?

Paul dejó la caja sobre la mesa. Dentro había una docena de libros viejos, todos con el lomo desencuadernado.

—Los encontré en el almacén de la escuela. Iban a tirarlos.

Peter cogió uno con cuidado. Era una edición muy gastada de *La isla del tesoro*. Pasó los dedos por la cubierta rota.

—Aún puede salvarse.

Paul sonrió.

—Eso mismo pensé.

Trabajaron durante horas. Peter reparaba las tapas mientras explicaba cada movimiento.

Paul observaba con atención, torpe al principio, más hábil después.

—La mayoría de la gente cree que restaurar consiste en dejar algo como nuevo —dijo Peter mientras extendía cola sobre el lomo de un libro—. Pero no es verdad.

—¿No?

—No. —Esperó unos segundos antes de continuar—. Consiste en conservar las cicatrices para que lo restaurado siga viviendo.

Paul dejó de trabajar. Aquellas palabras no hablaban de libros. Los dos lo sabían.

Cuando terminaron, ya era de noche. Peter encendió la lámpara de aceite y preparó la cena. No era gran cosa: sopa caliente, pan y

queso.

Pero era la primera vez que compartían una comida.

—Los niños preguntan mucho por ti —comentó Paul.

—¿Sí? —Peter arqueó una ceja.

—Jamie insiste en que deberías enseñarles a construir cometas.

—No sé construir cometas.

—Eso mismo le dije.

—¿Y qué respondió?

Paul rio.

—Que si sabes arreglar cualquier cosa, también sabrás hacer volar un trozo de tela.

Peter negó con la cabeza, divertido.

—Ese chico acabará gobernando el pueblo.

—Eso espero.

El silencio regresó sin incomodidad. Paul observó el perfil de Peter iluminado por la lámpara. Las pequeñas arrugas junto a los ojos. La barba salpicada de algunas canas. Las manos grandes sujetando la cuchara con una delicadeza inesperada.

Era un hombre hermoso. Era hermoso porque transmitía paz. Y Paul descubrió que llevaba varios minutos mirándolo.

Apartó la vista antes de que Peter pudiera darse cuenta. O creyó hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter.

Paul sintió cómo el corazón daba un vuelco.

—Nada.

Peter sostuvo su mirada unos segundos. Después volvió a la sopa. No insistió.

Cuando Paul se marchó, la noche estaba despejada. Las estrellas brillaban con una intensidad que nunca había visto en Edimburgo.

Caminó despacio hacia el pueblo, con las manos en los bolsillos y

una sensación extraña. No recordaba la última vez que había esperado con ilusión la llegada del día siguiente.

Peter permaneció largo rato de pie junto a la ventana. Desde allí podía ver el sendero serpenteando entre los árboles. La figura de Paul se iba haciendo cada vez más pequeña hasta desaparecer entre la oscuridad.

Solo entonces apartó la vista. Se apoyó en la mesa donde aún descansaban los libros reparados. Uno de ellos seguía abierto por la primera página.

Sin pensarlo demasiado, pasó los dedos sobre una frase que llamó su atención.

«La marea es fuerte y nos desvía... Hay que remar con más fuerza... Hay que luchar contra la corriente».

¿No era eso lo que él había hecho desde que supo que le gustaban los hombres? Luchar contra ello, remar en dirección contraria, contracorriente.

Pero ahora, lo único que sabía era que, desde que Paul había llegado a Glenrosie, la soledad que durante tantos años había considerado suficiente empezaba a parecerle demasiado pequeña para vivir dentro de ella.

Y esa idea lo asustaba más que cualquier tormenta.

Capítulo 6

Paul empezaba a sentir que, por primera vez en mucho tiempo, pertenecía a algún lugar. Conocía ya el nombre de todos sus alumnos. Sabía qué vecino horneaba el mejor pan. Qué perro perseguía siempre las bicicletas. Y qué camino debía tomar si quería llegar a la cabaña de Peter antes de que anocheciera.

Todo empezaba a parecer sencillo. Hasta aquella mañana. Nada más entrar en la escuela comprendió que algo ocurría. Los niños hablaban en voz baja. Los padres permanecían agrupados frente a la entrada. Incluso Moira parecía inquieta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Paul.

La directora cerró la puerta del aula antes de responder.

—Agnes Campbell ha desaparecido.

Paul tardó unos segundos en reconocer el nombre.

—¿La abuela de Jamie?

Moira asintió.

—Salió ayer por la tarde a recoger brezo y no volvió.

Un silencio pesado llenó la habitación.

—¿La están buscando?

—Todo el pueblo.

Paul miró por la ventana. Varios hombres preparaban cuerdas, linternas y mapas sobre el capó de una camioneta. La urgencia se

respiraba incluso desde allí.

Jamie estaba entre aquellos hombres, con el rostro pálido, pero sin derramar ni una lágrima.

Las clases quedaron suspendidas. Antes del mediodía, prácticamente todo Glenrosie se había reunido junto a la iglesia. El párroco organizaba grupos de búsqueda. Algunos recorrerían el río. Otros inspeccionarían los caminos. Los más experimentados entrarían en el bosque. Paul observaba el movimiento sin saber muy bien qué hacer cuando escuchó una voz detrás de él.

—Llegas tarde.

Se giró. Peter acababa de aparecer. Llevaba las botas embarradas, una mochila al hombro y una linterna colgada del cinturón. Su expresión era completamente distinta a la del hombre tranquilo que Paul conocía. Sus ojos eran todo concentración y seriedad.

—¿Acabas de enterarte? —preguntó Paul.

Peter negó con la cabeza.

—Hace unas horas. Ya he estado buscándola.

—¿Crees que sigue viva?

Peter no respondió enseguida. Miró hacia el bosque. Después al cielo. El viento soplaba desde el norte. Las nubes avanzaban deprisa.

—Mientras no sepamos lo contrario, sí.

Era una respuesta sencilla. Pero contenía una determinación absoluta.

En ese momento el párroco levantó la voz.

—Peter. —Todos guardaron silencio—. ¿Puedes dirigir el grupo del bosque?

Nadie pareció sorprenderse. Era evidente que aquella responsabilidad siempre acababa recayendo sobre él. El hombre asintió.

—Necesito cuatro personas.

Tres hombres dieron un paso al frente. Paul fue el cuarto. Peter lo miró.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no conoces el terreno.

—Aprendo rápido.

—No es suficiente.

Paul sostuvo su mirada.

—No pienso quedarme aquí esperando noticias mientras Jamie cree que su abuela puede estar sola ahí fuera.

Durante unos segundos ninguno habló. Finalmente Peter dejó escapar un suspiro.

—Harás exactamente lo que yo diga.

Paul sonrió.

—Eso suelo intentar con mis alumnos.

Por primera vez desde que había empezado la búsqueda, Peter dejó escapar una media sonrisa. Duró apenas un instante, pero bastó para aliviar la tensión de todos.

Entraron en el bosque poco después. La humedad empapaba las botas y las hojas ocultaban el sendero. Peter caminaba siempre el primero. No parecía buscar. Parecía leer el paisaje. Se detenía. Observaba una rama rota. Una huella en el barro. Un trozo de tela enganchado en un arbusto. Después continuaba.

Paul nunca había visto a nadie moverse así, con una seguridad casi instintiva. Comprendió entonces por qué todo el pueblo confiaba en él. No era porque fuera el más fuerte ni el más valiente, era porque, cuando todos los demás dejaban de saber qué hacer, Peter seguía viendo un camino. Y por primera vez desde que lo conocía, Paul sintió algo más profundo que el deseo. Sintió admiración.

Capítulo 7

Encontraron a Agnes al caer la tarde. Peter fue el primero en verla. Estaba sentada al pie de un viejo abedul, con el tobillo atrapado entre dos raíces y una manta de brezo sobre las piernas. Tenía el rostro pálido y las manos heladas, pero cuando levantó la vista y reconoció a Peter, sonrió con el alivio de quien por fin deja de luchar contra el miedo.

—Sabía que vendrías —murmuró.

Peter se arrodilló junto a ella.

—¿Puedes mover el pie?

La anciana negó despacio. Mientras los demás preparaban una camilla improvisada, Peter examinó el tobillo con una delicadeza que sorprendió a Paul. Aquel hombre de pocas palabras trataba a Agnes con una ternura infinita, hablándole en voz baja para tranquilizarla mientras inmovilizaba la articulación.

—Jamie está esperándote —le dijo.

Los ojos de la mujer se humedecieron.

—Entonces habrá estado muy asustado.

—Solo un poco.

Era una mentira piadosa. Todos sabían que el muchacho llevaba horas conteniendo las lágrimas. El camino de regreso fue lento. Cuando las primeras casas de Glenrosie aparecieron entre la niebla,

varias personas salieron a su encuentro. Jamie echó a correr. Se abrazó a su abuela con tanta fuerza que Agnes soltó una pequeña queja antes de echarse a reír.

—Con cuidado, muchacho...

—Pensé que no volverías.

—Todavía no pienso librarme de ti.

Las risas, los abrazos y los suspiros de alivio llenaron la pequeña plaza y luego llegaron las felicitaciones a Peter y los agradecimientos por haberla encontrado. Paul observó la escena desde unos metros de distancia. Entonces comprendió algo. No era solo que el pueblo respetara a Peter. Lo quería. De una manera silenciosa, sin grandes demostraciones, pero profunda. Como se quiere a alguien que siempre aparece cuando más falta hace.

Buscó a Peter con la mirada. Él ya se estaba marchando. Como si lo ocurrido hubiera sido únicamente una obligación más.

—¡Peter!

El hombre se volvió. Paul caminó hasta alcanzarlo.

—Ni siquiera te despides.

Peter se encogió de hombros.

—Agnes está en casa. Eso es lo importante.

Durante unos segundos permanecieron en silencio. Después Paul habló casi sin pensar.

—¿Puedo acompañarte?

Peter lo observó un buen rato, debatiéndose. Finalmente asintió.

—Si no te importa caminar un poco más.

***

El sendero hasta la cabaña estaba envuelto en la oscuridad, pero no necesitaban linterna, ya que la luna iluminaba lo suficiente para

distinguir el camino. Peter se dio cuenta de que el silencio entre ambos era distinto al de otras veces.

Al llegar, Peter encendió el fuego. El calor comenzó a extenderse lentamente por la estancia mientras dejaban secar las botas junto a la chimenea.

—Hoy has estado muy callado —comentó.

Paul sonrió.

—Creo que te he conocido de verdad.

Peter permaneció de espaldas unos instantes.

—No estoy seguro de que eso sea bueno.

—Yo sí. —La respuesta salió con una naturalidad que sorprendió incluso a Paul.

Peter levantó la vista. Durante un largo instante ninguno de los dos habló.

El crepitar de la leña llenaba la habitación. Fuera, el viento golpeaba suavemente las ventanas.

—¿Por qué viniste a Glenrosie? —preguntó Peter al fin.

Paul tardó en responder.

—Porque estaba cansado de vivir una vida que no sentía mía.

La confesión quedó suspendida entre ellos. Peter bajó la mirada.

—Yo vine por lo mismo.

Paul comprendió entonces cuánto dolor escondían aquellas pocas palabras. Se acercó despacio.

No quería invadir el espacio de Peter. Solo estar un poco más cerca.

—No tienes que contarme nada esta noche.

Peter respiró hondo.

—Gracias.

Cuando volvió a levantar la vista, apenas los separaba un paso.

Paul alcanzó su mano con una lentitud infinita. No sabía si Peter

iba a apartarse. No lo hizo. Sus dedos eran cálidos y ásperos, marcados por años de trabajo. Los sostuvo entre los suyos como si llevara mucho tiempo esperando aquel gesto. Peter entrelazó los dedos con los de Paul. Fue un movimiento casi imperceptible. Pero bastó para derribar todas las prudencias. Paul sonrió. Peter también. Y, sin necesidad de decir una sola palabra más, Paul acortó la distancia que aún quedaba entre ellos.

El beso fue lento. Inseguro al principio. Como si ambos estuvieran aprendiendo un idioma olvidado. Después desaparecieron las dudas. Solo quedaron dos hombres que llevaban demasiado tiempo sintiéndose solos y que, por primera vez en muchos años, encontraban un lugar donde descansar.

Cuando se separaron, ninguno habló.

Peter apoyó la frente contra la de Paul y cerró los ojos.

—Pensé que nunca volvería a sentir esto.

—Yo también.

El fuego seguía ardiendo. La lluvia comenzó a caer de nuevo sobre el tejado. Y, mientras la noche envolvía la cabaña, dejaron atrás las últimas palabras. El resto pertenecía únicamente a ellos.

A la mañana siguiente, los primeros rayos de luz encontraron la casa en silencio. Sobre la mesa seguían las dos tazas de té de la noche anterior. Y, por primera vez en mucho tiempo, Peter despertó sin sentir el peso de la soledad. Paul seguía dormido a su lado.

Capítulo 8

El invierno llegó antes de que ninguno de los dos estuviera preparado. Las montañas amanecían cubiertas de escarcha, las tardes terminaban antes de que sonara la última campana de la escuela y el fuego de la cabaña se había convertido en el centro de todas sus noches. Se querían. Ya no tenía sentido fingir otra cosa.

Paul dejaba algunos libros en casa de Peter. Este aparecía de vez en cuando en la escuela para arreglar una ventana, una mesa o una cerradura. Los vecinos los veían hablar. Los niños corrían a abrazar a Peter cuando lo encontraban por el pueblo.

Todo parecía sencillo. Hasta que dejó de parecerlo.

Aquella tarde caminaban de regreso desde el pueblo cuando una pareja de vecinos los saludó desde el otro lado de la calle.

Peter se alejó de Paul de inmediato. El gesto fue tan rápido que casi pareció involuntario. Paul no dijo nada. Respondió al saludo con un movimiento de cabeza y siguió caminando.

Solo cuando llegaron a la cabaña habló.

—¿Por qué?

Peter evitó mirarlo.

—Ya sabes por qué.

—Quiero oírtelo decir.

Peter respiró hondo.

—Porque esto es Glenrosie, Paul. No Edimburgo. Aquí todos saben la vida de todos.

—¿Y?

—Y estamos en 1994.

Aquellas cuatro palabras lo explicaban todo. No hacía falta mencionar insultos. Ni despidos. Ni familias que dejaban de hablarte. Ni hombres obligados a esconder quiénes eran para conservar un trabajo o una vida tranquila. Todo eso cabía en una sola fecha. 1994.

Paul permaneció inmóvil junto a la ventana.

—¿Te avergüenzas de mí?

Peter levantó la cabeza de golpe.

—Jamás.

—Entonces ¿de qué tienes miedo?

La respuesta salió casi rota.

—De perderte.

El silencio cayó entre ellos. Paul sintió un nudo en la garganta.

—Si el pueblo habla... si la escuela se entera... pueden echarte. Tendrías que marcharte. Y yo volvería a quedarme solo.

Peter caminó lentamente hasta la chimenea. Contempló el fuego durante unos segundos. Cuando habló, su voz era tranquila. Demasiado tranquila.

—¿Sabes por qué vine a Glenrosie?

Paul negó con la cabeza.

—Porque una vez ya hui. —Aquellas palabras parecían pesar años—. Me marché de Irlanda creyendo que cambiando de país cambiaría mi vida. Dejé atrás personas, lugares... y también partes de mí. Pensé que esconderme era la única manera de seguir viviendo.

Se volvió hacia Paul. Los ojos le brillaban, aunque no había

lágrimas.

El profesor sintió cómo el corazón se le encogía.

—Peter... Lo entiendo, yo dejé Edimburgo por la misma razón, pero he comprendido que no voy a vivir escondiéndome porque haya gente incapaz de entender quién soy. Ya regalé demasiados años al miedo.

Peter bajó la mirada.

—Yo no soy tan valiente.

Paul se acercó despacio. Le acarició la mejilla con infinita ternura. Peter dio un paso atrás. Necesitaba respirar. Necesitaba pensar.

—Será mejor que vuelvas al pueblo —le dijo, y luego no intentó detenerlo. Solo observó cómo la puerta se cerraba lentamente detrás de él. Y el silencio volvió a llenar la cabaña.

***

Dos días después, Agnes Campbell llamó a la puerta. Peter estaba reparando una mecedora.

—Has tardado demasiado en venir a verme —dijo la anciana mientras entraba sin esperar invitación.

Peter sonrió.

—Pensé que estabas descansando.

—Descansaré cuando me muera.

Se sentó frente al fuego. Lo observó trabajar durante unos minutos.

Después habló:

—Jamie me ha contado que el profesor ya no viene.

Peter siguió lijando la madera.

—Está ocupado.

—Claro.

Agnes dejó escapar una risa breve.

—¿Y tú crees que a mis ochenta años todavía no sé cuándo un hombre tiene el corazón roto?

Peter dejó la lija sobre la mesa. La anciana lo miró con una dulzura que solo dan muchos años vividos.

—Escúchame bien.

Él guardó silencio.

—No sé qué ocurrió en Irlanda. Nunca me lo has contado. Y tampoco pienso preguntarlo. Pero sí sé una cosa. —Hizo una pausa —. Glenrosie es tu casa.

Peter bajó la cabeza.

—La gente de este pueblo no te quiere porque repares muebles, ni porque me encontraras ni porque salvaras a Jamie. Te quieren porque eres tú. Porque llevas años cuidando de todos sin pedir nada a cambio.

La anciana se puso en pie y tomó una de sus manos.

—Solo se vive una vez, muchacho. No permitas que el miedo te robe también esta vida.

Peter cerró los ojos.

Hacía mucho tiempo que nadie hablaba con él como una madre.

Cuando volvió a abrirlos, Agnes sonreía.

—Ve a buscar a ese profesor antes de que haga alguna tontería.

La escuela estaba vacía. Las vacaciones de Navidad comenzaban al día siguiente y Paul aprovechaba la tarde para ordenar libros y preparar el aula para el nuevo trimestre.

La luz del atardecer entraba por las ventanas, tiñendo de dorado las mesas vacías. Escuchó unos pasos en el pasillo. Pensó que sería Moira. Pero no. Era Peter. Llevaba el abrigo abierto y el cabello revuelto por el viento. Durante unos segundos ninguno habló. Paul

dejó el último libro sobre la estantería.

—¿Qué haces aquí?

Peter avanzó hasta quedarse frente a él.

Esta vez no parecía dispuesto a esconder nada.

—He venido porque Agnes tenía razón.

Paul frunció el ceño.

—¿Agnes?

—Me recordó que llevo demasiados años viviendo como si no mereciera ser feliz.

Respiró hondo. Era la primera vez que parecía nervioso.

—No quiero seguir huyendo. Ni de mi pasado. Ni de mí mismo. Ni de ti.

Paul sintió cómo las lágrimas empezaban a empañarle la vista. Peter dio un paso más.

—No sé qué ocurrirá mañana. No sé qué dirá la gente. No sé si el mundo está preparado para nosotros. Pero sí sé una cosa. —Le sostuvo la mirada con la misma firmeza con la que había entrado tantas veces en el bosque para buscar a quien se había perdido—. Me he enamorado de ti, Paul Lennox. Y estoy cansado de fingir que no es así.

El silencio que siguió fue inmenso.

Paul sonrió entre lágrimas.

—Has tardado mucho en decírmelo.

—Lo sé.

—Yo me enamoré de ti el día que apareciste con una linterna.

Peter rio por primera vez sin reservas. Una risa limpia. Libre.

Paul acortó la distancia entre ambos. Se abrazaron despacio. Como dos hombres que sabían perfectamente el precio que podía tener aquel gesto. Y, aun así, estaban dispuestos a pagarlo. El beso llegó después.

Fuera, la campana de la iglesia anunció el final de las clases.

Dentro del aula, donde tantas veces Paul había enseñado a sus alumnos que el valor consistía en hacer lo correcto incluso cuando daba miedo, comprendió que aquella lección también era para él.

Mientras el invierno caía sobre Glenrosie, dos hombres dejaron de esconderse.

Y, por primera vez en mucho tiempo, el futuro dejó de darles miedo, porque sabían que más allá de la niebla, siempre había un sendero que recorrer.

Dos noches y un destino

Ania Zaera

Capítulo 1

Karina castigaba el suelo del instituto con sus tacones de aguja mientras maldecía internamente a todo el árbol genealógico del nuevo director.

«Si el curso va a ser así, de exigencia en exigencia, le regalo el puesto a Barbie Hialurónica, pero este señor no me lía ni una más como la de hoy, como que me llamo Karina Herrera», se juró a sí misma.

Para ella, Nuria García no era solo una madre del consejo; era un recordatorio constante de que, si bajaba la guardia un segundo, la otra le arrebataría la presidencia del AMPA con una sonrisa perfecta y un exceso de relleno en los pómulos. Pero antes de entregarle el mando a la Barbie y dejar que convirtiese el instituto, donde su hija Amanda estudiaba, en una competición de modelos adolescentes, Karina preferiría auditar la satisfacción del cliente en una convención de cactus.

Llegó al mostrador de secretaría con el aura de un miura entrando en la plaza. Carmen, la administrativa, levantó la vista de los expedientes y puso una mueca de «no me mates, solo soy la mensajera». Eran amigas de toda la vida, de esas que compartían confidencias y cafés fuera de las paredes del instituto, y Carmen sabía que ese día Karina venía con el fusible a punto de fundirse.

—Lo siento; de verdad, Kari. Sé que te he sacado del trabajo en el peor momento —se disculpó en un susurro—, pero es que el nuevo director es un cuadriculado. Dice que todo, absolutamente todo, tiene que ir en «fecha y forma».

—¿En fecha y forma? —estalló Karina, apoyando las manos en el mostrador—. ¿Pero quién se cree que es? ¿El ministro de Educación? El señor Talavera jamás me hubiera hecho esta faena.

Carmen soltó una risita cómplice y se inclinó hacia ella, con esa chispa de cotilleo que compartían en los vinitos femeninos de fin de semana.

—Bueno, mujer, no te pongas así. Si lo miras por el lado bueno, «la forma» del nuevo director es, posiblemente, lo mejor que le ha pasado a este instituto desde que quitaron el amianto. Te lo digo yo, que lo he visto de cerca: el hombre tiene unos fondos que ni el Banco de España. Está para ponerle un piso, Kari.

Karina, que estaba ocupada buscando un bolígrafo en su bolso como si buscara una granada de mano, ni siquiera le prestó atención.

—Por lo menos dime que no está ocupado y que no me va a hacer esperar.

—No, ve y firma, pero, chica, rebaja el cabreo y no conviertas el despacho en zona de guerra, que te conozco.

Karina respiró, devolviéndole una suerte de sonrisa amable a su amiga.

—Voy a terminar con esto y a ver si mañana a estas horas te digo que soy oficialmente la nueva directora regional.

—Eso seguro, y lo celebraremos con un buen vino. Pero invitas tú, que el sueldo aquí no da para más que un Don Simón de brik, de esos con los que nos hacíamos calimocho.

Por fin, Karina rio de verdad y, tras darle un beso en la mejilla a

Carmen, enfiló el pasillo hasta la puerta de dirección.

Frente al despacho, se alisó la chaqueta negra. Era su americana de la suerte, la que había elegido esa mañana para comerse el mundo —o al menos para liderar la reunión más importante de su carrera—. Y allí estaba ella, habiendo abandonado el barco en pleno éxito para ir a firmar, ¡a firmar!, un dichoso papel que, por lo visto, no podía esperar a que ella fuera directora regional.

«¡Esto me pasa por delegar! Como mañana no firme el ascenso, me hago el harakiri con el puñetero bolígrafo», pensó, mientras su pulso intentaba volver a la normalidad. Se pasó las dos manos por el estirado pelo, comprobando que el moño seguía en su sitio.

Con la palma en el picaporte y respirando hondo para no aniquilar al impaciente señor que se tomaba su puesto como si fuera el mismísimo Rey Sol, no pudo evitar recordar el momento tierra trágame de hacía apenas una hora...

***

En la sala de juntas de Service Benchmark Group, el ambiente se cortaba con cuchillo. A la tercera vibración del móvil, Gabriel Guevara, el CEO de Evoria, dejó de mirar las gráficas de satisfacción para dedicarle una sonrisa de esas que desarman.

—Disculpe, señora Herrera, parece que la están llamando.

A Karina le subió un calor por el cuello que ni el aire acondicionado a tope podía frenar. Después de años a medio gas para cuidar de su hija, por fin estaba de vuelta al cien por cien. Aquella auditoría para Evoria era su billete de oro: el ascenso, el equipo grande, el despacho con vistas. Se lo jugaba todo.

El teléfono volvió a vibrar, martilleándole el estómago.

—Discúlpeme. Debí tenerlo en silencio, pero mi marido está fuera, hoy es el primer día de clase de mi hija y...

—Esté tranquila —la cortó Gabriel con naturalidad amable—. También soy padre. Por lo que a mí respecta, es usted la nueva responsable de auditar Evoria España. Salga y responda.

Karina buscó con la mirada a su jefe, Valentín Sanchís. El pobre hombre, que había arriesgado el pellejo apostando por ella, pasó de una mueca de pánico a un gesto de alivio que parecía decir: «No la fastidies ahora».

—Muchísimas gracias. Será solo un momento —prometió ella.

Pero el «momento» acabó en un desahucio profesional exprés:

—Discúlpenme, tengo que ir al instituto por un trámite burocrático urgente. Mañana tendrá la propuesta en su bandeja, se lo prometo.

—No tengo la menor duda —respondió Guevara con una elegancia que la hizo sentirse más culpable—. Su talento nos va a hacer brillar.

***

Y así, con la promesa de una celebración en familia y el ascenso casi en el bolsillo, Karina dio dos toques secos con los nudillos en la puerta del director. Puso su mejor sonrisa de presidenta del AMPA, aunque por dentro solo quería terminar el papeleo y volver a su realidad de ejecutiva brillante.

—Pase. —Resonó una voz grave desde el otro lado.

Karina entró pisando fuerte, con el discurso de «presidenta responsable» ensayado, pero se frenó en seco. El hombre que la recibía estaba de espaldas, mirando por el ventanal.

«¡Madre mía!», fue lo primero que registró su cerebro. Aquella

espalda no tenía nada que ver con la del señor Talavera, el antiguo director, que básicamente era un hombre con forma de pera y jerséis de rombos. Este, al que escaneaba con poco disimulo, era joven, de hombros anchos y una planta que no encajaba con el mobiliario de oficina de los años ochenta. Karina tragó saliva. Estaba casada, sí, pero una tiene ojos y no se los puede arrancar por decreto ley. Aquello era, objetivamente, un monumento.

Se obligó a reaccionar. No era el momento de evaluar la genética del personal docente.

—Buenos días. Soy Karina Herrera, madre de Amanda Pedraza y presidenta del AMPA —soltó con su mejor tono profesional—. Disculpe mi descuido con las actas del campamento. Le prometo que este tipo de errores no es propio de mí.

«No, desde luego que no», añadió para sus adentros, visualizando la cara de la verdadera responsable de aquel caos burocrático.

Mientras terminaba de presentarse, el nuevo director se giró. Sus ojos, oscuros como el carbón, la escanearon con una intensidad que, si Karina fuese de apostar, arriesgaría que repleta de lujuria. Rodeó la mesa con caminar tranquilo hasta quedarse a apenas a dos pasos de ella. Karina, en lugar de retroceder, sostuvo la mirada.

—Karina —dijo él, ladeando una sonrisa juguetona que le dio un vuelco al estómago—. ¿De verdad vamos a tratarnos de usted?

La cercanía de su voz la intimidó. Irradiaba una familiaridad que, dada la situación, estaba totalmente fuera de lugar. Instintivamente se puso tensa, de la misma forma que te tensas cuando te da un calambre en medio de una clase de yoga y tienes que fingir que ese gesto de dolor es, en realidad, concentración espiritual.

—Creo que es lo correcto. No nos conocemos —consiguió decir.

Pero, al terminar la frase, algo hizo clic en su cabeza. Pese a las

gafas, a la barba y al pelo algo más largo, el magnetismo que aquel hombre desprendía la teletransportó de golpe a un momento que había jurado enterrar bajo llave; un recuerdo borroso donde sus sentidos, un tanto embriagados, la habían traicionado.

«No puede ser. Si el karma quería cobrarme todas las veces que he aparcado en doble fila, se ha pasado de creativo. Esto no me está pasando a mí», lloriqueó su subconsciente.

Él, al ver la rigidez de Karina, pareció convencerse de que ella estaba siguiendo algún tipo de juego. Igual que la última vez que se vieron.

Decidido a dejarse llevar por aquel picante encuentro, estiró la mano hacia ella, invitándola a estrecharla. En su mirada se leía que recordaba perfectamente a la mujer audaz que lo había arrastrado a una locura —o dos— nada propia de su carácter serio.

Sin dejar de mirarla a los ojos, se presentó con una ironía que a Karina le dolió en el orgullo:

—De acuerdo, señora Herrera. En ese caso, será mejor que me presente como es debido. Mario De la Vega, un placer conocerla.

El nombre «Mario De la Vega» impactó en el cerebro de Karina como un disparo. Ya no había dudas: era él. No era una alucinación producto del estrés laboral; era el mismo hombre con el que había compartido risas, pasión desmedida y una ofensa a la moral que no debía salir a la luz... y mucho menos repetirse.

Karina levantó la mano con la rigidez de un robot, entrelazándola en un apretón sin fuerza. El simple roce ya le parecía un pecado mortal. No esperaba que Mario, en lugar de soltarla, posara sus labios sobre sus nudillos. El desconcierto fue tal que se quedó congelada, permitiendo que el brazo libre del director la rodeara por la cintura y reclamara su boca con una impaciencia feroz.

El beso fue un estallido, un choque de trenes que le nubló el

juicio durante tres segundos gloriosos.

«¡Ostras, cómo besa el director!», fue lo primero que formuló su cerebro, flotando en una nube de endorfinas. Pero la nube se evaporó antes de que pudiera acomodarse. «¡Espera, espera! ¡Que soy una señora casada! ¡Javier! ¡Las tostadas! ¡La hipoteca! ¡Karina Herrera, detén esta debacle ahora mismo o te quitan el carnet de esposa del mes y te lo cambian por adúltera confesa!».

Con la imaginaria mirada reprobatoria de su marido, pasó de la entrega total a la defensa personal en tiempo récord. No hubo dudas ni enredos; fue una reacción química. Sus brazos se dispararon hacia adelante como si Mario fuera un cable de alta tensión.

—¿Quién te has creído que eres para propasarte así? —siseó, recuperándose del momento—. ¿De verdad piensas que una noche de locura me marcó tanto como para lanzarme a tus brazos en cuanto te vuelvo a ver?

Mario se quedó de piedra. Sus hombros se tensaron y el ceño se le contrajo en un gesto de absoluta confusión. La mujer que tenía delante, con su moño pulcro sin un solo pelo fuera de sitio y ese maquillaje de ejecutiva que realzaba sus iris felinos, no se parecía en nada a la que él recordaba. Ni en la mirada, ni en la energía ni en la forma de desafiarlo.

Retrocedió hasta que el escritorio se convirtió en una frontera de seguridad entre ambos.

—Perdone... no debí... —Se rascó la nuca, buscando unas palabras que se habían ido de vacaciones.

Deseando que la tierra se tragara a uno de los dos (o a ambos), Mario agarró un documento de la mesa. Evitó mirarla a los ojos y señaló el papel con el bolígrafo como si fuera un escudo.

—Necesito su firma aquí. Es el informe final del campamento. Como madre responsable, si no firma ahora, el instituto no podrá

participar en futuras ediciones. Es... urgente. Debemos enviarlo hoy o nos quedaremos sin plazas para Navidad.

La realidad es que el plazo no expiraba precisamente «hoy», pero Mario, sintiéndose como un adolescente que acaba de meter la pata hasta el fondo, necesitaba una excusa para justificar por qué la había hecho ir con tanta urgencia. La verdad era que se moría por verla, pero estaba claro que el sentimiento no era mutuo.

Karina, aunque el corazón le iba a mil por hora y le faltaba el oxígeno, recuperó su fachada de «mujer que lo controla todo» con la misma eficacia con la que cerraba tratos en la oficina.

Agarró el bolígrafo, firmó con un trazo tan rápido que casi perfora el papel y, tras un escueto y gélido «buenos días», salió de allí a velocidad de crucero.

Sus tacones repicaban en el pasillo con la urgencia de quien acaba de soltar un gas en un ascensor lleno de gente. No era una huida, era una evacuación de emergencia en toda regla. Mientras ponía pies en polvorosa, sin siquiera despedirse de la pobre Carmen, su cerebro no paraba de aplaudirle irónicamente: «¡Bravo, Karina! Un diez en gestión de crisis. Mañana, si eso, le pides matrimonio al conserje para completar el cuadro de locura transitoria. Una vez es un error, dos es una suscripción Premium al desastre con derecho a humillación pública».

Dobló la esquina del pasillo sin mirar atrás, rezando para que el asfalto del aparcamiento se la tragara antes de que alguien notara que llevaba la cara del color de un camión de bomberos.

Mario se quedó petrificado, con la mirada clavada en la puerta que Karina acababa de cerrar de un portazo invisible pero rotundo. El silencio que quedó en el despacho era denso, casi pesado. Fue entonces cuando la imagen volvió a su mente en alta definición: el destello frío sobre el dedo anular de Karina mientras ella sujetaba la

carpeta.

Un anillo. Estaba casada.

«Eres un imbécil de manual», se fustigó, dejándose caer en la silla de su escritorio. «Has renunciado a una plaza fija, a un apartamento con luz envidiable y a tus amigos por un impulso adolescente. Te has creído el protagonista de una novela romántica y la realidad es que acabas de estrellarte contra un muro de compromiso e indiferencia. ¡Genial, lumbrera! Has venido a jugar una partida en la que ella ni siquiera te ha dado cartas».

Pero el daño ya estaba hecho. No había billete de vuelta. Tenía por delante, como mínimo, todo un curso escolar en el que tendría que cruzarse con esa mujer de doble personalidad que lo hacía sentir como el hombre más patético del planeta. Frustrado, se pasó los dedos por los labios. El fantasma de su perfume todavía flotaba en el despacho, recordándole momentos que, según parecía, no volverían a repetirse.

Ya en el coche, Karina se aferró al volante como si fuera lo único que evitaba que saliera volando. El motor rugía, pero el ruido en su cabeza era mucho peor.

«¿Y si lo descubre Javier?».

La pregunta le martilleaba las sienes con la sutileza de una taladradora. «A ver, Karina, respira. Ha sido un beso, no un golpe de Estado..., aunque con la intensidad que le ha puesto el director, casi podríamos haber declarado una república». Se miró en el retrovisor, estudiando su cara de culpabilidad en alta definición.

«¿Cómo voy a estar en la misma sala que ese hombre sin delatarme? ¡Ay, Dios! Como Javier sospeche algo, no solo me pide el divorcio, me quita hasta la custodia de la cafetera por adúltera y mala mujer». Apoyó la cara sobre las manos, respiró unos instantes

y se puso en marcha. Ya gestionaría la crisis en su debido momento.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Carmen asomó la cabeza al despacho del director.

—Mario, perdona. Amanda Pedraza está en la enfermería con una jaqueca de campeonato. Voy a llamar a su madre para que venga a por ella.

—De acuerdo. Mantenme al tanto —respondió él, intentando sonar como un director profesional y no como un hombre al que se le acababa de iluminar el día.

Cinco minutos antes, Mario estaba decidido a evitar a Karina aunque tuviera que saltar por la ventana del despacho. Sin embargo, de pronto la perspectiva de verla aparecer por el pasillo hizo que los informes de presupuesto le parecieran fascinantes. Se descubrió a sí mismo trazando un plan patético para hacerse el encontradizo. Su voluntad, al parecer, se había quedado de vacaciones en aquella noche de locura.

Mientras tanto, en la exclusiva zona de La Finca, Karina vivía su momento de gloria. Entre contratos de Evoria, cláusulas de responsabilidad y objetivos de infarto, se sentía la reina del mundo empresarial. Estaba tan volcada en su ascenso que no escuchó las dos llamadas del instituto. Amanda, siendo una Pedraza de pura cepa, había decidido que su dolor de cabeza era secundario

comparado con el gran día de su madre.

Como Karina no respondía, Carmen pasó al plan B: el padre.

Javier Pedraza llegó al instituto directo desde el aeropuerto, con el traje arrugado de las horas de vuelo y la inquietud grabada en el rostro.

—No te preocupes, Javier —le dijo Carmen mientras él firmaba la salida de la menor—. Es posible que sea el estrés del curso.

—Amanda es igual de cabezota que Karina —comentó él con una media sonrisa—. Seguro que no ha querido preocupar a su madre hoy. Sabía que tenía un día importante.

Mario, que había salido de su despacho carpeta en mano con la excusa más barata del mundo para merodear por la recepción, se quedó petrificado en el quicio de la puerta.

—Buenos días —saludó Javier con educación al llegar a su altura.

—Buenos días —logró articular Mario, saliendo del *shock*.

—Soy Javier Pedraza, vengo a recoger a mi hija Amanda.

—Me han informado. Está en la enfermería, vaya tranquilo.

«Vaya tranquilo», se repitió mentalmente. «Vaya usted tranquilo, señor Marido Perfecto de la mujer que casi me provoca un síncope ayer».

Mario se quedó solo en el mostrador, entregando la carpeta con movimientos mecánicos. La imagen de la alianza en la mano izquierda de Javier se le quedó grabada en la retina como un flashazo de magnesio.

Una vez encerrado en su despacho, la realidad le golpeó sin filtros. No había dudas: ella no solo era una mujer casada; era una mujer con una vida impecablemente construida. Aquella rigidez del día anterior, el «no nos conocemos», no era un juego de seducción, era una frontera de hormigón armado.

Para ella, lo que pasó fue un paréntesis, un error táctico, una mancha en su currículum de «madre ejemplar». Para él..., bueno, para él había sido el motivo de mudarse de ciudad.

«Imbécil», se dijo, sentándose con una amargura que le sabía a café quemado.

En ese instante, el orgullo herido tomó el mando. Si Karina quería distancia, tendría un desierto. Se repitió, como un mantra para no romperse, que una mujer que jugaba así no merecía su amor. Levantaría un muro tan alto que ni ella misma podría saltarlo. Aguantaría el curso, pediría el traslado y volvería a ser un simple profesor de Historia en cualquier otro lugar. Lejos de su perfume, lejos de sus ojos de gata y, sobre todo, lejos de su perfecta e insoportable vida familiar.

Había pasado una semana desde que Mario descubrió que el «enemigo» tenía cara, nombre y alianza. Hacía un calor pegajoso, de esos que te hacen cuestionar tus decisiones vitales, así que abrió la ventana del despacho esperando que la brisa de mediodía hiciera el trabajo que su fuerza de voluntad no lograba: despejarle la cabeza.

Apoyado en el marco, se quedó mirando el aparcamiento como quien mira un horizonte perdido. Se sentía como un adolescente despechado, arrancando hojas de un calendario que ya no podía pegar. Se había jurado odiarla por haberlo usado, pero el odio es un sentimiento agotador y, francamente, a Mario no le estaba saliendo nada bien.

La campana de salida desató una estampida de mochilas y hormonas. El director los observó con envidia. A sus treinta y ocho años, tenía una carrera meteórica y dos premios al mejor profesor en la estantería, pero se sentía como un examen suspendido. Le

faltaba el «*pack* completo»: la complicidad, el hogar con ruido, alguien con quien compartir el mando de la tele. Creyó haberlo encontrado y, tras descubrir que ese «alguien» ya tenía el *pack* con otro, era incapaz de quitarse la sensación de patetismo y estupidez que le acompañaba de forma constante.

Estaba sumido en su propio pozo de autocompasión cuando una voz conocida lo trajo de vuelta a la tierra. O mejor dicho, al aparcamiento.

«Otra vez tú. Maldita sea mi suerte por verte hasta cuando parpadeo», pensó, mientras el corazón le daba un vuelco no autorizado.

Allí estaba ella, acompañando a Amanda.

—Comemos en Le Petit Monde y te llevo a piano —anunció la mujer que perturbaba sus sueños.

—¡Genial! Me muero por unas crepes —exclamó Amanda—. Papá me prometió ir, pero con el viaje de última hora pensé que me quedaría con las ganas.

—Pues no se hable más: ración doble de nata y chocolate.

Las dos rieron y ese sonido golpeó a Mario como una descarga eléctrica. Un cosquilleo traicionero le recorrió la espalda, recordándole que su corazón era un órgano rebelde que no aceptaba órdenes de su cerebro.

Como si fuera un niño que acaba de romper un jarrón, Mario se escondió tras el lateral de la ventana. Sabía que mirar era territorio prohibido, pero era incapaz de apartar la vista. Era igual que tocarse una herida: duele, pero no dejas de hacerlo.

La observó con una mezcla de fascinación y rabia. Ese día no había rastro de la ejecutiva de hierro. Ni traje de chaqueta ni moño de «aquí mando yo». Llevaba unos vaqueros claros y una blusa color coral que le daban un aire relajado y terriblemente atractivo. Su

melena suelta le devolvió el recuerdo de aquella noche en la que él mismo le soltó la coleta, desatando, sin saberlo, una tormenta que ahora lo estaba ahogando.

Se quedó allí, oculto como un espía de pacotilla, hasta que el coche desapareció. Con el motor se fue la alegría de verla y volvió el remordimiento. Estaba claro: Mario De la Vega, director de instituto y profesor premiado, no tenía ni un gramo de fuerza de voluntad para sacarla de su corazón. Ni de su cabeza.

Esa que, encabritada por todo lo que el centro de su pecho sentía en contra de lo que la razón dictaba —dos fuerzas tirando de él como caballos en direcciones opuestas—, rememoró una reunión acontecida tres jornadas atrás, cuando el director se presentó formalmente ante los miembros del AMPA y su presidenta... La que presidió la toma de contacto con impecable eficacia, tratándolo con la calidez de un polo de limón y evitando mirarlo más de lo estrictamente necesario.

—Antes de empezar —anunció ella con su mejor tono de ejecutiva—, quiero agradecer la presencia del nuevo director. Señor De la Vega, gracias por acompañarnos.

Le dedicó una sonrisa de cortesía, de esas que no llegan a los ojos ni por error. Mario se puso en pie, sintiendo una punzada de despecho por su indiferencia.

—Gracias a ustedes —respondió—. Mi objetivo es velar por el bienestar del alumnado.

—Ese es el objetivo común —admitió Karina—. Coordinación y transparencia. Empecemos.

El sector crítico no tardó en asomar la patita. O mejor dicho, el tacón de diseño.

—¿Y la nueva directiva ha valorado las quejas de la cafetería? —soltó Nuria García.

Karina apretó el bolígrafo hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

«Ya está Barbie Hialurónica tocándome lo que no debe», pensó con veneno.

Nuria no se limitó a preguntar. Se recolocó un mechón de su melena impecable y le dedicó a Mario una mirada que era puro almíbar, ladeando la cabeza para que la luz del techo resaltara sus pómulos estratégicamente rellenos. Le estaba haciendo ojitos al director de una forma tan descarada que Karina sintió una punzada de algo que se negaba a llamar «celos».

—Discúlpeme, no tengo constancia de eso —admitió Mario, algo abrumado por el despliegue de pestañas de Nuria.

La Barbie meneó la cabeza con un suspiro dramático, buscando la complicidad del director con una sonrisita de «nosotros nos entendemos».

—Kari, querida... —dijo con esa falsa dulzura que escuece—, eso era prioritario. Pensé que lo habías gestionado tú, pero claro, con tanto trabajo... —Nuria volvió a mirar a Mario, bajando la voz a un tono sugerente—. No se lo tenga en cuenta, director. A veces a nuestra presidenta se le escapan los detalles.

Karina tensó la mandíbula. Estaba a una estupidez más de saltar sobre la mesa o responder algo fuera de lugar; no obstante, Mario se adelantó tomando la palabra, cortando el flirteo de Nuria de raíz y cubriendo a Karina.

—Reitero mis disculpas, el error ha sido mío. He tenido una semana caótica. Si me explican el problema, me pongo con ello ahora mismo.

Karina lo miró de verdad por primera vez en la tarde. La había protegido. Había dejado a la Barbie con la sonrisa de plástico congelada y el *ligoteo* a medias. Por un segundo, sus miradas se

engancharon en un pulso invisible. Karina sintió que todo su cuerpo vibraba. Temía que él rompiera la farsa, que la llamara por su nombre como hizo aquella noche, pero esa vez delatándola frente a todas aquellas madres. Sin embargo, aquello no ocurrió, y la reunión que se le había hecho agónicamente larga, tocó a su fin.

—Si les parece, votamos el presupuesto y terminamos —concluyó, cerrando la carpeta con un gesto seco.

Necesitaba salir de allí. Necesitaba estar lejos de Mario y, sobre todo, lejos de la cara de envidia de la Barbie Hialurónica, que seguía mirando al director como si fuera el último trozo de tarta del bufet.

El estridente sonido del teléfono móvil sacó a Mario de su trance, obligándolo a aterrizar de golpe en su despacho y en la montaña de papeles que, a diferencia de sus sentimientos, no se gestionaban solos.

Media hora después, el marcador iba: Trabajo 0 - Obsesión 1.

La impulsividad, esa que ya le había arruinado la vida una vez, le obligó a hacer algo que rozaba lo temerario. Cogió el teléfono y marcó el número de aquel pequeño restaurante francés, un refugio de manteles de cuadros en mitad de Monteolivos.

—Buenos días, ¿todavía tienen la cocina abierta? —preguntó, intentando no sonar como un hombre al borde del colapso.

—Si no tarda mucho, le hacemos un hueco. ¿Para cuántos?

—Para uno. A nombre de Mario.

Colgó y agarró su chaqueta como si le fuera la vida en ello. No tenía un plan. No sabía qué diría si la veía ni cómo explicaría qué hacía un director de instituto almorzando solo en el mismo sitio que ella. Pero la necesidad de verla, de confirmar que era real y no un fantasma de su memoria, pesaba más que su orgullo y mucho más que el sentido común.

Llegó a las inmediaciones de Le Petit Monde con el corazón en la

garganta. Apenas había logrado encajar el coche en un hueco cuando, por el retrovisor, la vio.

—Mierda, se marchan ya... —se lamentó, hundiéndose en el asiento como si eso fuera a hacerlo invisible.

Abrió la puerta un milímetro, lo justo para dejar entrar el audio de la escena, y agudizó el oído con la intensidad de un espía de serie B.

—Amanda, te llevo a casa, te metes en la cama y apagamos el mundo, ¿sí?

—Pero tengo clase de piano en una hora —protestó la adolescente.

—Amanda, tienes dieciséis años, deja la responsabilidad extrema para cuando tengas hipoteca, por favor...

—Pero...

—Pero nada. Te acuestas y punto. ¿O quieres acabar con otra jaqueca como la de la semana pasada?

La joven claudicó con un gesto derrotado y ambas subieron al coche, ajenas por completo al hombre que, a escasos metros, las observaba con una mezcla de envidia y vergüenza.

En cuanto el ruido del motor sonó lejano, Mario, en el silencio de su vehículo, se regañó.

«¡Imbécil!», frustrado, golpeó el volante con la palma de la mano. «Pareces un acosador de película mala. Se acabó. La olvidas hoy mismo. Tiene una hija que la necesita, un marido que la espera y una vida en la que tú no eres ni un figurante».

Arrancó el coche con un movimiento brusco. El hambre se había evaporado, sustituida por un nudo de realidad que no había crepe en el mundo capaz de deshacer.

Capítulo 3

—Es viernes, Mario, no seas un mueble y vente a tomar algo —pidió Abel, el profesor de Física.

Mario miró de reojo su salón: cajas sin abrir, una pizza fría y el silencio absoluto. La juventud de Abel era insultante pero contagiosa.

«Hazle caso, unas cervezas te van a venir bien. Pareces un profesor de historia del siglo XIX, pero en vivo», se fustigó mentalmente.

Aceptó, y lo que empezó como «una caña y a casa» terminó en un pub local con Belén, una amiga de Abel, pegada a él como si fuera pegamento de contacto mientras sonaba *La Bachata*. Mario intentaba seguir el ritmo, pero su cerebro estaba en otro sitio... hasta que la puerta se abrió.

Y entonces, el mundo se paró.

Allí estaba ella. Pero no era la Karina de moño tirante. Era la otra. La de la melena indomable y la risa que te desarmaba. Cuando sus miradas se cruzaron, Mario sintió un calambre que no tenía nada que ver con la música de Manuel Turizo.

—Vamos, no te me pierdas —bromeó Belén, rodeándole el cuello y pegándose a él con una confianza que, en otro momento, le habría encantado.

El director le siguió el juego por puro instinto de supervivencia, aunque sus ojos buscaban, como un radar averiado, la mesa donde ella se acababa de sentar con sus amigas. La vio apartar la mirada con rapidez, no sin antes mostrarle algo que lo dejó noqueado. «¿Está celosa? ¿En serio?», pensó con una mezcla de rabia y triunfo patético.

Necesitaba aire o un extintor.

Se disculpó con su pareja de baile y huyó hacia el baño.

Al salir, el corazón se le cambió de sitio. Una silueta femenina lo esperaba apoyada en la pared del pasillo.

—Hola —saludó ella con una timidez que le resultaba extrañamente nueva—. No esperaba encontrarte aquí...

—Ya..., bueno, me he dejado arrastrar —respondió, tratando de sonar indiferente mientras su cuerpo le gritaba que la estampara contra la pared.

—¿Por tu novia? —soltó ella.

«¿En serio vamos a jugar a esto, Karina? ¿A las escenas de celos de instituto?», se preguntó cometiendo el error de mirarla de arriba abajo. Ese vestido ajustado parecía una segunda piel, y el pelo suelto le recordaba que esa mujer era puro fuego. Acercarse era quemarse a lo bonzo, y Mario ya tenía bastantes cicatrices.

—¿Y qué si lo fuese? —inquirió, apoyándose en la pared opuesta. Distancia de seguridad. O eso creía él.

—Iba a llamarte, te debo una explicación...

—Tranquila, me hago cargo —soltó con tal desprecio que le dolió hasta a él mismo—. Por mí puedes hacer como que no nos conocemos.

Ella acortó la distancia, pero el director se deslizó dos pasos a la izquierda, quedando atrapado contra una puerta de acceso privado.

—Karina, no sé a qué juegas, pero aléjate de mí —advirtió,

aunque su voz ya no sonaba tan firme.

—Perdona, es que han sido semanas complicadas y...

—¿Complicadas? —Mario soltó una risa amarga—. Complicadas para mí, que creí que teníamos una conexión real y resulta que solo era el juego de una mujer casada y aburrida de su rutina.

Vio cómo el miedo cruzaba los ojos de ella.

—No, Mario, no lo entiendes. Si dejas que me explique...

—No hay nada que explicar. Por favor, ten un mínimo de decencia y vete.

Pero ella no pensaba irse. Pese al miedo al rechazo, rescató toda su seguridad y se lanzó al ataque. Se plantó frente a él, apoyando los brazos a ambos lados de su cuerpo, encerrándolo en un cerco de calor y perfume.

—Hazlo tú de mí —retó, mirándole a los ojos con una intensidad que le secó la garganta.

Mario dejó de respirar. Estaba tan cerca que podía contar sus pestañas, derribando con su aroma todas sus defensas como si fuesen un castillo de naipes bajo la lluvia.

—Yo no puedo... —susurró.

—¿Y si yo tampoco puedo? —preguntó terminando con la distancia.

El choque fue eléctrico. Sus curvas se presionaron contra Mario. El beso fue un estallido tan salvaje que, por un instante, Mario olvidó que era el director, olvidó al marido, olvidó el sentido común. Pero entonces, como un proyector que se enciende en una sala oscura, la imagen de Javier y Amanda apareció en su mente.

«¿Qué estás haciendo, Mario? No vas a ser el juguete de nadie», se gritó internamente.

Se separó con un esfuerzo sobrehumano, jadeando.

—Tengo que irme.

—Por favor —suplicó con los labios todavía rojos por el beso—. Vamos a un sitio más tranquilo. Te prometo que después, si quieres alejarte, no te lo impediré.

Mario quiso decirle que no. Quiso soltar un discurso digno sobre la moral, la fidelidad y el código deontológico del profesorado, pero sus armas femeninas lo habían despojado de su habitual locuacidad. Esos ojos esperanzados y el calor de la mano que se posó en su mejilla fueron el «jaque mate» a su fuerza de voluntad.

Sin dar explicaciones a sus compañeros de copas, recogieron sus cosas y salieron del pub. Caminaron en un silencio denso hasta el apartamento de Mario. No es que él pensara que estar a solas era una buena idea (de hecho, era una idea nefasta), pero se veía incapaz de no escucharla.

«Tal vez si me cuenta sus mentiras hoy, podré olvidarla mañana», se autoengañó mientras subían las escaleras.

—Espérame en el salón —pidió, señalando la puerta como quien señala el lugar de un interrogatorio.

Fue directo a la cocina y agarró dos cervezas con manos temblorosas. Al volver, decidió sentarse en el sofá individual. Distancia estratégica. Lo suficientemente lejos del calor que emanaba esa mujer con ese vestido que, sinceramente, debería estar prohibido por la Convención de Ginebra.

—Tú dirás —dijo, intentando poner cara de director severo.

Ella se puso en pie. Estaba claro que la verdad era un trago amargo y que Mario, el hombre de principios, probablemente no perdonaría el engaño. Sintiendo que el suelo era de hielo fino, con valentía, se obligó a coger su mano.

—Sé que no he hecho las cosas bien... que probablemente me odies.

—Ojalá pudiese hacerlo —confesó el director.

La frase quedó flotando como una invitación al desastre. El aire del salón cambió de densidad; ya no estaban hablando de actas del AMPA ni de cafeterías. Estaban en el ojo de una tormenta que ninguno quería amainar.

—Mario, yo...

—No empieces ahora —la interrumpió con voz ronca—. Si empiezas a hablar... tendré que escucharlo. Y ahora mismo no quiero oír nada.

Lo estudió, memorizando cada rasgo por si aquella era la última vez. Y ese pensamiento fue el que rompió la presa. Si el mundo se iba a acabar mañana, quería que el final fuera inolvidable. Apoyó la mano en el pecho de Mario y sintió el galope de un caballo encabritado.

Él cerró los ojos. Sabía que estaba a punto de cruzar una frontera que le destrozaría la conciencia, pero la anhelaba con la desesperación de un náufrago.

—Karina... —susurró. Pero no fue un aviso. Fue una rendición incondicional.

Sus labios se encontraron a medio camino, y todo lo que Mario había intentado enterrar bajo la lógica y el reproche se lo llevó el huracán que había despertado en su estómago y ya no se veía capaz de pararlo. La besó con rabia, con necesidad, sabiendo que ella era el viento que enardecía la locura que se desataba en su interior.

Las manos de él recorrieron su espalda, asegurándose de que no era un sueño, de que no se desvanecería. En ese instante, el apartamento quedó reducido a respiraciones entrecortadas y latidos salvajes. La culpa se aplazó. Los secretos se suspendieron. Solo existía esa conexión primitiva que los atravesaba, una verdad física que no necesitaba explicaciones.

Se dejaron llevar. Demasiado.

Cuando finalmente quedaron tendidos sobre la alfombra, en ese silencio postormenta donde los secretos suelen salir a la luz, él apoyó la frente contra la suya, todavía exhausto.

—¿Por qué me torturas? —murmuró Mario con una ternura que dolía.

Ella sintió que el corazón se le encogía. El momento había llegado. La adrenalina del placer fue sustituida por el frío del miedo.

—Tengo que decirte algo... —dijo, incorporándose a duras penas —. Pero antes... antes debo ir al baño.

Se miró al espejo y sintió que el reflejo le devolvía la imagen de una estafadora profesional. La tensión entre lo que dictaba su moral y el desastre que se avecinaba le nublaba la vista, pero Mario se merecía la verdad, aunque esa verdad fuera a quemarlo todo. Se armó de valor, se tragó el nudo de la garganta y enfiló el pasillo.

Al llegar al salón, Mario la esperaba de pie, con el fuego negro de su mirada clavado en el teléfono que descansaba sobre la mesa.

—Te ha llamado Karina —soltó desviando la vista para quemarla desde esa distancia.

A ella se le retiró la sangre de la cara. Ya estaba. *Game over.* Ya no había vuelta atrás.

—Mario, escúchame, hay una explicación para esto...

Pero el teléfono no le dio tregua. Volvió a iluminarse, vibrando sobre la mesa con una insistencia casi violenta. El nombre de Karina parpadeaba en la pantalla como una alarma de incendio.

—¿No vas a cogerlo? —preguntó el director, entornando los ojos.

Supo que, si Karina llamaba dos veces seguidas a esas horas, no era para charlar. Estiró el brazo y descolgó, poniéndose de costado porque era físicamente incapaz de sostenerle la mirada a Mario.

—¿Qué pasa? —preguntó. En cuanto escuchó la voz al otro lado, cualquier rastro de calidez desapareció de su rostro—. ¿Qué? ¿Cómo

que ha colapsado? ¿Qué significa eso? Karina, frena, habla más despacio...

Mario dio un paso hacia ella, alerta. El nombre de «Karina» flotaba en el aire como una pieza de un puzle que no encajaba en ese salón.

—¿Está...? —Su respiración se volvió errática—. ¿En coma?

Mario sintió que el suelo se desplazaba bajo sus pies. Se acercó tanto que pegó su oreja al terminal, olvidando cualquier rastro de orgullo.

—¿En qué hospital está? —preguntó ella, ya sin importarle quién escuchaba ni qué farsa estaba rompiendo.

Una frase rota por un llanto entrecortado llegó nítida hasta el director: «Martina, te necesito».

—Sí. Sí. Tranquila. Voy para allá —respondió, colgando con las manos temblorosas.

Durante un segundo infinito, no se movió. No lo miró. No intentó recomponer su vestido ni su dignidad.

—Amanda ha sufrido un colapso mientras dormía —dijo, más para convencerse a sí misma que para informarle a él—. Está en coma. Se la han llevado al hospital. Mi coche está en el taller... necesito que me lleves.

Mario la observaba en silencio, procesando la gravedad de lo de Amanda, pero sobre todo la grieta que acababa de abrirse en su cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó con una voz baja, peligrosa, mientras agarraba las llaves del coche y su chaqueta por puro instinto.

Ella se detuvo justo en la puerta. Se giró y lo miró por primera vez desde que había colgado. En sus ojos ya no había deseo ni juegos ni ambigüedad. Solo urgencia.

—Martina Herrera.

El mundo se detuvo. Se sintió como lo que era: una estafa, una farsa andante. Pero ya no había marcha atrás y Amanda era lo único que importaba.

—Soy Martina —repitió—. La mujer que conociste en el campamento y la hermana gemela de Karina.

A Mario, aquella declaración le dio una clarividencia inmediata, pero con el sabor amargo de un golpe seco en las entrañas. De pronto, todo encajó en un juego de espejos opuestos: la frialdad del despacho frente a la dulzura del pub; el moño pulcro frente a la melena salvaje; la mujer que huía frente a la que lo buscaba. Eran gemelas. El descubrimiento lo sacudió por completo, pero no había margen para el asombro.

—Por favor —insistió ella, con la mano ya en el pomo—. Llévame.

En el coche, Mario abría la boca para preguntar. Eran tantas las dudas que lo acechaban que no sabía por dónde empezar; en cambio, viendo lo preocupada que aquella mujer estaba, le parecía secundario saciar su curiosidad. Por ello, durante el trayecto, decidió rememorar ese campamento de verano sin encontrar lógica a lo ocurrido, y como si Martina pudiese leerle el pensamiento, odiándose por enredar las cosas de aquel estúpido modo, decidió ilustrarle.

Capítulo 4

Karina miraba la pantalla del ordenador con ganas de lanzarlo por la ventana. «Confirmación de reunión presencial. Asistencia imprescindible». El cliente era Evoria, el pasaporte directo a su ascenso, y la querían en su sede justo cuando ella debía estar en el campamento con su hija. Su tradición. Su espacio sagrado.

Suspiró y llamó al único número que marcaba cuando el mundo se le venía encima.

—¿Vino o pala? —saludó Martina al descolgar.

—¿Una máquina del tiempo o un clon? —respondió Karina sin pizca de gracia.

—Uf, de eso no tengo. Cuéntame, que me huele a drama de «señora bien» con la agenda a tope.

Karina le soltó el pastel: el CEO de la multinacional quería un proceso de selección exprés, una semana de inmersión en su sede y tres de proyectos. Si no iba, adiós al ascenso. Pero si iba, dejaba tirado al instituto y, lo peor, a Amanda.

—Pues llama al director ese con nombre de ciudad... —sugirió Martina.

—¿Al señor Talavera? Está de baja. No hay nadie al mando hasta septiembre. Si no voy, no se cumple el ratio de adultos y nos penalizan. Y Amanda... es nuestro ritual.

Hubo un silencio. Martina, que estaba de vacaciones antes de abrir su nueva tienda de manualidades en septiembre, empezó a maquinar.

—¿Y si no fallas en nada? —soltó con una sonrisita que su hermana no pudo ver, pero sí intuir—. Somos idénticas, Kari.

Karina se detuvo en seco en mitad del salón.

—Ni se te ocurra. Ni lo pienses.

—¡Venga ya! ¿Cuántas veces lo hicimos de crías? Cambiarnos en gimnasia, romper con mis novios intensos porque tú tenías más sangre fría... ¡Ni mamá nos pillaba!

—Teníamos dieciocho años. Se lo prometimos a mamá...

—Karina, tenemos cuarenta tacos. Hemos cumplido la promesa de sobra. Además, si mamá nos viera, nos daría un aplauso. ¡Seguimos siendo calcadas!

El silencio que siguió no fue de rechazo, fue de pura tentación. Karina sabía que Martina era un espíritu libre, mochilera y un poco caos, pero adoraba a Amanda.

—No lo veo... —mintió Karina.

—Solo sería el campamento. Amanda sabrá la verdad y estará encantada de tener a su tía favorita de «mami postiza». Yo iré, firmaré lo que haya que firmar y pondré cara de presidenta seria. Nadie notará la diferencia.

Karina dudó. Martina era lo opuesto a ella: bohemia frente a ejecutiva, pinceles frente a hojas de cálculo. Pero la imagen de su hija haciendo la maleta frente a la del despacho acristalado de sus sueños la terminó de convencer.

—Es una locura. Alguien te descubrirá.

—¿Quién? Con que Javier y Amanda lo sepan, el resto es pan comido. Acuérdate de cuando te conseguí el diez en el test de Cooper porque tú tenías la regla.

—¡Sí! Y me costó que el pobre Julián me llorara una hora porque «yo» lo había dejado. —Rio Karina, recordando sus tiempos de gloria adolescente.

Tras las carcajadas, llegó el susurro que cambió sus destinos:

—Solo ellos sabrán la verdad —cedió Karina.

—Prometo comportarme —juró Martina.

Esa promesa nació muerta. Aquella mañana, Martina subió al autobús con Amanda, fingiendo una sobriedad que no le pegaba nada. Y Karina entró en su reunión decisiva, convencida de que por fin lo tenía todo bajo control.

Ninguna de las dos imaginó que aquel cambio de cromos iba a enredar sus vidas, sus nombres y, sobre todo, el corazón de un director de instituto que nunca sospechó que el fuego que sintió en aquel campamento no era por la mujer de la oficina, sino por la gemela que jugaba a ser ella.

Martina terminó de relatar la forma en que llegó a hacerse pasar por su hermana.

Mario, con las manos aferradas al volante y el hospital ya a la vista, no pudo aguantar más la pregunta que le quemaba la garganta.

—¿También eras tú en Sevilla?

—No —respondió Martina.

Esa simple palabra cayó como una losa. Mario sintió un vacío en el estómago al darse cuenta de la magnitud del lío: había vivido dos noches mágicas, sí, pero con dos mujeres distintas. Una era un recuerdo borroso y divertido; la otra, la mujer que tenía sentada al lado.

Sevilla. Diecisiete años atrás

Mario estaba de despedida de soltero. Cervezas, risas ruidosas y el ambiente cargado de la capital andaluza. Pero entonces la vio a ella, sentada en la barra, sola, bebiéndose un botellín como si quisiera apagar un incendio interno. Se pasaba la mano por el pelo y suspiraba con una pesadez que no encajaba con la fiesta de fuera.

Mario, que siempre había tenido un radar para las causas perdidas, se sentó a su lado.

—No soy médico —le dijo con una media sonrisa—, pero creo que eso ya no es sed. Es una relación tóxica con el vidrio.

Ella lo miró de reojo y, contra todo pronóstico, soltó una risa seca.

—Pues llegas tarde para el rescate —replicó ella, con un deje irónico—. Ya estoy bastante hundida.

Aquello fue el comienzo de una noche muy distinta a lo que Karina imaginó, cuando huyó a kilómetros de su vida buscando refugio en casa de una amiga de la infancia. Hablaron durante horas frente al Guadalquivir. La brisa del río les acariciaba la cara mientras Mario le ponía su chaqueta sobre los hombros. Karina lo miró preguntándose qué se sentiría al mandar todo a la mierda por una noche. Y lo hizo. Se dejó llevar por una boca desconocida y un deseo que la asustaba.

Terminaron en un hostal cercano. Fue intenso, torrencial, casi desesperado. Pero mientras Mario dormía, Karina se quedó mirando el techo, aterrada. En dos semanas se casaba con Javier, el hombre de su vida, y acababa de dinamitar su conciencia en una ciudad donde no la conocía nadie. Huyó antes del amanecer sin dejar ni una nota.

Mario carraspeó, mirando de reojo a Martina, la «fotocopia» que en ese instante terminaba de rellenar las lagunas de esa historia.

—Mi hermana se agobió antes de la boda y huyó a Sevilla creyendo que Luisa, una amiga nuestra, estaría allí. Pero como se fue sin llamarnos a ninguna, descubrió demasiado tarde que nuestra amiga estaba en Valencia con su chico —explicó Martina con voz suave—. En fin, que acabó en aquel bar y al día siguiente apareció en mi piso compartido deshecha en lágrimas.

—Vaya, sí que la traumaticé... —masculló el director con amargura.

—No, Mario. No fue por ti. De ti me habló como de algo bonito, un hombre que se merecía lo mejor. Lloraba por la culpa. Por Javier. Fui yo quien le dijo que no contara nada. Éramos jóvenes, ella amaba a su prometido, y Javier... Javier es un hombre de principios. No habría perdonado una infidelidad ni aunque le fuera la vida en ello.

—Me borró de su mapa —sentenció Mario.

—Míralo de otra forma: gracias a esa noche, ella se dio cuenta de que Javier era su todo. Fuiste el error que le confirmó su acierto. Yo juré guardar el secreto.

Mario aparcó en la puerta de Urgencias y clavó la mirada en ella.

—¿Y tú? —preguntó con voz ronca—. ¿Por qué tú?

—Yo nunca olvidé tu nombre. Karina te describió tan bien que, cuando te presentaste en el campamento, supe que eras tú al instante. Pero yo tenía un papel que cumplir. No podía delatarme sin hundir a mi hermana.

Martina le sostuvo la mirada, y en ese momento, el aire en el coche volvió a chisporrotear.

—Necesito entrar —insistió ella con urgencia—, pero te prometo que después te lo contaré todo.

Mario no pensaba moverse de allí. Necesitaba ver a Amanda, necesitaba ver a las dos gemelas juntas para terminar de creerse esa locura y, sobre todo, necesitaba entender por qué Martina lo había usado de esa forma tan vil... o tan desesperadamente humana.

—No diré nada, pero me quedo —respondió, bajándose del coche.

Caminaron hacia la entrada manteniendo la distancia, aunque sus cuerpos seguían atrayéndose como dos imanes con la polaridad alterada.

El pasado y el presente estaban a punto de chocar en una sala de espera.

Campamento juvenil. Un mes antes

Mario recordaba perfectamente el momento en que ella bajó del autobús. No fue un flechazo instantáneo, fue más bien como si el universo le pegara un tirón de orejas. Pero fue al segundo día cuando el cerebro le hizo clic. Ella soltó una carcajada durante una actividad grupal y esa melodía lo devolvió de golpe a una noche casi olvidada en Sevilla, a los brazos de una joven que creyó haber soñado tras unas cervezas de más.

Mario, que estaba allí como jefe de estudios del instituto en el que trabajaba en aquel momento, decidió que ya estaba bien de fantasmas. Se acercó con su mejor cara de «no soy un acosador, solo tengo buena memoria».

—Buenas tardes, ¿nos conocemos? —preguntó.

Martina sonrió sintiendo un repentino cortocircuito mental. Su detector de hombres espectaculares acababa de saltar por los aires.

«¿Cómo? ¿Este monumento conoce a Kari?», pensó, pero

sabiendo lo que debía ocultar, decidió jugar al despiste, utilizando la ambigüedad para sonsacar información.

—Pues, en verdad, no sabría decirle. Su cara me suena. Karina Herrera, presidenta del AMPA del Monteolivos, encantada —dijo, tendiéndole la mano.

En cuanto Mario la estrechó, Martina sintió un calambre que le llegó hasta el páncreas.

—Mario De la Vega, jefe de estudios del Felipe Trigo.

Los ojos de Martina la traicionaron: supo al instante quién era él. Y un impulso interno y más fuerte que la razón la obligó a confirmarlo.

—Pues, Mario De la Vega, si hace una vida estuviste en Sevilla, sí, nos conocemos... —Se arrepintió antes de terminar la frase.

«¡Bravo, Martina! ¡Eres una genia del camuflaje!», se recriminó.

En cambio, Mario no se percató de aquel sutil cambio en el rostro de la mujer, él ya estaba en otra galaxia. Sin soltar aquella cálida mano, la miró y aseguró:

—Si no te hubiera encontrado aquí, habría seguido pensando que lo soñé...

La aparición de Amanda la salvó de una respuesta comprometedora y, sobre todo, fue la vía de escape perfecta para recuperar su mano.

—¡Mamá! ¿Puedes venir a echarnos una mano? —gritó.

—¡Claro, voy!

Mario vio cómo se alejaba «su Karina», comprendiendo que de forma lógica había seguido con su vida. Esa misma noche, durante la cena en el comedor de adultos, buscó desesperadamente una alianza en su dedo anular. Al comprobar que no la llevaba, el sentimiento de «destino» empezó a cocinarle el juicio.

Durante los siguientes diez días, coincidiendo en talleres,

excursiones y comidas compartidas, la química entre ellos se convirtió en un auténtico incendio forestal. Pero Martina sabía que aquello era arriesgado y una temeridad por su parte, aunque no por eso dejó de conversar con él en cada ocasión que los reunía.

El primer recordatorio de lo peligroso de aquel juego ocurrió durante el taller de supervivencia nocturna. El grupo de alumnos intentaba encender una fogata y Martina peleaba con un pedernal que se negaba a soltar una sola chispa. De repente, Mario se agachó a su lado, invadiendo su espacio personal con un perfume que olía a bosque y a pecado.

—Déjame ayudarte, Karina. Tienes las manos congeladas —susurró.

Mario cubrió las manos de Martina con las suyas para guiar el movimiento. El contacto de sus palmas grandes y cálidas contra su piel provocó un chispazo que no tuvo nada que ver con el pedernal. Martina se tensó por completo. Durante unos segundos eternos, los dedos de él se entrelazaron con los suyos, presionando con una lentitud deliberada. Cuando ella levantó la vista, se topó con sus ojos oscuros mirándola con una intensidad fija que le bajó directa al estómago. Tragó saliva y retiró las manos con torpeza, disimulando el temblor con una risita nerviosa.

El segundo asalto llegó unos días después, en el cobertizo de material, mientras preparaba las mochilas para una marcha. El espacio era minúsculo y el calor, asfixiante. Martina estiró el brazo para alcanzar unas linternas en la estantería superior justo cuando Mario entraba a buscar unas cuerdas. Al darse la vuelta, se quedó acorralada entre el estante y el pecho de él.

Mario no retrocedió; al contrario, apoyó una mano en la madera, a pocos centímetros de la cabeza de ella, atrapándola en su campo de gravedad. Se inclinó milímetros hacia abajo, con los ojos fijos en

sus labios, y Martina sintió que el mundo se detenía. Las bocas de ambos parecieron querer fundirse en ese mismo instante, atraídas por un imán invisible y arrollador. El magnetismo era tan bestial que ella llegó a entreabrir los labios, completamente entregada al momento... hasta que su cerebro pegó un frenazo de emergencia con chirrido de neumáticos incluido.

«¡A ver, Martina, frena al unicornio! Que este adonis no te está buscando a ti; está buscando el ADN de tu hermana. Si lo besas ahora mismo, técnicamente estarías cometiendo un delito de suplantación de identidad afectiva, y Karina te despellejará viva en cuanto volvamos a la civilización». Y con esos pensamientos, se deslizó bajo el brazo de Mario y salió huyendo de allí.

No obstante, pese a cuidar al máximo su fachada de «madre de Amanda», Martina terminó siendo ella misma en cada conversación. Le habló de sus viajes, de su profunda pasión por la pintura y de las ganas locas que tenía de abrir su propio negocio. Ella no quería enamorarse, no quería mentirle; pensó mil veces en confesar la verdad, sobre todo cuando Mario la llamaba «Karina» y la miraba con esa pasión contenida. Le dolía el alma. No quería que esos sentimientos fuesen dirigidos a su hermana; deseaba con todas sus fuerzas que la mirase a ella, que viese a la verdadera Martina. Pero una promesa familiar era una promesa irrompible.

La última noche, tras una cena compartida entre todos los adultos responsables, llegó la inevitable despedida y la tensión acumulada estalló por los aires.

Martina se repetía a sí misma que no quería que pasase nada, que era una locura estar con un hombre que anhelaba estar con otra versión de ella. Sin embargo, cuando Mario la acorraló contra una pared detrás de los bungalows y tentó su boca, fue absolutamente incapaz de negarse. Aquello era un error táctico nivel desastre

nuclear, pero el deseo la arrastró por completo. Se dejó llevar hasta el dormitorio del jefe de estudios y, entre sus brazos, descubrió colores que ni sus propios pinceles conocían. Fue una noche apoteósica, donde el arcoíris entero se desplegó en mitad de la oscuridad.

Pero al alba, la realidad le pegó una bofetada helada. Si alguien los veía salir juntos, la reputación de su hermana iría directa al desguace. Con el corazón encogido, se escapó de la cama mientras él aún dormía. Miró a Mario una última vez y, con la mano temblorosa, le dejó una nota sobre la mesilla antes de huir:

«Me encantaría quedarme, pero hay lugares a los que una siempre tiene que regresar, incluso cuando todo en ella le pide lo contrario. Quizá el destino vuelva a cruzarnos y esa vez lo haga con ojos distintos. Si lo de estos días ha significado algo, espérame; te prometo que un día, no muy lejano, seré yo quien vaya a tu encuentro. Hasta entonces... quédate con esta versión de mí».

Cuando Mario despertó, la cama ya estaba fría. Al llegar al comedor del desayuno, ella ya no estaba y, para cuando salió al exterior, solo alcanzó a ver cómo el autobús de Monteolivos se alejaba por la carretera de la sierra, dejándolo plantado de nuevo.

Tardó dos días en procesar qué hacer, leyendo la nota una y otra vez. Mario no alcanzó a comprender el sutil mensaje entre líneas; solo entendió que no pensaba quedarse de brazos cruzados esperando una señal de humo. Tras hablar con su hermana —una romántica empedernida que lo espoleó a no rendirse—, decidió, por una vez en su vida, apostarlo todo a un solo color: el verde de los ojos de aquella mujer.

Por eso, cuando apenas una semana después le saltó la notificación de una vacante de director en el instituto Monteolivos, lo tomó como una señal divina e inequívoca del destino. No lo dudó un

segundo. Aceptó la vacante pensando en darle la sorpresa de su vida.

Porque aquella primera noche en Sevilla la había recordado durante años como un sueño hermoso. Pero esa segunda vez, tras días conviviendo con ella y creyendo firmemente que era la misma mujer, había comprendido la verdad: estaba enamorado, no de un recuerdo borroso del pasado, sino de la persona real, vibrante y fascinante que acababa de tener entre sus brazos.

Mario cruzó el umbral de Urgencias sintiéndose un fraude, un patético náufrago de sus propios impulsos. Quiso odiar a Martina, quiso darse la vuelta y desaparecer, pero al mirarla de reojo vio algo que le desarmó los pulmones: vulnerabilidad. No era la mujer que lo había embaucado, era una tía aterrada por la vida de su sobrina.

En la sala de espera, el aire se congeló. Karina estaba allí, sentada junto a Javier. Al ver aparecer a Mario junto a su hermana, el poco color que le quedaba en la cara se mudó al suelo. Martina le lanzó una mirada de «tranquila, está bajo control», pero era mentira. No había nada bajo control.

Javier se levantó al verlos. Estrechándole la mano, preguntó sorprendido.

—¿Director?

—Estaba con Martina cuando llamaron. Quería interesarme por Amanda —explicó Mario intentando no escanear a las dos hermanas en ese instante.

El médico apareció recibiendo la atención de todos los presentes.

—¿Familiares de Amanda Pedraza? —llamó.

Javier abrazó a su mujer antes de aclarar:

—Sí, somos sus padres.

El doctor habló sin preámbulos.

—Hemos estabilizado a la paciente, pero tiene un trombo cerebral. Hay que operar ya.

El miedo se convirtió en un nudo físico, pero lo peor estaba por llegar.

—Necesitamos sangre —sentenció el doctor—. Su grupo es muy raro.

Mario, de forma casi inconsciente, rodeó a Martina con el brazo, dándole el sustento que ella no podía pedirse a sí misma. Javier y Karina entraron a las pruebas, decididos.

Minutos después, el médico pidió hablar con Karina a solas.

—Seré directo —dijo el doctor—. El grupo sanguíneo de su esposo es incompatible con la paternidad de su hija. No podemos usar su sangre.

—Pues usen la mía... —Se vio diciendo aturdida, sin comprender lo que aquella información significaba.

—No es tan sencillo.

El doctor le explicó que la sangre de Amanda era denominada Fenómeno Bombay, una mutación rarísima. Solo otro donante Bombay podría salvarle la vida.

Karina sintió que el mundo, el de verdad, el que había construido durante diecisiete años sobre una mentira piadosa, se hacía añicos. Aquel miedo de Sevilla, aquella duda sobre el preservativo que el tiempo había enterrado, acababa de emerger con la fuerza de un volcán.

Salió del despacho como una exhalación. Cruzó el ala del hospital con la mirada fija en un solo hombre.

—Tienes que donar sangre. Amanda te necesita —le soltó, con una firmeza que sonaba a súplica.

Mario parpadeó, descolocado. Martina, en cambio, hizo la conexión eléctrica en su cabeza. Recordó los sollozos de Karina tras

la boda, las dudas sobre aquella noche de locura... Comprendió el universo entero en un segundo. Agarró la mano de Mario —que seguía estático sin comprender nada— y lo arrastró al ascensor.

—Vamos. Te acompaño.

Dentro del elevador, Martina se lo soltó. Sin anestesia. Sin metáforas. Mario subió siendo el director del instituto y bajó sabiendo que la alumna ejemplar a la que saludaba cada mañana llevaba su sangre en las venas.

Las horas de cirugía fueron un desierto de agonía. Mario se quedó allí, en un rincón, con un hilo de voz y el alma en carne viva. Cuando el cirujano salió al amanecer anunciando que la operación había sido un éxito, el alivio fue tan pesado que casi lo tumba.

Karina se derrumbó en brazos de Javier, quien la sostenía con amor, pero con una sombra de duda creciendo en sus ojos como una mancha de aceite. Todavía no entendía por qué la sangre del director era la única que servía y, aun así, lo entendía tan bien que tuvo miedo de preguntar.

Al otro lado del pasillo, Mario cerró los ojos un instante y, al abrirlos, supo que debía marcharse, tomar distancia y pensar.

Capítulo 5

Los días siguientes transcurrieron entre el zumbido de los monitores y el silencio contenido de la habitación de la UCI. Karina y Javier se turnaban para estar junto a Amanda, sin hablar del secreto que había estallado tan violentamente entre ellos. Frente a la adolescente, Javier mantenía una calma casi sobrehumana, pero en los breves momentos a solas con su mujer, era incapaz de sostenerle la mirada.

Martina observaba desde la barrera, con el alma en vilo. Tras días de tensión, reproches mudos y lágrimas contenidas entre las dos hermanas —donde Martina asumió su culpa por ocultar lo del campamento y Karina por no advertir que el nuevo director era su antiguo desliz—, el frente común de las gemelas volvió a unirse. Esa tarde, mientras Amanda dormía plácidamente bajo los efectos de un sedante, Martina rompió el hielo.

—Kari, Javier te perdonará, solo necesita tiempo para asimilarlo.

Karina apoyó la cabeza en las manos, exhausta.

—Me siento una descerebrada... Tenía miedo y tomé decisiones sin pensar. Pero yo siempre he amado a Javier. Siempre.

—Lo sé. Y yo... yo estoy enamorada de Mario de verdad —confesó Martina con un nudo en la garganta—. Pero lo engañé y ahora no quiere saber nada de mí.

—Dale tiempo también. Es un buen hombre. No ha parado de escribirme para saber cómo está Amanda, pero no quiere venir para respetar a Javier.

—¿Seguro que no sientes nada por él? —se vio preguntando con miedo a la respuesta.

—Martina, el amor de mi vida es Javier —respondió con lágrimas en los ojos—. No quiero una vida en la que no pueda acurrucarme en el sofá junto a él.

—Bien. En ese caso, ve a buscar a tu marido y pon cada cosa en su lugar. Yo me quedo esta noche con mi sobrina.

Karina no lo dudó. Besó la frente de su hija, la mejilla de su hermana y salió decidida a salvar su matrimonio. Al llegar a casa, se encontró a Javier saliendo de la ducha. Al ver sus profundas ojeras y sus ojos azules apagados como un cielo de invierno, tiró el bolso y corrió a refugiarse en su cuello, desesperada.

—Mi amor, lo siento... —Lloró, besando su rostro—. Perdóname, te prometo que jamás quise herirte. Daría mi vida por volver atrás.

Javier permaneció estático unos segundos, dejando que su propio sufrimiento se hiciera visible, pero terminó cediendo. Deslizándose contra la pared, acabaron sentados en el suelo, abrazados en un llanto compartido.

—Lo intuyo desde hace años —confesó de pronto Javier con la voz rota—, pero me negaba a creer que mi pequeña no es mía.

—Javi..., tengo que contarte todo.

Sentados en el sofá del salón, la verdad fluyó sin barreras. Karina le habló de Sevilla, del miedo que la paralizó al saberse embarazada y de cómo eligió, libre y conscientemente, construir su vida y su familia al lado del único hombre al que amaba. Javier la escuchó en silencio y la estrechó contra su pecho con una fuerza descomunal.

—Te amo —dijo él—. Pero necesitamos tiempo. Y pensar qué haremos con Amanda.

El siguiente paso requería madurez y valentía. Al día siguiente, Karina citó a Mario en la cafetería del hospital para cerrar de una vez por todas los malentendidos.

—Si quieres estar cerca de Amanda, no te lo impediré —le dijo de frente—. Pero debes saber que Javier ha sido, es y será el mejor padre del mundo para ella.

Mario la miró con absoluto respeto.

—No quiero trastocar la vida de Amanda ni la familia que tenéis. Ella ya tiene un padre que la ama y siempre respetaré eso. Pero, cuando esté preparada..., me gustaría formar parte de su vida.

Karina sonrió de medio lado, aliviada, antes de levantarse.

—Una cosa más, director..., Martina te ama de verdad. No digo yo que no la haya cagado, pero todo lo que hizo fue por protegerme, incluso a costa de sus propios sentimientos. Si de verdad experimentaste algo en aquel campamento, no dejes que se escape.

En ese instante, aturdido por aquella afirmación rotunda, Mario vio a Javier aguardar al otro lado de la puerta de la cafetería. Decidido a terminar con aquella situación que le asfixiaba, pidió a Karina hablar a solas con su marido.

Fue una conversación de hombre a hombre, madura y desprovista de rancios heroísmos. Mario le dejó claro que su historia con Karina era un capítulo cerrado del pasado, que respetaba su matrimonio y su paternidad. Javier escuchó, entendió y, con un firme apretón de manos, ambos aceptaron un pacto implícito por el bienestar de Amanda. Karina fue llamada para unirse al final de la conversación y la decisión unánime quedó sellada: esperarían a que Amanda se recuperara por completo, creciera y tuviera la madurez

necesaria para explicarle la verdad sobre su nacimiento y el milagro de su grupo sanguíneo. Mario decidió marcharse y pasear, tenía demasiado en qué pensar.

El aire de la tarde empezaba a refrescar, pero él caminaba con la chaqueta al hombro y los pensamientos hechos un nudo. Anduvo sin rumbo fijo, conociendo una parte del pueblo por la que nunca había pasado; y de pronto, ahí estaba, una fachada de piedra sobre la que se podía leer un letrero: «El Lienzo de Martina». Se quedó estático, con la mandíbula apretada y una tormenta rugiendo en el estómago. Su orgullo le gritaba que diera la vuelta; se negaba a estar con una mujer que había edificado su atracción sobre una red de mentiras, que se había reído en su cara cada vez que la llamaba por el nombre de su hermana. «Date la vuelta, De la Vega», se fustigó mentalmente.

Pero entonces, la miró a través del gran ventanal.

Martina estaba subida a una pequeña escalera, colocando unos tarros con pinceles. Llevaba el pelo en un moño caótico y un peto vaquero manchado de mil colores. Estaba riéndose de algo, gesticulando, desprendiendo esa luz salvaje y desorganizada que la hacía tan dolorosamente bella. Era pura vida. Una versión tan real y alejada de la rectitud de Karina, que a Mario se le cortó la respiración.

En un movimiento descuidado, Martina giró la cabeza hacia la calle. El mundo se detuvo. Sus ojos verdes cruzaron el cristal y se clavaron directamente en los de él.

La risa se congeló. Colgó la llamada, y tras quitarse los cascos, bajó de la escalera a trompicones. Dudo un segundo antes de caminar hacia la puerta. El tintineo de la campana al abrirse sonó como un cañonazo en el silencio de la calle. Salió a la acera, apretándose las manos contra el pecho, visiblemente nerviosa.

—Hola —susurró ella, dando unos pasos tímidos hacia el director.

—Hola —respondió Mario, con una voz fría y distante que le sorprendió incluso a él.

Martina se mordió el labio inferior, pero en lugar de acobardarse ante su muro de hielo, enderezó los hombros y se armó de valor.

—Sé que tienes derecho a no volver a mirarme. Fui una cobarde. Te engañé por una promesa estúpida y un miedo atroz a decir la verdad. Y lo siento. Te pido perdón desde lo más profundo de mi corazón.

—Martina, me mentiste en la cara...

—Lo sé, y me arrepentiré toda la vida. Pero la mujer que estuvo contigo en el campamento, la que te habló de sus sueños y la que se enamoró de ti hasta las trancas no era un personaje. Esa era yo. Martina. No hubo ni un solo sentimiento falso en esa cama, Mario. Te amo a ti. Y me estoy muriendo de pena al pensar que te he perdido por no haber tenido el valor de decir mi nombre a tiempo.

El director la miró. Las lágrimas asomaban en esos ojos verdes, haciéndolos brillar bajo la luz de la tarde. El reproche y el orgullo que había levantado durante días se pulverizaron ante su verdad desnuda, mandando la dignidad a paseo. Dio un paso al frente, la agarró por la cintura con una urgencia casi violenta y la pegó a su cuerpo, estampando sus labios contra los de ella.

Fue un beso hambriento, desesperado, lleno de la frustración acumulada de la separación y de una pasión salvaje que no entendía de mentiras ni de nombres. La devoró con la fuerza de quien encuentra el aire, mientras los dedos de Martina se aferraban a su camisa. En mitad de la acera, bajo la luz dorada, las dudas se disolvieron.

Martina lo arrastró hasta su local, colgó el cartel de cerrado y lo besó sin descanso hasta encerrarse en la trastienda. Necesitaba

sentirlo, necesitaba abrazarlo, necesitaba fundirse con él y cerciorarse de que no era un sueño.

Un sofá naranja claro fue el soporte del amor durante aquella tarde, también el pilar en el que recuperaron el aliento.

Abrazados, solo arropados por la chaqueta de Mario, el silencio se hizo en la estancia.

—¿En qué piensas? —preguntó el director acariciándole el pelo.

Martina suspiró, jugueteando con la otra mano de él.

—En que... en que... no puedo evitar pensar que Karina fue la primera, es la madre de Amanda y... —Las dudas la atenazaban el pecho, necesitaba decirlo—: Tengo miedo de que lo que sientes por mí sea solo un espejismo de lo que sientes por ella, que al no poder tenerla te conformes conmigo...

Mario le tomó la barbilla con suavidad, obligándola a levantar la mirada para encontrar esos ojos verdes que lo traían de cabeza.

—Escúchame bien. Si he comprendido algo en estos días es que lo de Sevilla fue una ensoñación, un relámpago que se apagó antes de que saliera el sol. Pero lo que pasó en el campamento... eso no fue un simulacro. Me enamoré de la mujer que me hablaba de pintura, de la que me obligó a saltar al agua helada del lago, de esa que con su luz iluminó mi aura más aburrida. Eres la única. Karina es el pasado y la madre de mi hija, y siempre tendrá mi cariño por eso. Pero tú eres mi presente.

Martina esbozó una sonrisa débil, aún no despojada de las dudas por completo.

—Si he tenido que cruzarme con las dos para terminar aquí contigo —añadió Mario, reptando por el sofá hasta que sus frentes quedaron apoyadas la una contra la otra— es porque el universo tiene un sentido del humor muy retorcido, pero muy efectivo. Al final, nuestra historia se resume en algo muy sencillo: dos noches y

un destino.

La besó con lentitud, deshaciendo cualquier duda. Un gesto que sabía a promesa cumplida y a un nuevo comienzo. Ella sonrió contra sus labios, comprendiendo que ya no quedaban más sombras entre ellos. El destino, por fin, sintonizaba con el mismo nombre.

Querámonos lo que nos dure la vida

Livia Nohi

Nuria

Si alguna vez pensé que era buena idea pasar por la iglesia, me equivoqué. De hecho, creo que ni siquiera fue idea mía, que me la engendraron y la interioricé como si aquella brillantez hubiese emanado de mí. En ese momento, con mi imagen frente al espejo de mujer segura de sí misma y emperifollada, pero con cuidado de no parecerlo, no estaba tan segura de que fuese buena. Tampoco era descabellada; después de diez años con Javi era lo más lógico, ¿no? Y si además nos queríamos, era lo mejor.

No obstante, me lo estaba replanteando todo y una pesada bola chiclosa de angustia se instaló en mi pecho. Mentiría si dijera que entré en pánico, que perdí el juicio o que ese miedo era normal en los momentos previos al día más importante de mi vida.

El caso es que algo se me estaba removiendo por dentro y me daba miedo.

Vestida con mi traje de chaqueta blanco roto de Rosa Clará, impoluto, perfecto y a medida —y carísimo—, me vi ante el espejo y me grité: «¿Qué narices te crees que estás haciendo, Nuri?». Y no pude rebatirme nada porque, en efecto, no tenía ni idea.

Con la respiración agitada, me senté en el sillón de estilo renacentista tapizado en marfil de la habitación del hotel. El corazón me martilleaba frenético y pesado a la vez que en mi mente acudían pensamientos del tipo: «no lo hagas, no lo hagas, no puedes hacerlo, ni se te ocurra». Del vértigo, me mareé.

Gruñí de rabia. ¿Qué me estaba pasando? ¿Tenían que entrarme esas dudas justo en un momento tan importante? Me recordé a mí

misma que quería a Javi, que era una decisión tomada a conciencia y basada en el amor. Además, llevábamos una eternidad juntos y nos complementábamos genial; teníamos una vida cómoda, sencilla y fluida. Nada iba mal.

«Mentirosa», me recriminó esa vocecilla interior tan molesta y punzante que me asaltaba en los momentos más críticos.

Vale, sí, quizá no era del todo sincera. Digamos que me faltaba algo de chispa en la relación y sabía que después de diez años era normal que la cosa se enfriase, pero era muy consciente de que no se había encendido ni siquiera desde el principio. Lo acepté, convenciéndome de que necesitaba bajar el ritmo, una vida tranquila y alejarme de los «intensitos». Me conformé con ese apaciguamiento que me ofrecía Javi y que me aseguraba una vida sin sobresaltos de montaña rusa. Sin embargo, aceptarlo en su momento no implicaba que pasara por alto el hecho de que me hacía falta algo más. Lo notaba, era como si latiera dentro de mí. Y lo percibí desde el principio, pero no le hice caso. Ahora, la perspectiva de pasar toda mi vida con esa sensación no me gustaba un pelo. Y luego estaba el «otro problema», del que él no sabía nada. Ni él ni nadie. Todavía no era el momento de contarlo, ni siquiera yo me atrevía a hacerle frente porque era demasiado grande hasta para mí. Simplemente, miré hacia otro lado y lo ignoré. Lo puse a la cola de problemas pendientes de resolver. Ya me encargaría de eso cuando pasase la boda.

Dios mío..., Javi. ¿Cómo iba a decirle...? No podía. Era injusto. No habíamos hablado todavía de lo que nos deparaba el futuro y no podía casarse conmigo sin saberlo. Pero... ¿realmente quería que lo supiera?

Me cuestioné si de verdad quería vivir el resto de mis días con ese ser maravilloso y tranquilo que me estaba esperando impaciente

y nervioso en el altar, con su traje a medida que tan bien le quedaba, frente a todos los invitados que esperaban a que yo hiciera la entrada triunfal. ¡Dios, qué presión! Lo odiaba. Que estuvieran todos ahí expectantes, de punta en blanco y deseando cotorrear sobre todo lo que aconteciese en nuestra boda me ponía histérica.

A aquellas alturas, ni Javi ni yo teníamos voz ni voto en la boda. Tampoco es que le dejasen meter baza en algún momento, porque de organizar una boda se encargaban las mujeres, que para eso tenemos mejor gusto, o eso dijeron las confabuladas señoras de nuestras respectivas familias.

Lo que en un principio planeamos que sería una boda sencilla e íntima se convirtió en un paripé que se escapó de nuestro control. En cuanto delegamos ciertas tareas a la familia y amigos, aquello se fue de madre y ya no quedaba nada de la boda que yo había soñado. Ahora era un escaparate, y nosotros solo dos muñecos rígidos que no podían escoger su postura y que estaban condenados a coronar una tarta demasiado dulce.

Maldita la hora en que acepté la ayuda. Si la hubiéramos organizado nosotros tal y como estaba planeado, quizá no estaría en plena crisis premarital. O quizá sí, quién sabe. Lo cierto era que, por mucho que intentase esconderlo, la excusa que me estaba poniendo de la boda no era la única que me impedía dar el paso.

Unos golpecitos en la puerta me sacaron del trance.

—Nuria, cariño, ¿va todo bien? —preguntó mi cuñada con un tono de urgencia camuflado con suavidad.

Suspiré. Nada iba bien. Si fuera así, las pulgas de la duda no me picarían tanto. Abrí la puerta con decisión y se sorprendió al ver mi expresión.

—Pasa.

El tono serio de mi voz la puso sobre aviso.

—¿Qué ocurre?

Intentó disimular el pánico con un tono cantarín, pero no le salió demasiado bien.

Me descalcé los tacones que no iba a poder soportar ni media ceremonia y que ni siquiera había escogido yo, y me deshice también de la americana, porque me estaban entrando sofocos del agobio.

—¿Cómo está Javi? —le pregunté con la mirada esparcida sobre la moqueta mientras caminaba sobre mis pasos.

Elsa, mi cuñada, se quedó perpleja. Sus pestañones postizos se movieron con rapidez, intentando averiguar por dónde iban los tiros.

—¿Cómo dices?

—Que cómo está —repetí, mordiéndome una de las uñas. Me importó un bledo estropear el esmalte; a aquellas alturas, la manicura era el menor de mis problemas. De pronto, me urgía saber cómo se encontraba mi prometido y no tenía ni idea de por qué.

—Bien, supongo... Te está esperando. Porque vas a bajar ya, ¿verdad?

Ese «¿verdad?» reflejó el pánico que la embargaba ante la posibilidad de presenciar un momento de novia a la fuga. Seguro que hubiera corrido detrás de mí solo para no tener que enfrentarse a los invitados y necesitar dar explicaciones.

No contesté. Si era sincera, marcarme una huida en el último momento se me antojaba demasiado jugosa. Mi parte racional no quería, pero la emocional no hacía más que agitar los pompones. ¿Cómo me sentiría si le hiciera eso a Javi? No podía plantarlo en el altar, eso era cruel e innecesario. Éramos adultos y podíamos solucionar las cosas como tales.

«La salida de emergencia está justo ahí. Nadie estará mirando», susurró esa conciencia endiablada que se había empeñado en

atormentarme aquel día.

—¿Nuria? —reclamó mi cuñada.

—Solo necesito unos minutos más —concluí.

Solo unos minutos, sí. Con eso bastaría para centrarme y dejarme de tonterías. Javi me esperaba impaciente y lo estaría pasando mal. Los invitados estarían cuchicheando sobre mi retraso; y nuestros padres, a punto de sufrir un colapso nervioso en medio del pasillo de la iglesia.

Tenía que salir. Ya.

Elsa asintió una sola vez y me dejó sola para que pudiera prepararme. Yo tragué saliva, intentando beberme el miedo con ella. Le eché valor, me subí a los tacones de nuevo, me abotoné la americana y, de un estirón del bajo de esta, salí.

A cada paso que daba, pensaba en Javi, que se atrevió a pedirme matrimonio durante un atardecer precioso en Ibiza. Fue un momento mágico y me sentí muy afortunada.

Pensé en mamá, que se emocionaba con cualquier cosa que tuviera que ver con la boda, porque era lo que siempre había soñado para mí y la estaba viviendo con intensidad. En papá, que se tragaba la ilusión porque su educación férrea no le permitía demostrarla, pero que se escapaba a chorros por sus bonitos y cansados ojos.

En Elsa, que me acogió como una más en cuanto Javi nos presentó y se ocupó de que cada detalle de la boda estuviera controlado para que yo no tuviera que preocuparme.

Pensaba en los padres de Javi, ya mayores, que estaban orgullosos de que diésemos aquel paso tan grande y se alegraban de poder verlo con sus ojos.

En nuestros familiares, que se morían por contar todo lo que ocurriese en la boda al resto de vecinos del pueblo y que sería la comidilla durante meses.

En el cura, que tenía prisa porque tenía otras cosillas que oficiar, pero que comprendía que, al fin y al cabo, el amor no funcionaba con tiempos exactos.

Pensaba en todos los invitados que se habían tomado la molestia de asistir. En el *catering*, que esperaba, con respeto y las manos en la espalda, a que terminásemos con nuestra movida para poder irse a casa. En la banda de música, que se cocía dentro de sus trajes bajo el calor acuciante de junio, esperando a que llegásemos y empezásemos la fiesta.

Pensaba en todos, menos en mí. ¿Qué quería yo? ¿Qué necesitaba?

Aire, necesitaba aire. Llevaba tiempo ahogándome y no me había dado cuenta.

Y entonces, sin saber cómo, me encontré en la calle de detrás del hotel, cegada por la luz del sol.

Martín

Los comienzos de curso siempre me resultaban intensos, emocionantes y agotadores. Sin embargo, aquel año, el mismo día de empezar ya tenía ganas de que llegasen las vacaciones. ¿Cómo volvían los chavales con tanta energía después del verano, si yo todavía no me había recuperado de las mañanas lentas, de las comidas copiosas a deshora ni de las cañas interminables con amigos en las terrazas de la plaza? Me empeñé en exprimir al máximo el verano con la intención de redescubrirme. Bueno, eso no era del todo cierto. Digamos que mi psicólogo me «animó» a salir de casa, a retomar costumbres.

A socializar.

Qué poco me gustaba... ¡Con lo bien que estaba yo en mi

refugio, sin que nadie me molestase! Sin embargo, no me quedó más remedio que aceptar que quizá Raúl, ese profesional que aguantaba todas mis mierdas con paciencia infinita, tuviera razón.

—Martín, voy a ponerte deberes —sentenció en nuestra última sesión.

Qué paradoja. Deberes al profesor de Literatura...

—¿Cómo dices? ¿Deberes?

—Eso he dicho, sí. —Se subió las gafas de montura transparente que se deslizaban por su nariz constantemente y carraspeó—. Vas a tener que socializar.

—Socializar —repetí para cerciorarme, porque deseé haber oído mal.

Si me hubiera dicho que debía hacerme una colonoscopia rectal sin sedación me hubiera sonado mucho más apetecible que lo que me proponía.

—Socializar —confirmó sin dar pie a reproche—. Ver y conocer gente. Divertirte, que te dé el aire y hablar con personas que no conozcas. Volver a retomar contacto con tus amigos y ponerse al día. Y lo escribirás todo en un cuaderno para que podamos hablarlo a la vuelta, ¿de acuerdo?

Así que socialicé, claro. Demasiado, diría yo. Como no me dijo en qué medida debía hacerlo, pues lo di todo y así estaba, fiesta tras fiesta, tardeo tras tardeo, quedada tras quedada. ¿Y para qué? Para nada, porque no conocí a nadie especial, ni me sentí mejor después de aceptar todas las invitaciones que me llovieron ni saqué nada positivo de toda esa socialización recomendada. Solo había conseguido agotarme.

Necesitaba vacaciones de mis vacaciones.

Una vez más, recordé que debía hacer caso a Raúl para no volver a estar como antes y me dije que todo lo ocurrido era por mi

culpa y mi deber era enmendarlo. Ese pensamiento se relacionó con otro: por ser yo como era, Gina se fue. Me dejó por soso. Y no pude reprochárselo.

Por eso busqué ayuda tras comprobar que el bajón era demasiado grande como para poder yo solo con él. Necesitaba auxilio para luchar contra ese cancerbero, así que empecé a verme con Raúl una vez a la semana al principio y una cada quince días después.

No fue agradable destriparme sobre la mesa y observar todas mis vísceras desde todos los ángulos. De hecho, me costó mucho al principio. En las primeras sesiones nos mantuvimos en silencio al menos veinte minutos de la hora que tenía que pagar, porque no sabía qué decir ni cómo empezar. Raúl no me presionó, no forzaba la situación; simplemente, me esperó.

Hasta que un día, por romper el hielo, me preguntó si tenía novia y entonces rompí a llorar como si se me hubiesen destrozado las llaves de paso. Quise contenerme, me mordí los puños, cerré los ojos tan fuerte que comencé a ver destellos en color y apreté la mandíbula hasta que me crujieron las muelas, porque no quería hablar de Gina.

No quería llorar. No quería ser débil. Me daba asco a mí mismo.

Quise odiarla a ella, pero no pude, porque después vi que era maravillosa y mis inseguridades la consumieron. La culpa era toda toda, enterita, mía. Gina no hizo otra cosa que adaptarse a mí, a mis «hoy no me apetece», a mis eternos «uf, qué pereza», a mis «estoy demasiado cansado, Gi». Hasta que se hartó. Y con razón.

Al principio me enfadé mucho, la taché de egoísta, la acusé de no querer una relación seria, de seguir viviendo en la adolescencia tardía, de querer forzarme a hacer los planes que solo a ella le apetecía hacer, que nunca contase conmigo y lo que yo necesitaba.

Fui de lo más injusto e hiriente.

Jamás olvidaré sus ojos anegados en lágrimas ni su dolor concentrado en su rostro contraído. ¿Cómo pude ser capaz de hacerle eso? ¿Cuándo me había convertido en semejante cabrón? ¿Por qué lo pagaba todo con ella?

Con la ayuda de Raúl fui capaz de ir pelando mis tropecientas capas de inseguridad y me hizo abrir los ojos ante los constantes sacrificios y esfuerzos que hacía mi novia, porque me quería.

Gina llegaba siempre puntual, organizaba la compra, domiciliaba los gastos, apuntaba las citas en el calendario. Me compraba calzoncillos cada vez que alguno salía de la lavadora con la goma demasiado dada, calcetines si descubría un agujero, camisetas si se daba cuenta de que ya tenían bolitas. Lo hacía sin decirme nada, solo me comentaba que había ido a comprar para ella, cosa que solía ser mentira, y, de paso, había aprovechado para traerme un par de cosas. Ni siquiera era necesario que le dijese mi talla, porque se la sabía. De ropa y de zapatos. En cambio, yo no recordaba ni lo más básico de ella porque jamás presté atención.

Y yo nunca fui capaz de ver todo lo que hacía por mí y por nosotros. Siempre me acordaba tarde de los aniversarios; de las fechas importantes siempre me olvidaba. No estuve atento a sus necesidades, nunca me fijé en sus estados de ánimo ni fui lo suficientemente considerado como para comprarle una mísera caja de bombones cuando le iba a venir la regla o unas flores un viernes cualquiera porque sí.

Sin saber cómo, me había convertido en mi padre. Un gilipollas de manual.

Los meses tras nuestra ruptura significaron un antes y un después. Odiaba reconocerlo, pero su falta me hizo reaccionar y espabilar. Tarde, lo sé. Pero, si no fuese por eso, seguiría siendo un

rábano plantado en el huerto, mustio y sin ganas de brotar. Seguiría bajo tierra hasta que se me secasen las raíces, ni siquiera haría el esfuerzo de asomar unas hojillas al sol para revivir o de tomar agua para, al menos, no morir.

Así que en esas me encontraba, intentando sacar la cabeza de mi oscuro y solitario agujero, para volver a ser una persona decente en un mundo lleno de demasiada gente. Para no repetir mis propios errores.

En el instituto, el timbre nos escandalizó a todos cuando tronó en cada rincón y provocó una oleada de estudiantes ansiosos por un descanso, que salieron en masa de las aulas. Si supieran que yo fui el primero que lanzó un agradecido aleluya al cielo...

Cuando llegué a la sala de profesores, puse los ojos en blanco sin poder disimularlo a tiempo. Miguel Ángel, el de Matemáticas, y Asensio, el de Física, estaban discutiendo de forma acalorada sobre algún tema de ciencias. Y los dos eran pedantes a más no poder.

Antes de que me enganchasen, en silencio me serví un café rápido en la cafetera de cápsulas mientras rezaba por haber pasado desapercibido.

—¡Eh, Martín! —exclamó Asensio.

Mierda, me habían visto. Me di la vuelta con una sonrisa de disculpa, porque pretendía inventarme cualquier excusa para salir por patas.

—Ey..., hola, no puedo quedarme...

—Solo será un segundo —insistió.

—De verdad que no... —repuse.

El profesor de Física colocó una mano callosa sobre mi hombro y apretó, a la vez que me conducía hasta Miguel Ángel. ¡Qué fuerza tenía el tío!

—A ver, tú que eres de otro campo —comenzó el de Matemáticas —, ¿a que el sándwich cortado en diagonal tiene, científicamente, más proporción de sándwich?

Me quedé a cuadros. ¿En serio me estaba preguntando eso?

—¿Perdón? —Los miré a los dos, ojiplático, intentando detectar si me estaban gastando una broma.

—¿A que no? Asensio no quiere bajarse del burro —replicó Miguel Ángel, cruzándose de brazos.

—¿Que no quiero bajarme del burro, dices? ¡Pero si eres tú el que discutes! Un sándwich cortado en diagonal tiene más superficie, eso es así. Matemática básica.

—¡Pero qué barbaridad dices, hombre! —exclamó Miguel Ángel alzando los brazos con exasperación—. Eso no tiene sentido, ¿a que no, Martín?

—¿De verdad estáis discutiendo sobre un sándwich? —pregunté con incredulidad.

Porque notaba el café ardiendo en mi mano, que si no, hubiese jurado que estaba teniendo un sueño muy tonto. Ambos me miraron muy serios. Se habían tomado aquella discusión muy a pecho, al parecer.

—No es solo «un sándwich» —puntualizó Asensio—. Se trata de la verdad. Científicamente, un recorrido en diagonal tiene más distancia que uno en línea recta, ¿verdad?

—Sí, pero... —aceptó Miguel Ángel.

—¡Ajá! Entonces, confirmas que el sándwich cortado en diagonal tiene más cantidad.

—¡Que no! —se exasperó—. Martín, por favor. Me gustaría salir de este bucle...

Me miró con ojos suplicantes, deseando que le diera la razón. Sin embargo, como eran dos pedantes que me habían captado para

solucionar una absurdez, decidí complicarles un poco la vida.

—A ver si lo he entendido. Asensio, tú dices que el sándwich cortado en diagonal tiene más cantidad, ¿no? —Este asintió—. Y tú, Miguel Ángel, sostienes que no es así.

—Lógicamente.

—¿Y cuál es el objetivo de esta discusión? —pregunté con seriedad, para que vieran que yo también me quería implicar, aunque no fuera el caso.

—Pues... bueno, pues... saber quién tiene razón, digo yo —declaró Asensio.

—Comprendo. —Hice una pausa melodramática mientras ellos esperaban, expectantes, una respuesta esclarecedora—. Lo que yo veo aquí es una cuestión multidisciplinar. En esta ecuación, no solo estaría implicada la superficie del sándwich, científicamente hablando, sino que entraría en juego la verdad, que es lo que vosotros queréis saber.

—Eso es —afirmó Miguel Ángel—, y si nos ponemos del lado de la física, el sándwich es igual se corte por donde se corte.

—Mira que eres obtuso —exhaló Asensio, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, es que, en realidad, me gustaría saber si la verdad que necesitáis la tenemos que buscar en las corrientes filosóficas. Para eso, quizá sería mejor hablar con Aurora, que es la experta. —Miré mi reloj y añadí—: Estará al caer. Estoy convencido de que es la más indicada para resolver este problemón. A mí me encantaría ayudar más, pero... yo solo enseño letras.

Al mencionar a la profesora de Filosofía, ambos se enderezaron y desviaron la mirada.

—Bueno, a ver, si en realidad no es tan importante, ¿no, Asensio?

—Para nada, compañero. Las cosas de ciencias se quedan en ciencias. Si al final, no tengo tanta hambre. Podemos partir el sándwich como prefieras.

—¿Sabes qué? Tiremos la casa por la ventana. Te invito a lo que quieras al bar de abajo. Gracias, Martín. Nos vemos luego. Suerte con los chavales.

Me dejaron ahí, con el café tibio y la victoria en la lengua. Sabía que a esos dos pedantes la entrada de Aurora los iba a hacer recular. Era la única que tenía la habilidad de indagar en cualquier cuestión hasta la extenuación —o desesperación, sobre todo, del otro—. Pobre mujer, ella no tenía la culpa de ser una apasionada de los filósofos y sus teorías. Era muy maja, pero si se quería mantener una conversación con ella que no fuera sobre eso, mejor hacerlo con un par de copas encima.

Ella, no el resto.

Nuria

Los nuevos comienzos siempre me daban miedo. No porque creyese que sería incapaz de realizar nuevas tareas, sino por la incertidumbre de no controlar lo que ocurría a mi alrededor. En mi anterior ciudad —qué raro me sonaba todavía—, me había dedicado a lo mismo y, sin embargo, al cambiarme a este nuevo puesto, me sentía como la novata del principio.

En Valencia fui bibliotecaria muchos años en una escuela de mi barrio y me encantaba. Después de todo lo que ocurrió tras mi boda fallida, decidí que eso era lo único que no quería cambiar. Necesitaba algo a lo que aferrarme, algo de mi antigua vida que siguiera siendo estable. Algo que me recordase de dónde venía y el tiempo que tenía para disfrutarlo antes de que se agotase.

Empecé de cero. Nueva ciudad, nueva casa, nuevo lugar de trabajo. Dije adiós a mi vida con Javi y todo lo que nos rodeó durante años, porque era incapaz de mirarles a la cara sin morirme de vergüenza. Solo poner un pie en la calle ya me sentía la peor traidora y manipuladora de la historia. Como me esperaba, el plantón en el altar fue un bombazo. Me marqué un «novia a la fuga» de campeonato y le hice mucho más daño a Javi del que pretendía, que, como consecuencia, no me dirigía la palabra. Lógico. Quizá era mejor así.

Fue demasiado soportar las miradas de reproche y decepción de todo el que pasaba por mi lado, los silencios de mi familia, sobre todo de la política, y la huida en bandada de los amigos que teníamos en común. A sus ojos, yo era la villana de la historia y así me sentía yo también, como la peor persona del mundo. Terminé por encerrarme en casa, a llorar a moco tendido, a arrepentirme de ser tan cobarde y a desear mi propia desaparición de la faz de la Tierra. Incluso llegué a replantearme si no hubiera sido mejor casarme con Javi, tal y como lo teníamos previsto, para no morir sola y rodeada de gatos, aunque las dudas me carcomieran por dentro durante el resto de mi vida.

Pero supe que no hubiera sido feliz y él tampoco. Y yo creía sinceramente que nos merecíamos serlo, aunque no fuera juntos. Creo que por eso huí, porque de repente la verdad se impuso y lo tuve muy claro. De hecho, me reprendí por no haber abierto los ojos mucho antes. No podía seguir adelante con la boda, ni por mí ni por él. Era injusto para ambos empezar un matrimonio de esa forma, y más con la vida que me esperaba en un futuro cercano. La lástima es que no tuve oportunidad de explicarme con el bendito hombre que se quedó como un pasmarote en el altar, esperando a que su futura mujer apareciese. Entendí que no quisiera saber nada más de

mí. Así que me mudé a Madrid y conseguí trabajo en la biblioteca del Instituto San Mateo.

Aunque me muriese de miedo de empezar de nuevo, por lo menos no sentía la presión de tener cientos de ojos clavados en mí a cada sitio al que iba, juzgándome. Me lo tomé como una nueva oportunidad para descubrir quién era yo y qué quería.

En el instituto nuevo, el director, un hombre canoso pero con la piel tersa como la de un chaval, me dio una cálida bienvenida y la secretaria se encargó de llevarme hasta la biblioteca mientras me daba información que no recordaría después.

—Pues aquí es, linda. Te dejo para que te instales y enseguida vendrá Rosaura, tu antecesora, y te pondrá al día —dijo Helena con una sonrisa amable.

—Gracias. —Le correspondí el gesto.

Cuando cerró la puerta y el silencio acogedor me dio la bienvenida, me sentí más arropada de lo que pensaba. Aquel lugar me daba buena sensación, transmitía una energía cálida y sosegada que me vendría muy bien para poner en orden mi vida.

Dispuse mis escasos bártulos en el escritorio y los armarios y respiré hondo. Para ser una biblioteca de instituto, era bastante grande, tenía dos salas y las estanterías estaban bien surtidas. Había espacio suficiente para modificarlo y llevar a cabo actividades con los alumnos. Estaba revisando la colocación de las materias en las estanterías cuando, de pronto, se abrió la pesada puerta de madera.

—Oh, perdona, creí que no habría nadie —se disculpó el hombre.

—No importa, pasa. Soy Nuria, la nueva bibliotecaria. Encantada. —Le tendí la mano y le ofrecí mi mejor sonrisa cordial.

—Martín. Bienvenida. —Su sonrisa fue más amplia y cálida que la mía.

La verdad es que era bastante atractivo, no pude evitar fijarme.

Lo primero que me llamó la atención, además de su sonrisa amplia y sincera, fueron sus manos. Cubrían por entero las mías y transmitían un calorcito muy agradable; los dedos finos me recordaban a los de un pianista y me pregunté si se dedicaría a eso. Quizá fuera el profesor de Música. Luego me fijé en su pelo alborotado y salvaje, por el que no tenía ningún interés en mantener bajo control, y su atuendo relajado, de algodón y sin estampados, que terminaban de darle un aire de profesor que gritaba a los cuatro vientos.

—Gracias —musité tras darme cuenta de que me había quedado mirándolo demasiado tiempo.

—¿Te importa si me refugio aquí? Suelo hacerlo a menudo. Estar con mis compañeros termina por agobiarme más de lo que debería, y si después tengo que dar clase...

Reí. Me pareció muy tierno. Era como si hablase de sus compañeros del aula cuando, en realidad, se refería a los profesores.

—No tienes que darme explicaciones. La biblioteca es para todos, claro que puedes quedarte.

—No quiero interrumpir tu trabajo, me sentaré allí al fondo y leeré un rato. No te molestaré.

—En realidad, no tengo trabajo todavía. Estoy esperando a... —¿Cómo se llamaba mi antecesora? ¡Maldita fuera! Con la perimenopausia tenía la memoria de una ameba.

—¿Rosaura? —adivinó.

—¡Eso!

—Bueno, si quieres, puedo ayudarte yo con lo más básico hasta que venga ella. Conozco bien este lugar.

—Eres muy amable.

Martín me guio por la biblioteca para que pudiera situarme en mi espacio de trabajo. De esa forma, Rosaura solo tendría que encargarse de enseñarme la manera en que estaban catalogados los

documentos y los programas en el ordenador. Comprobé que Martín era un hombre muy majo, algo tímido, que hablaba con claridad y orden, despacio, con calma. Como hacen los buenos maestros.

—Y esto es, más o menos, todo. En cuanto lleves unos días, lo tendrás controlado —concluyó tras el recorrido.

—Te lo agradezco mucho. La verdad es que no es fácil empezar de cero, tengas la edad que tengas.

Martín torció el gesto y tragó saliva.

—Hay que aceptar lo desconocido, perderle el miedo y el resto es sencillo.

Con sorpresa, aquella frase me caló.

—¿Es tuya?

Él negó con una sonrisa.

—Qué va. De John Lennon. Y no es que yo sea un gran fan, pero mi psicólogo sí lo es. Cada dos por tres me mete frases de estas con calzador, a ver si alguna me inspira.

—Ah, ya veo. —Reí—. No te he preguntado, discúlpame. ¿De qué das clase? —inquirí.

—Literatura. Creí que se me notaba. —Rio.

Fijó sus ojos en los míos y una corriente discreta y placentera me recorrió la columna.

—Bueno, sí, en realidad, te pega bastante.

Sonó el timbre y se rompió el hechizo.

—Vaya, me toca volver con los salvajes. —Se apenó.

—¡Oh, capitán, mi capitán! —bromeé.

Compuso una expresión de asombro.

—¿*El club de los poetas muertos*?

—¿Hay algo mejor? —Sonreí con ganas. Era una de mis películas favoritas.

Él frunció el ceño y asomó una sonrisa ladina en su rostro. Quiso

aparentar seriedad, pero noté enseguida que había tocado una de sus debilidades.

—Si alguien piensa que sí, entonces no está en sus cabales. Nos vemos, Nuria. Ha sido todo un placer.

—Lo mismo digo, Martín. Gracias por enseñarme todo esto.

Salió y me quedé sola, entre libros y su aroma a suavizante flotando en el ambiente. Cuando me di cuenta de que estaba sonriendo como una boba, me di dos cachetes en las mejillas y seguí con lo mío. Tuve que recordarme para qué estaba yo ahí, y no era para ligar con nadie, por muy mono que me pareciera. El caso es que sería complicado reventarme la burbuja porque, a mí, los hombres con pinta de eruditos sin que estén rellenos de pedantería y presuntuosidad, me encantan. Y Martín me había dado muy buena sensación.

Al cabo de media hora, vino Rosaura. A pesar de intentar transmitirle mi predisposición y buen rollo, resultó que ella era impermeable a eso. Tenía un carácter cerrado y de lo más huraño. Con tono seco y directo, me lo explicó todo deprisa y corriendo, sin ganas de repetir las instrucciones para que las pudiera anotar en una libreta. Al final, desistí. Iba a dejarme sola en la selva de todas formas. Cuando se fue, su aura negativa se me había pegado a la piel, así que me apresuré a abrir las ventanas para que entrase aire fresco y se la llevase. Dediqué el resto de la jornada a familiarizarme con el programa de préstamos haciendo prácticas conmigo misma. De esa forma, podía dedicar mi atención hacia algo provechoso y no quedarme con la sensación extraña de ser una carga para una recién jubilada a la que molestaron durante media mañana para enseñarme.

Más tarde, anoté en un cuadernillo cómo estaban colocados los tejuelos de los libros, su distribución en las estanterías y su

ordenación; dibujé un plano a mano alzada de cómo estaba ubicada la biblioteca y los depósitos de los que disponía para mantener el fondo más delicado a buen recaudo. Cuando tuve eso controlado, cerré y me dirigí a la sala de profesores para presentarme como era debido. Los pocos que estaban allí me saludaron con amabilidad y me ofrecieron ayuda de la que estuviera en su mano poder darme, y yo se lo agradecí. Finalizada mi jornada, me fui a casa más cansada de lo que me imaginaba. Al fin y al cabo, por mucho que quisiera mantener la ansiedad y la tensión bajo control, terminó por ganar la batalla final. Caí rendida en la cama y no me desperté —milagrosamente— hasta que sonó el despertador a las seis y media de la mañana.

Martín

Mi primer encuentro con la nueva bibliotecaria me impactó. Creo que fue de las pocas veces que estuve realmente a gusto con alguien a quien no conocía. Me agradó que se diera de aquella forma inesperada y natural, sin prisa ni pretensiones. Con cero presión. Como una bonita casualidad más de la vida.

Y, además, era muy atractiva. Eso era algo que echaba en falta en todas las citas que había tenido. Absolutamente todas, como era lógico, se vistieron y maquillaron para dar la mejor impresión posible cuando quedaron conmigo. Sin embargo, yo de eso no me podía fiar. Necesitaba ver qué había debajo, qué tipo de pensamientos les rondaban, cómo se expresaban y si sus poses eran estudiadas o no.

Para mí, era imperativo ver viajar la sonrisa de los labios a los ojos, sin hacer caso de las tropecientas capas de rímel ni de esa raya afilada que se dibujaban hacia el infinito. Con Nuria, todo eso me lo evité. Por suerte, pude comprobar que el maquillaje, sobre todo en

exceso, no iba con ella, puesto que se había acicalado un mínimo, tan mínimo que no se apreciaba, para su primer día de trabajo. Eso me decía que se enfocaba en otras cosas y no se obsesionaba con su imagen.

Además, su actitud tranquila y atenta me dio a entender que no tenía miedo, que se sentía segura a mi lado. Eso, para mí, era todo un logro después de lo de Gina. Nuestra ruptura había supuesto para mí una especie de trauma, algo que se me quedó clavado dentro y que no me podía sacar ni siquiera con la ayuda de Raúl. Me martirizaba pensar que alguna vez mi novia se sintió lo suficientemente insegura a mi lado como para no comunicarme las cosas, someterse o cambiar de plan antes de enfrentarnos a una discusión.

Durante nuestro breve encuentro, noté que Nuria se expresaba con seguridad, apoyándose de las manos para dar énfasis a sus palabras y que su energía era muy distinta, como más fiel a sí misma, más presente. Me gustó.

A medida que hablábamos, me cercioré de que era culta, rápida, que captaba las ironías enseguida. Y, encima, sacó a relucir la famosa frase de *El club de los poetas muertos* que terminó de noquearme. Ella no lo sabía, pero desde hacía muchísimos años, era mi película favorita. Cuando empecé a vivir con Gina tuve que dejar de verla, o hacerlo a escondidas, porque ella se hartaba de ver siempre la misma.

Lo que desconocía esta era que la visionaba cada vez que tenía un mal día en el instituto, para recordarme por qué me dedicaba a la complicada enseñanza de chavales de secundaria. Lo hacía como una forma de motivación. Jamás se lo conté. Supongo que tuve miedo de que me juzgase o le restase importancia a algo que era inherente a mi profesión. Supongo que yo tampoco me sentía del

todo seguro a su lado.

Al día siguiente, me encontré con Nuria en la cafetería y me pareció todavía más guapa. Vestía con un sencillo pantalón azul acampanado, de tejido suave y cómodo, y una blusa blanca con volantes. Se había trenzado el cabello rubio y no le preocupaba que algunos mechones ya se hubieran escapado de su amarre a esas horas tan tempranas.

—Buenos días —la saludé.

Ella se giró y me dedicó una enorme sonrisa. Se había puesto un labial muy sutil, tanto que dudé si era maquillaje o bálsamo. No supe por qué, pero aquel instante en que su sonrisa llegó a sus ojos y la amabilidad que desprendía llegó hasta mí se me quedó grabado.

—¡Hola, Martín! Te invito a café, ¿quieres? —ofreció con voz cantarina.

Estaba de buen humor y eso cambió mi actitud. Yo no me había despertado con la energía habitual, era el segundo día de clase y ya estaba cansado. Los chavales de instituto tienen ese poder, chupan la energía con una habilidad innata.

—Venga. Mañana corre de mi cuenta.

Cuando nos lo sirvieron, enfilamos el pasillo hasta la sala de profesores, donde nos sentamos en una esquina mientras esperábamos a que se entibiara el brebaje mágico mañanero.

—Me siento como una alumna nueva, aún no conozco a todo el mundo y me han dejado sola ante el peligro. —Rio al cabo de unos minutos.

—Bueno, yo iré a verte en tres horas. En cuanto a conocer a todo el mundo, tranquila. Tarde o temprano todos pasan por la biblioteca. Será peor en época de exámenes, pero para eso todavía quedan unos meses.

—¿En serio vendrás a verme? —preguntó con un toque de

ilusión.

No podía dejar de mirarla. Me sorprendió que, de nuestra conversación, se hubiera quedado precisamente con mi prometida visita en la media hora de descanso. Me sentí... importante. Tragué saliva. ¿Qué me estaba pasando? Notaba algo raro en el estómago. Sería el café, que siempre me sentaba regular. ¿Qué otra cosa podía ser, si no?

—Claro. Pero con la condición de que, si algún día estorbo, me lo digas —musité.

Tampoco supe de dónde había salido aquello y culpé a mi psicólogo de sus hechizos de sinceridad. Supongo que algo estaba aprendiendo en sus sesiones para no repetir el desastre con Gina.

Nuria lanzó una carcajada y noté un puñetazo en el corazón. Su risa sonaba como un puñado de brillantes canicas cayendo en cascada, era casi infantil. Y hermosa.

—¿Cómo ibas a molestarme tú? Anda, que tienes unas cosas... Bueno, me voy. ¡Suerte con los salvajes!

Murmuré un «oh, capitán...» que seguro que no escuchó. Me levanté con torpeza y me dirigí a la primera hora de clase, que para mí era la mejor, porque los chavales seguían a medio camino entre Morfeo y la realidad, y no me complicaban la existencia. Ahora bien, la siguiente clase ya fue otro cantar.

—¡Profe! —exclamó un alumno.

—No se entera... —cuchicheó otro entre risas.

Recibí una bolita de papel en el pecho. La carcajada generalizada me sacó del trance. Tardé unos segundos en ubicarme, porque, por arte de magia, por un instante había dejado de estar en la segunda hora de clase con los de tercero de la ESO y me había ido lejos, muy lejos, a un lugar donde el pasto era de un verde tan bello que abrumaba, el mar de un azul profundo y la risa de Nuria le daba

sentido a la composición. De hecho, era la parte esencial de mi visión. Ella y la música que emanaba de su garganta, su trenza despeinada, su mirada limpia y viva. Carraspeé.

—Perdón —mascullé, enderezándome. Menuda pillada.

—Uuuuh, el profe estaba pensando en una tía, ¿eh? —se burló un graciosillo del fondo.

El resto le rio la gracia y a mí no me hizo ninguna, claro, porque tenía razón.

—¿Tiene novia? —Cuchichearon por lo bajo las tres alumnas de la tercera fila.

El gallinero se me revolucionó en décimas de segundo sin que lo viera venir. Mierda.

—Venga, centraos —ordené con una expresión lo más seria que pude.

Revolví los papeles de la mesa como excusa, para disimular que mi viaje mental estaba justificado. Pero lo cierto era que había perdido totalmente el hilo de la clase. Las orejas empezaron a arderme. ¡Lo que me faltaba!

—¡Pero si eres tú el que está *buggeado*, *bro*! ¿En quién estás pensando? ¿La conocemos? —Rio uno de la segunda fila.

—Seguro que es la de Educación Física, que está *rotísima*... —dijo otro.

—Imposible, a esa no le renta estar con el profe, *bro*. Es una *killer* y él un NPC.

—¡Literal! —corroboró otra alumna.

Otra carcajada. Cerré los ojos y deseé que me tragase la tierra y me escupiese bien lejos. Estaba haciendo el ridículo y, si eso persistía, adiós al respeto que había conseguido ganarme, con lo difícil que había sido conseguirlo. Eso sin contar que me había perdido la mitad de la conversación en su idioma.

—¡Bueno, vale ya! Sánchez, lee el último párrafo. Retomamos desde ahí. —Encomendé.

—Pero en plan... ¿todo el párrafo? —preguntó el aludido con cierto pavor en la voz.

—Sí, Sánchez. Las cinco líneas del párrafo. Confío en que podrás —suspiré con cansancio.

—ASAP, profe. —Intentó hacer un saludo militar para hacer la gracia, pero le quedó regulero.

«La madre que los parió», pensé. Respiré hondo y procuré calmarme, que todavía me quedaba media hora de clase y luego una más con otro curso de primero. No supe cómo, pero sobreviví. Los más chicos todavía eran demasiado impresionables y tenían poca confianza conmigo como para vacilarme libremente. Entre eso y que yo era de los de advertir con un examen no recuperable ante la mínima sublevación, pues íbamos tirando.

Al sonar el timbre del descanso, casi me eché al suelo para besarlo, como el papa. En milésimas de segundo desaparecieron todos como si los hubiera arrastrado el viento y yo aproveché esa paz momentánea para serenarme.

Bajé al bar, compré dos cafés y me acerqué a la biblioteca. Me sorprendí parado ante la puerta, con un nudo en el estómago y la boca seca. Yo ya estaba mayor para ponerme nervioso por ver a una compañera de trabajo, no entendía por qué me ocurría. «Fácil, porque en el fondo quieres que sea algo más», me contestó mi propia conciencia.

Maldita traidora.

Empujé la puerta y descubrí dentro a un grupo de segundo, todos atentos a Nuria, que les explicaba dónde podían encontrar sus lecturas para clase. Me quedé de pie, al lado de la puerta, observando cómo respondía con dulzura las preguntas interminables

de los chavales. No podía dejar de mirarla y de sonreír como un idiota. Nuria tenía magia dentro. En cuanto salieron, su sonrisa vino a mi encuentro.

—Hola —canturreó.

—Hola. Ya veo que te has hecho con los salvajes. Toma, café.

Cuando le tendí el vaso, nos rozamos los dedos. Hasta el momento, todo ese rollo que había escuchado sobre las corrientes eléctricas que traspasaban la piel de dos enamorados para mí eran cuentos chinos. Siempre me pareció que exageraban, que eran florituras para hacer más bonito el momento. Al fin y al cabo, había estudiado Literatura, sabía lo que era.

Hasta que lo sentí.

Fue como un hormigueo, más bien. Algo que me recorrió la palma y me dio un chispazo muy agradable. La miré a los ojos y vi en ellos la misma sorpresa que me asaltó a mí. Supongo que ninguno de los dos lo esperábamos.

—Bueno, ¿qué tal el día? —preguntó aclarándose la garganta.

Me hubiera gustado contarle la verdad, que me había quedado embobado pensando en ella, pero eso me hubiera hecho parecer como el rarito de su compañero. Además, no estaba preparado. Tenía que hablarlo con Raúl antes de decidir hacer nada por mi cuenta. Lo sucedido con Gina había provocado que saltasen todas mis alertas ante la mínima situación que conllevase una implicación emocional.

—Todavía me pregunto por qué me metí en esto.

—Vaya... ¿tan duro ha sido?

«Me han pillado en la luna, pensando en ti. Yo diría que sí», quise responder. Sin embargo, encogí los hombros y le resté importancia.

—Enfrentarse a chavales en plena pubertad siempre lo es.

—Cierto. —Rio.

—¿Tú, qué tal?

—Bastante tranquilo. Creo que voy a estar muy a gusto aquí.

—¿No lo estabas en tu anterior puesto?

Ella se atragantó con el café y enrojeció. Si hasta ahora me había cautivado con su sonrisa, con las mejillas encendidas ya me resultó exquisita.

Tragué saliva. Esa preciosa imagen no se iría de mi cabeza ni con una lobotomía.

—Es complicado.

Asentí. Bien lo sabía yo, que todo era más complejo de lo que aparentaba.

Nuria

Casi me dio algo. Nadie sabía en Madrid de mi historia, era mi oportunidad para empezar de nuevo sin la mochila ajena sobre mis hombros, y por eso, cuando Martín, con toda su buena intención, me preguntó si no estaba bien en mi anterior puesto de trabajo, por poco me atraganté con el café, el aire y mi plan.

Mi intención no era volver a Valencia, sino establecerme en Madrid de manera definitiva y dejar esa parte de mi pasado atrás. Ni siquiera tenía amistades o familiares que quisiera mantener al tanto de mi situación, sobre todo después de dejarlos plantados con sus pamelas de diseño y sus pajaritas estrambóticas, esperando en los bancos de la iglesia que yo no había escogido. Creí que lo mejor era no preocupar a nadie.

Tampoco hubiera podido volver. Solo de pensar en Javi me estremecía. Pobre Javi, con lo que nos quisimos. No se merecía un trato así, era consciente. No obstante, creí firmemente que le estaba

haciendo un favor; aunque no lo viera de inmediato, seguro que con los años lo haría. Solo quería su felicidad y sabía que no la encontraría a mi lado. Ni yo al suyo.

Martín estaba intranquilo, aunque aparentaba no estarlo. «Qué mono», pensé. Vino a verme, tal y como me prometió por la mañana, y me trajo café, que no sabía que necesitaba hasta que lo olí. Esos pequeños detalles yo los apreciaba, porque decían mucho de la otra persona, y cuando nuestros dedos se rozaron se me debió de notar el escalofrío. Me gustó y eso era lo malo, porque en mi plan no entraba ninguna relación, y algo me decía que Martín no era un hombre de escarceos sin ataduras. Más bien todo lo contrario. Era material de buen marido y yo, de eso, tenía que huir como de la peste si no quería echarlo todo por la borda. Quizá por eso se me encendieron todas las alarmas en cuanto escuché su pregunta. Nadie debería saber mi historia, así que cambié de tema.

—Bueno, ¿qué planes tienes para el fin de semana?

—Tendré que salir y luego, no sé, veré una peli o algo —me contestó con la mirada fija en la mesa.

—Suena a que no te apetece mucho. Al menos, la parte de salir.

—Estás en lo cierto —respondió con los labios fruncidos.

—¿Por qué lo haces, entonces?

—Por prescripción médica. —Al ver que alzaba una ceja sin comprender, me lo aclaró—: Mi psicólogo me obliga a socializar. No sé, movidas suyas.

No quise preguntar más. Si debía hacerlo, por algo sería.

—Pues yo no tengo plan y apenas conozco nada de Madrid. —Hice una pausa, rascando con suavidad la mesa con la uña—. ¿Te apetece socializar conmigo?

Los segundos que transcurrieron entre mi pregunta y su respuesta se me hicieron eternos. Por un momento, me sentí idiota.

¿De verdad le había preguntado esa tontería? ¿En qué estaba pensando? Si éramos compañeros de trabajo, nada más. Además, ¿no me había repetido hasta la saciedad que no quería ningún tipo de relación con nadie? ¿Estaba loca? No. Loca, no. No debía decirme esas cosas. Debía tener cuidado con eso.

—Eso ya me apetece más —dijo con una sonrisa tibia.

Yo le sonreí de vuelta e ignoré el vértigo que empezó a diluirse en mi estómago.

El sábado por la tarde quedamos en una pequeña cafetería escondida en Lavapiés, muy mona y tranquila. Me costó decidir cómo me iba a vestir, y eso para mí era algo extraño. Siempre había sido fiel a mi instinto y a mí misma. Primaba mi comodidad, jamás vestía nada que me apretase o me hiciera sentir insegura. Odiaba ir pensando en el vestido que se me subía a cada paso que daba o si el pantalón me apretaba tanto que el botón se convertía en un segundo ombligo. No iba a la moda y tampoco me interesaba. Salvo aquella tarde.

De repente, me preocupaba lo que Martín pudiera opinar de mí y me reñí por eso. Me había costado muchos años y demasiado trabajo aceptarme tal cual era, no era el momento de recular. Al final, me decidí por unos pantalones acampanados de lino crudo y una camiseta blanca, sencilla, tal y como era yo. Mi esencia era esa y así debía seguir siendo. Además, aquella mañana me había despertado con un ligero mareo y el cuerpo algo entumecido que no se me había terminado de pasar durante el día, así que lo mejor era vestir cómoda.

Cuando nos vimos en la cafetería, comprobé que Martín se había molestado en vestir un poco más formal, con unos chinos y una camisa de algodón azul muy fina, arremangada. No supe por qué,

pero me dio la sensación de que ese no era para nada su estilo. Aun así, le agradecí internamente el detalle de querer causarme buena impresión, porque eso me dio a entender que también le importaba el encuentro conmigo. No quise aventurarme y pensar en el porqué. Me daba miedo descubrirlo.

—Hola, siento el retraso —dijo mientras se sentaba.

—Nada, acabo de llegar. ¿Cómo estás?

—Bien, bien, ¿y tú?

—Bien, bien. —Me reí y él se recostó en la silla, sorprendido.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada, que no sé por qué, pero parecemos dos desconocidos en la primera cita.

Él rio por la nariz y comenzó a enrojecer.

—Es verdad. Y eso que no es una cita.

—¿No lo es? —Pestañeé con fingida coquetería. Él enrojeció aún más y yo lancé una carcajada—. ¡Relájate! Te estaba tomando el pelo.

«Mentirosa», dijo esa voz odiosa en mis oídos a la que mandé callar.

Pedimos dos cafés con leche y un par de cruasanes.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué te parece Madrid hasta ahora?

—Me trata bien, no me quejo. Tiene gente muy maja —contesté con un guiño de ojo dedicado a él.

Martín soltó una risa contenida.

—Lo cierto es que la ciudad a veces puede parecer que te ahoga, pero al final, sobrevives.

—Supongo que sí. Valencia también se está convirtiendo en una ciudad que nunca duerme.

—¿La echas de menos?

No respondí de inmediato. Tenía entre las manos el sobrecito de

azúcar que le había echado al café y empecé a doblarlo de todas las formas posibles. ¿La echaba de menos? Me resultaba complicado responder un sí o un no. Quizá no añoraba la ciudad en sí, que también, porque había sido mi tierra desde que nací y le tenía cariño. Tal vez lo que más me encogía el corazón era la vida que tenía antes de que todo se torciera. Y no hablaba solo de Javi o de mis amigos, sino de todo lo que había sido allí antes de recibir la peor noticia que me podían dar. Entonces ya todo dejó de tener el sentido que había tenido hasta el momento.

—Un poco, sí —contesté cabizbaja.

—Me lo imagino. Estar lejos de casa es duro, es como si...

De pronto, su cara perdió todo el color. Fue instantáneo, se tensó, con los ojos abiertos como platos, y enmudeció.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Como no me respondía, alargué mi mano hasta tocar la suya y lo zarandeé—. Eh, Martín, ¿qué pasa?

Su mirada estaba perdida por detrás de mi cabeza, así que me giré y en el mostrador vi a una pareja, de nuestra edad más o menos, cogidos de la mano y decidiendo qué iban a pedir.

—Gina... —alcanzó a decir.

Fue apenas un susurro, un aliento que se escapó con el nombre de esa mujer. No fue necesario que sacase conclusiones precipitadas porque se veía claramente que esa tal Gina había tenido algo con Martín. Algo intenso, al parecer. Algo que lo debió partir en dos.

Por si fuera poca la mala suerte para mi compañero al verla, esta detectó su presencia y se incomodó. Entonces, decidí actuar. Mientras Gina se acercaba, arrimé mi silla a la de Martín y le pasé una mano por los hombros. El pobre estaba tan rígido que hubiera sido suficiente un soplo de aire mal dado para tirarlo al suelo en bloque. Me acerqué más, pegando mi cuerpo al suyo, y le susurré:

—Sígueme la corriente.

Por su cara de estupor, creo que no me entendió. Cuando estuve segura de que Gina miraba, me pegué a Martín y le di un beso en el cuello. Su olor me invadió y me quedé unos segundos más pegada a su cálida piel. Él se estremeció y se giró hacia mí, con la confusión en la mirada. Nuestras cabezas apenas estaban a unos centímetros y me pregunté a qué sabrían sus labios y cómo besaría. ¿Lo haría de manera apasionada o sería de esos que besan sin prisa?

—¿Qué...?

—Hola, Martín —saludó Gina con timidez.

Mi compañero tardó un poco en reaccionar. Supongo que ver a una ex, o al menos yo supuse que lo era, y tener a otra mujer al lado dándote cariño confunde a cualquiera.

—¡Oh, hola! Soy Nuria, ¿qué tal? —Sonreí mientras le tendía la mano libre, sin despegarme de Martín. Dado que él no era capaz de reaccionar todavía, me adelanté.

—Hola, soy Gina. Os he visto y... bueno, solo quería saludar.

Le temblaba la voz. Bien. Si Martín estaba incómodo, que ella también lo estuviera. Era lo más justo.

—Ay, pues, qué maja, ¿no, amor? ¿Queréis sentaros con nosotros? —ofrecí, sabiendo que rehusaría.

Martín, ante tal propuesta, salió del trance.

—Seguro que tienen prisa, Nuri.

—Ya, cariño, pero a lo mejor les da tiempo a tomarse un café rápido. —Con un movimiento, le cogí la cara y le planté en los labios dos o tres besos apretados y de los sonoros—. Este hombre, siempre pensando en los demás. —Reí mientras le acariciaba el pelo con cariño.

—Sería la primera vez —soltó ella de pronto. Al instante, se tapó la boca, como si se arrepintiese de que tales palabras se le hubieran escapado.

—¿Cómo? —me sorprendí, sin entender a lo que se refería.

Lógicamente, a mí me faltaba toda la información sobre su relación, aunque me tomé la libertad de dar por hecho de que ella fue la villana sin pensar que, quizá, me estaba equivocando.

—Déjalo, Nuri. Me alegro de verte, Gina —se despidió con voz tosca.

Por el motivo que fuera, no quería seguir con la conversación y eso me dio otra pista: había mucho resentimiento y dolor entre ellos. Dolor del que se escapaba a chorros por muchas grietas abiertas.

—Y yo. Bueno, adiós, —Dio media vuelta y se encaminó hasta el mostrador, donde su pareja la esperaba sin perder detalle de lo que ocurría en la mesa.

Cuando salieron de la cafetería, Martín pareció desinflarse. Como si hubiera perdido toda la energía, su cara se transformó en algo gris, hundido, vacío. Vi que le temblaban las manos y él se apresuró a esconderlas en un puño.

—Siento si he metido la pata, Martín. Solo quería ayudarte. He pensado que...

—Tranquila —me cortó—. Te lo agradezco. Es solo que..., bueno, que tenemos un pasado.

—Me lo he imaginado. Y duro, por lo que veo. Si quieres desahogarte, soy buena escuchando —me ofrecí.

—No te gustaría oírlo.

Se cruzó de brazos y entendí que estaba protegiéndose. ¿De quién, de mí? Era absurdo. Pero luego pensé que yo también estaba haciendo lo mismo. ¿Qué cara hubiera puesto si en vez de Gina hubiera sido Javi? Me hubiera muerto en el sitio, seguramente.

«No esperes que compartan contigo si tú no compartes con nadie», saltó esa maldita voz en mi cabeza.

Quizá tenía razón.

A lo mejor ya era hora de enfrentarme a mis demonios.

Martín

Ver a Gina después de tanto tiempo me revolvió el estómago. Sentí tantas cosas que me fue complicado etiquetarlas todas, se mezclaron de tal manera que era casi imposible. Los recuerdos de nuestra discusión, la que puso fin a todo, volvieron a mí con una fuerza que creí imposible después de tanto tiempo y volví a sentirme como el peor monstruo de la faz de la Tierra. Lo anoté mentalmente para tratarlo en una sesión con Raúl, porque, entre todo ese mejunje de sentimientos y emociones que me hervía en el estómago, hubo también algo diferente.

Y sospeché que tenía que ver con Nuria.

Al intentar ayudarme, sin pretenderlo, había hecho aflorar ciertas cosas de las que no me había dado cuenta al principio. Bueno, sí, pero nunca llegué a ponerles nombre para validarlas. Sentir los labios de Nuria, su contacto, ese beso en el cuello que casi me hace caer de la silla... fue explosivo. Demasiado para mi centro de control, en esos momentos aturullado por la visión de mi ex. No estaba seguro de lo que iba a ocurrir a partir de aquel día en la cafetería, pero sí que me costaría un mundo olvidarme de sus atenciones, aunque fuesen un paripé.

Quedamos más veces después de aquella y en cada una nos resultó más fácil que la anterior. Avanzábamos despacio, sin presiones, y pronto lo notamos como si lo hubiéramos hecho toda la vida. Como amigos, íbamos al cine, a cenar, a exposiciones y presentaciones de libros. Era curioso, con ella, no me daba pereza salir y hacer planes. No ponía la excusa del cansancio ni alguna tontería parecida porque,

en realidad, me apetecía tanto que me sorprendía a mí mismo buscando en Internet planes que pudiéramos hacer juntos. Me acordé de Gina y me pude poner en su piel. Pude notar ese cosquilleo de ganas de actividad y de compartir con alguien cercano las mismas experiencias. Experimenté en mi piel cómo se sentía uno al disfrutar con otra persona, lo mucho que llenaba el alma. Y me sentí fatal por no haber podido ser esa persona para ella.

Nuria y yo reíamos de las tonterías del otro, escuchábamos nuestras preocupaciones e intentábamos aconsejarnos. Para mí, ella se había convertido en alguien importante de mi vida, como un órgano más que mi cuerpo necesitaba para existir.

Todas las veces que la miraba me recordaba que debía disimular, que no podía enseñar mis cartas tan temprano, que ella quizá no sintiera lo mismo. Aunque, al hablarle, le gustase tener contacto físico conmigo de vez en cuando, no podía interpretar eso como una señal. ¿O sí? Cada vez que sus ojos brillaban o se le escapaba la risa entre los dientes ¿sería por mí? No, seguro que no. Ella era de aquella manera, libre y feliz. No tenía nada que ver conmigo.

Un día de mediados de noviembre me presenté en la biblioteca a primera hora, como ya era habitual entre nosotros, con la magia mañanera en un vaso de cartón. Creo que, a ojos del resto de los compañeros, debíamos de dar asco porque estábamos todo el santo día juntos.

Era lunes y jamás se me olvidaría. Ese lunes marcó un antes y un después en nuestras vidas.

Había aprovechado el fin de semana para pensar sobre lo que me ocurría con Nuria y, según mi psicólogo, era el momento de hablarlo con ella, porque intuía que podía ser recíproco y, como decía mi madre, la vida son dos días como para quedarse

esperando.

Café y cruasán en mano, entré en su santuario, aunque Nuria no se percató de ello. Aproveché para observarla unos minutos y deduje que no tenía un buen día. La noté sin su energía habitual, algo más lenta en sus movimientos mientras revolvía los papeles y con la mirada adormilada.

—Buenos días. —Sonreí mientras me acercaba.

—Oh, buenos días, Martín. ¿Qué tal? —preguntó en voz baja, como si le supusiera un esfuerzo considerable hacerlo. Pensé que quizá le doliera la cabeza, porque tenía esa expresión característica de aguantar el malestar.

—Mejor que tú, al parecer. —Ella asintió, con pesadez en los ojos y lanzando un suspiro—. ¿Café?

—Gracias, pero hoy no. Tengo el estómago del revés, lo siento.

Abandonó el control de su cuerpo cuando se dejó caer en la silla y se frotó los ojos.

—Caray, te veo fatal. ¿Por qué has venido? —le pregunté mientras le masajeaba los hombros. Si no se encontraba en condiciones, lo más lógico era que se quedase en casa.

—Porque en casa aún estaría peor.

—Eso no puede ser.

—Sí, Martín —suspiró e hizo un gesto que delataba lo muy segura que estaba de ello—, y tanto que sí. Aquí me distraigo.

Me senté a su lado y la observé de cerca. Su tez, tan rebosante de vitalidad unos días atrás, estaba apagada y seca. Como sus ojos, que habían perdido todo el brillo. Me sentí mal por ella y me moría por saber qué le ocurría, pero no quería ser un entrometido.

—¿Te ha ocurrido otras veces? —pregunté, escuchando a mi intuición. Ella asintió sin mirarme. Se me formó un nudo en la garganta y el pensamiento de que podía estar enferma se instaló en

mi mente—. ¿Has ido al médico?

Lanzó una especie de bufido y carcajada a la vez, que se le escapó por la nariz, mezcla de hartazgo, resignación y rabia.

—Mañana estaré mejor, no te preocupes —aseguró.

Yo no me lo creí. Si le había ocurrido otras veces, quería decir que al día siguiente quizá se encontraría mejor, pero que podría volver a repetirse.

—¿Puedo hacer algo por ti? —me ofrecí. La vi tan mal que hubiera hecho cualquier cosa por aliviarla.

Eso también era nuevo en mí, ya que, según Gina, jamás me fijaba en esas cosas porque estaba concentrado en mi propio ombligo. Me alegró saber que, en aquel momento, viendo lo mal que se encontraba Nuria y la preocupación que me invadió, esa actitud de mierda ya no formaba parte de mí.

—¿Podrías... no contárselo a nadie? —Alzó la mirada, suplicante y humedecida, y me quise morir.

Confirmado, aquello no era un simple malestar, sino que venía de un lugar mucho más profundo, más importante. Era algo que no estaba preparada para contar, que prefería afrontar sola. De repente, Nuria me pareció increíble, una tía valiente y dura como el acero. No se permitía bajar el ritmo ni siquiera estando hecha un trapo.

—¿Contar el qué? —disimulé mientras tragaba la saliva que se me había convertido en cemento.

—Esto. El cómo me has visto —murmuró.

—Yo te veo estupenda.

Aquello consiguió arrancarle una diminuta sonrisa que bastó para iluminar media biblioteca.

—Gracias. Me gustaría explicártelo, pero...

—¿Es complicado? —aventuré. Ella asintió, un pelín más aliviada

—. Lo comprendo. Bueno, que sepas que sigo teniendo el deber de socializar por orden médica; si te apetece seguir acompañándome en el proceso, estaré encantado de invitarte a cenar.

Hasta yo me sorprendí de mi propia osadía. Aquello ya no era un plan de amigos, sino una cita en toda regla. Sin embargo, también me di cuenta de algo nuevo. Nada más soltar esas palabras, no me arrepentí de habérselo propuesto y tampoco sentí miedo al pensar que, tal vez, sí se podría convertir en una cita. Es más, hasta me apetecía. Toda Nuria me apetecía. Y eso era algo bueno, significaba que el pasado estaba quedándose donde debía estar.

—Eres un cielo. ¿Lo vamos viendo?

Lo dijo porque no sabía cuándo se encontraría mejor, si es que lo hacía. No quería comprometerse y lo entendí.

—Por supuesto. —Sonreí, miré el reloj y me levanté de un salto —. ¡Mierda, que llego tarde! Paso luego a verte, ¿vale? Y si necesitas algo me avisas. Tendré el móvil en la mesa y estaré pendiente.

—Pero si no hace falt...

—¡Pues claro que sí! —interrumpí. Le di un beso en la frente, que estaba más fría de lo que esperaba, y me colgué el maletín—. Te veo en un rato.

La vi sonreír durante un segundo antes de salir pitando hacia la clase.

Los alumnos estaban en corrillo, contándose las apasionantes aventuras que habían vivido durante el fin de semana, como si no las hubieran publicado en sus redes sociales y contado por WhatsApp a todo el mundo.

—¡Buenos días! A vuestros sitios, por favor. Siento el retraso — me disculpé mientras dejaba los bártulos en la mesa.

—¿Un buen finde, profe? —preguntó uno de la última fila con un tono socarrón lleno de segundas intenciones. Quizá esperaba que le

contase mis intimidades, así tendría un cotilleo bien jugoso que esparcir por el instituto y en la red.

—Buenísimo, lástima que volvamos a estar aquí, ¿eh?

—Ya te digo, *bro*.

—Núñez... —dije con un suspiro de hartazgo.

No soportaba esa jerga juvenil, y menos conmigo, que les intentaba enseñar algo de literatura y lengua. Cuando tuvieran que enfrentarse a entrevistas de trabajo, pretendía que *bro* no estuviera en su vocabulario y que supieran, al menos de oídas, que existió otro Quevedo que no era cantante.

—Lo siento, profe. Me sale solo.

—Me imagino que la rima XX de Bécquer no te saldrá sola también, ¿verdad?

—¡No, *bro*! No vayas a *funearme* ahora... —Se carcajeó con sus compañeros.

Puse los ojos en blanco y suspiré. No tenían remedio. Por un momento me planteé quitar los exámenes y trabajos para subir nota entre los trimestres que había planificado para ayudarles a aprobar, porque preveía el fracaso más colosal del año. En días como aquel, me apetecía mucho tirar la toalla con ellos. Suerte que después se me pasaba con la ayuda del Sr. Keating y su horda de estudiantes subidos en los pupitres.

—Claro que no te la sabes. Pero la última de Bad Bunny... —dije, dando a entender que esa canción no suponía ningún problema para aprendérsela de memoria.

—¡Es *to flama*! —exclamó dando palmas.

«Esto no está pagado», me lamenté.

—En fin, venga, todos a la página sesenta y tres, por favor... —ordené.

Tres horas más tarde, entré en la biblioteca y encontré a Nuria

más pálida de lo que recordaba. De hecho, no correspondió a mi saludo y me preocupé, así que en un par de zancadas me planté a su lado y le tomé la temperatura corporal. Tenía el pulso acelerado y estaba helada. No era ese frío de invierno o de después de una ducha fría, no. Era ese tipo de frío que encendía todas las alarmas.

—Venga, nos vamos.

—¿Qué? —balbuceó sin apenas mover los labios.

—Vuelvo en un minuto —comenté.

Corrí por los pasillos hasta el despacho del director y le conté lo que ocurría. Iba a llevar a Nuria al médico y necesitaba su autorización para acompañarla. Él miró en su ficha y comprobó que no tenía ningún contacto de emergencia establecido, así que nos pidió un taxi mientras yo iba a buscarla.

—Ya estoy aquí. ¡Nuria! —Corrí hacia ella, que yacía inerte en la silla del escritorio.

Tras comprobar que el pulso estaba más o menos estable, llamé enseguida al director al móvil y le pedí que se olvidase del taxi, que llamase a una ambulancia. Todo ocurrió en un lapso de tiempo que no sabría cómo definir. Se me hizo eterna la espera, aunque en realidad fueron apenas tres o cuatro minutos. Mientras la vigilaba, estuve atacado de los nervios hasta el punto de gritar a quien no debía sin darme cuenta. No fue hasta horas más tarde en que supe el porqué: Nuria me importaba más de lo que pensaba.

La ambulancia acudió rauda y, tras tomarle las constantes y ponerle una vía con suero, se la llevaron al hospital. No me dejaron acompañarla, aunque eso no impidió que la siguiera en taxi hasta allí. Ni de coña iba a dar clase sabiendo que Nuria se despertaría allí sola y desorientada. Me quedé un par de horas en la sala de espera, alimentándome a base de angustia y de comerme las uñas, caminando por la sala como si estuviera majara. Tuve miedo. ¿Y si le

ocurría algo grave? ¿Y si desaparecía de mi vida? Fue entonces cuando caí en que la necesitaba, en que se había convertido en alguien muy importante para mí. Que mi vida sin ella se volvería mucho más oscura.

Al cabo de una hora, pude entrar a verla y lo hice con cuidado, como si mi presencia lograra hacerla empeorar.

—Ey... —musitó ella atontada por los calmantes.

—Hola... ¿cómo te encuentras? —susurré angustiado.

Me acerqué a la cama y me atreví a cogerle las manos, pálidas y frías. Me estremecí, pero me hice el fuerte.

—Mejor, gracias. ¿Vaya espectáculo, eh? —Sonrió débilmente.

—Nada mal para un lunes, la verdad. Pero, por favor, no repitas la función, ¿vale? Que ya estoy mayor para estas cosas. —Me reí con ella y, al conectar nuestras miradas, sentí que algo se me removía por dentro—. Nuria...

—Atrofia multisistémica —suspiró sin dejarme terminar.

—¿Cómo?

—Mi enfermedad, Martín. No quería que lo supiera nadie, pero... en fin. —Desvió la mirada y yo la tomé de la barbilla.

—No debes avergonzarte de eso, Nuria. ¿Por eso te fuiste de Valencia?

Ella asintió y tomó aire para contarme algo que le pesaba mucho sobre los hombros.

—Y no solo por eso. Unos días antes de mi boda me llamó el doctor para que fuera a la consulta lo antes posible. Y cuando me comunicó el diagnóstico yo... no sé. No le di importancia, creí que no sería para tanto, que ya me ocuparía en otro momento. El día de la boda hablé con un amigo que sabe de esos temas y me lo confirmó, no tenía ese tiempo. Así que me fui. Dejé a todo el mundo plantado y hui. Como si fuese a servir de algo. No podía volver después de

aquello, me moría de vergüenza y todo el mundo me juzgó, como era lógico. Nunca se lo he contado, eres la primera persona que lo sabe.

Parecía realmente afectada por aquello. Intenté ponerme en su piel y pensar qué hubiera hecho yo en su situación. Era muy probable que el plan hubiera sido el mismo.

—Bueno, tú solo querías lo mejor para los demás —dije.

El brillo de sus ojos al escuchar esas palabras no se me olvidaría jamás.

Un temor desconocido se apoderó de mí. «Nuria está enferma. Enferma, enferma, enferma...», me repetí mentalmente.

Me imaginé una vida sin ella y no me gustó.

Al principio podía parecer que lo nuestro era un tonteo entre compañeros sin más, un ligue sin más recorrido que ese. Pero lo cierto era que el corazón me latía diferente a su lado, que mis pensamientos eran de otro estilo cuando estaba con ella, que mi cuerpo se relajaba con más facilidad. Y en ese momento, verla en una cama de hospital con un pronóstico tan malo ensombreció mis pensamientos e hizo que el pánico se adueñara de mí. Porque una vida sin Nuria no era la vida que yo quería.

No sabía qué nos depararía el futuro, solo sabía que quería que lo viviésemos juntos.

Durase lo que durase.

Nuria

Se me cayó el mundo encima cuando desperté en el hospital. Apenas tenía recuerdos de lo ocurrido antes de llegar ahí, pero ese hecho fue como recibir un revés de la vida. «Esto va en serio», me dije. Y había empezado antes de lo que pensaba. Creí que tendría

más margen, algo de tiempo para hacerme a la idea de lo que me venía encima. Pero no. El aviso llegó de pronto y ya no podía mirar hacia otro lado, tenía que afrontarlo y empezar a aceptar que, a partir de aquel momento, mi vida ya no sería tal y como la conocía.

Cuando el médico hizo la ronda, me contó quién me había llevado al hospital y que fue una suerte que lo hiciera, porque el cuadro podría haber sido bastante peor. Le estuve muy agradecida a Martín, que en aquellos momentos me estaba mirando con una ternura que no estaba segura de merecer después de confesarle lo que me atormentaba.

«Tú solo querías lo mejor para los demás», dijo. Tuve que admitir que sí, era tal cual eso. No huí de mi propia boda solo por la falta de pasión arrebatadora que anhelaba sentir con Javi, sino para evitarle un futuro con una carga como la mía. Una enfermedad así lo obligaría a cuidarme en quince años, con suerte, y yo tendría que depender de él para las cosas más básicas del día a día. Nos odiaríamos en secreto por estar limitando la vida del otro: yo, por ser dependiente y no poder hacer nada por remediarlo; y él, por obligación moral. No era justo, ni para él ni para mi familia. Probablemente no fuera de mis mejores ideas, pero salir pitando sin mirar atrás me pareció la más coherente.

Miré a Martín, que estaba a mi lado deshecho en preocupación por mí, y mi corazón se saltó un latido. Apreté mis dedos contra los suyos, que me regalaban un calorcito muy agradable. Lo encontré guapo así, despeinado, con las arrugas incipientes más marcadas por deshidratación y la tensión, con su atuendo de profesor sin tiempo ni ganas y su empeño por sacarme una sonrisa a pesar de todo.

Al principio, pensé que me moriría de la vergüenza de que Martín me hubiera encontrado medio ida en la biblioteca y se hubiera

desencadenado todo hasta terminar en el hospital. Pero no fue así. Me sentí agradecida. Arropada. Importante. Querida. Aquello no estaba en el plan. Él no entraba en el plan y el amor tampoco. «No puedes hacerle esto», me recriminé. No, no podía, igual que no pude hacérselo a Javi.

—Confieso que me he asustado mucho al verte así —declaró él.

—Lo siento, no pretendía...

—No, no, claro que no —me interrumpió—, pero me hubiera gustado saberlo para poder evitarlo.

Lo miré con ternura y le acaricié la mejilla. Deslicé los dedos por su barba y me encapriché de sus labios. Me encantaría saber cómo eran, a qué sabían y qué tenían que decirme, aunque no estuviera en el plan.

—No tenías por qué hacerlo, Martín. No soy tu responsabilidad.

—Lo sé, lo sé. Es solo que... bueno, es una de las cosas que trato en terapia para no volver a ser como era.

—¿A qué te refieres?

—Tú huiste de tu pasado y yo quiero hacer lo mismo con el mío. ¿Recuerdas a Gina? Con ella terminé mal, muy mal. Y todo fue por mi culpa, lo reconozco, ahora lo he visto. Desconozco en qué momento dejé de preocuparme por ella, de verla, de sentirla. Fue como si estuviese desconectado de la realidad; no quería hacer nada, no me apetecía salir ni hacer planes con ella, nunca la escuché y apenas la vi. No fui un adulto responsable. Y eso no se lo merecía porque Gina sí estuvo para mí. Así que estoy tratando de encontrarme, dejar de ser la seta pocha que era antes y estar más presente en la vida de las personas a las que quiero. —Hizo una pausa y desvió la mirada. Yo no aparté los ojos de él, intentando descifrarlo. Lo que me estaba contando contrastaba tanto con el Martín que yo conocía que me chocaba. Observé sus gestos al

hablar, su tono, sus suspiros. No me di cuenta de que llevaba un par de minutos así, en silencio, observándolo, hasta que, con voz quebrada, me pidió—: Por favor, di algo.

—Me gustas —solté.

A la mierda el plan. Éramos dos personas rotas que intentaban hacer algo con sus miserables vidas. De nada iba a servir disimular eso. Ver que él también había cometido errores y que se estaba esforzando por solucionarlos fue lo que me dio la valentía de admitir lo que sentía. «Se acabó ser una cobarde», me dije.

—Vaya... —murmuró soltando el aire de sus pulmones con cierto alivio.

—Pero no puedo tener una relación, lo comprendes, ¿verdad?

Martín me miró con extrañeza. Se acomodó en la cama, frente a mí, sin dejar de acariciarme el dorso de la mano. Su peso me resultó cómodo y cercano.

—A mí también me gustas —confesó. Nos miramos y nos contagiamos la sonrisa—. El caso es que... bueno, que ya tienes una relación conmigo.

—Laboral y de amistad —puntualicé, poniendo los ojos en blanco.

—Pero una relación, al fin y al cabo. Así que ya puedes tacharlo de la lista de cosas que no puedes o quieres tener.

—Martín, no se trata de que no quiera, es que no sería justo.

—¿Y qué lo es en esta vida? ¿Crees que al niño que le diagnostican cáncer tiene una vida justa? ¿Te parece que el que no consigue trabajo a pesar de que lo intenta considera que está bien lo que le pasa? O la madre que intenta tener hijos por todos los medios y no puede. O el hombre que quiere desvelar su sexualidad, pero no lo hace porque podría acabar muerto. O...

—Vale, lo capto. Pero, Martín...

—No, «pero, Martín», no. Escúchame. Solo tenemos una vida y... ¿sabes lo que no es justo? Que te hayas rendido antes de vivirla.

—La enfermedad no me permitirá pasarla en condiciones —me lamenté.

—Bueno, eso dependerá de todo lo que hayas hecho con tu existencia hasta que llegue el momento de no poder continuar, ¿no?

—Pero... yo no puedo ofrecerte lo que mereces, Martín. —Noté cómo una lágrima se deslizaba en caída libre por mi mejilla.

—¿Y qué es lo que merezco?

Enmudecí. Los labios me temblaban. El cuerpo me latía, deseoso de empezar a sentir.

—Todo —declaré—. Te lo mereces todo, Martín.

—¿Y tú no?

Me acarició con dulzura el cabello y cerré los ojos de placer. En aquel momento, era la niña dolida y asustada que necesitaba de cariño y protección. Y él me lo estaba dando.

—Martín... —balbuceé con la voz tomada y a punto de llorar.

—Escucha, Nuria. Tú también te lo mereces todo. La vida nos ha repartido unas cartas con las que debemos jugar. No abandones a media partida, por favor.

—Pero no puedo encadenarte a mí, ¿lo comprendes? No quiero eso para ti.

—Claro que lo entiendo. Siempre hay opciones. Podemos contratar a alguien en los momentos más duros. Podemos mudarnos a un sitio adaptado. Podemos... no sé, Nuria. Podemos adaptarnos, ¿no? No tenemos por qué decidir nada ahora. Simplemente... lo vamos viendo, ¿no? —Sonrió al parafrasearme.

—Pero ¿y si no sale bien? —murmuré.

Martín me alzó la barbilla con un dedo para mirarme a los ojos. No vi duda ni miedo en ellos y eso logró calmarme un poco.

—¿Y si sí? Nuria, me gustas muchísimo desde el primer día. No puedo quitarte de mi cabeza y necesito saber si sientes lo mismo. —Tragué saliva y asentí. Él sonrió y la calidez le llegó a los ojos—. Entonces ¿qué te parece si cuando puedas salir de aquí, te invito a cenar?

—Mientras no sea sushi... —Sonreí con timidez mientras mi corazón aleteaba con pompones y lanzaba confeti.

—¿No te gusta el sushi? Vaya, entonces... lo siento, no tenemos ningún futuro juntos —dijo con seriedad.

Por un momento, todo a mi alrededor se congeló.

—¿Hablas en serio? —balbuceé con miedo. A los pocos segundos, él lanzó una carcajada preciosa—. ¡Eres idiota!

—Lo cierto es que sí, lo soy. Y bastante, creo. Cenaremos donde tú quieras, Nuria.

Sonreí. Poco me importaba lo que dijera el médico, ya me encontraba muchísimo mejor.

—Esto no entraba en mis planes —confesé más ilusionada de lo que me esperaba.

Me acarició la mejilla y recogió una lagrimilla traicionera. Cerré los ojos ante su contacto, atesorándolo en mi memoria.

—Suerte que los planes pueden cambiar —susurró él con una sonrisa preciosa.

Nuria y Martín

Estaba atacado de los nervios, arrugando la corbata de tanto toquetearla, y eso que era de tejido sintético. Su cuerpo se movía sin parar, intentando liberar toda esa adrenalina que lo consumía por dentro. Los testigos estaban impacientes, como él, aunque no tanto, claro. No era con ellos con los que Nuria iba a casarse, sino con

Martín.

Su noviazgo fue tan bonito que, cinco años después, le estaba pidiendo matrimonio en Disneyland París. Él odiaba esas horteradas, pero por ella tuvo muy claro desde el principio que siempre haría lo que hiciera falta para verla feliz. Afortunadamente, no le dio calabazas delante del Pato Donald. Hubiera sido demasiado humillante y lo hubiera traumatizado. Ese pato siempre fue su personaje favorito de la infancia.

Convinieron en que, antes de que la enfermedad se lo impidiese por completo, harían todo lo que ella siempre había querido hacer. La intención de Martín era evitar a toda costa que se quedase con las ganas de nada. No importaba qué locura fuera; si ella quería hacerla, él la convertía en realidad. Sin darle ni una sola vuelta, sin dejar que el miedo irrumpiera en sus vidas.

Una de esas locuras fue visitar el reino de la magia. Una noche, mientras veían *El club de los poetas muertos* en el sofá de su casa y saltó la publicidad de Disneyland, Nuria confesó en un suspiro que le hubiera encantado ir, que había sido su sueño desde pequeña. En cuanto se levantó para ir al baño, Martín reservó los billetes. Y al hacerlo, fue como si una luz divina lo iluminase todo de repente.

«Es ella», se dijo. Nuria era la mujer de su vida. Lo tenía clarísimo. Y no la iba a dejar escapar. Compró los anillos a la mañana siguiente y se puso en contacto con el hotel de Disneyland para organizar la pedida más romántica posible. Dejó de lado sus inseguridades porque lo importante era cumplir el sueño de su chica.

Así que allí estaba, esperando en el altar, con su hermano como padrino intentando que se tranquilizase, aunque sabía que se estaba partiendo de risa por dentro al verlo a punto de vomitar.

—Estás a tiempo de salir corriendo, hermanito. —Se carcajeó.

—Siempre te ha gustado verme sufrir, maldito sádico —le espetó

Martín.

—¡No te quejes, que esta vez ganas tú! —Rio, palmeándole el hombro con cariño.

Y tenía razón. Valía la pena todo el sufrimiento por esperar a que el amor de su vida se uniese a él en matrimonio. Sí, no había ninguna duda de que aquella vez, Martín salía ganando con semejante mujer a su lado.

Observó a su alrededor para intentar distraerse y sintió una satisfacción enorme al comprobar que todo estaba tal y como lo habían planeado. Nuria siempre había querido una boda sencilla e íntima en un lugar bonito, no en una iglesia, y él dio gracias al cielo por eso. No había ni pizca de pomposidad ni lujo ni necesidad de aparentar en aquel lugar. Aunque, si le hubiera pedido una boda de siete días y doce vestidos, lo hubiera conseguido sin poner objeción. Por ella, lo que hiciera falta. Por suerte, tenían los mismos deseos en cuanto a ese tema. Tampoco es que con el sueldo de profesor diera para mucho más...

Lo único que le preocupaba a Martín en aquel momento en el que todos estaban pendientes era que le diera por fugarse. Fue una idea fugaz que, por mucho que quería obviar, no podía. Si había ocurrido una vez, nada impedía que lo hiciera una segunda. Solo de pensarlo, el corazón se le había instalado en la garganta y temió que, si abría la boca, se le saldría.

La música empezó a sonar y se enderezó como un soldado pasando revista, contuvo la respiración y se le secó la boca. Nunca había estado tan nervioso en su vida. De hecho, cualquier comparación que se le pudiera hacer se quedaba corta. Hasta las oposiciones fueron un sueño comparado con aquel momento.

Los invitados se levantaron y él estiró el cuello para ver a través de sus cabezas. Sintió que se le paraba el corazón, literalmente. Y

no volvió a latir hasta que la tuvo a su lado.

Nuria apareció caminando despacio, sonriente y preciosa, de la mano de su padre, con un traje de chaqueta elegante y muy sencillo, de color crudo, que le sentaba como un guante. Martín sonrió con gozo. Le había costado lo suyo convencerla de que debía contarles la verdad a sus padres, al menos, porque no era justo privarles de su hija solo por estar enferma. Al final, le dio la razón. Había sido una sabia decisión. Su padre la sostenía con lágrimas en los ojos y su madre, en primera fila, ya llevaba dos paquetes de pañuelos. Y Nuria..., bueno, estaba radiante.

«Ahí está mi mujer», pensó. No cabía en sí de puro gozo.

La dama de honor le ofreció el bastón de pedrería blanca, a juego con el traje, una vez que su padre la dejó al lado de su futuro marido y ella negó sin dejar de mirarle a los ojos.

—Gracias, pero no hace falta. Tengo todo el apoyo que necesito justo aquí —dijo entrelazando su brazo con el de Martín. Le apretó con sus dedos que comenzaban a doblarse por la enfermedad y este los cubrió con su mano.

Estaban juntos en lo que hiciera falta y ambos lo sabían.

—Brillas —le susurró él al oído porque no podía aguantarse las ganas.

Con su sonrisa, se dio por satisfecho.

Cuando el alcalde indicó que era el momento de los votos, a Martín le tembló la voz. Al principio iba a leerlos, pero no le hizo falta porque se los sabía de memoria.

—Nuria..., desde el primer momento en que te vi, te quedaste conmigo y ya me fue imposible sacarte. Te has convertido en mi todo y juro que me desviviré para hacerte la mujer más feliz del mundo. No tengo otro cometido en la vida que ese: hacerte feliz. Para eso no existen límites. De hecho, me he adelantado y la luna ya

está en casa, esperándonos, para que no tuvieras que pedírmela. —Los asistentes suspiraron y una lagrimilla asomó por los increíbles ojos de Nuria—. Podría decirte lo mucho que te adoro, lo increíblemente fuerte que eres, lo mucho que me aportas y el honor que me haces al compartir tu vida conmigo. Pero prefiero demostrártelo cada día. Nuria, mi amor, con todo el mundo de testigo, juro que te amaré mientras nos dure la vida.

Nuria lloraba emocionada ante sus palabras y él sonrió, le apretó las manos y la besó con la mirada.

—Martín, mi vida. Si pudieras sentir lo que yo siento por ti, te darías cuenta de que es más grande que todo lo que nos rodea. Mi amor por ti es inabarcable y tan infinito que perdurará incluso cuando yo me apague. No me bastará una vida para agradecerte tu bondad, tu empeño y tu amor por mí. Gracias por luchar por nosotros, antes, ahora y cuando las cosas se pongan feas. Porque sé que lo harás. Lucharás cuando a mí no me queden fuerzas y lo harás porque tú y yo somos uno. Pero una cosa sí que te puedo prometer: mientras respire, me esforzaré por demostrarte cada día que te amo.

Martín se enjugó las lágrimas y lo tuvo claro.

Estaba preparado para vivir con ella una vida plena, durase lo que durase.

—Martín, Nuria..., os declaro marido y mujer —sentenció el alcalde con orgullo.

—Oh, sí, capitán, mi capitán —dijeron los novios al unísono.

Y la promesa de un futuro duro, pero dulce y apasionado, se selló con el roce de sus labios.

Aquellos días contigo

Blanca Túnez

Capítulo 1

Hacerle caso a su hermana pequeña nunca prometía nada bueno, pero llevaba demasiado tiempo sin tener una cita. Estaba harta de que los padres de sus alumnos de preescolar coqueteasen con ella y quería emociones nuevas. Quería conocer a alguien que la hiciera reír y olvidarse de todo el trabajo que tenía cuidando a veinte niños diariamente porque le encantaba su trabajo.

—Júrame que no te vas a largar en cuanto los conozcamos o te dejo plantada en el portal, Elena —dijo una voz femenina.

—Lo juro. —Rio la otra—. No entiendo tanto drama, ¿sabes? Te he dicho que vamos a salir con unos amigos de Eric, podrías tener un poco más de confianza en mí y no ser tan estirada.

—No soy estirada, es que ya me has dejado tirada varias veces con la tontería de que quieres estar a solas con tu no novio y estoy cansada —respondió colocándose frente al espejo.

Elena resopló haciéndola poner los ojos en blanco porque sabía que llevaba razón, pero le daba igual. Era algo parecido a una broma que tenían entre ellas para salir con chicos desde la adolescencia, pero Elena lo había mantenido porque su relación con Eric tenía muchos altibajos y necesitaba que su hermana estuviera pendiente de ella.

—Te prometo, Vicky, que no me iré a ninguna parte sin avisarte y

que seré la mejor hermana pequeña que...

Victoria se echó a reír antes de aplicar la base del maquillaje porque sabía que se estaba cachondeando de ella, como hacía siempre que quería salirse con la suya. Observó su cara y suspiró porque tenía aspecto cansado, sus ojos marrones parecían tristes y sin brillo porque no estaba pasando por el mejor momento. Le habían dicho que tendría una reunión con el director y la junta y eso la tenía nerviosa, por lo que no estaba saliendo mucho y apenas veía a sus amigos. Pero, esa noche, todo iba a cambiar porque estaba decidida a divertirse y cambiar de actitud, por lo que el maquillaje debería ayudar. Se aplicó la base con rapidez ocultando al mínimo sus pecas sobre la piel bronceada y comenzó con una sombra suave para acentuar los matices verdes de sus ojos. Su nariz era fina y sus labios gruesos, por lo que cuando se puso su barra de labios favorita color coral, parecían mucho más jugosos. Se soltó la melena hasta la clavícula para dejarla libre sin tocar las ondas naturales y se levantó ajustándose la blusa que tenía transparencias en la espalda. Se calzó unos tacones altos por primera vez en lo que iba de mes y sonrió para darse ánimos a sí misma.

Un rato después, Victoria estaba subiéndose al coche de su hermana de mucho mejor ánimo del que ambos esperaban. Elena se parecía mucho a ella, pero era más delgada y alta, llevaba el pelo castaño largo hasta la cintura y recogido en una trenza de lado que la hacía ver más juvenil. Eric, al volante, era de mediana estatura, de pelo negro y ojos cafés, mandíbula cuadrada y una cicatriz en la ceja derecha.

—Hola, cuñada —saludó alegremente antes de reincorporarse al tráfico.

—Hola. —Sonrió Victoria poniéndose el cinturón en el asiento trasero—. ¿A dónde vamos a ir al final?

—A ese restaurante del que hemos hablado tantas veces, dice Miguel que es muy bueno —respondió Elena distraída con el teléfono.

Victoria asintió conforme porque llevaba tiempo queriendo probarlo, pero se distrajo con su propio móvil cuando las notificaciones empezaron a llegar de forma repetida. Frunciendo el ceño, sacó el móvil del bolso para leer el aluvión de mensajes que había en el grupo que compartía con dos profesoras más de su colegio.

Ana
Confirmado. La reunión del martes es para anunciarnos que van a despedir gente, chicas.

Irene
¿Cómo lo sabes?

Ana
Me lo ha dicho Nacho, así que la información es totalmente real. Espero que no seamos ninguna de nosotras porque me cago en todo.

Los mensajes seguían apareciendo de forma seguida y Victoria empezaba a preocuparse porque Nacho trabajaba en la junta directiva y era la pareja de Ana. Se suponía que no debía compartir ese tipo de información con ella antes de que llegase la reunión, pero no tenían secretos y Ana solía guardarse las cosas hasta que eran de vital importancia. Saber que podrían despedirla le creó un nudo en el estómago y la hizo palidecer porque llevaba tanto tiempo

trabajando para mantener su plaza que veía totalmente injusto verse afectada por los recortes de personal.

Ana
Vicky, asegúrate de estar de las primeras en la reunión, ¿vale? Ricardo quiere hablar contigo en privado de algo importante y no tengo idea de lo que puede ser.

Victoria
No me fastidies, Ana. El martes tengo la tutoría con los padres porque él se empeñó en cambiarla, no me puedo multiplicar.

Ana
Lo sé, pero es mejor que lo aplaces y estés la primera.

Victoria se quejó en el asiento trasero porque ya no le apetecía tanto salir por ahí, estaba a punto de decirle a Eric que la llevase de nuevo a su piso cuando lo vio meterse en un aparcamiento subterráneo. Se apartó el pelo de los ojos con un resoplido e intentó centrarse en la parte buena de la situación aunque no la encontraba por ninguna parte. Había luchado tanto por mantener su puesto que se sentía engañada, si la despedían no podía presentarse a otras oposiciones para tener una nueva plaza porque estaba convencida de que la mandarían a otra ciudad.

—¿Va todo bien? —preguntó Elena cuando bajaron del coche.

—No lo sé, ya te lo diré el martes —suspiró empezando a caminar con ella.

—Te has puesto pálida, algo tiene que haber pasado —insistió enlazando un brazo con ella.

Resumiéndolo mucho, le contó sus preocupaciones mientras iban hacia el restaurante porque no quería decirles de verdad que la llevasen a casa. Elena frunció el ceño todo el tiempo porque sabía lo muchísimo que disfrutaba su hermana con los niños y lo encantados que estaban los padres con ella, por lo que había algo que no encajaba.

No continuaron hablando de eso para no estropear la noche porque llegaron al restaurante y, en la mesa a la que las llevó Eric, vieron a varias personas. Victoria se quedó muda cuando reconoció a uno de los hombres que se levantó a saludar porque estaba el chico con el que tuvo una aventura de verano la última vez que viajaron a Mallorca. Era el mismo tío alto, musculoso, de pelo negro un poco largo y alborotado porque se pasaba las manos demasiado por él. Tenía los mismos ojos verdes que recordaba y ese hoyuelo traicionero que aparecía en su mejilla izquierda cuando sonreía. Llevaba barba de un par de días del mismo color que su pelo y parecía igual de relajado y confiado, una de las cosas que más le llamó la atención cuando lo conoció. Álvaro la reconoció también porque no apartó la mirada de ella mientras las presentaban a los demás y se quedó con las ganas de adelantarse a todos.

—¿Tú sabías que iba a venir? —preguntó Victoria entre dientes a su hermana.

—Ni siquiera sabía que Eric y él se conocían —respondió igual de sorprendida.

Capítulo 2

Cuando Eric se acercó para presentarlos y se dio cuenta de cómo se miraban, inclinó la cabeza entrecerrando los ojos porque sabía que escondían algo. Álvaro se adelantó para acercarse a Victoria y darle un único beso en la mejilla que duró más de lo necesario y le ayudó a recordar por qué se obsesionó tanto con el olor de su piel. Victoria respiró hondo al sentir su tacto suave y firme en la cintura y se obligó a apartarse cuando los recuerdos la asaltaron sin permiso. Lo había echado mucho de menos, pero ninguno se puso en contacto con el otro porque acordaron que sería solo durante el verano y que no merecía la pena mantenerlo en la distancia.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Eric sin poder aguantarse.

—Es la chica de la que te hablé —respondió Álvaro al regresar a su sitio en la mesa—. Lo que me sorprende es que la conozcas tú, tío. ¿Cómo es posible?

—Espera, ¿ella es tu Vic? —preguntó sorprendido sentándose a su lado.

—Sí, pero no lo digas de esa forma, no quiero que los demás empiecen con las preguntas.

—¿Y qué tiene de malo que lo hagan?

Álvaro negó porque otro de sus amigos, Raúl, un chico bajito de pelo rubio rizado, empezó a hablar con Victoria y Elena y no le gustó

nada. No era un hombre celoso ni mucho menos, sabía que lo que pasó con Victoria fue cosa de unos meses porque ambos tenían prioridades de las que ocuparse, pero era distinto en ese momento. No se iba a inmiscuir si surgía algo entre ellos, cosa que dudaba mucho porque Raúl no parecía el tipo de hombre que le gustaba a Victoria, pero nunca se sabía.

Durante la cena, Álvaro no pudo evitar mirarla porque mantenía el mismo magnetismo que le llamó la atención en la discoteca donde la vio por primera vez y del que ella no tenía ni idea. Atraía su mirada aunque no quisiera y Eric ya lo había pillado más de una vez observándola sin que ella se diera cuenta.

Cuando salieron del restaurante, no pudo evitar acercarse a ella para hablar porque, en los dos meses que hacía que no la veía, no había dejado de pensar en ella. Victoria le sonrió un poco incómoda porque Raúl estaba intentando convencerla de ir a tomar algo solos o quedar al día siguiente para cenar. Victoria le había dicho que tenía planes, pero Raúl era insistente y Álvaro la conocía lo suficiente como para saber lo incómoda que estaba y lo poco que le faltaba para ser desagradable.

—Tío, ¿ya te has olvidado de que hemos quedado mañana por la tarde para jugar al pádel? —preguntó Álvaro al llegar a su lado—. Déjala tranquila, seguro que también tiene planes.

—Os he dicho que no jugaría, así que...

—Venga, hombre. —Puso una mano en su espalda para hacerlo caminar hacia delante—. Sabes que el pádel es una excusa y que nos pasamos media tarde en el bar. Además, te dije que te presentaría a Noelia y me dijiste que estabas deseando quedar. ¿Ahora nos vas a dejar tirados?

Victoria frunció los labios para contener una sonrisa porque sabía lo que estaba haciendo y no se quejaba en absoluto. Prefería

mantener a Raúl lejos de ella porque no le gustaba su forma insistente de mirarla ni que invadiera su espacio personal como lo hacía haciéndola sentir incómoda. Álvaro la miró desde unos metros más adelante haciendo un gesto con la cara y modulando con los labios «está controlado, tranquila» mientras seguían andando y no pudo evitar reír. La conocía tan bien a pesar de haber estado no más de cuatro meses juntos que le parecía irreal, pero sobre todo le asombraba que su conexión no se hubiese apagado después de dos meses sin verse o hablar.

—¿Ya estás de mejor ánimo? —preguntó Elena uniéndose a su paso.

—No lo sé —suspiró pensativa—. No está siendo una mala noche, pero... —Miró a Álvaro otra vez sin poder evitarlo—. Primero lo de la reunión y el posible despido, ahora reencontrarme con él después de todo lo que pasó. No sé, está siendo extraño en muchos sentidos.

—¿Pero en plan malo? Porque me dijiste que lo echabas de menos, así que ahora puede ser la oportunidad perfecta para que reconectéis y ver qué pasa.

—Han pasado más de dos meses, seguramente él ha rehecho su vida porque no fue tan importante.

—Venga ya, Vicky. —Sonrió con incredulidad—. ¿Has visto cómo te mira? Parece que quisiera devorarte aquí mismo, eso no es precisamente rehacer su vida.

Victoria no podía negarlo porque Álvaro no dejaba de mirarla con intensidad y promesas no dichas en voz alta, algo que siempre auguraba algo potente. Con él aprendió a mirarse mejor en el espejo, y ver de verdad a la chica del reflejo la hizo sentir deseada y valorada, algo que no le había pasado con sus otras parejas. Aunque nunca definieron su relación como tal, más bien fue una aventura de

verano, su conexión traspasó esa barrera y para ambos fue difícil despedirse al final del verano. Pensó tantas veces en escribirle para saber de él, quizá sugerir verse en uno de sus viajes a la península, pero cambió de idea al recordar la promesa que hicieron.

—¿No has pensado que esto es cosa del destino? —preguntó Elena sacándola de sus pensamientos.

—Más bien creo que es una jugarreta por tu parte —murmuró cansada, miró la hora en su teléfono y resopló—. Creo que me voy a ir a casa, mañana tengo que preparar un montón de cosas para la boda de Cintia y no quiero que se queje y se ponga histérica.

—Es temprano, quédate un rato más —pidió cogiéndola de la mano—. Te prometo que no me meteré contigo ni te presionaré para que hables con él.

—No puedo, en serio —respondió enternecida, la abrazó besando su mejilla—. No te preocupes, ¿vale? Quedamos mañana para comer y me cuentas todo lo que hagáis esta noche.

Elena fue a replicar, pero Victoria no la dejó al separarse para ir con los demás a despedirse, Eric intentó convencerla también, pero había tomado una decisión y no solía cambiar de opinión. Cuando Raúl se ofreció a acompañarla, Victoria puso los ojos en blanco ignorándolo por completo mientras hablaba con las chicas.

—¿Estás segura de querer irte sola? —preguntó Álvaro acercándose a ellas—. Puedo llevarte si quieres, tengo el coche cerca y apenas he bebido.

—No hace falta, llego en metro enseguida.

—Deja que te lleve, es tarde para ir en metro sola —dijo Elena preocupada.

Victoria suspiró con rendición y aceptó terminando de despedirse antes de empezar a caminar juntos por la calle. El silencio se hizo entre ellos y ninguno sabía cómo romperlo, Victoria lo miraba de

reojo de vez en cuando y no lo soportó más cuando llegaron al paso de peatones.

—¿Te has pasado toda la noche mirándome y ahora no me diriges la palabra después de ofrecerte a llevarme a casa? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo haces?

—Creía que estabas incómoda conmigo y no quería empeorarlo —se defendió encogiéndose de hombros.

—Ya, muy maduro por tu parte —resopló apartando la mirada.

—Has sido tú la que apenas me has dirigido la palabra esta noche, así que...

—Cierto, ¿qué demonios hacías en el restaurante? —preguntó entrecerrando los ojos de forma acusatoria—. ¿Desde cuándo conoces al novio de mi hermana y por qué no me lo dijiste?

—No sabía que Eric estaba saliendo con tu hermana, a la que no me presentaste nunca, por cierto —respondió calmado—. No es mi culpa que tengamos conocidos en común ni que te moleste tanto volver a verme, ¿sabes? No tenía ni idea de que ibas a venir y mucho menos que reaccionarías de esta forma.

—Fuiste tú el que dijo que no quería mantener el contacto ni intentar ser amigos, no me cargues ahora el muerto a mí cuando lo dejaste bastante claro.

—¿Crees que podríamos ser amigos después de haber estado acostándonos durante cuatro meses? —preguntó muy serio acercándose a ella.

—Creo que podríamos intentarlo.

—¿Por qué? —preguntó mirándola de cerca.

—Porque no nos sentiríamos incómodos estando juntos y los demás tampoco.

—¿Solo por eso? ¿No has pensado en mí ni una sola vez desde que nos separamos?

—No —mintió Victoria antes de apartarse para continuar caminando.

Álvaro sonrió de medio lado porque sabía que mentía, pero no pensaba dejarlo así. Él sí que la había echado de menos y había pensado en ella a diario, se arrepintió de lo que dijo cuando ella se marchó y se obligó a cumplir su promesa porque no quería hacerle daño. Verla entrar en el restaurante había removido algo en él que no sabía explicar y era complicado tenerla tan cerca y no poder tocarla como hacía semanas atrás. Era frustrante en cierto sentido porque sentía que la química estaba ahí y que podría funcionar otra vez, pero ella se negaría a aceptar una relación a distancia porque sabía que él no se mudaría a la península.

—¿A dónde vas? —preguntó Álvaro al darse cuenta de que no iba en la dirección que le dijo antes.

—Al metro, me voy a casa —murmuró molesta sin dejar de caminar.

—Venga ya, no seas cría —se quejó acelerando el paso para llegar a su lado—. Tengo el coche aquí.

—Bien por ti —masculló sin mirarlo.

—Victoria, no hagas eso —pidió agarrándola de la mano para detenerla—. Por favor, hablemos como adultos.

—No quiero hablar contigo si vas a reprocharme cosas que no fueron decisión mía —murmuró mirándolo a los ojos y sintiendo un escalofrío por su toque.

—Entonces hablemos de eso y cambiémoslo.

—¿Por qué? —preguntó con cierta vulnerabilidad—. ¿Qué quieres ahora? ¿Otros cuatro meses y después separarnos de nuevo porque no quieres tener una relación seria? —Alzó las cejas esperando una respuesta e intentando no centrarse en el roce de su pulgar en el interior de su muñeca.

—¿No has pensado en lo bien que nos iba antes de que tuvieras que volver por el trabajo?

—Eso no tiene nada que ver con mi pregunta y lo sabes.

—Quiero saberlo y entender por qué tenemos que estar lejos cuando nos ha ido tan condenadamente bien juntos —insistió acercándose un poco a ella para llevar la mano libre a su mejilla y rozar su piel con suavidad—. Me arrepentí de lo que dije en cuanto saliste por la puerta, Vic. Fui a buscarte a tu casa y me dijeron que te habías ido al aeropuerto, no respondiste mis mensajes y creí que lo mejor era dejarlo estar.

—¿Qué mensajes? —preguntó confundida.

—Te envié una docena pidiéndote que no subieras al avión porque estaba llegando al aeropuerto, ¿no los viste?

—No, yo...

Se apartó frunciendo el ceño y haciendo memoria, recordaba despedirse de él en su apartamento y sentir que le rompía el corazón porque empezaba a sentir cosas por él, pero decidió aceptar su petición y ser adulta. Regresó a casa de sus padres para terminar la maleta y subir al taxi que la llevó al aeropuerto. Cuando llegó allí, apagó el móvil como siempre antes de subir al avión, pero revisó las notificaciones y no recordaba ningún mensaje. Era demasiado raro y no quería pensar en cierta chica que vivía con Álvaro y que estaba celosa de lo que tenían porque supondría que él la mantenía en su vida. Sacó el móvil del bolso y buscó su contacto para comprobar los mensajes, le enseñó la pantalla y él frunció el ceño porque lo único que aparecía era la conversación previa a la última vez que se vieron en persona.

—No entiendo absolutamente nada —murmuró confundido sacando el suyo.

Se quedó callado cuando buscó su contacto y estaban todos los

mensajes, pero al fijarse en la fotografía de perfil, se dio cuenta de que no era la misma y eso le hizo tensar la mandíbula. No podía creer que Ada hubiera hecho algo así, sabía que se mostraba hostil con las chicas con las que salía o entablaba amistad, pero aquello era demasiado y empezaba a preguntarse a cuántas más se lo habría hecho.

—¿Qué? —preguntó Victoria impaciente—. ¿Vas a seguir pensando que te ignoré cuando me pediste que te esperase en el aeropuerto?

—Nunca pensé que me ignoraras, simplemente asumí que estabas cumpliendo tu parte de la promesa que hicimos antes de que salieras de mi piso —respondió antes de mirarla—. Lo siento, Vic. Te juro que intenté llegar al aeropuerto, pero cuando encontré tu puerta de embarque el avión estaba despegando y... —Se pasó una mano por el pelo negando con la cabeza—. Te he escrito estos meses porque no quería estar lejos y no entendía por qué no me respondías, pero empiezo a darme cuenta de que...

—Ha sido Ada, ¿verdad? —preguntó muy seria—. No le bastó con decirte toda esa mierda para que discutiéramos, sino que se ha tenido que meter hasta el final.

—No sé por qué lo ha hecho, pero lo arreglaré.

—Está más que claro que lleva mucho tiempo enamorada de ti y tú eres tan tonto que no te das cuenta. Lo peor de todo es que vive contigo y que no es nada sutil al insinuarse —murmuró guardando el móvil en el bolso, respiró hondo antes de mirarlo—. ¿Puedes llevarme a casa, por favor? De verdad que tengo que madrugar mañana y...

Álvaro se acercó a ella en una zancada, pasó una mano por su cuello apartándole el pelo y acortó la distancia entre sus labios haciéndola jadear por la sorpresa. No pudo aguantar más al tenerla

tan cerca y confirmar que no lo había estado ignorando, pero sobre todo al escuchar ese matiz de celos al hablar de Ada. Victoria puso las manos en su pecho para mantener el equilibrio y él pasó el brazo libre por su cintura para pegarla a su cuerpo mientras devoraba su boca con ansia porque la había echado mucho de menos. Suspiró agradecido cuando ella le devolvió el beso sin pensarlo más de dos segundos porque significaba que sentía lo mismo y que podrían tener una oportunidad.

Capítulo 3

Parecía que ninguno era consciente de que estaban en mitad de la calle porque se besaban apasionadamente, como si no importase nada más. Pero Victoria empezó a ser consciente de ello cuando Álvaro la atrajo un poco más a su cuerpo y ella gimió con fuerza porque necesitaba desnudarlo.

—Espera, espera —dijo con la respiración agitada apartándose.

—¿Qué pasa? —preguntó confundido e igual de agitado.

—No podemos hacer esto, quedamos en que...

—Eso ahora da igual, Vic. —Pasó los dedos por su mejilla con cariño.

—No, no hemos solucionado nada —murmuró frunciendo el ceño sin apartarse de su caricia—. Esto no está bien, tenemos que aclarar muchas cosas y... —Se retiró de su toque porque no podía pensar con claridad—. No, lo digo en serio.

Álvaro se apartó respirando hondo y se sintió huérfano al no tenerla en contacto a pesar de tenerla a dos pasos de distancia. Victoria se quitó el pelo de la cara mirando a su alrededor con incomodidad y negó con la cabeza al darse cuenta de dónde estaban. Ella nunca actuaba así, era comedida y consciente de sus actos todo el tiempo, pero con él todo cambiaba y las perspectivas perdían cierto límite.

—¿Podemos ir a alguna parte a hablar? —preguntó él con tono suave cuando ambos controlaron sus respiraciones—. No quiero dejarlo para mañana, Vic. Ambos sabemos que no podemos retrasar esto más tiempo.

—Está bien —suspiró colgándose mejor el bolso al hombro—. ¿Dónde te estás quedando?

—En casa de una prima, pero estarán dormidos ya y los niños madrugan mucho. ¿Podemos ir a tu casa?

Victoria asintió empezando a caminar con la sensación de que la noche terminaría de una forma completamente distinta a como había empezado y no sabía si eso le molestaba. Era extraño, pero quería llegar cuanto antes para hablar y dejar de ser tan responsable porque, después de aquel beso, sabía que nunca podría sacárselo de la cabeza.

Álvaro la llevó hasta su coche y ella le dio la dirección, hicieron todo el camino en silencio y ninguno parecía tan incómodo como intentaba mostrarse. Era raro y agradable al mismo tiempo porque nunca fueron de esas parejas que necesitaban llenar el silencio a toda costa, sino que apreciaban ese tipo de momentos.

Cuando Victoria le indicó dónde podría aparcar y Álvaro siguió sus indicaciones sin dudar, ella se lo quedó mirando porque siempre transmitía calma aunque él estuviera alterado y, a pesar del poco tiempo que estuvieron juntos, sabía que estaba preocupado. Fruncía el ceño levemente, como si quisiera decir algo y necesitase disimular la concentración en aparcar, por eso, cuando apagó el motor y suspiró apoyando la cabeza en el respaldo, ella le sonrió en cuanto la miró.

—No quiero volver a estar lejos de ti, Vic —dijo Álvaro en voz baja.

—¿Y qué haremos con la distancia o con Ada? —preguntó en el

mismo tono—. Porque puedo soportar la distancia, pero no que ella se malmeta todo el tiempo contra nosotros como hizo cuando estuve en la isla.

—Ahora mismo no puedo responder a eso, pero...

—¿Significa mucho para ti?

—Somos amigos desde la infancia, pero nunca seremos algo más —respondió con una seguridad aplastante—. Nunca me ha interesado más allá y no va a pasar ahora.

—Si no se lo has dejado claro a ella, creo que no sirve de nada que tú lo sepas —suspiró apoyando la cabeza en el asiento al mirar hacia delante—. Dijo cosas hirientes sobre nosotros cuando tú no estabas y cuando intenté poner límites, me hizo quedar como la mala.

—Lo sé.

—¿También sabes que me enviaba fotos de ella metida en tu cama y envuelta en tus sábanas para que pensase que os habíais acostado? —preguntó mirándolo con tristeza—. Porque lo hizo un par de veces y supe que no era cierto porque cuando las envió, tú estabas conmigo y ella no lo sabía.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó frunciendo el ceño, girándose en el asiento.

—Porque ya tenías suficiente con la enfermedad de tu padre y no quería presionarte.

—De haberlo sabía habría hablado con ella y...

—Da igual —suspiró cansada—. Cuidar de tu padre era mucho más importante y no pensaba interferir en eso con algo que podía solucionar sola.

—No importa, tenías que decírmelo —insistió preocupado—. Sé que Ada puede ponerse difícil cuando las cosas no salen como ella quiere, pero no tenía ningún derecho a hacer eso y...

—No pasa nada. —Le tendió la mano y sonrió frunciendo los labios porque él la aceptó al instante—. Lo digo en serio, no me hizo sentir tan mal como ella quería, así que no te preocupes.

—De todos modos, hablaré con ella en cuanto vuelva y lo solucionaré, te lo prometo —respondió entrelazando sus dedos.

Victoria asintió despacio sabiendo que cumpliría su promesa porque era ese tipo de hombre y por ese y otros motivos no pudo sacárselo de la cabeza en esos meses. Su relación fue tan buena, tan estable y bonita que lo echaba horriblemente de menos. Incluso cuando discutían por tonterías y después uno de los dos se disculpaba para volver a tener esa sensación de paz tan acogedora que no encontraban en ningún otro sitio.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Victoria con tono suave—. Estaba mejor cuando me marché, pero han pasado un par de meses y nunca se sabe.

—Está muy bien, el tratamiento funcionó y está fuera de peligro —asintió con alivio—. Mi madre no se despega de él porque le preocupa que recaiga y no nos lo diga, pero los análisis dicen que está limpio. El cáncer ha remitido, así que hasta los próximos, no debería haber ningún contratiempo.

—Me alegro muchísimo —respondió estrechando sus dedos.

Álvaro asintió repetidamente mientras jugaba con sus dedos porque sabía que el cáncer estomacal de su padre fue una de las cosas que los distanció en las últimas semanas porque se sentía muy presionado. Él era el mayor de tres hermanos y la más pequeña aún estaba en el instituto, por lo que se sintió obligado a hacerse cargo del negocio y de los asuntos médicos porque su hermano mediano acababa de tener mellizos. La situación no era la más idónea para comenzar una relación, pero Victoria se convirtió en su apoyo sin darse cuenta y él se sentía tranquilo teniéndola a su lado porque lo

escuchaba sin quejarse. Una de las veces que tuvo que irse corriendo porque su padre tuvo efectos secundarios fuertes del tratamiento, en lugar de enfadarse, Victoria lo acompañó porque le preocupaba que condujera tan alterado. La madre de Álvaro, Cristina, se lo agradeció tanto mientras iban al hospital que se sintió avergonzada porque era la primera vez que los veía en persona, pero esperó sin impacientarse en la sala de espera mientras los atendían.

—Mis padres han preguntado por ti varias veces. Quieren saber si vas a volver a Mallorca para poder agradecerte lo pendiente de que estuviste de nosotros —murmuró Álvaro saliendo de sus pensamientos para mirarla.

—No necesito que me agradezcan nada, ya se lo dije.

—Lo sé, pero ellos son así. —Se encogió de hombros negándose a soltar su mano—. Fuiste un gran apoyo para nosotros, Vic. No sé cómo habría podido sobrellevarlo si no hubieras estado ahí.

—Eso son tonterías, lo habrías hecho igual porque eres así.

—Estoy cansado de tantas cosas —suspiró apoyando la cabeza en el respaldo del asiento otra vez y ella frunció el ceño—. El hotel no va del todo bien, por eso he venido a Madrid. Hay unos inversores que quieren comprarlo y construir un resort. Mi padre está de acuerdo porque quiere jubilarse y descansar, pero yo no quiero eso. —Se removió inquieto—. Mis hermanos tienen su futuro planeado al milímetro, pero yo no. Sandra está casada, tiene dos hijos preciosos, un marido que la adora y a ambos les va bien en el trabajo. Martina está terminando el instituto y quiere venir aquí a estudiar porque dice que la isla se le queda pequeña para la carrera que quiere. Lleva trabajando durante verano desde los quince en el hotel para ahorrar y...

—Que ellos quieran eso no significa que tú te estés quedando

atrás.

—Hace mucho que me quedé atrás. —Sonrió con tristeza.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me quedé atascado en la isla y no he conseguido salir de ahí, Vic. Es como si algo me atase a ese lugar y no me dejase ver más allá —dijo con frustración.

—Creo que estás frustrado porque se te han juntado muchas cosas y realmente no piensas eso. —Él negó frunciendo los labios—. Cuando te conocí, disfrutabas muchísimo enseñándome la zona, llevándome a tus sitios favoritos mientras me contabas todo lo que habías hecho durante el día en el hotel. Dijiste que querías reformarlo entero para innovar y tener acceso a mejores clientes porque estás en primera línea de playa. —Sonrió con cariño al ver la resignación en su cara—. ¿De verdad crees que si no te gustase, hablarías con tanta pasión?

—No lo sé, Vic. Últimamente las cosas han cambiado y...

—Entonces lo que necesitas es desconectar un poco y no pensar tanto en lo que estarías haciendo allí. —Se removió un poco—. Dile a Eric que te lleve a algún sitio para despejarte, disfruta de la ciudad mientras estés aquí y reúnete con los inversores, pero cuéntales lo que me contaste a mí cuando fuimos a aquella cala perdida. —Sonrió de nuevo apretando su mano—. Explícales cómo quieres reformar el hotel y todos los planes que tienes para que inviertan en tu proyecto, no para que lo compren, Álvaro. Estoy convencida de que conseguirás lo que quieres.

Él se la quedó mirando durante unos segundos en completo silencio porque no entendía por qué seguía animándolo de ese modo cuando la había decepcionado al no ir tras ella. Pero después recordó las veces que discutieron porque él estaba agobiado y lo resolutiva que fue al ayudarlo en lugar de enfadarse por no pasar

más tiempo con ella. Era tan fácil ver la vida de ese modo que le contagió su entusiasmo y todo pareció más fácil, pero estaba convencido de que fue porque estaba a su lado.

—Creo que ha llegado el momento de irme —dijo Victoria soltando su mano despacio—. Mañana tengo cosas que hacer temprano y no puedo negarme, así que...

—¿Puedo subir contigo?

—Creo que no es buena idea.

—Te prometo que me comportaré. —Sonrió de medio lado.

Victoria se rio porque sabía que esa promesa no serviría de nada, pero asintió porque no quería separarse de él todavía y se sentía como una tonta enamorada cuando podría asegurar que no lo estaba. Ambos bajaron del coche y Álvaro la siguió hasta el portal donde vivía, Victoria entró en el ascensor respirando hondo y, antes de que las puertas se cerrasen, ambos se giraron a la vez. Antes de poder pensar, Álvaro la acorraló contra la pared mientras ella lo agarraba de la camisa para atraerlo a su boca casi con desesperación. Si el beso en la calle fue intenso, aquel no se quedó corto porque Victoria lo estrechó contra su cuerpo besándolo con todo lo que tenía.

La campanita avisó de que habían llegado y se separaron el tiempo justo de llegar a la primera puerta, ella abrió con prisas y encendió la luz del salón para que entrase. Apenas tuvo tiempo de asegurarla y dejar el bolso cuando la estaba besando otra vez haciéndola suspirar con satisfacción. Álvaro pasó las manos por su trasero hasta anclarlas debajo para alzarla del suelo y Victoria aprovechó para quitarse los tacones de un puntapié mientras le decía dónde estaba su habitación.

Chocando una vez con la pared del pasillo y riéndose entre besos y tirones de la ropa para desnudarse mutuamente, llegaron a la

habitación de Victoria. Él no llevaba la camisa y su pantalón estaba abierto, los zapatos se quedaron en el pasillo, pero ella tampoco se quedaba atrás. Su blusa estaba abierta y él acariciaba sus pechos por encima del sujetador haciéndola suspirar antes de dejarla en la cama. Victoria sonrió porque él se aseguró de que su cabeza quedase sobre la almohada, como hizo desde la primera noche que pasaron juntos.

Incorporándose para mirarla, Álvaro pasó los dedos por sus costados hasta llegar al cierre delantero del sujetador. Lo abrió y ella se movió para que quitase ambas prendas, entonces lo atrajo a su boca otra vez porque necesitaba sentir su piel y su calor. Succionó su labio inferior antes de meter la mano entre ellos para acariciarlo y Álvaro desvió los besos hacia su cuello para empezar a bajar por su piel.

Victoria intentó retenerlo, pero él se levantó de la cama para poder tirar de su pantalón y dejarlo caer al suelo antes de hacer lo mismo con el suyo. Ella lo observó con la respiración agitada y la piel roja por sus besos, se mordió el labio inferior cuando él se desnudó por completo porque por un momento había olvidado lo atractivo que era. Despeinado, con la boca hinchada y esos músculos marcados bajo la piel bronceada lo convertía en el hombre más sexy que había conocido.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome o vas a venir aquí? —preguntó alzando las cejas e incorporándose en los codos.

—Podría quedarme mirándote horas.

Ella se echó a reír negando con la cabeza y se tumbó de nuevo para quitarse la última prenda, antes de dejarla caer al suelo, él ya estaba sobre ella besando su cuello y haciéndola suspirar de placer. Álvaro se entretuvo reconociendo cada centímetro de piel mientras ella se estiraba para alcanzar el cajón de la mesita de noche, sacó

un preservativo y lo ayudó a ponérselo antes de atraerlo a su boca otra vez. Cuando entró en ella, ambos gimieron de placer y él se quedó quieto apoyando la frente sobre la suya con la respiración acelerada.

—¿Te haces una idea de las ganas que tenía de hacer esto desde que has entrado en el restaurante? —Jadeó Álvaro moviéndose un poco para no aplastarla—. No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos, Vic.

—Demuéstramelo —dijo ella mirándolo a los ojos y pasando la mano por su espalda, gimió cuando encontró el lugar correcto y enlazó la pierna alrededor de su cadera—. Haz que olvidemos estos meses separados.

Álvaro se agachó para besarla y comenzó a moverse, primero despacio para que ambos se acostumbrasen de nuevo y después con más profundidad para recordarse por qué era tan bueno.

Capítulo 4

Por la mañana, cuando Victoria se despertó y no lo encontró a su lado sintió una pequeña punzada de decepción antes de que el olor a café y tostadas llegase a ella. Desde que empezaron a pasar la noche juntos, Álvaro no se había ido ni una sola vez sin despedirse y estaba convencida de que no empezaría en ese momento.

Desperezándose, miró el reloj de la mesilla y se quejó porque llegaría tarde si no salía ya, pero ya no le apetecía nada ayudar a su amiga con los preparativos de la boda. Lo único que quería era quedarse en casa y disfrutar todo lo posible del tiempo que tuviera con Álvaro antes de que volviese a Mallorca.

Victoria se levantó de la cama, se puso su bata y caminó por el pasillo para localizar su bolso. No le sorprendió escuchar a Álvaro hablando por teléfono, pero no dijo nada, solo sacó el suyo para revisar los mensajes, agradeció en silencio que a su amiga le surgiera un imprevisto y no pudiera ir. Lo último que quería era salir de casa aunque tenía más que claro que en algún momento tendrían que hacerlo porque su nevera estaba bajo mínimos, pero pensar en que alguno de sus amigos intentase quedar con ellos la agobiaba.

—Estás aquí —dijo Álvaro al llegar a ella abrazándola por la espalda—. Buenos días —añadió besando su cuello.

—Buenos días —suspiró dejándose caer en él agradecida por su

calor—. Huele muy bien, pero no hacía falta que hicieras el desayuno.

—Ya. —Sonrió apoyando la barbilla en su hombro—. ¿A qué hora te tienes que ir con tu amiga?

—Me ha enviado un mensaje para dejarlo para otro día, así que no tengo planes. —Se giró entre sus brazos para pasar los suyos por sus hombros—. ¿Tú te tienes que ir?

—No. —Se inclinó hacia ella para besar sus labios—. Soy todo tuyo.

Victoria sonrió por eso y apoyó la frente en su barbilla dejando que la abrazase porque no quería estar en ningún otro lugar. Álvaro besó su cabeza estrechándola contra su cuerpo y se quedaron en silencio durante unos segundos hasta que escucharon el sonido de la tostadora y la llevó a la cocina.

Desde el principio solía tener ese tipo de detalles y ella bromeaba con que lo hacía porque no quería que otro hombre se acercase cuando subiera de peso porque cocinaba demasiado bien, pero él le demostró que no tenía nada que ver. Lo hacía porque lo habían educado así, pero sobre todo porque le gustaba ver cómo le brillaban los ojos al sentirse especial porque alguien cocinase para ella. Los padres de Victoria apenas tenían tiempo para esas cosas cuando Elena y ella eran pequeñas porque trabajaban mucho, normalmente los fines de semana los pasaban con sus abuelos y los veían por la tarde. Rara era la vez que su madre tenía tiempo para preparar una comida casera, por eso Victoria se esforzaba durante su adolescencia para que Elena no notase esas carencias y se ocupaba de que tuviera lo que ella no pudo. La primera vez que Álvaro la sorprendió con su desayuno favorito tres semanas después de estar saliendo, casi se echó a llorar porque lo mencionó de pasada y hacía años que no lo tomaba.

—¿Estás bien? —preguntó él cuando se sentaron a la mesa de la cocina—. Te has puesto seria de repente.

—Sí, solo estaba pensando en tonterías. —Sonrió pasándole el azúcar—. ¿Tenía mermelada? —preguntó sorprendida cuando la vio en la mesa—. Tengo la despensa temblando, ¿seguro que no está caducada?

—He bajado a comprar algunas cosas mientras dormías —explicó con media sonrisa.

Victoria siguió su gesto hacia la encimera y se dio cuenta de que había fruta fresca y un par de bolsas más sin vaciar, se sonrojó muchísimo porque se sentía un desastre por no haber previsto aquello.

—Gracias, esta semana ha sido un caos en el trabajo y...

—No pasa nada.

—Te lo...

—Desayuna —la cortó con una sonrisa tendiéndole la tostada.

Victoria se rio dándole un bocado y se dejó caer en el respaldo de la silla, era muy raro tenerlo allí y que se sintiera tan natural, pero quería repetirlo todo lo posible. Le había contado muchas veces cómo era su piso en Madrid, pero no imaginó que algún día pudiera estar allí porque Álvaro salía de la isla de forma esporádica.

Tras charlar sobre cualquier cosa mientras desayunaban y recogían la cocina, se trasladaron al sofá para continuar poniéndose al día. Victoria quería saber todo lo que había pasado en Mallorca después de que ella se marchase y él solo añadió algunas cosas a lo que le contó la noche anterior. Su móvil no dejó de sonar en el brazo del sofá y a ella le sorprendió un poco que le diera la vuelta para que las notificaciones no les molestasen tanto.

—Puedes responder sin problema —dijo con tono suave incorporándose en el sofá—. Voy a aprovechar para ir al baño

mientras le contestas y...

Álvaro la agarró de la cintura para atraerla a su cuerpo y ella se rio al terminar a horcajadas sobre él, que entrelazó los dedos sobre su trasero para que no se moviera. Victoria pasó las manos por su pelo para apartárselo de los ojos y suspiró porque lo había echado tanto de menos que llegó a pensar que nunca volverían a estar así.

—No voy a desviar mi atención de ti en todo el día —dijo Álvaro inclinándose hacia ella—. Pueden llamar, escribir o lo que quieran, pero mi prioridad es estar contigo —añadió alternando palabras con besos en el trozo de piel que la bata dejaba al descubierto en su escote.

—Me parece bien. —Se removió un poco sobre él enredando los dedos en su pelo para apartarlo cuando empezó con besos húmedos —. Pero lo digo en serio. Si necesitas responder, hazlo.

—Necesito más esto. —La estrechó por la cintura antes de girar en el sofá para quedar tumbado sobre ella—. No voy a perder tiempo respondiendo mensajes absurdos, así que déjalo ya.

—Vale —aceptó pasando el pulgar por su pómulo.

Se inclinó hacia él para besarlo y se deslizó de forma que quedase tumbada en el espacio libre, Álvaro se giró para poder mirarla y metió una pierna entre las suyas para evitar que se cayera. Le pasó los dedos por la mejilla apartándole el pelo y besó su nariz haciéndola sonreír tontamente acurrucándose en su pecho.

—¿Te parece mala idea que nos quedemos aquí todo el día? —preguntó ella rompiendo el silencio segundos después—. Tengo que repasar unos correos porque el lunes tengo una reunión importante y quizá también empiece a rellenar mi currículo porque creo que me van a despedir.

—¿Y eso por qué? —preguntó confundido.

—No estoy segura, pero mis compañeras están convencidas de

que van a hacer recortes de personal y solo llevo dos años en ese colegio. Ningún padre tiene quejas de mí y adoro a mis niños, pero no sería la primera vez que pasa algo así. —Pasó los dedos por su pecho para acariciarlo sobre la camiseta—. Prefiero estar preparada y tener un plan B antes de llevarme la noticia.

Álvaro recordaba todas las veces que habló sobre sus alumnos de preescolar y la mirada dulce que tenía todo el tiempo. Conocía cada parte de la personalidad de esos niños y se notaba muchísimo el cariño que les tenía, también que era agotador ocuparse de tantos ella sola. Le parecía extraño que la pudieran despedir por recortes de personal si lo hacía tan bien, pero la ayudaría con lo que pudiera.

—Mi madre ya me dijo que esta profesión no era fácil y que debía estar preparada para este tipo de cosas, pero me niego a creer que hago mal mi trabajo y que esos niños no me adoran igual que yo a ellos. —Se encogió de hombros—. No me importa tener que cambiar de trabajo si es completamente necesario, lo que me da pena son los niños. Son demasiado pequeños para entender ese tipo de cambios y...

—Eh —la llamó poniendo una mano en su barbilla para que lo mirase—. Aún no sabes si te van a despedir o lo que van a decirte, así que no puedes pensar de esa manera.

—Lo sé, pero esto se veía venir desde hace semanas.

—Y sigue sin significar que perderás el trabajo —insistió acariciando su mejilla—. Tienes que ir preparada, pero no derrotada. No puedes pensar en lo peor porque es lo que atraerás.

—¿Y qué sugieres que haga? —preguntó contrariada—. Porque tengo que preparar una docena de dibujos de colorear diferentes con su respectivo cuento sobre las letras del abecedario y no es lo que me apetece hacer precisamente.

Álvaro se echó a reír inclinándose hacia ella para besarla porque

parecía una niña enfurruñada y le encantaba su forma de fruncir el ceño, malhumorada. Victoria dio un gritito cuando él la envolvió con los brazos para girar rápido y quedar debajo de ella, entonces metió las manos bajo la bata empezando a subirla por sus piernas de forma sugerente.

—¿Te parece mejor este plan? —preguntó llegando a la curva de su trasero.

Victoria no respondió, solo se inclinó hacia él para besarlo otra vez y pasar la mañana reconociendo el cuerpo del otro e intentando no pensar en lo que pasase fuera de aquel apartamento.

Capítulo 5

Tal y como Victoria predijo, la reunión con el director era para anunciarle que harían una reducción de personal en la escuela y que ella sería despedida. Intentó tomárselo bien porque le dio las fechas para las próximas oposiciones y optar así a una plaza fija. Estaba decepcionada y un poco enfadada porque dejaría de ver a sus niños en cuanto terminase el semestre, pero tendría tiempo para plantearse bien el futuro.

Por su parte, Álvaro trabajó en la propuesta con Eric el domingo porque Victoria tenía comida familiar y no quería acapararla. La idea de ofrecer una inversión que le dio para asociarse le parecía tan buena que no podía desperdiciarla, por lo que lo preparó todo a conciencia para exponerla en la reunión del lunes. Fue mejor de lo esperado porque prometieron estudiarla junto con el resto de información que él les cedería en cuanto regresase a la isla, y estaba ilusionado.

Esa noche, cuando Álvaro le sugirió salir a cenar juntos para que pudiera explicarle mejor lo que habían dicho los inversores, Victoria dijo que no se encontraba bien y prefería quedarse en casa. Tras hablar con Elena porque algo le decía que mentía, decidió comprar su comida favorita junto con una botella de vino y presentarse en su piso. Sabía que el despido le había afectado más de lo que

reconocía. No quería presionarla para que le hablase de cómo se sentía porque solo lo empeoraría, pero le preocupaba mucho. Victoria lo había convencido para que no se rindiera y parecía que por el camino se le olvidó a ella, no era justo que perdiera el trabajo a mitad de curso, pero intentaría hacer algo por ella.

Álvaro esperó en su puerta a que abriera, pero los segundos pasaban y no ocurría, por lo que llamó de nuevo al timbre. Escuchó pasos y una voz débil que hablaba dentro, no le gustó porque nunca la había escuchado llorar y no sabía lo que debía hacer para calmarla. Cuando le abrió la puerta con un jersey que la cubría hasta las rodillas, las mangas enrolladas hasta los codos y un moño despeinado con aspecto de haber llorado, frunció el ceño.

—Hola —dijo ella con la voz un poco tomada—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —preguntó entrando, dejó la bolsa y la botella en el suelo y se acercó a ella—. ¿Estás bien? Me tenías preocupado porque no respondes mis mensajes y no has querido decirme qué te ocurre.

—Quería estar sola para desahogarme viendo una de mis pelis favoritas, no hacía falta que vinieras.

Álvaro llevó una mano a su mejilla al notar la humedad bajo sus ojos y respiró hondo antes de acercarse a ella para abrazarla. Victoria lo aceptó en silencio apoyando la cabeza en su hombro y dejó que le acariciara la espalda y besase su cabeza. Estaba hecha un desastre, pero no iba a preocuparse por su imagen cuando por dentro no podría cambiarlo. Era tan injusto y difícil que no encontraba ninguna solución más que quedarse en el sofá para ver su película favorita, llorar todo lo posible e intentar que el día siguiente fuese un poco mejor. Fue exactamente lo que estuvo haciendo durante el día y había pasado a otra de sus series favoritas

con la esperanza de que eso la animase.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó Álvaro sin soltarla.

—Prefiero ver la serie —murmuró con un nudo en la garganta, se apartó para mirarlo a los ojos—. Quédate conmigo, ¿vale? Prometo no lloriquear demasiado y...

Él negó con media sonrisa triste llevando una mano a su mejilla para acariciarla, se inclinó hacia ella para besarla despacio y la abrazó otra vez. No estaba muy seguro de cómo debía consolarla, pero si le bastaba con su compañía, la tendría sin dudarlo. Le fastidiaba mucho tener que volar a finales de semana de vuelta a la isla porque no le gustaba dejarla así, pero tenía que solucionar unas cosas en casa lo antes posible.

La soltó para recoger la bolsa y la botella, ella se metió en la cocina y él fue al salón para comprobar que había algunos pañuelos de papel usados en el sofá y que uno de los cojines tenía una marca. Debía de estar tumbada antes de que él llegase porque la manta estaba arrugada en el respaldo y el mando a distancia estaba en el brazo del sofá.

—¿Cómo sabías que es mi cena favorita? —preguntó ella al llegar al salón con los platos y unos vasos.

—Estaba preocupado y he llamado a Elena —explicó con una mueca de disculpa—. No te enfades con ella, pero no sabía lo que hacer para saber lo que te pasa, y no me respondías.

—No importa, te agradezco mucho que hayas venido —suspiró sentándose en el sofá—. Estoy teniendo un día malo y no quería contagiárselo a nadie.

—Entiendo —asintió sentándose a su lado, sacó un recipiente de la bolsa con un par de servilletas para tendérselo—. Ten cuidado, está muy caliente.

Victoria lo aceptó con un nudo en la garganta porque no estaba

haciendo preguntas aunque se le notaba preocupado y lo agradecía porque no sabía si podría responderlas. Él se levantó para ir a la cocina a buscar la mesa plegable y regresar con ella, colocó los platos y sacó otro par de recipientes de la bolsa en silencio. Victoria lo observó abrir la botella de vino, servir las copas y sentarse a su lado acercando la mesa todo lo posible a ellos. Le quitó el que le dio antes para abrirlo y servirle en el plato mientras disfrutaban de un silencio cómodo únicamente interrumpido por los cubiertos chocando con la cerámica.

—Vale, cuéntame un poco por dónde va la serie o no entenderé nada. Hace mucho tiempo que la vi —dijo Álvaro acomodándose a su lado listo para unirse a su maratón.

Victoria le explicó todo con detalle mientras empezaban a cenar y le dio a reproducir sin que él hiciera preguntas sobre cómo se sentía o cómo podía ayudarla. Solo comentaba cosas de la serie y se aseguraba de que comiera y tuviera el vaso lleno, para Victoria eso significó más que todas las preguntas que pudiera hacerle. Por eso, cuando terminaron de cenar y se acomodaron en el sofá, sonrió cuando él pasó un brazo por sus hombros para que se apoyase en su pecho cubriéndolos a ambos con la manta. Cuando sintió un beso en su cabeza estrechándola contra su pecho al tiempo que ella suspirada, supo que estaba enamorándose de él.

—Gracias por estar aquí y no hacer preguntas —dijo en voz baja cuando se acabó el capítulo.

—¿Y dónde iba a estar mejor que contigo? —preguntó acariciándole el pelo con ternura.

Ella sonrió contra su pecho y se pegó más a él si era posible para entrelazar sus piernas, porque se habían tumbado y sentía que quedaba demasiado espacio entre ellos. Lo miró desde abajo y se maravilló una vez más por tenerlo ahí un jueves por la noche en

lugar de que estuviera en el bar con sus amigos de la ciudad.

—Álvaro —lo llamó en el mismo tono, él hizo un ruido nasal moviéndose un poco para mirarla—. ¿Qué crees que debería hacer respecto al trabajo?

—¿Es oficial que no van a mantenerte hasta fin de curso? —preguntó entrelazando sus dedos con ella.

—No volveré después de Navidad, me lo han dicho esta mañana.

—Lo siento, amor —dijo con una mueca de disculpa.

—Yo también. —Frunció los labios cuando sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez—. Me lo curré mucho en las oposiciones hace años y he intentado que nadie tenga quejas de mí, pero no ha servido para nada. ¿Cómo me voy a despedir de los niños?

—Lo entenderán, estoy seguro. —La estrechó contra él llevando la mano libre a su cara para apartar las lágrimas—. Son demasiado pequeños, pero saben que los quieres muchísimo.

—Ese es el problema, que los adoro y no voy a poder despedirme de ellos.

—¿Cómo lo haces cuando los niños tienen que pasar a primaria y ya no están contigo? —preguntó acariciando su mejilla—. Porque me dijiste que eso era difícil pero gratificante, porque sabías que estaban avanzando.

—Es diferente porque... —Carraspeó para que su voz no estuviese tomada por el llanto—. Los veo en el patio y corren hacia mí para contarme las cosas nuevas que están aprendiendo. Ahora no volveré a verles, no tendremos nuestro día de cantar sobre el abecedario y de reír con las actividades de pintura porque todo es un desastre. —Sonrió con tristeza—. No podré ver cómo se van convirtiendo en personitas de bien a las que hay que ayudar para que no caigan cuando les hagan creer que no son válidas.

—¿Y si lo enfocas de otro modo? —preguntó enternecido—. ¿Y si

lo ves desde la perspectiva de que puedes hacer que este semestre con ellos sea inolvidable?

—Me dolerá mucho más cuando tenga que irme.

—O quizá ellos te ayuden a entender que vas a empezar una nueva etapa y que serás feliz.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó sorbiendo por la nariz.

—Porque te irá bien, estoy absolutamente convencido de ello. —Se inclinó hacia ella para dejar un beso en la nariz intentando hacerla sonreír.

Victoria quiso creerle y apoyó la frente en su barbilla porque necesitaba autoconvencerse, pero sentía que su mundo estaba a punto de derrumbarse y no quería decirlo en voz alta. Le preocupaba mucho que él se fuera el domingo a la isla porque no sabía en qué quedaría lo que tenían y no soportaría otra despedida. Tenía miedo de decirle que se estaba enamorando de él porque ni siquiera había pasado una semana desde la reconciliación y eso ejercería presión entre ellos.

Esa noche la pasaron abrazados en el sofá, viendo la televisión y acariciándose de forma distraída el uno al otro. Cuando Álvaro se dio cuenta de que estaba completamente dormida al regresar del baño, lo apagó todo y la cogió en brazos para llevarla a la habitación. La metió en la cama y él se desnudó para acurrucarse a su lado. Victoria se abrazó a él como si de esa forma pudiera sentir que todo iría bien.

Capítulo 6

Dejar a Álvaro en el aeropuerto el domingo por la noche fue difícil, pero se mostró entera para no preocuparlo. Él prometió, entre besos y abrazos exagerados para hacerla reír, que llamaría al aterrizar y que la tendría al tanto de todo. Victoria aceptó porque quería comprobar si podría funcionar a distancia y hacer que esa semana no pareciera un sueño un tanto turbulento.

Álvaro
Acabo de subirme al avión y ya te
echo de menos.

Victoria se echó a reír al leer el mensaje mientras caminaba hacia el aparcamiento porque solo llevaban como veinte minutos separados.

Victoria
Lo sé, mi compañía es irresistible.
Creía que ya te habrías dado
cuenta después de un fin de
semana completo en mi casa
viendo cómo puedo pasar del
llanto a la risa en pocos
segundos.

Álvaro
Preferiría seguir en tu
apartamento y no en este avión.

Victoria sonrió porque ella también lo preferiría, pero era complicado y debían ser adultos responsables. Le había pedido que se pensase ir a Mallorca el fin de semana siguiente e iba a intentarlo, pero no estaba segura de poder hacerlo.

Tal y como Álvaro sugirió, Victoria intentó hacer que cada día fuese mejor que el anterior para los niños aunque sentía que los estaba engañando, pero ella necesitaba darles ese recuerdo. No tenían más de cinco años y sabía que no la recordarían durante mucho tiempo, pero no dejaba de ser importante escuchar sus risas la mayor parte del tiempo.

Álvaro regresó a Madrid dos días antes de que ella terminase el semestre y se instaló en su piso mientras ella estaba en clase. Llevaban varias semanas sin verse en persona porque ella no pudo ir a Mallorca más de un par de veces y él estaba enfocado en los inversionistas porque habían aceptado su proyecto.

Tras dejarlo todo listo, fue a buscarla al colegio por la tarde. La encontró despidiendo a los niños con abrazos y risas, fingiendo que no era la última vez que se verían en aquel lugar. Él la observó a lo lejos porque no quería romper el momento, pero cuando la vio entrar tras despedirse del último, caminó hacia ella. Estaba hablando con unas compañeras cuando una de ellas lo señaló, Victoria se giró y sonrió automáticamente, se disculpó y fue hacia él.

—Hola. —Sonrió inclinándose para besarlo—. ¿Cuánto llevas ahí?

—He llegado hace un rato, pero no quería interrumpirte con los niños.

—¿Te has instalado bien en casa?

Álvaro sonrió con un asentimiento porque, desde la primera vez que volvió desde su reconciliación, Victoria empezó a llamar a su apartamento así y era tan agradable que no pudo contradecirla. Su relación funcionaba bien a distancia, no era lo mismo que estar en la misma ciudad, pero ambos se esforzaron para que no echasen de menos ninguna parte. Él hizo cambios en Mallorca, se alejó de Ada cuando no quiso respetar sus límites y se mudó a un apartamento pequeño que le consiguió su hermana mayor. Se centró en su relación y en el hotel, que empezaba a ver resultados con la inversión progresiva que iban haciendo y la cosa mejoraba mucho más de lo esperado. Le pidió que pasase las fiestas con él en la isla y Victoria aceptó porque Elena y Eric irían con ella, por lo que todo parecía perfecto.

—Mi madre me ha pedido que hagamos algunas compras, así que si te parece bien, lo haremos cuando no tengas que venir —dijo Álvaro mientras conducía fuera del colegio.

—Me parece perfecto. —Sonrió cansada—. Ha sido agotador, pero muy divertido. Hemos hecho la función con más errores que nunca, pero no importa.

—Espero que lo hayas grabado porque quiero verte canturreando en el escenario —bromeó.

Victoria le siguió la broma hasta que llegaron al apartamento, entonces dejó caer el bolso y el abrigo para girarse hacia él olvidándose de la bolsa de deporte con todas las cosas que tenía en el colegio. Se acercó a él para pasar las manos por su cuello y besarlo con ganas, Álvaro se rio contra sus labios y le devolvió el beso pasando una mano por su cintura para pegarla a él.

—Te he echado muchísimo de menos —murmuró contra su boca.

—Y yo a ti —respondió ella besándolo otra vez, ahogó un gritito

de sorpresa cuando la alzó en el aire—. Vale, vamos a la habitación, ya hablaremos después.

Álvaro se rio besando su garganta y empezó a caminar con ella hacia allí para recuperar ese tiempo perdido en las tres semanas que no se habían visto en persona. Aún no se habían dicho mutuamente que se querían, pero estaban haciendo planes de futuro juntos y estaba implícito, por lo que en cierto modo todo era sencillo. Ella lo quería como si fuese una extensión de su cuerpo y había comprobado que era difícil vivir sin él; él la quería como nunca antes quiso a nadie y se dio cuenta el día en el que la encontró llorando por el trabajo. Quería ofrecerle el mundo y enseñarle que había posibilidades en cada esquina, que podía soñar tan alto como quisiera porque él estaría a su lado.

—Tengo que contarte algo —dijo Álvaro entre besos cuando cayeron en la cama.

—¿Ahora? —preguntó tirando de su jersey para quitárselo.

—Sí. —Se rio dejando caer la prenda al suelo—. Es importante.

—Vale —suspiró incorporándose para sentarse frente a él—. ¿Qué pasa? ¿La inversión va mal? —preguntó frunciendo el ceño.

—No. —Sonrió inclinándose hacia ella para besarla—. Dios, siempre se me olvida lo preciosa que eres hasta que vuelvo a verte.

—Céntrate. —Se rio dándole un empujoncito.

Álvaro se removió para sacar algo del pantalón y se colocó de rodillas frente a ella, Victoria miró sus manos entrecerrando los ojos y no encontró nada.

—He conseguido el piso que nos gustó cuando viniste a la isla —dijo mirándola a los ojos, despeinado y acalorado, abrió la mano con un par de llaves en ella—. Está permitido tener mascota y está cerca de la playa, así que podemos...

—¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo? —preguntó

con un hilo de voz producto de la sorpresa cogiendo el llavero.

Tenía un dije de cerezas, el coctel que ella estaba bebiendo cuando se conocieron en la playa a media tarde, por detrás estaba grabada la fecha y sus iniciales. Eso la hizo fruncir los labios emocionada porque no esperaba ese detalle, habían hablado mucho de vivir juntos cuando ella terminase en el trabajo, pero no se había hecho a la idea todavía. Tendría que ocuparse de muchas cosas para hacerlo definitivo, pero la idea de no tener que depender del teléfono y de horarios para estar juntos lo era todo.

—De forma oficial, sí —respondió él un poco confundido—. Sé que ya lo hemos hablado y que...

Victoria lo miró empezando a sonreír despacio, dejó las llaves a su lado y se inclinó hacia él para besarlo haciendo que ambos cayeran en la cama. Besuqueó su cara riendo feliz y lo abrazó con todo el cuerpo antes de que casi se cayeran al suelo, Álvaro respiró aliviado porque, por un momento, pensó que le diría que era demasiado pronto.

—Espero que esto sea un sí porque...

—Claro que es un sí. —Sonrió Victoria mirándolo desde arriba, pasó los dedos por su pelo para apartárselo de los ojos y negó maravillada—. Te quiero, por si no te habías dado cuenta antes.

—Y yo también a ti —respondió colando las manos bajo el jersey.

Victoria pasó su melena hacia un lado de su cuello y se inclinó hacia él para besarlo con lentitud y profundidad. Él acarició su piel de forma perezosa y empezó a quitarle la ropa porque la había echado muchísimo de menos. Quería disfrutar cada segundo a su lado y no dejar pasar más tiempo, era tan difícil contener la necesidad de tocarla cuando estaban así que no podía desaprovechar la oportunidad.

Para Victoria fue complicado hacer el equipaje porque llevaba

mucho tiempo viviendo en aquel piso, pero lo peor fue despedirse de sus amistades y de su hermana. Elena no se sorprendió cuando le dijo que se iría a vivir a Mallorca de forma permanente porque sabía lo enamorada que estaba de Álvaro y que la hacía feliz. Además, sus padres estaban en la isla y viajaban casi todas las semanas a verlas, por lo que no estarían lejos demasiado tiempo. La ayudó a hacer las maletas y se rieron muchísimo cuando Elena y Eric decidieron quedarse con el contrato de Victoria para vivir juntos en su piso.

—¿Lista? —preguntó Álvaro cuando bajaron del coche frente a su nuevo apartamento.

Victoria asintió aceptando su mano y respiró hondo antes de entrar porque él se había ocupado de amueblarlo a gusto de ambos mientras ella ultimaba detalles en Madrid. Era mucho más grande de lo que pensaba y tenía una terraza grande con vistas al mar, pero lo que más le sorprendió fue que Álvaro había adoptado al perrito que habían visto en redes sociales. Esperaba en una caja en mitad del salón pidiendo salir y Victoria no pudo evitar echarse a reír y a llorar al mismo tiempo antes de sentarse en el suelo y sacarlo.

—¿Cuándo lo has recogido? —preguntó emocionada abrazando al cachorro.

—Anoche. —Sonrió sentándose a su lado en el sofá—. Quería que se adaptase un poco antes de que llegases y supuse que estarías demasiado cansada para ir a por él después de que te instalaras.

Victoria se echó a reír cuando el cachorrito empezó a lamer su cara y los tres empezaron a jugar juntos en el suelo del salón de su nueva casa. Solo en ese momento, sentada en el suelo y viendo a Álvaro sonreír mientras el cachorro saltaba sobre él, se dio cuenta de que estaba justo donde quería. Hubo un tiempo en el que se prometió a sí misma que no cambiaría toda su vida por un hombre,

pero enamorarse de Álvaro en el momento en el que lo hizo fue lo mejor que podría haberle pasado. Era cierto que no tenía trabajo y que debía acostumbrarse al cambio de ciudad, pero no era la primera vez que pasaba por eso. Estaba planteándose un nuevo futuro y todo apuntaba a que iría bien porque era feliz con Álvaro, tanto que le parecía increíble que su relación hubiese funcionado durante meses en los que apenas se vieron en persona.

—¿Estás bien? —preguntó él mientras deshacían su equipaje.

—Sí. —Sonrió sentándose en la cama con un pequeño suspiro mientras doblaba un pantalón—. Solo estaba pensando en todos los cambios que hemos tenido estos meses.

—¿Te preocupa que aquí no encuentres trabajo? —preguntó sentándose a su lado—. Porque tienes tiempo para prepararte las oposiciones, yo estaré en el trabajo la mayor parte del día para que puedas estudiar y...

—No tiene nada que ver con eso —lo cortó cogiendo su mano—. Me gusta estar aquí contigo. Te quiero, eso no lo dudes nunca. —Lo miró a los ojos con media sonrisa—. Y el trabajo llegará cuando tenga que hacerlo, mientras tanto pienso disfrutar de lo que tenemos juntos. —Se levantó para colocarse frente a él, justo entre sus rodillas—. No me arrepiento de haber dejado Madrid para venir contigo, ¿vale?

—¿Entonces por qué parece que estás triste? —preguntó preocupado pasando las manos por su cintura—. Si necesitas algo, lo que sea, dímelo y...

Victoria negó inclinándose hacia él para besarlo en los labios despacio porque no necesitaba nada más, solo estar con él y disfrutar de su nueva vida allí. Álvaro la estrechó por la cintura, confundido, y se dejó caer en la cama con ella cuando Victoria lo empujó un poco para quedar a horcajadas sobre él.

—Lo digo en serio, mi amor —dijo Álvaro desde abajo pasando las manos por sus piernas.

—Y yo también —respondió apartando el pelo de su frente—. No querría estar en ningún otro lugar que no fuese aquí contigo.

Victoria se inclinó hacia él para besarlo de nuevo de forma lenta y Álvaro se estiró en la cama para quedar en el centro sin importarle arrugar toda la ropa en el proceso. Ella se rio cuando la bolsa de viaje se deslizó vacía hasta el suelo y dejó que él desabrochase su rebeca para quitársela seguida del resto de la ropa. Lo había echado mucho de menos en esos días separados y era importante para ambos saber que estaban en el mismo punto, pero las preguntas parecían estar de más en ese momento. Él estaba absolutamente fascinado de que Victoria hubiese aceptado ir a vivir con él dejándolo todo atrás y ella tenía cierto miedo de lo que deparase el futuro, pero con la seguridad de que estarían juntos. Iban a crear una buena vida juntos, su relación era mucho más sana de lo esperado y prometía estrecharse con el paso del tiempo.

—Vic —la llamó entre besos cuando giró para quedar encima de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó con la respiración acelerada mientras le desabrochaba el pantalón.

—Te quiero muchísimo.

Victoria lo miró a los ojos durante un segundo y después sonrió despacio porque nunca solía decírselo cuando estaban a punto de practicar sexo. Sabía que estaba preocupado por ella porque el cambio era grande y él no había renunciado a casi nada en comparación con ella.

—Yo también te quiero muchísimo —respondió acariciando su mejilla—. Deja de preocuparte y bésame, ¿vale? Todo irá bien si estamos juntos y no pienso ir a ninguna parte.

Álvaro le devolvió la sonrisa y la besó otra vez con mucha más intensidad, metió la mano entre sus cuerpos y Victoria jadeó contra sus labios cuando la tocó en el punto exacto que la hacía estremecer.

Para él era sumamente importante asegurarse de que no se arrepentiría de aquel cambio y que su relación iba bien, quizá se preocupaba demasiado, pero no le importaba. Iba a convencerla de que vivir en la isla era lo mejor que podría pasarles a los dos y que serían felices allí. Crearían una familia juntos, un hogar que los hiciera sentir que pertenecían a algo importante y sin arrepentimientos. Se lo prometió cuando le pidió que fuese a vivir con él y era un hombre de palabra, lo que significaba que se entregaría por completo a ella y que intentaría que nada los separase de nuevo nunca más.

Fin

Cada comienzo de curso trae horarios, proyectos y nuevos desafíos. Pero nadie puede planificar cuándo llegará el amor.



Las aulas vuelven a llenarse de voces, los campus recuperan su bullicio y los centros educativos se preparan para un nuevo año. Lo que nadie imagina es que, entre clases, reuniones, exámenes y trabajos pendientes, surgirán encuentros capaces de cambiarlo todo.

Esta colección reúne relatos románticos ambientados en colegios, universidades, escuelas especializadas, academias y centros de formación donde profesores apasionados, estudiantes decididos, investigadores brillantes y trabajadores imprescindibles vivirán momentos que marcarán sus vidas.

Historias dulces, divertidas, emotivas y llenas de ilusión que demuestran que el corazón siempre encuentra la forma de hacerse escuchar.

Porque aprender no consiste solo en acumular conocimientos. También significa atreverse a abrir la puerta a nuevas emociones y descubrir que algunas de las mejores lecciones llegan cuando menos se esperan.

Entre libros, pizarras y sueños por cumplir, les espera una enseñanza inolvidable: el amor siempre encuentra su propio camino.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo.
Después ejerció de ama de casa y ha escrito desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas.
Durante años estas novelas permanecieron en un cajón hasta que animada por familia y amigas, envió un par de ellas a La Selección RNR, donde empezó a publicar.
En la actualidad tiene publicadas un buen número de novelas, entre ellas:

Novelas independientes:

- Miscelánea
- La Serpiente peluda
- Luces y sombras
- Arcoíris
- La chica que se subía a los árboles
- Ella, él … y el danés
- Sin derecho a roce
- Cuando sube la marea

Serie amigos:

- ¿Solo amigos?
- Más que amigos
- Amigos y algo más
- Amigos, sin más
- Amigos y nada más
- ¿Solo enemigos?

Bilogías

Dos más dos:
• Dos copas y una noche
• Dos cafés y una aventura

Besos en Richmond:

• Algún día te besaré. Digital
• Si un día me besaras. Digital y papel

Ladrón de guante blanco

• Te robaré el corazón
• Robaré todos tus besos

Ha publicado también dos novelas en la serie conjunta con otras autoras "Ebrias de amor":

• Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero (Digital y papel)
• Limoncello para Lena y… adiós a su pena

Y otra más en la serie "Adonis tour":

• Un escritor veronés para la profe de francés

Relatos cortos

• El violinista en el balcón
• Nueve manzanas y media.

Anne Aband es autora de más de ochenta novelas de romántica en varios subgéneros, y fantasía romántica. Ha ganado varios premios literarios y en este momento se dedica cien por cien a escribir.

Le encanta leer, pasear por la naturaleza, abrazar árboles y tomar té por litros.

Sus libros son adictivos, cortos, al grano. No se entretiene en descripciones y sí en profundizar en los sentimientos y en las emociones de los personajes. Si el libro lo requiere, con mucha acción.

Encuéntrala en su web www.anneaband.com (para la romantasy), www.anneraband.com (para las románticas) o en redes sociales como Instagram donde se siente como pez en el agua: @anneaband_escritora

Y si te apetece escribirle, siempre contesta. Este es su correo: info@anneaband.com

Mayeda Laurens. Nacida en Madrid, pero afincada muy lejos de allí, Mayeda Laurens lleva años dedicada a la escritura en todas sus facetas. Sin embargo, siendo una empedernida lectora de novela romántica, nunca hasta ahora se había animado a escribir este género.

Berenice Andrews es el pseudónimo de una abogada madrileña ejerciente, sin experiencia editorial previa en lo que a ficción se

refiere; aunque sí ha publicado algunos artículos de contenido jurídico. Entre sus múltiples áreas formativas incluye la psicología, lo que se refleja en sus personajes, al igual que lo hacen su experiencia laboral y vital, dotándoles con ello de un gran realismo en sus formas y reacciones.

Tras huir de la ciudad y establecerse con su familia y sus miles de libros en un pueblo de la sierra, comienza a poner en blanco sobre negro todas esas historias que durante años habían ido creándose en su cabeza, siendo *Una proposición inusual* su primera novela publicada.

Berenice Andrews es el pseudónimo de una abogada madrileña ejerciente, sin experiencia editorial previa en lo que a ficción se refiere; aunque sí ha publicado algunos artículos de contenido jurídico. Entre sus múltiples áreas formativas incluye la psicología, lo que se refleja en sus personajes, al igual que lo hacen su experiencia laboral y vital, dotándoles con ello de un gran realismo en sus formas y reacciones.

Tras huir de la ciudad y establecerse con su familia y sus miles de libros en un pueblo de la sierra, comienza a poner en blanco sobre negro todas esas historias que durante años habían ido creándose en su cabeza, siendo *Una proposición inusual* su primera novela publicada.

Natalia Sánchez Diana nació en Valencia en 1983, aunque creció en Requena, hasta que decidió estudiar Publicidad. Se especializó en

diseño gráfico y durante unos años trabajó como freelance, pero su verdadera pasión siempre ha sido escribir, por lo que en 2017 se lanzó a la autopublicación. Desde hace cinco años es mamá a tiempo completo, pero siempre saca tiempo para leer clásicos, documentarse sobre la época victoriana y sumergirse en la cultura japonesa.

Ania Zaera es el seudónimo bajo el que escribe esta autora madrileña, nacida en 1985 que vive en un pequeño pueblo al suroeste de la Comunidad de Madrid. Desde que tiene memoria, la escritura ha sido su refugio y su forma de entender el mundo..

«Mi primera novela nació casi por casualidad: la escribí para mí, sin intención de publicarla. Sin embargo, durante la pandemia encontré el impulso y el tiempo para dar ese paso, y así nació *El dilema de Alma*. Desde entonces, he publicado siete novelas y sigo explorando nuevas historias, personajes y emociones que compartir con mis lectores».

Mantiene una presencia activa en RRSS, donde comparte novedades, reflexiones y fragmentos de suss procesos creativos.

Instagram: @ania_zaera_writer

Facebook y TikTok: @aniazaera

Web: ania-zaera.com

Amazon: https://www.amazon.es/stores/author/B09N7BK8WK/about

Livia Nohi (Palma, 1989) es licenciada en Comunicación Audiovisual y en Magisterio de Educación Infantil. Participó en el concurso de relatos navideños de la editorial Círculo Rojo en 2023, cuyo relato se publicó en el libro Cartas perdidas en el Polo Norte. Colabora asiduamente con la revista digital Amalgama de Letras y dedica sus redes sociales a escribir relatos cortos inspirados en el arte. Destino final es su primera novela.

Blanca Túnez nació en septiembre de 1993. Desde niña siempre le fascinaron las historias, pero no fue hasta la adolescencia cuando empezó a escribir casi a escondidas. El romance y la fantasía siempre fueron sus géneros favoritos. En 2017 empezó a presentar sus escritos a concursos y algunos de sus relatos fueron publicados. Uno de ellos, de ciencia ficción, resultó finalista en la antología Trapist con Fussioneditorial. Tras ese momento, tomó la decisión de sacar sus historias del cajón y se lanzó a la autopublicación con Tan solo en un instante en 2018. Después de seis novelas, una novelette de fantasía y algunos relatos autopublicados en antologías solidarias, en 2022 su novela, *Como gotas en la piel*, fue publicada con Editorial Kiwi y al año siguiente, con Romantic editorial, *Antes de que te vayas* y la serie completa Chicago.



Edición en formato digital: septiembre de 2026

© 2026, Ana Álvarez, Anne R. Aband, Mayeda Laurens,
Berenice Andrews, Natalia Sánchez Diana,
Ania Zaera, Livia Nohi, Blanca Túnez
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-29-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Esta historia de la que habla puede leerse en el libro Un escritor veronés para la profe de Francés, de la misma autora, editado por Selecta.

Índice

...También puede besar con la mirada

La sustituta

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

El proyecto de la vida

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Epílogo
«Mi» reina
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo
Discrepantes compañeros
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Nota de autora
Más allá de la niebla
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

Capítulo 8
Dos noches y un destino
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Querámonos lo que nos dure la vida
Aquellos días contigo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos
Notas